HQN™

AUTORA *BEST SELLER* NO. 1 DE *THE NEW YORK TIMES*

# SUSAN MALLERY

# Tres Hermanas

# SUSAN MALLERY

## Tres Hermanas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2013 Susan Macias Redmond
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Tres Hermanas, n.º 260 - julio 2022
Título original: Three Sisters
Publicada originalmente por MIRA Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-879-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

# Capítulo 1

Que te dejen plantada en el altar no es apto para cobardes. Aparte de la humillación y el dolor, tienes que preocuparte de la cuestión logística. Y es que si un tipo está dispuesto a dejarte ahí sola, delante de trescientas personas entre las que están tus amigos y familiares más cercanos, por no hablar de las madres de los dos, lo más probable es que no vaya a preocuparse lo más mínimo por detalles como devolver los regalos y pagar al servicio de *catering*.

Eso explicaba por qué tres meses después de pasar por esa experiencia en concreto, Andi Gordon estaba invirtiendo los ahorros de toda su vida en una casa que solo había visto dos veces y ubicada en un pueblo en el que solo había pasado setenta y dos horas.

Ir a por todas o irse a casa. Andi había decidido hacer las dos cosas.

Después de firmar los últimos documentos y recoger las llaves, condujo colina arriba hasta el punto más alto de Blackberry Island y miró la casa que acababa de comprar. Se la conocía como una de las «Tres Hermanas», tres casas preciosas de estilo Reina Ana construidas a finales del siglo xix. Según el agente inmobiliario, la de la izquierda estaba completamente reformada. Los colores pastel reflejaban el estilo y la moda del año en que se construyó e incluso el jardín era más como un jardín inglés tradicional que como uno más desenfadado del Pacífico Noroeste. En el porche había una bici de niña; era moderna y parecía fuera de lugar.

La casa de la derecha también estaba reformada, aunque con menos detalles de época. Un ribete gris pizarra enmarcaba las ventanas de vidrieras y en el jardín delantero había una estatua de un pájaro alzando el vuelo.

La casa del centro aún tenía el cartel de *Se vende* clavado en el descuidado jardín. Aunque parecida a las demás en estilo y tamaño, la casa que había comprado no tenía mucho más en común con sus vecinas. Desde el tejado, al que le faltaban tejas, hasta la pintura desconchada y las ventanas rotas, la casa era testimonio del abandono y la indiferencia. Si no hubiera sido una edificación histórica, la habrían derribado hacía años.

Andi había visto el documento facilitado por el vendedor donde se

detallaban todos los problemas de la vivienda. Tenía varias páginas y enumeraba los puntos principales, desde una mejora eléctrica realizada hacía veinte años hasta una fontanería pésima e inservible. El inspector de edificios que había contratado para examinar el lugar había desistido a mitad de trabajo y le había devuelto el dinero. Después su agente inmobiliario había intentado enseñarle un piso precioso con vistas al puerto deportivo, pero ella se había negado. En cuanto había visto la vieja casa, había sabido que era todo lo que había estado buscando. Ese lugar había estado lleno de promesas una vez, pero el tiempo y las circunstancias lo habían reducido a su condición actual: rechazado y abandonado. No necesitaba ser licenciada en Psicología para entender que se veía reflejada en la casa y comprendía los peligros que suponía creer que, si la arreglaba, también se arreglaría a sí misma. Pero saber y hacer, o en este caso no hacer, no eran lo mismo. Y aunque su cabeza estuviera diciéndole que era un error de proporciones descomunales, su corazón ya se había enamorado.

Además, dada la ruptura de su compromiso, reciente y tan pública, enamorarse de una casa le parecía mucho menos arriesgado que enamorarse de un hombre. Después de todo, si la casa la abandonaba en el altar, podría quemarla sin más.

Ahora, aparcada frente a ese desastre de tres plantas, sonreía.

–Estoy aquí. Te voy a recomponer –susurró haciéndose la promesa a sí misma y a la casa.

Los últimos tres meses habían sido una pesadilla de gestiones y recriminaciones, y comprar una de las Tres Hermanas le había dado otras cosas en que pensar. Enviar documentos para tramitar su préstamo era mucho más divertido que explicarle a su prima segunda que sí, que después de haber estado juntos durante casi diez años, Matt la había dejado plantada en el altar; que sí, que le había dicho que la decisión de casarse había sido precipitada y que había necesitado más tiempo; y sí, que dos semanas después se había marchado a Las Vegas y se había casado con su recepcionista. En cuanto a las conversaciones que había tenido con su madre sobre el asunto, mejor ni recordarlas.

Pero saber que pronto dejaría Seattle para irse a Blackberry Island la había ayudado a seguir adelante. Se había centrado en su huida y después había recogido todo de su casa de la ciudad y se había dirigido al norte.

Apretó las llaves que le había dado el agente inmobiliario y sintió el metal clavándosele en la piel. El dolor la devolvió al presente, a ese momento en el que solo había posibilidades.

Bajó del coche y miró la casa deteriorada, pero en lugar de ventanas tapiadas y un porche combado, vio lo que sería. Nueva.

Resplandeciente. Una casa que la gente admiraría, no un desecho. Y cuando estuviera reformada, podría llamar a su madre y hablar de ello. Sería mucho mejor que oírle enumerar todo lo que había hecho mal en la vida, como por ejemplo no permitir que Matt la orientara sobre cómo cambiar su forma de ser y ser tan tonta de dejar escapar a un buen hombre.

Se giró para contemplar las vistas. En los días despejados las aguas del estrecho de Puget destelleaban. Sí, vale, en esa parte del país los días despejados eran poco habituales, pero no le importaba. Le gustaba la lluvia. El cielo gris lloviznoso, el chapoteo de sus botas sobre la acera. Toda esa penumbra le hacía valorar los días soleados.

Giró al oeste y miró hacia el estrecho. Las casas tenían unas vistas perfectas. Las habían construido capitanes de barco y estaban orientadas para ver los barcos llegar. A finales del siglo xix, la navegación todavía era una actividad importante para la zona, cuando aún no la había superado el atractivo por la explotación forestal.

Aquello estaba bien, pensó feliz. Ese era su sitio, o lo sería con el tiempo. Y si la reforma empezaba a desquiciarla, no tendría más que mirar las vistas. La danza del agua y la península al fondo no tenían nada que ver con los rascacielos del centro de Seattle. Tal vez la ciudad solo estuviera a un par de horas en coche, pero era otro planeta comparada con el pueblo de Blackberry Island.

–¡Hola! ¿Eres tú quien ha comprado la casa?

Andi se giró y vio a una mujer caminando hacia ella. Tenía estatura media y una melena larga pelirroja que le caía por la espalda. Llevaba vaqueros y zuecos con un suéter de punto trenzado que le cubría las caderas. Su rostro era más interesante que bonito, pensó Andi mientras se acercaba. Pómulos altos y grandes ojos verdes. Su tez pálida probablemente sería resultado tanto de la genética como de una completa falta de exposición solar desde septiembre.

–Hola. Sí, soy yo.

La mujer sonrió.

–Por fin. Esa pobre casa ha estado muy sola. Por cierto, soy Boston. Boston King –señaló la casa con la escultura del pájaro en el césped–. Vivo ahí.

–Andi Gordon.

Se dieron la mano. Una luz débil asomó entre las nubes e iluminó lo que parecía un mechón morado oscuro en el pelo de Boston.

Andi se tocó su melena oscura con un dedo preguntándose si debería hacerse algo tan radical. Lo máximo a lo que se había atrevido nunca era a cortársela.

–¿Algún parentesco con Zeke King? Es el contratista con quien he estado hablando de la casa por correo electrónico.

A Boston se le iluminó la cara.

–Es mi marido. Su hermano y él tienen una empresa aquí en la isla. Me había comentado que había estado en contacto con la nueva dueña –ladeó la cabeza–, pero no me ha contado nada de ti y me muero por saber los detalles. ¿Tienes un rato libre? Acabo de poner una cafetera.

Andi pensó en los artículos de limpieza que tenía en la parte trasera de su SUV. El camión de la mudanza llegaría por la mañana y tenía mucho que hacer para dejarlo todo listo. Sin embargo, solo había tres casas en la pequeña calle cerrada y conocer a una de sus vecinas le pareció igual de importante.

–Me encantaría tomar un café.

Boston cruzó el descuidado jardín en dirección al suyo y después subió los escalones hasta la puerta principal. Andi se fijó en que los tablones del suelo del porche estaban pintados en azul oscuro y que había estrellas y planetas dibujados por todas partes. La puerta principal era de madera oscura con paneles de vidrieras de colores.

Esa mezcla ecléctica de decoración tradicional y fantasía continuaba en el vestíbulo, donde había un banco de estilo Shaker junto a un perchero y un espejo en la pared enmarcado por ardillas y pájaros de plata. El salón, situado a la izquierda, tenía sofás y sillones cómodos y, encima de la chimenea, un cuadro enorme de un hada desnuda.

Boston la condujo por un pasillo estrecho pintado en rojo sangre y llegaron a una cocina abierta y luminosa con armarios pintados en azul cobalto, modernos electrodomésticos de acero inoxidable y una encimera de mármol gris y azul. El olor a café se entremezclaba con un fragrante aroma a canela y manzanas.

–Siéntate –le dijo Boston señalando unas banquetas colocadas junto a la barra de desayuno–. Acabo de calentar unos bollitos ingleses. Tengo mantequilla de manzana y canela que hice el otoño pasado.

Andi pensó en la barrita proteica y la taza de café que habían compuesto su desayuno y oyó a su estómago gruñir.

–Suena genial. Gracias.

Se sentó. Boston abrió el horno y sacó una bandeja con dos bollitos grandes encima. La mantequilla de manzana estaba en un tarro de cristal. Puso los bollos en un plato, le pasó uno y sirvió el café.

–Yo lo tomo solo –dijo Andi.

–Así que eres una consumidora de café de verdad. Yo tengo que disimular mi cafeína con avellana y vainilla.

Sacó la leche aromatizada de la nevera.

Andi miró a su alrededor. Había una ventana grande encima del fregadero y otra más en la zona de comer, que hacía esquina. Una despensa grande ocupaba casi toda una pared. Aunque se veía que la moldura y el revestimiento de la puerta trasera eran los originales, el resto de la cocina estaba reformada.

–Me encanta –dijo Andi–. Dudo que mi cocina haya visto algo más

que una capa de pintura en los últimos sesenta años.

Boston sacó dos cuchillos y le dio uno. Después se abrió su bollo y se untó la mantequilla de manzana. Mientras, varias pulseras de plata con abalorios chocaban entre sí tintineando.

–Vimos tu casa en la jornada de puertas abiertas. La cocina era muy cincuentera.

–No me importa el estilo retro –admitió Andi–, pero no funciona nada y resulta que me gusta abrir un grifo y que salga agua caliente y tener una nevera que mantenga la comida fría.

Boston sonrió.

–Así que eres de las exigentes.

–Eso parece.

–Sé que Zeke ha estado haciendo planos. No los he visto todos, pero su hermano y él hacen unos trabajos maravillosos.

Andi miró la cocina.

–¿Vuestra casa la ha reformado él?

–Hace unos seis años –Boston levantó su taza–. ¿Dónde vivías antes?

La isla era tan pequeña que a Andi no le sorprendió que Boston diera por hecho que no era de allí.

–En Seattle.

–Conque la gran ciudad, ¿eh? Esto va a ser todo un cambio.

–Estoy lista para un cambio.

–¿Tienes familia?

Andi sabía que no se refería a padres y hermanos.

–No.

La expresión de Boston reflejó sorpresa.

–Es una casa grande.

–Soy médico. Pediatra. Quiero pasar consulta en la planta baja y vivir arriba.

Pareció como si a Boston se le tensaran los hombros.

–¡Anda, muy inteligente! Así te ahorrarás el trajín de estar yendo y viniendo –miró por la ventana del fregadero en dirección a la casa de Andi–. Hay mucho espacio para aparcar y me imagino que la reforma no sería complicada.

–La mayor modificación será instalar la cocina arriba, aunque de todos modos iba a tirarla entera, así que la factura no subirá mucho –agarró su bollo–. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la isla?

–Crecí aquí –respondió Boston–. En esta casa de hecho. Nunca he vivido en ningún otro sitio. Cuando Zeke y yo empezamos a salir, le advertí que llevaba una mochila de unos doscientos ochenta metros cuadrados –su sonrisa se apagó un poco–. Me dijo que le gustaba eso de mí.

Andi masticó el bollo con sabor a vainilla y disfrutó del sabor de la mantequilla de canela y manzana ácida. Tragó.

–¿Trabajas fuera de casa?

Boston negó con la cabeza.

–Soy pintora. De textiles sobre todo, aunque últimamente… –se detuvo y algo le oscureció los ojos–. A veces hago retratos. Soy la responsable de la mayoría de las cosas raras que ves por aquí.

–Me encanta el porche.

–¿Sí? Deanna lo odia –arrugó la nariz–. Nunca me diría nada, claro, pero la oigo resoplar cada vez que lo pisa.

–¿Deanna?

–Tu otra vecina.

–Tiene una casa preciosa.

–¿A que sí? Tendrías que verla por dentro. Seguro que te invita. El mobiliario de los salones es de época. Las sociedades históricas la adoran –Boston volvió a mirar por la ventana–. Tiene cinco hijas. Bueno, para ti clientas –frunció el ceño–. ¿O se diría «usuarias»?

–Pacientes.

Boston asintió.

–Claro. Las niñas son un encanto –se encogió de hombros–. Pues bueno, este es el vecindario. Solo las tres. Cuánto me alegro de que alguien vaya a vivir en la casa del centro. Ha estado años vacía y una casa vacía puede resultar triste.

Aunque el tono de Boston no había cambiado, Andi percibió un cambio en su energía. Y aunque se decía que estaba siendo lo que su madre llamaría «rara para lo que se considera normal», no podía quitarse la sensación de que su vecina quería que se marchase.

Se terminó el bollo corriendo y sonrió.

–Has sido amabilísima. Te agradezco mucho la dosis de cafeína y el bollo, pero tengo muchas cosas que hacer.

–La mudanza. He oído que son duras. No me imagino viviendo en un sitio que no sea aquí. Espero que seas feliz en nuestra callecita.

–Seguro que sí –Andi se levantó–. Ha sido un placer conocerte.

–Igualmente –le dijo Boston acompañándola hacia la puerta principal–. Por favor, ven si necesitas algo. Y eso incluye la ducha. Tenemos un baño de invitados. Ya sabes, por si te cortan el agua.

–Eres muy amable, pero, si me cortan el agua, me iré a un hotel.

–Me gusta tu estilo.

Andi se despidió con la mano y salió al porche. Una vez la puerta se cerró tras ella, se detuvo un segundo y miró su casa desde la de la vecina. En ese lateral había varias ventanas rotas y parte del revestimiento estaba descolgado, suelto y desconchado. El jardín estaba lleno de maleza.

–Qué fea –murmuró volviendo al coche.

Pero no debía preocuparse, se dijo. Había ojeado los planos de la reforma y se reuniría con Zeke el sábado a primera hora de la mañana

para ultimar el contrato. Después comenzarían las obras.

Mientras tanto, tenía que prepararse para cuando llegaran los de la mudanza por la mañana. Había elegido una habitación en la planta de arriba donde almacenaría la mayoría de los muebles y, mientras durara la reforma, viviría en dos dormitorios pequeños del desván. Eran feos pero prácticos. El más grande serviría como salón y seudococina. Solo cocinaría lo que pudiera calentar en un horno tostador o en un microondas.

El diminuto baño del desván tenía una ducha construida obviamente para quienes no pasaran de metro y medio y unos sanitarios y accesorios de los años cuarenta, pero todo funcionaba. Zeke le había prometido instalarle un calentador de agua de inmediato.

Tenía lo que necesitaría para sobrevivir los tres meses de obras. Aunque le había dicho a Zeke que quería tenerlo todo listo para principios de julio, lo cierto era que tenía pensado abrir la consulta a primeros de septiembre para tener así un buen margen. Había visto suficientes programas de la tele como para saber que durante las reformas solían surgir problemas y retrasos.

Sacó los utensilios del SUV. Tenía que limpiar la habitación que usaría como almacén y el baño que se había adjudicado. Después se recompensaría con un sándwich de cerdo desmigado de Arnie's. Su agente inmobiliario le había prometido que la comida era genial.

Con cuidado, subió las escaleras del porche. Dos de los ocho escalones estaban sueltos. Metió la llave en la puerta principal, la sacudió para abrir el cerrojo y entró en el vestíbulo.

A diferencia de en la casa de Boston, ahí no había una colección ecléctica de muebles encantadores; no había persianas ni cortinas ni nada que pareciera remotamente habitable. El olor a deterioro y suciedad se entremezclaba con el hedor de antiguos habitantes roedores. El papel pintado colgaba de las paredes manchadas de humedad y un contrachapado cubría varias de las ventanas del salón.

Soltó el cubo lleno de productos de limpieza y una bolsa con trapos y papel absorbente, estiró los brazos y giró trazando un círculo. Ilusionada, soltó una risita mientras contemplaba el desastre tridimensional de su nuevo hogar.

–Vas a ser muy feliz –susurró–. Te voy a hacer brillar –sonrió–. Bueno, yo y una cuadrilla de obreros. Ya lo verás. Cuando todo esté terminado, las dos estaremos mejor.

Para cuando la casa estuviera reformada, Andi ya estaría establecida en la isla. Su exprometido sería poco más que un cuento con moraleja y ella estaría abriendo su próspera consulta médica. Ya no sería el fracaso de la familia ni la mujer que había sido tan tonta de darle diez años de su vida a un hombre que había intentado cambiarla antes de

abandonarla y casarse con otra a las dos semanas. Ya no tendría que preocuparse por no ser lo bastante buena.

–No seremos tan perfectas como esa casa de la izquierda ni tan artísticas como la del otro lado, pero estaremos bien. Ya lo verás.

Esas palabras fueron como una promesa y a ella siempre se la había dado bien cumplir sus promesas.

# Capítulo 2

Deanna Phillips miraba la foto. La chica era guapa, de unos veinticinco o veintiséis años, y con el pelo moreno. Por la pose era imposible distinguir su color de ojos. La joven estaba abrazando a un hombre y besándolo en la mejilla. Él miraba a la cámara y ella lo miraba a él.

La instantánea había captado un momento feliz. El hombre sonreía y la chica estaba inclinada hacia él con una rodilla doblada y el pie levantado. Todo en la foto debería haber resultado encantador. Inspirador, incluso…, de no haber sido porque el hombre en cuestión era su marido.

Se quedó ahí de pie en la habitación oyendo el sonido de la ducha. Eran poco más de las seis, pero Colin llevaba levantado desde las cinco. Primero había salido a correr, después había desayunado y luego se había duchado. Saldría por la puerta a las seis y media. De ahí iría a la oficina y luego se pondría en camino. Tenía un viaje de trabajo y no volvería a verlo hasta finales de semana.

Miles de pensamientos le asaltaban la cabeza. La había engañado y había sido tan idiota de guardar una foto en el móvil. La había engañado. ¿Quién más habría habido? ¿Cuántas más? La había engañado. El estómago se le sacudía como un barco cabeceando en una tormenta. De haber comido algo, lo habría vomitado. La recorrió un escalofrío, se le puso la piel de gallina y le temblaron las piernas.

–Vamos, céntrate –susurró.

No tenía mucho tiempo. En menos de media hora tenía que levantar a las niñas y prepararlas para el colegio. Esa mañana la esperaban en la clase de las gemelas y luego tenía que ir al trabajo. Había montones de detalles que atender, miles de tareas, trabajos y responsabilidades. Y nada de eso iba a parar porque Colin la hubiera traicionado del peor modo posible.

Le escocían los ojos, pero se negaba a llorar porque las lágrimas implicaban debilidad. Con el teléfono aún en la mano, se preguntó qué hacer. ¿Enfrentarse a él? Era la decisión lógica, debería decir algo. Pero no sabía qué. No estaba preparada. No…

La ducha se quedó en silencio cuando Colin cerró el grifo. Deanna

tembló y, sin hacer ruido, dejó el móvil en la cómoda junto a la cartera y las llaves de su marido. Solo lo había levantado para ver las fotos del último partido de sóftbol porque había querido actualizar la página de Facebook de la familia con un par de imágenes. Pero lo que había encontrado en lugar de eso había sido traición.

Necesitaba tiempo. Tiempo para asimilar lo que estaba pasando, lo que significaba. Para saber cuál sería el próximo paso. ¿Había un próximo paso?

Se puso la bata y bajó corriendo al estudio. Una vez allí, encendió el ordenador. Le temblaban los dedos mientras pulsaba el botón del portátil. Se sentó en la gran silla de cuero y se rodeó con los brazos. Tenía los pies fríos, pero no iba a subir a la habitación a por las pantuflas. No podía. Se desmoronaría, pensó con los dientes castañeteando. Si no tenía cuidado, estallaría en un millón de pedazos.

El ordenador emitió un zumbido y después un pitido al iniciarse. Entonces Deanna vio el fondo de pantalla. Mostraba a una familia perfecta: padre, madre, hijas. Todos rubios, atractivos, felices. Estaban en la playa y vestían vaqueros y jerséis de color marfil. Eran una maraña de brazos y piernas; las gemelas estaban agachadas y las niñas mayores estaban detrás de ellas. Colin la rodeaba con el brazo. Se estaban riendo. Estaban felices.

¿Qué puñetas había pasado?

–¿Estás bien?

Levantó la mirada y vio a su marido en la puerta. Llevaba un traje, el azul oscuro que ella le había elegido. Ese hombre tenía un gusto espantoso para la ropa. A Deanna no le gustó la corbata, pero ¿qué más daba? ¿En serio importaba eso ahora?

Lo observó preguntándose cómo lo verían las demás mujeres. Era guapo, eso tenía que reconocerlo. Alto, con los hombros anchos y los ojos azules. Se mantenía en forma y ella se había enorgullecido de eso, de tener un marido al que aún le sentaban de maravilla unos vaqueros y una camiseta. A diferencia de muchos hombres de su edad, Colin había evitado la barriga cervecera. Cumpliría cuarenta el próximo año. ¿Por eso sería lo de la otra mujer? ¿Por la crisis de la mediana edad?

–¿Deanna?

Se dio cuenta de que la estaba mirando.

–Estoy bien –no había creído poder hablar, pero de algún modo había logrado pronunciar esas palabras.

Él seguía mirándola, como esperando más. Deanna se humedeció los labios, no estaba segura de qué decir. «Tiempo», pensó desesperada. Necesitaba tiempo.

Metió las manos bajo el escritorio para que él no viera que estaba temblando.

–Esta mañana tengo el estómago un poco revuelto. Debe de ser por algo que he comido.

–¿Estarás bien?

Quería gritarle que, por supuesto, no estaría bien. ¿Cómo podía preguntarlo siquiera? Había destruido todo lo que habían formado juntos. La había destruido a ella. Todo por lo que había trabajado, todo lo que había querido había desaparecido. Iba a tener que dejarlo y convertirse en una de esas madres separadas y desesperadas. ¡Por Dios, tenía cinco hijas! No podría hacerlo sola.

–Estoy bien –le dijo con tal de que se marchara. Necesitaba tiempo para pensar, para comprender. Necesitaba un momento para cortar la hemorragia.

–Volveré el jueves. Estaré en Portland.

Siempre le decía esas cosas. Los detalles. Ella nunca escuchaba. Las niñas y ella tenían su rutina y estaban acostumbradas a que Colin pasara la semana fuera.

Entendió que tal vez ahora se iría para siempre. ¿Y entonces qué? Ella trabajaba a tiempo parcial en una tienda de manualidades. Impartía clases de confección de colchas y de *scrapbooking*. Con su sueldo pagaban cosas como vacaciones y restaurantes, pero con lo que ganaba no podía mantener un acuario, así que mucho menos a cinco hijas.

El pánico la envolvió, enroscándosele alrededor del corazón hasta que pensó que iba a morir allí mismo. Se obligó a seguir mirando a su marido, desesperada por recordar lo que era la normalidad.

–Espero que haga algo de calor –dijo.

–¿Qué?

–En Oregón. Espero que te haga buen tiempo.

Él frunció el ceño.

–Deanna, ¿seguro que estás bien?

Sabía que intentar sonreír sería un desastre.

–Es solo el estómago. Creo que será mejor que vaya al baño. Conduce con cuidado.

Se levantó. Por suerte, él dio un paso atrás cuando ella se acercó y pudo pasar por delante sin rozarlo. Subió las escaleras corriendo y entró en el baño. Una vez ahí se agarró al lavabo de mármol y cerró los ojos al ver en el espejo un rostro pálido y pasmado.

–Mamá, ya sabes que odio este pan. ¿Por qué sigues haciéndolo?

Deanna no se molestó en mirar. Se limitó a meter en la bolsa térmica el sándwich que había preparado la noche anterior. Después añadió las zanahorias *baby*, la manzana y las galletas. «Semillas de lino», pensó al levantar el recipiente reciclable lleno de galletitas.

Estaban hechas de semillas de lino. No eran las favoritas de las chicas, pero eran saludables.

–¡Mamá! –Madison se levantó con los brazos en jarra. A sus doce años ya dominaba una mirada de desdén que podía apocar hasta al más fuerte.

Deanna reconocía esa mirada y conocía la causa, sobre todo porque ella había sentido lo mismo por su madre muchos años atrás. La única diferencia era que su madre había sido una pesadilla mientras que ella no sabía qué había hecho para que su hija mayor la detestara de esa forma.

–Madison, hoy no estoy para esto. Por favor. Llévate el sándwich.

Su hija siguió mirándola y después se marchó dando pisotones y murmurando algo que sonó sospechosamente a «¡Serás zorra!». Pero no estaba segura y, de todos modos, era una batalla que no podría librar esa mañana.

A las ocho, las cinco niñas ya se habían ido. La cocina era el desastre de siempre, con tazones en la pila, platos en la barra de desayuno y cajas de cereales abiertas en la encimera. Lucy se había dejado su fiambrera junto a la nevera, lo que significaba que luego tendría que hacer otra parada más, y el abrigo de Madison seguía colgado en la banqueta.

Los despistes de Lucy no eran algo nuevo y, desde luego, nada personal, pero no podía decir lo mismo de Madison y el abrigo. Su hija ya había odiado el impermeable rojo cuarenta y ocho horas después de haber insistido en que era perfecto y que necesitaba tenerlo. Desde aquel día en que habían salido de compras a finales de septiembre, Madison y ella habían discutido por la prenda mientras su hija insistía en que le compraran una nueva. Deanna se había negado.

En algún momento de octubre, Colin había dicho que debían comprarle un abrigo nuevo, que no merecía la pena tanta discusión. A Lucy le gustaba el rojo y probablemente le quedaría bien para cuando llegara el otoño, pero si Madison lo usaba todo el año, acabaría demasiado estropeado para pasárselo a su hermana.

Una ocasión más en la que Colin no la había apoyado, pensó Deanna con amargura. Un ejemplo más de su marido poniéndose en su contra con las niñas.

Fue hasta la pila y abrió el grifo. Esperó a que el agua estuviera a la temperatura correcta, se echó tres dosis de jabón y se lavó las manos. Una y otra vez, por todas partes. Esa sensación familiar del agua caliente con el suave jabón la reconfortó. Sabía que no podía estar así mucho rato más; que, si no tenía cuidado, iría demasiado lejos. Por eso, mucho antes de sentirse preparada para parar, se aclaró, abrió un cajón que había junto al fregadero, sacó un paño de algodón y se secó las manos.

Salió de la cocina sin mirar atrás. Ya se ocuparía de ese desastre después. Pero, en lugar de subir a la segunda planta y al dormitorio principal, se sentó en el pie de las escaleras y apoyó la cabeza en las manos. La rabia se entremezcló con el miedo y el intenso sabor de la humillación. Había hecho todo lo posible por no parecerse a su madre, pero había lecciones que no se podían desaprender. La familiar pregunta «¿Qué van a pensar los vecinos?» le anidó en el cerebro y se negó a moverse de ahí.

Todos hablarían, todos se preguntarían desde cuándo tenía una aventura su marido. Todos darían por hecho que llevaba años engañándola. Al fin y al cabo, Colin trabajaba fuera.

Y aunque recibiría la compasión y la solícita atención de los amigos de ambos, el resto de mujeres casadas se alejarían porque no querrían a una divorciada rondando cerca. Sus maridos la mirarían preguntándose qué habría hecho para que Colin le fuera infiel y después le pedirían a él que les contara todos los detalles de sus aventuras para satisfacer así sus propias fantasías.

Ojalá pudiera volver a la cama y reiniciar la mañana. Ojalá no se le hubiera ocurrido buscar esas fotos, así no habría tenido que enterarse. Pero no podía retroceder en el tiempo y ahora le tocaba lidiar con la realidad de la traición de Colin.

Miró el anillo de boda en su mano izquierda. La gran gema central brillaba incluso en la penumbra. Tenía el cuidado de mandar a limpiar los anillos cada tres meses y revisar los engarces para asegurarse de que no se soltaba nada. Había tenido mucho cuidado con muchas cosas. Había sido una idiota.

Se lo quitó y lo lanzó al pasillo. El anillo rebotó contra la pared y rodó hasta el centro del suelo de madera pulido.

Después se cubrió la cara con las manos y se rindió a las lágrimas.

Boston King dispuso los tulipanes sobre la pequeña mesa pintada a mano que había sacado de la habitación de invitados. El tablero era blanco y las patas verde claro. Años atrás, había estarcido tulipanes por los laterales, un eco perfecto de las flores que ahora movía de un lado a otro intentando dar con la disposición para lograr el punto justo de desorden natural.

Colocó una larga hoja verde oscuro, movió un pétalo y acercó más el tulipán amarillo al rosa. Una vez conforme con lo que había hecho, levantó la mesa y la llevó hacia un rayo de luz. Después se acomodó en el taburete, levantó el bloc y empezó a dibujar.

Se movía con rapidez, con seguridad. Se le aclaró la mente según fue centrándose en las formas, los contrastes y las líneas y, en lugar de ver un objeto, vio las partes. «Piezas de un todo», pensó con una

sonrisa. Recordó lo que solía decirle uno de sus profesores: «Nosotros vemos el mundo a nivel molecular. Los bloques de construcción, no los resultados finales».

La primera flor apareció en la página e, impulsivamente, Boston agarró una tiza con la idea de capturar la pureza del pétalo amarillo. Mientras la deslizaba sobre el papel, su pulsera de abalorios le ofrecía una melodía familiar. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Gris. Había elegido el gris, no el amarillo. El gris más oscuro, casi negro aunque no del todo. Era una tiza regordeta y desgastada pero afilada. Siempre la tenía afilada. Después volvió a mover la mano, más deprisa que antes; los trazos eran relajados y sus movimientos casi como los de siempre.

Lo que había sido una flor se convirtió en algo mucho más hermoso, mucho más preciado. Unos cuantos toques más y estaba frente al rostro de un niño. «Liam», pensó pasando la mano por el dibujo mientras difuminaba y atenuaba las definidas líneas hasta que quedaron tan aletargadas como el pequeño.

Dibujó algunos detalles de fondo y después analizó el resultado. Sí, había reflejado al niño; la curva de su mejilla, la promesa de amor en sus ojos medio cerrados. Su chico favorito.

Escribió sus iniciales y la fecha en la esquina inferior derecha de la hoja y después la arrancó del bloc y la dejó encima de las demás. Levantó su taza de té blanco, fue a la ventana y miró al jardín trasero.

Unos abetos delimitaban la propiedad. Frente a ellos, la *Morella cerifera* del Pacífico se mecía con la brisa de la tarde. Todos habían sobrevivido al gran vendaval del invierno anterior. Los tulipanes que le quedaban bailaban porque ya habían cumplido su promesa de llegar a la primavera. Durante la próxima semana plantaría el resto del jardín. Le gustaban las hortalizas frescas, aunque no compartía la fanática obsesión de su vecina Deanna por cultivar su propia comida todo lo posible.

Era consciente del silencio; más que oír, sentía el latido constante de su corazón. Eso era lo que experimentaba últimamente. Silencio. No tranquilidad. La tranquilidad tenía una cualidad reparadora. En la tranquilidad podía encontrar la paz. En el silencio solo había ausencia de sonido.

Se giró y caminó hasta la parte delantera de la casa. El enorme camión de mudanzas en la entrada de la casa vecina rugió. Llevaba ahí desde primera hora de la mañana. Zeke le había contado que Andi tenía pensado almacenar la mayor parte de sus muebles en el dormitorio de arriba y vivir en el desván durante la reforma. No envidiaba nada el trabajo de los encargados de la mudanza, que tendrían que cargar con el pesado mobiliario por unas escaleras estrechas.

Como si esos pensamientos hubieran invocado a su marido, su estropeada camioneta roja apareció bordeando al camión, que estaba dando marcha atrás, y se dirigió hacia su casa. Lo vio aparcar, salir y avanzar hacia la entrada lateral.

Se movía con la misma seguridad y el mismo garbo que la primera vez que lo había visto. Ella tenía quince años y era una alumna nueva de segundo en el instituto del continente. Había sido su primera semana de clase y se había aferrado a sus amigas como un mono sin madre en la jungla. Él estaba en el último curso. Guapo, sexi y del equipo de fútbol. A pesar del calor de aquella tarde de septiembre, había lucido orgulloso su cazadora del equipo.

Ella lo había mirado una sola vez y se había enamorado profundamente. En ese instante había sabido que era el hombre de su vida. A Zeke le gustaba bromear diciendo que él había tardado un poco más; que había aceptado su destino a los diez minutos de haber estado hablando con ella.

Llevaban juntos desde entonces. Se habían casado cuando ella tenía veinte años y él veintidós. Su amor no había flaqueado nunca y habían sido tan felices juntos que habían pospuesto formar una familia. Ella aún tenía que afianzar su carrera y él había estado ocupado con su negocio. Tenían que ver mundo. Su vida había sido perfecta.

–¡Hola, cielo! –gritó Zeke al entrar por la puerta de la cocina–. Nuestra vecina se ha mudado.

–Ya lo he visto.

Zeke salió de la cocina y fue hacia ella. Su mirada marrón reflejaba afecto, como siempre, aunque ahora también cierto recelo porque en los últimos seis meses parecían haber tropezado más que avanzado.

Todo se reducía a una cuestión de culpabilidad, pensó Boston agarrando con fuerza la taza de té. En su cabeza ambos sabían que ninguno tenía la culpa, pero en su corazón… Bueno, no podía hablar del corazón de él, pero el suyo se había quedado hueco. Últimamente había empezado a preguntarse si era posible que el amor viviera en un agujero negro.

–Su reforma va a tener un gran efecto en nuestro balance final de este año –dijo Zeke–. Sé amable, ¿eh?

Ella sonrió.

–Siempre soy amable.

–Solo digo que, hasta que cobremos los cheques, podrías evitar hablar del poder que fluye de la tierra.

Boston puso los ojos en blanco.

–Solo celebré el solsticio de verano una vez y lo hice por ser amable con mi amiga de la clase de Arte que estaba impartiendo.

–Puedes ser bastante rara sin necesidad de culpar a los demás.

–Cateto.

–Rarita –la besó en la mejilla–. Voy a por mis cosas.

Volvió a la camioneta. Boston miró el reloj y vio que era demasiado pronto para empezar a preparar la cena. Con el buen tiempo que tenían podían hacer unas hamburguesas en la barbacoa. La primera de la temporada. Zeke había sacado esa monstruosidad de acero inoxidable y tecnología punta la semana anterior y se moría por encenderla.

Podía hacer una ensalada y tal vez invitar a Andi. Tenía que estar agotada después de un duro día de mudanza y sabía que en la casa no había nada que se pareciera a una cocina en funcionamiento.

Zeke volvió cargado con planos y contratos. Llevaba la fiambrera en una mano y una caja pequeña en la otra.

Ella sonrió.

–¿Es para mí?

–No sé. Lo he comprado para la chica más preciosa del mundo. ¿Eres tú?

Por mucho que otras cosas pudieran ir mal, Zeke siempre lo intentaba. Era un tipo atento y solía llevarle detalles.

Los regalos en sí no eran caros: un pincel nuevo, una flor, una horquilla para el pelo antigua. Durante todos los años que llevaban casados, siempre se había esforzado por hacerle saber que pensaba en ella, que le importaba. Y eso era parte del adhesivo que mantenía unido su matrimonio.

Boston alargó la mano hacia la caja, pero él se giró para que no pudiera alcanzarla.

–No tan rápido, jovencita.

Soltó los papeles y despacio acercó la caja. Ella la agarró ilusionada.

–¿Diamantes? –preguntó sabiendo que eso no era algo que les interesara a ninguno.

–Mierda. ¿Querías diamantes? Porque es una camioneta nueva.

A pesar de la broma, algo en su voz sonó distinto, y cuando Boston lo miró, vio incertidumbre en sus ojos. Abrió la caja despacio y clavó la mirada en los diminutos patucos rosas. Estaban confeccionados del modo más delicado posible, con un pequeño ribete de ganchillo y unos suaves cordones. Eran preciosos y muy de niña. Mirarlos hizo que se le encogiera el pecho. No podía respirar. Se quedó fría y se le cayó la caja.

–¿Cómo has podido? –le preguntó. Su voz fue apenas un susurro. El dolor la recorrió cortándola, surcándola. Se giró decidida a no dejar salir de la jaula a ese monstruo, a ese dolor.

Zeke la agarró del brazo.

–Boston, no me ignores. No te vayas. No me dejes así, cielo. Tenemos que hablar. Han pasado seis meses. Aún podríamos tener una familia. Otro bebé.

Ella se soltó de un tirón y lo miró.

–Nuestro hijo murió.

–¿Crees que no lo sé?

–Actúas como si no lo supieras. Dices «seis meses» como si fuese toda una vida. Bueno, pues no lo es. No es nada. Jamás lo superaré, ¿me oyes? Jamás.

Vio el afecto disiparse en los ojos de su marido a la vez que algo mucho más oscuro ocupaba su lugar.

–Siempre haces igual, siempre me ignoras. Tenemos que seguir adelante.

–Sigue adelante tú –le dijo mientras ese familiar entumecimiento se apoderaba de ella–. Yo me voy a quedar donde estoy.

Un gesto de resignación se posó en las líneas que rodeaban la boca de Zeke.

–Como siempre. Vale. Si quieres más de lo mismo, todo tuyo. Yo me marcho. No sé cuándo volveré.

Vaciló antes de girarse como si esperara que ella fuese a decirle que no se marchara. Boston apretó los labios ligeramente queriendo, no, mejor dicho, necesitando estar sola. Su marido se marchaba para emborracharse, pero no le importaba. Ella se perdía en la pintura y él en la botella. Así era como se enfrentaban al dolor.

Zeke sacudió la cabeza y se marchó. Unos segundos después, ella oyó el motor de la camioneta.

Cuando el sonido se desvaneció, volvió a su estudio. Al entrar no vio la luz colándose por las altas ventanas, los estantes hechos a mano y construidos siguiendo sus especificaciones, los caballetes, los lienzos en blanco aguardando su destino. En lugar de ver todo eso, posó la mirada en las imágenes de Liam. Su hijo.

Esbozos diminutos y retratos a tamaño real. Dibujos y acuarelas. Había empleado cada material, cada medio. Había creado cientos de pinturas, tal vez miles. Desde que lo habían enterrado, era lo único que podía dibujar. Lo único que quería crear.

Ahora, con el corazón aún golpeteándole con fuerza y el cuerpo frío, agarró un bloc y un lápiz. Después se acomodó en su taburete favorito y empezó a dibujar.

# Capítulo 3

Deanna estaba en el aparcamiento sentada en el coche. La primavera había llegado al Pacífico Noroeste. Hojas nuevas reflejaban la luz del sol y las yemas de las flores cubrían los arbustos. El parque municipal tenía un césped verde claro aún por pisotear por los niños que pronto irían a jugar.

Agarró su café para llevar, pero entonces vio que le temblaba la mano demasiado como para sujetarlo y mucho más para llevárselo a la boca. Llevaba temblando los dos últimos días. Temblando, sin comer e intentando averiguar cómo salvar los pedazos rotos de su antes perfecta vida. Había ido alternando entre culparse y querer a matar a Colin. Había llorado y gritado, y cuando las niñas habían estado delante, había fingido que no pasaba absolutamente nada. Después había trazado un plan.

En el asiento del copiloto había varias hojas. Notas que había tomado, teléfonos y estadísticas. Tenía todos los documentos de las niñas y copias de los extractos bancarios de la cuenta común que tenían Colin y ella.

Sus opciones eran limitadas.

La cuestión era que no quería el divorcio. Estar casada formaba parte de su identidad, parte de lo que había querido siempre, y Colin no le iba a arrebatar eso también. Así que iba a explicarle que, aunque podía perdonar, no tenía pensado olvidar y que él tenía mucho trabajo por delante si quería recuperarla.

Tenía varias armas que estaba dispuesta a usar. Las niñas, por supuesto, y el estatus de él dentro de la comunidad. A Colin le encantaba la isla, pero, si no entraba en razón, acabaría excluido.

Desde lo más profundo de su mente una voz le susurró que tal vez no quería dejar a la otra mujer; que tal vez ya no le interesaba su familia. Y con «familia» sabía que su voz se refería a ella, porque no había duda de que Colin quería a sus hijas.

Ignoró la voz porque sabía que provenía de su parte más débil. Hacía falta fuerza y sería fuerte. Sabía cómo hacerlo. Había sobrevivido a cosas mucho peores.

Respiró hondo y se calmó lo suficiente para levantar el café y dar un

sorbo. Una vez Colin accediera a terminar con la aventura, ella insistiría en que fueran a terapia de pareja. Y además, de pasada, mencionaría que tenía los nombres de algunos abogados buenos; abogados que no tenían claro que un padre infiel mereciera pasar mucho tiempo con sus hijas.

Gracias a Dios, la casa no era problema. Estaba a su nombre y lo estaría hasta que muriera. En ciertos momentos a lo largo de los años había pensado en incluir a Colin en las escrituras, pero no lo había llegado a hacer nunca y ahora lo agradecía.

Miró el reloj. Aproximadamente una hora antes, cuando había sabido que Colin estaba cerca de casa, le había enviado un mensaje diciéndole que sabía lo de la otra mujer y que se reuniera con ella en el parque. Era una conversación que debían mantener en privado, y con cinco niñas en casa la privacidad era casi inexistente. Madison estaba con una amiga y sus otras cuatro hijas con una niñera que había contratado.

El sedán deteriorado de Colin se detuvo junto a su SUV. Deanna soltó el café y agarró las carpetas. Cuando sus dedos rodearon el tirador de la puerta, la rabia la invadió. Fue una furia fría y densa que le provocó ganas de ponerse a dar golpes a diestro y siniestro, a cortar y a magullar. ¿Cómo se había atrevido Colin? ¿Ella se había pasado la vida al servicio de su familia y ahora le hacía esto?

Respiró hondo intentando calmarse. Tenía que tener la mente clara. Tenía que ser capaz de pensar. Tenía que mantener el control.

Colin bajó del coche y la miró por encima del techo. Llevaba el traje azul, pero se había cambiado la camisa y la corbata. Alentada por la superioridad moral que le otorgaba la posición en la que se encontraba, ella abrió la puerta.

–Hola, Deanna.

¿Hola? ¿Nada de «lo siento»? Apretó los labios y asintió antes de dirigirse hacia un banco en el césped. Se sentó en el lado que tenía vistas al estrecho. Eso le daría algo que mirar mientras él se arrastraba.

Colin se sentó enfrente y posó su mirada azul en su rostro. Ella esperó, preparada para la explicación, para las disculpas. Esperaba ver algo de miedo en sus ojos. «No», pensó con frialdad. «Mucho miedo».

Pero no lo vio. En todo caso, estaba como siempre. Cansado del viaje, por supuesto. Y si tuviera que nombrar alguna otra emoción, diría «resignación». Casi podría decir incluso que tenía mirada de determinación, aunque eso no tenía sentido.

Colin asintió hacia las carpetas y dijo:

–Has venido preparada.

–Sí.

Se inclinó hacia ella y apoyó los codos en la mesa.

–No estoy teniendo una aventura. Nunca he tenido ninguna.

–He visto la foto.

–Has visto una foto.

Deanna se echó atrás y se puso derecha.

–Si vas a hacer juegos de palabras, aquí se acaba la conversación.

–Lo que digo es que viste una foto mía con una compañera. Toda la oficina estaba de celebración. Val acababa de comprometerse. Unas semanas antes, su novio había estado raro y ella creía que quería acabar la relación, pero le dije que esperara, que estuviera tranquila. Resultó que estaba preparando un fin de semana romántico para pedirle matrimonio. En la foto ella está dándome las gracias.

–¿Con un beso?

–En la mejilla, Deanna. Es una cría. No te estoy engañando.

Vio la verdad en sus ojos. Colin nunca había sido un mentiroso, lo cual era una buena cualidad en un marido, pensó a medida que el alivio reemplazaba el miedo. De pronto las carpetas le pesaron y la dejaron en evidencia.

–Podrías haber dicho algo –murmuró consciente de que le debía una disculpa.

–Y tú –él se puso recto y la observó–. Siento que hayas pensado que soy la clase de hombre que te engañaría.

–No sabía qué otra cosa podía ser –admitió incómoda por haberse equivocado–. Tu vida laboral está lejos de nosotras. Estabas besando a otra mujer y siempre estás fuera.

–No es culpa mía que lo hayas malinterpretado.

–Lo sé.

Era una idiota. Tenía que explicarse y admitir su error. Así funcionaban las cosas.

–Es que… –las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

–No –dijo Colin de pronto cuando ella no continuó. La miró–. No, no es suficiente.

–¿Qué?

–Que no te disculpes. Otra vez.

Se puso tensa.

–¡Colin!

–Estoy harto. De ti, de nosotros. No soy feliz con nuestro matrimonio. Llevo mucho tiempo sin serlo.

Lo miró atónita; las palabras la golpearon directamente en el pecho. Abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir.

A él se le tensó el gesto.

–Estoy cansado, Deanna. Estoy cansado de lidiar contigo. No te preocupas ni por mí ni por nuestra relación. Creo que lo único que te importa es salirte con la tuya y lo que ven los demás. Está clarísimo que no me quieres cerca. Solo quieres mi sueldo y luego me quieres

tener lejos.

Las mejillas le ardían a la vez que el miedo le helaba el pecho y le hacía imposible respirar.

–¿Crees que no me doy cuenta de cómo te alteras cada vez que intento hacer algo con las niñas? Haces que nos sintamos como si fuéramos una visita inoportuna en nuestra propia casa. Para ti nada es lo bastante bueno y está claro que nosotros no lo somos. No dejas en paz a las niñas y siempre te estás metiendo conmigo. La casa es tu dominio y me dejas bien clarito que no soy bienvenido en ella.

–No sé de qué hablas –susurró vapuleada por el inesperado ataque–. Nada de eso es verdad.

–¿Ah, no? ¿En serio lo crees? Entonces el problema es mucho más grande de lo que creía –se quedó callado un momento–. Pensé que la cosa mejoraría, que verías lo que estás haciendo, pero ni lo has visto ni lo verás. A lo mejor he tenido miedo a las consecuencias, no lo sé. Pero, sea como sea, me he cansado de esperar.

Se levantó y la miró.

–Seguro que tienes toda clase de información en tus carpetas, Deanna. No sé si tenías pensado acojonarme o decirme que me marchara. Y aunque mi conclusión no será tan detallada como la tuya, ahí va de todos modos. Quiero un matrimonio de verdad, quiero sentirme bienvenido en mi casa. Estoy cansado de que tomes todas las decisiones y trates a nuestras hijas como si fueran perros que adiestrar en lugar de niñas a las que criar y cuidar. O las cosas empiezan a cambiar desde ya o adiós a nuestro matrimonio.

Tal vez Colin había dicho algo más, pero no estaba segura. Lo único que sabía era que tenía frío, no podía respirar y le dolía el estómago. Intentó levantarse y no pudo. Se le cayeron las carpetas al suelo y los papeles se desperdigaron por todas partes.

Él se equivocaba. ¡Se equivocaba! Se repitió esas palabras una y otra vez. Se equivocaba y había sido cruel. Lo odiaba, odiaba todo aquello.

Logró levantarse y, una vez se hubo apartado del banco, se giró para decírselo, pero Colin ya se había ido y se alejaba en su coche. Lo vio desaparecer en una curva y entonces se quedó sola.

Boston hundió las manos en la fría tierra y movió los dedos entre la arena suelta. Al lado tenía una hilera de plántulas, delicados brotes que se convertirían en vegetales robustos. Aunque plantaba la mayor parte de su jardín directamente de semillas, en los últimos años había estado experimentando y probando a cultivar algunas hortalizas partiendo de plántulas. Zeke le había construido un pequeño invernadero solo para ello. El año anterior había tenido éxito con los tomates y este año estaba añadiendo brócoli y repollo.

Agarró la primera planta, pero se echó atrás apoyándose en los talones al oír una camioneta detenerse en el camino de entrada. No era su marido. Sería su cuñado, Wade, que habría ido allí seguramente para defender a su hermano. Un hermano mayor nunca dejaba de serlo y Wade no podía evitar interponerse entre Zeke y sus problemas; le era tan imposible como cambiar su estatura o el color de sus ojos.

Se quedó sentada sobre el césped con las piernas cruzadas y esperó. Unos treinta segundos después, Wade dobló una esquina de la casa y la vio.

–Me imaginaba que estarías en tu jardín –dijo al acercarse.

Boston lo miró. Los hermanos eran más o menos de la misma estatura, casi metro noventa, y tenían el pelo y los ojos oscuros. Eran fuertes, sosegados y tremendamente leales. Además, convivían con unos demonios que jamás admitirían y compartían una pasión por el deporte que ella nunca había comprendido. Lo único que sabía era que cada año, cuando por fin acababa la temporada de fútbol americano, ella lo festejaba con una pequeña celebración privada.

Wade se sentó a su lado con sus largas piernas estiradas. Llevaba vaqueros, una camisa de cuadros y unas botas de trabajo desgastadas. Nada de cazadora. Los hermanos King eran duros y no se molestaban en llevar ningún tipo de ropa de abrigo hasta que prácticamente helaba.

Conocía a Wade desde hacía casi tanto como a Zeke. Si no recordaba mal, Zeke la había llevado a casa a conocer a su familia después de la segunda cita. Mientras tomaban ensalada y espaguetis, había anunciado que iba a casarse con ella algún día. Boston tenía que reconocer que sus padres habían reaccionado muy bien, ni se habían inmutado, aunque probablemente habían dado por hecho que los amores de juventud eran de corta duración.

–Cree que estás cabreada –dijo Wade con tono distendido.

–¿No debería ser él el que estuviera teniendo esta conversación conmigo?

–Ya sabes que Zeke odia las confrontaciones.

–¿Y tú no?

Wade le lanzó una sonrisa familiar.

–Me aprecias demasiado como para gritarme. Además, soy el espectador inocente.

–Quiero a Zeke y me siento muy cómoda gritándole.

–Claro, y por eso estoy yo aquí en lugar de él. No sabe cómo acercarse a ti. Dice que hay días en los que parece como si ni siquiera estuvieras aquí.

Una apreciación bastante acertada, pensó sabiendo que cada rincón de su corazón estaba lleno de dolor. Había tanto que no podía sentir nada más. Y como el dolor la consumía, ella elegía deliberadamente

no sentir nada en absoluto.

Echaba de menos a su niño precioso en la absoluta soledad, en un vacío emocional donde él siempre estaba sonriendo y feliz y solo un poco fuera de su alcance.

Hurgó en la tierra removida.

–Esta no es tu guerra, Wade.

–Dime que puede volver a casa. Estoy cansado de que duerma en mi sofá.

–No tenía por qué haberse ido nunca.

Wade enarcó la ceja izquierda.

Ella suspiró.

–No es culpa mía que prefiriera salir corriendo antes que luchar. Yo estoy dispuesta a que vuelva.

–¿Sí? Pues él dice que el problema es que tú no luchas –la preocupación le oscureció los ojos–. Ya habéis perdido a Liam. No os perdáis el uno al otro.

Boston logró no estremecerse al oír el nombre de su hijo.

–No me puede perder –respondió haciendo todo lo posible para que no se le quebrara la voz y evitar que Wade descubriera la verdad–. Amaré a Zeke hasta que me muera. Y en cuanto a lo demás, ¿te ha dicho lo que dijo?

Wade la miró.

–No se equivoca, Boston. Tener otro bebé…

Boston se levantó y negó con la cabeza.

–Calla. Ni se te ocurra decirlo. Tienes una hija, es preciosa y está sana, y no puedes decirme cuándo debería estar preparada.

Dio un paso atrás y después otro.

Wade alzó las manos.

–Lo siento. Tienes razón. No puedo decirlo. No debería haberlo mencionado.

Boston respiró hondo. Wade se acercó y la abrazó. Ella se cobijó en su consuelo; una aceptación silenciosa de su disculpa. Su cuñado le besó la cabeza.

–No te enfades con él. Te quiere. Y yo también te quiero, aunque no así, claro.

Era una antigua broma, una broma familiar que la hizo sentirse cómoda. Cerró los ojos y asintió.

–Yo tampoco te quiero así. Mándalo a casa. No pasa nada.

–¿Seguro?

–Si está aquí, así puedo torturarlo más.

–Esa es mi chica –la soltó–. Me voy a ocupar de la reforma Gordon.

–¿La de la casa de al lado? ¿No lo va a hacer Zeke?

–Hemos decidido que yo era más apropiado para el proyecto.

Miró a Wade y enarcó las cejas.

–Claro, cómo no. Seguro que ha sido una conversación larga y muy meditada y que no ha tenido nada que ver con el hecho de que Andi Gordon es guapa, está soltera y tiene un culo estupendo.

–Mi trabajo es puro sufrimiento. Hago lo que puedo.

–Menudo golfo estás hecho.

–No tanto, pero sí que quiero ver a la vecina nueva –le guiñó un ojo–. Tengo una cita mañana a primera hora. Deséame suerte.

–No, y dile a mi marido que venga a casa.

Wade mostró su acuerdo haciendo un ademán con la mano y después fue hacia la camioneta. Boston siguió con sus plantas.

Zeke volvería, hablarían y la vida continuaría. En algún momento él tendría que aceptar que no estaba preparada para dar el siguiente paso, que su corazón se había roto en tantos pedazos que tal vez nunca volvería a estar entero. La gente se recuperaba de formas distintas y a ritmos distintos. Le parecía bien que él ya hubiera salido adelante y casi deseaba poder ser igual. Casi. Porque lo cierto era que no seguir adelante le permitía mantener cerca a su bebé. En su dolor, Liam siempre estaba con ella. Y ahí era exactamente donde debía estar.

Deanna no sabía cuánto tiempo estuvo sentada en el parque. Cuando por fin se obligó a moverse, estaba temblando, tal vez porque había refrescado o tal vez por algo muy en su interior.

Las palabras de Colin seguían azotándola y al levantarse sintió que sangraba por unas heridas que nadie podía ver.

Colin se equivocaba, se dijo al volver al SUV. ¿Cómo podía pensar eso de ella? Quería a sus hijas. Entregaba su vida a su familia, no se quedaba nada para ella. Era una mujer definida por sus relaciones, por su amor por todos ellos.

Arrancó el motor y, despacio, volvió a casa. Al hacer un giro, la carpeta cayó del asiento y los papeles se desperdigaron por la alfombrilla del copiloto.

Había estado tan segura, pensó con amargura. Tan preparada. Había sabido qué iba a decir, qué iba a exigir. Y ahora, ahí estaba, descolocada por completo, incapaz de saber qué había salido mal exactamente.

La humillación la abrasaba, le quemaba la piel. ¿Colin había hablado de eso con las niñas? ¿Todas sabían lo que había pasado? Se imaginaba que Madison estaría contenta, pero las otras niñas, las pequeñas, las gemelas, eran sus bebés. La querían. Era su madre.

Sin embargo, ahora ya lo tenía menos claro que hacía una hora. Era como si alguien hubiera levantado todo su mundo, lo hubiera sacudido y lo hubiera vuelto a soltar. Aunque todo estaba donde debía

estar, las juntas no estaban rectas y los bordes no estaban alineados.

Dobló una esquina y empezó a subir la colina. Las tres casas, las Tres Hermanas, aparecieron ante ella. Ver la suya, con esa reforma tan preciosa, solía calmarla, pero hoy no. Ahora no.

Al parecer, no había estado sentada en el parque tanto como había creído porque Colin seguía en la entrada. Las cinco niñas estaban arremolinadas a su alrededor, abrazándolo, hablando y rivalizando por cargar con su maleta.

Aminoró la marcha, se detuvo en la calle y observó cómo sus hijas sonreían a su padre. Qué felices estaban de verlo. Podía oír sus voces de emoción y sus risas. Prácticamente lo estaban venerando.

Unos días atrás, la escena la habría llenado de felicidad y orgullo. Había muchos padres que no se preocupaban por sus hijos, pero Colin no era así. Siempre se había implicado en las vidas de las niñas y ella ahora entendía que había tenido un plan durante todo ese tiempo. Un deseo de arrebatárselo todo. De hacerle daño.

Esperó a que hubieran entrado en casa y después aparcó junto al coche de él y entró. Se oían unas voces fuertes en la cocina mientras las niñas se disputaban la atención de su padre. Subió las escaleras hasta su dormitorio y cerró la puerta.

Se apoyó en la robusta madera e intentó seguir respirando. No lloraría, se dijo. No permitiría que Colin supiera que le había hecho daño.

Fue hasta la cama y se agarró a uno de los postes. Se aferró a él, le costaba respirar.

Todo era tan injusto que quería gritar. Lo había sacrificado todo por Colin; había creado esa vida perfecta de la que ahora él se quejaba. Era una buena madre. ¡Claro que sí! ¿Cómo se atrevía a juzgarla? Él salía fuera todas las semanas y ella se ocupaba de todo y tenía que solucionar cada crisis mientras él podía ir y venir a su antojo.

Él siempre era el héroe que regresaba triunfante a su hogar y ella era la madre que les recordaba a sus hijas que tenían que lavarse los dientes.

La amargura se le acumuló en la garganta en forma de bilis. Se agarró a la madera tallada con ambas manos, clavando las uñas en la superficie barnizada. El odio la llenaba. El rencor y la rabia se mezclaron convirtiéndose en veneno.

«¡Que le den!», pensó con saña. «¡Que les den a todos!».

# Capítulo 4

Andi estaba de pie frente a la cafetera.

–Venga, date prisa. Me muero de ganas de tomarme un café.

El agua borboteó sobre el café molido y después cayó goteando en forma de un oscuro elixir mágico. Andi sostuvo la taza en el espacio destinado a la jarra y esperó a que se llenara hasta el borde antes de colocar la jarra en su sitio con gran maestría y dar el primer trago.

«Vida», pensó feliz mientras el líquido, caliente y cafeinado, se le deslizaba por la garganta. Vida, promesas y un alivio gradual del embotamiento y el adormecimiento que le nublaban el cerebro.

Se apartó el pelo de la cara e intentó recordarse que le encantaba la casa. Se había desarraigado de su vida por una razón que en su momento le había parecido muy convincente.

–Más café –dijo en voz alta–. Así luego ya recordaré por qué esto me pareció una buena idea.

Cruzó el desván y miró por la ventana. Aunque estuviera viviendo apretujada, desde luego no podía quejarse de las vistas. Desde ahí arriba podía ver toda la mitad oeste de la isla y, más allá, el estrecho resplandeciendo bajo el sol de la luminosa mañana. Ahora mismo, café en mano y sin nada espantoso bombardeándole la cabeza, podía verle potencial. A las tres de mañana no tanto.

Una camioneta paró en el camino de entrada. La miró preguntándose quién podía ir a visitarla un sábado a las ocho de la mañana. No había…

–Mierda –dijo dejando el café en el alféizar de la ventana. Y entonces se fijó en la camiseta extragrande que usaba para dormir–. Mierda y mierda.

Zeke, el contratista. Habían quedado, lo cual habría recordado si hubiera dormido más de cuatro horas en las últimas tres noches.

Se quitó la camiseta y se puso unos vaqueros y un sujetador. Después agarró la misma camiseta del día anterior, se calzó unas sandalias y bajó las escaleras corriendo. Se detuvo en el rellano del segundo piso lo justo para ponérsela y colocársela.

Consciente de que no se había duchado desde que había llegado y que su pelo parecía sacado de *Halloween 5*, dio gracias por al menos

haberse lavado los dientes. La civilización exigía ciertos niveles de conducta. Los suyos podían no ser especialmente elevados, pero al menos había mantenido algunos.

Bajó de un salto los últimos tres escalones y corrió hacia la puerta. La abrió justo antes de que Zeke llamara.

–¿En serio? –dijo riéndose–. ¿Has venido en coche? Pero si vives…

«Al lado». Esas palabras no pasaron de su lengua y se quedó boquiabierta. Porque el tipo que tenía delante no era Zeke King, su contratista y vecino.

Zeke era alto, con el pelo oscuro y una sonrisa bonita. Era guapo, sí. Pero incluso aunque esa descripción exacta pudiera aplicarse al hombre que tenía delante, no se parecían en nada.

Debía de ser un par de centímetros más bajo que Zeke y, aun así, parecía más alto. Tenía el pelo más oscuro y la sonrisa más luminosa. Era más atractivo, pensó con cuidado de cerrar la boca y deseando con locura haberse duchado y maquillado e incluso haberse puesto ese traje estupendo que hacía que pareciera que tenía curvas y hasta tetas.

–Buenos días –dijo el hombre con una voz grave y sugerente.

Los dedos de los pies, cuyas uñas llevaba sin pintar, se le encogieron un poquito.

–Debes de ser Andi Gordon. Soy Wade King, el hermano de Zeke.

¿Zeke tenía un hermano?

Tenía algunas arrugas alrededor de los ojos y unos rasgos faciales más esculpidos. Debía de ser un par de años mayor que Zeke. Si durante la última década un capullo inútil no le hubiera estado pisoteando el corazón para luego dejarla plantada en el altar y casarse con su secretaria dos semanas después, tal vez se habría preguntado si Wade estaba soltero.

–¿Andi?

–¿Qué? Perdona –sacudió la cabeza–. No estoy del todo aquí. Pasa.

Retrocedió para dejarlo entrar.

–¿Dónde estás?

–¿Cómo dices?

–Has dicho que no estás del todo aquí.

–Ah, vale. Falta de sueño. Tengo murciélagos.

Wade se rio.

De pronto lo encontró un poquito menos sexi.

–No es broma. Tengo murciélagos y no tengo agua caliente. Diría que la falta de agua caliente es el mayor problema cuando estoy despierta, pero es que resulta que los roedores voladores me tienen toda la noche sin dormir.

Él soltó su mochila desgastada en el suelo lleno de polvo.

–Pues sí que odias a los murciélagos.

–Odio todo lo que vuele en dirección a mi pelo a las tres de la

mañana. He estado ahuyentándolos con una escoba.

–Pagaría por verlo.

–Yo pagaría por que desaparecieran. ¿Sabes el porcentaje de murciélagos que transmiten la rabia?

–No.

–Es altísimo.

Él arrugó la boca.

–Ya veo que conoces la cifra exacta.

Ella puso los brazos en jarra.

–¿Para qué has venido?

–Soy tu contratista. Wade King. Pues sí que estás cansada, sí.

–No he olvidado tu nombre. Eres el hermano de Zeke. ¿Trabajáis juntos?

–Sí. Construcciones King. No tenemos nada que ver.

–¿Qué?

–Construcciones King. ¿*The Kings of California*? –dijo como intentando ayudarla a comprenderlo–. Los reyes de California son lo más en… Bueno, da igual. Zeke y yo trabajamos juntos en todas las obras. Los dos estaremos en esta, pero el encargado seré yo –agarró la mochila–. He traído los planos. ¿Te apetece verlos? Sé que te reuniste con Zeke justo después de comprar la casa, pero quiero confirmarlo todo antes de que empecemos con la demolición el lunes.

–¿Puedo tener agua caliente y dejar de tener murciélagos?

Él le lanzó una sonrisa que hizo que le temblaran las rodillas.

–Claro. Me ocuparé de esas dos cosas antes de irme.

–Entonces, miraré los planos encantada.

Poco después de las diez, Andi estaba bajo un chorro de agua caliente decidida a no pedir nada ni quejarse por nada nunca más. Ducharse fue como estar en el paraíso. Se aclaró la espuma del pelo, agarró el gel con aroma a tarta de cumpleaños y se echó un buen pegote en la mano. La dulce fragancia la envolvió borrando el último rastro de cansancio que le quedaba. Mientras tuviera agua caliente y café, podría ser feliz.

Veinte minutos después, se había puesto ropa limpia y se había desenredado el pelo. Siguió el sonido de unas palabrotas hasta la tercera planta y vio cómo el contratista macizo descubría que lo de los murciélagos no era mentira.

–¿Lo ves?

–No es buen momento para ponerse petulante –respondió Wade. Estaba en un rincón oscuro de la zona que ella ocupaba a modo de salón agitando lo que parecía una red para cazar mariposas.

–Claro que lo es. No me creías. Ah, y lo de la rabia tampoco era

broma. Que no te muerdan.

Él le echó una mirada fugaz.

–Que no me muerdan es el plan.

Algo oscuro cayó en picado desde una viga. Wade agitó la red y lo atrapó antes de que pudiera colarse detrás del armario grande que había contra la pared. Andi reconoció que no sabía con qué quedarse; si con su impresionante coordinación ojo-mano o con las ondas de los músculos que había visto bajo su camiseta desgastada.

El murciélago aleteaba dentro de la red. Wade colocó la abertura de la red contra la pared para que no pudiera escapar.

–Sujétala, por favor.

Ella agarró el mango mientras él se ponía unos guantes.

–No lo irás a matar, ¿no?

–No. Voy a llevarlo a los árboles y a soltarlo. Solo he encontrado a este, así que con esto ya deberías estar bien.

–Vale –dijo ella y añadió estremeciéndose–: Espero que no te ataque.

Wade enarcó una ceja.

–Y yo.

Lo vio todo desde la ventana. Wade apareció en su parcheado jardín y caminó hacia una arboleda. Unos segundos después, algo revoloteó entre las hojas y él volvió hacia la casa.

«Impresionante», pensó deseando haberlo llamado tras la primera noche. Podría haberse librado del murciélago mucho antes.

Sirvió dos tazas de café y se sentó junto a la pequeña mesa. Wade hizo lo mismo y sacó los planos de la mochila.

Estaban tan cerca que podía oler el aroma a limpio del jabón y el suavizante de ropa. Sus ojos, oscuros, estaban compuestos de miles de tonos marrones con motas doradas diminutas. Lo miró a la boca y se preguntó si besaría bien, aunque, de todos modos, tampoco podría juzgarlo; había estado una década besando a Matt y mira cómo había acabado por ello.

–Este es el plano de la planta principal.

Wade le acercó el papel y lo orientó de modo que tuviera cerca la puerta principal. Ella se echó hacia delante y recorrió con el dedo las distintas habitaciones: sala de espera, zona de recepción, despacho, sala de almuerzo, tres salas de tratamiento, almacén.

Él le habló de ventanas e iluminación y de los materiales que usarían. Tendrían que decidir los colores de la pintura y los accesorios fijos.

–Hace unos años hicimos la reforma del consultorio del doctor Harrington. ¿Lo conoces?

–Sí. Trabajaré allí hasta que esté hecho el mío. Empiezo el lunes.

–Echa un vistazo cuando puedas. Hicimos algunos muebles

empotrados a medida y las enfermeras están encantadas. Podemos hacértelos a ti también.

Miró a Wade.

–Lo más importante es recordar que atenderé a niños. Quiero que se sientan cómodos. Ya que los pobres vienen malos, no quiero que encima el entorno los asuste, así que quiero colores vivos y simpáticos.

Él se recostó en la silla y sonrió.

–Hablas como mi cuñada –dijo señalando la casa de al lado–. Boston.

–Ah, claro. Zeke es su marido. La conocí hace unos días. Es maja.

–Sí que lo es. Y es pintora. A lo mejor las dos podríais hablar sobre qué hace que un color resulte más simpático que otro.

Ella lo miró fijamente, consciente de que los ojos se le habían arrugado en un gesto de diversión.

–Te estás burlando de mí.

–Un poco. Aún nos queda algo de tiempo hasta que estemos listos para pintar.

–Me aseguraré de tomar una decisión en las próximas semanas.

Hablaron de todos los detalles; qué muros tirarían y el follón que se armaría. Wade le aseguró que podría vivir en la casa durante toda la obra y ella casi lo creyó. Andi confirmó las fechas de entrega de algunos equipos y le dio la lista de los electrodomésticos y los accesorios que ya había elegido.

–La mayoría de las tardes te informaré sobre cómo va todo. Suelo ser el último en irme al acabar la jornada.

–Un jefe que trabaja –murmuró ella–. Impresionante. ¿A tu familia no le molesta que trabajes tantas horas?

–Están acostumbrados.

Andi suspiró por dentro. A la porra su intento de sacar información con sutileza sobre si estaba o no casado. Una chica de dieciséis años tendría más experiencia que ella en cuestión de citas. Lo único que quería saber era si Wade era tan bueno como parecía. Y también si estaba casado, claro.

Pero no porque quisiera una relación ni ninguna otra cosa; de hecho, se había mudado a la isla con la idea de ser célibe el resto de su vida. Con el tiempo ya no echaría de menos estar con un hombre. Después de todo, ¿cómo podía anhelar algo que en realidad no había tenido jamás? Matt y ella nunca habían tenido lo que podía denominarse una vida sexual salvaje, aunque ahora mismo cualquier cosa que no fuera cada dos sábados y con la luz apagada le parecería divertido. Pero no lo diría en voz alta, ni siquiera lo pensaría. Esa parte de su vida había acabado. Había pasado página. Era como si hubiera pasado a un nivel espiritual más alto.

–¿Andi?

Parpadeó y se dio cuenta de que Wade la estaba mirando.

–¿Mmm?

–¿Estás bien?

–Estoy bien. Un poco grogui por mis noches con un murciélago.

–Sería duro para cualquiera –él se levantó–. Vamos. Te voy a enseñar dónde se me ha ocurrido que pongamos la cocina.

Qué triste, era la invitación más apasionante que le habían hecho en los últimos tiempos.

Era domingo por la mañana y Deanna se detuvo en lo alto de las escaleras. Oía las risas y la conversación procedentes de la cocina. Siempre era así. Fuera cual fuera su agenda laboral, Colin se aseguraba de estar en casa el domingo. Se levantaba temprano y preparaba el desayuno para toda la familia. Unas veces eran tortillas francesas y otras tortitas. En una ocasión había hecho bollitos ingleses caseros.

Las niñas lo acompañaban, sentadas en las banquetas junto a la encimera y charlando sobre cómo les había ido la semana. Madison y Lucy ayudaban a prepararlo todo y Audrey cuidaba de las gemelas.

A Deanna nunca le había gustado mucho el ritual del domingo. No le gustaba que Colin cocinase. Lo dejaba todo hecho un desastre. Usaba todas las cacerolas y las sartenes que tenían y dejaba salpicaduras y manchas por todas partes y una pila de platos en el fregadero. Pero lo que menos le gustaba era que esas mañanas todos parecían estar contra ella. Aunque fuera la madre y la que cocinaba el resto de comidas, nunca se había sentido cómoda en su propia cocina los domingos por la mañana.

Ahora estaba allí esperando, no muy segura de si unirse o no. Habían estado evitándose los dos últimos días y Colin había dormido en el sofá, algo que a ella le había fastidiado. Le habría encantado echarlo del dormitorio de una patada, pero él no le había dado oportunidad y encima ahora estaba actuando como si nada hubiera cambiado.

Suponía que para él no había pasado nada. Le había dado un ultimátum y después la había dejado plantada.

Se frotó los dedos, consciente de la piel seca, de los nudillos agrietados. Se estaba lavando las manos demasiado y lo peor de todo era que eso no la estaba ayudando. El familiar ritual no la estaba reconfortando nada.

La vergüenza la invadió. Vergüenza por ser débil, vergüenza por no tener control sobre su familia y su marido. Si la gente lo supiera, se reirían de ella. No encontraría su sitio en ninguna parte.

No, eso no iba a pasar, se dijo. Era fuerte y decidida. Había

sobrevivido a circunstancias mucho más complicadas. Colin y ella solucionarían las cosas de algún modo, como siempre. Él solo estaba de malas, ya se le pasaría. En cuanto a las niñas, era su madre y nada podría cambiarlo.

Alzó la barbilla y bajó las escaleras. Al acercarse a la cocina oyó las voces con más fuerza y a continuación un estallido de risas.

Fingió una sonrisa y entró por la amplia puerta.

Colin estaba junto a los fuegos. Las gemelas y Audrey estaban en la encimera, Lucy estaba sirviendo zumo y Madison al lado de su padre.

Como si fueran uno, todos se giraron hacia ella. Los rostros de alegría de las tres más pequeñas adoptaron expresiones de culpabilidad. Lucy tenía pinta de querer meterse en un armario mientras que Madison, en cambio, la miraba. El gesto de Colin era imposible de interpretar.

El silencio desplazó a las carcajadas. Deanna miró a cada una de sus hijas y no encontró ninguna señal de bienvenida. Apretó los puños mientras se decía que debía mantenerse firme. Colin volvió a centrar su atención en el fuego y les dio la vuelta a varias tortitas.

–Ya casi están hechas.

–Voy a sacar el sirope –dijo Madison.

Deanna se quedó en la puerta, invisible y rechazada, mientras los recuerdos de mañanas de domingo anteriores le abarrotaban la cabeza. Siempre era así, pensó impactada al darse cuenta. El silencio al entrar allí. Las claras señales de que debería irse, de que ese no era su sitio.

Las lágrimas le quemaban los ojos. Parpadeó para contenerlas, se dio la vuelta y se marchó. En el pasillo se detuvo sin saber adónde debería ir. Con un nudo en el pecho, subió las escaleras corriendo. Una vez en el dormitorio, cerró la puerta despacio y echó el pestillo. Después se metió en el baño, abrió el grifo del agua caliente y agarró el jabón.

El domingo por la tarde, Andi estaba sentada en su porche delantero, que estaba deteriorado y resultaba algo peligroso. Tenía que tener cuidado para no pisar tablillas sueltas ni astillas, pero el día era demasiado bonito como para quedarse dentro. Además, ya no tenía nada más que hacer en el diminuto espacio en el que vivía. Había deshecho el equipaje, no tenía murciélagos y estaba esperando a que llegara la mañana siguiente para empezar a trabajar.

Boston dobló un lateral de su casa y, al verla, la saludó con la mano. Andi le devolvió el saludo.

–¿Qué tal? –le preguntó Boston. Sus mechas moradas resplandecían bajo el sol.

–Bien –Andi se levantó y bajó los escalones–. Ya me he instalado y mañana empiezan las obras.

Boston sacudió la cabeza.

–Pues disfruta del último día de normalidad. Sé que la parte de la demolición es importante, pero es duro de ver.

–Por suerte, estaré fuera casi todo el día. Voy a trabajar con el doctor Harrington de forma provisional y así tendré oportunidad de conocer a pacientes potenciales.

–¿No le importa que le birles pacientes?

Andi sonrió.

–En absoluto. Me ha dicho que está encantado de tener a una pediatra en la zona –miró a su alrededor y bajó la voz–. Creo que está cansado de atender a los niños y a los bebés. Suelen tener más urgencias. Infecciones de oído y cosas así.

Boston asintió a la vez que su mirada se perdía un poco.

–Es verdad –se cruzó de brazos–. Wade me ha dicho algo de un murciélago. ¿Ya se ha ido?

–Eso parece –Andi observó a su vecina. Estaba segura de que había pasado algo, pero no sabía qué. Antes de encontrar el modo de preguntar, la puerta principal de la otra casa se abrió y una atractiva rubia salió al porche.

–Tu otra vecina –murmuró Boston–. Deanna Phillips. Es la de las cinco hijas. Debería presentaros.

Andi estaba a punto de asentir cuando Deanna se llevó la mano a la mejilla y se secó la piel. Estaban demasiado lejos para ver las lágrimas, pero el movimiento era inconfundible.

–Mejor en otro momento –dijo Andi girándose.

Boston asintió y dijo extrañada:

–Deanna es una mujer muy centrada y equilibrada. No me la imagino llorando. Eso supondría una rotura en su perfecta fachada –esbozó una mueca–. Lo siento. No pretendía ser tan capulla.

–No pasa nada –dijo Andi al darse cuenta de que la vida en su callecita tal vez no fuera tan tranquila y sencilla como había imaginado en un principio.

# Capítulo 5

El lunes por la mañana, Andi aparcó detrás del edificio de una planta y bajó del coche. Mariposas en formación le revoloteaban por el estómago. Sabía que, desde un punto de vista fisiológico, podía dar una explicación detallada de la sinapsis y de la adrenalina y otras sustancias químicas provocadas por la emoción o por un suceso potencialmente incómodo, pero el ejemplo visual de las mariposas funcionaba mejor.

Había elegido con detenimiento su atuendo para el primer día de trabajo: una blusa entallada metida por dentro de unos pantalones negros y unos zapatos cómodos de tacón bajo. Se había recogido en una trenza su melena larga y rizada y se había dado un toquecito de máscara de pestañas. Se había planteado usar brillo de labios, pero le había parecido exagerado para ir a trabajar, así que se había limitado a un bálsamo labial transparente. En conjunto, le parecía que estaba bastante presentable.

Agarró el bolso, el maletín de médico y la bata blanca, en cuyo bolsillo tenía bordado *Dra. Andi*. A algunos de sus pacientes los intimidaba la bata blanca, así que había pedido que le bordaran también una oruga rosa chillón en el bolsillo. La combinación del color casi fluorescente y los tacones morados que llevaba el bicho producían el efecto deseado y Andi pasaba de dar miedo a resultar divertida con solo una mirada. Por norma general, que un paciente se sintiera relajado ayudaba a obtener mejores resultados y a ella lo único que le importaba era ayudar a sus niños.

Avanzó hacia la puerta principal y entró.

La zona de espera estaba pintada en un tono beis suave. Tenía muchos sofás, sillas y revistas, y vistas al centro comercial situado al otro lado de la calle. Era la típica consulta médica, pensó al acercarse al mostrador de recepción.

La mujer que lo ocupaba tenía cincuenta y tantos años y el pelo rojo intenso. Era alta incluso sentada, llevaba unos llamativos anillos en varios dedos y tenía las pestañas más largas que había visto en su vida. Dudaba de que fueran mucho más naturales que su color de pelo. Por otro lado, su sonrisa era cálida y recordaba que había sido

simpática con ella.

–Hola, Laura –dijo Andi.

La mujer levantó la mirada y se puso de pie de un brinco.

–¡Ya has llegado! Estamos emocionadísimos de que empieces hoy. Ya tienes citas, ¿te lo puedes creer? Empezamos a recibir llamadas en cuanto se corrió la voz de que una pediatra se iba a mudar a la isla. Las familias están encantadas.

Laura le indicó que la siguiera. Andi cruzó la puerta de la zona de recepción y se vio en un pasillo largo.

El consultorio médico antes había sido una residencia privada enorme cuyos dormitorios se habían transformado en salas de exploración y en despachos.

–Todos deberían haber llegado ya, así que vas a poder conocer a la plantilla. El doctor Harrington dijo que quería charlar un momento contigo antes de que empezaras.

El doctor Harrington dirigía un consultorio de medicina familiar en la isla. Había una clínica de Urgencias abierta los fines de semana, pero, para lo demás, los habitantes tenían que ir a verlo a él o ir al continente si necesitaban asistencia médica. Dado el perfil demográfico del lugar, con muchas familias y a un par de horas de Seattle, Andi había considerado necesaria la presencia de un pediatra. Ahora comprobaría si había tenido razón.

Una guapa rubia con el pelo largo y liso salió de una de las salas de exploración. Andi recordó haberla visto cuando visitó la isla y habló con el doctor Harrington sobre trabajar en la clínica durante unos meses.

–Nina, ¿verdad?

La mujer, de treinta y pocos años y ataviada con un uniforme azul, sonrió.

–¡Se ha acordado! Bienvenida, doctora Gordon.

–Andi, por favor.

–Claro. Andi.

Laura tocó el brazo de Nina.

–Hemos pensado que te sería más sencillo tener una enfermera asignada y Nina se ha ofrecido voluntaria.

–Pregúntame lo que quieras –le dijo Nina–. Puedo contártelo todo, desde dónde guardamos las toallitas impregnadas en alcohol hasta la mejor tintorería del pueblo.

–Voy a necesitar que me digas las dos cosas –respondió Andi.

Laura se la presentó al resto de enfermeras y después la acompañó a la que sería su consulta temporal. Era una pequeña habitación sin ventana con una mesa y un ordenador.

–Sé que no está muy bien –comenzó a decir Nina.

–No te preocupes. No estaré aquí mucho tiempo. Me basta con tener

un sitio donde actualizar mis informes.

–Y donde comprar zapatos por Internet en el rato de descanso, ¿eh?

Andi sonrió.

–Y tanto. Hasta ahora me encanta todo de la isla menos la escasez de tiendas.

–Si quieres un imán con forma de mora, te lo puedo conseguir a un precio estupendo.

–Ahora mismo no tengo cocina, así que va a tener que esperar.

–Tú avísame cuando estés lista.

–Te lo prometo.

Metió el bolso en el último cajón del escritorio de metal y siguió a Nina por el pasillo hasta el despacho del doctor Harrington.

El hombre se levantó cuando entró.

–Gracias, Nina. ¡Andi, cuánto me alegro de volver a verte!

–Encantada de verle, doctor Harrington.

El hombre canoso le estrechó la mano.

–Ron, por favor –le guiñó un ojo–. El doctor Harrington es mi padre.

Andi se sentó en el lado de la mesa destinado a las visitas mientras él volvía a acomodarse en su silla.

–¿Mis empleadas te están ayudando a instalarte?

–Sí. Incluso tengo citas.

–Vas a estar ocupada, eso seguro. Hay trabajo suficiente para todos.

–Gracias por dejarme trabajar aquí durante el verano.

–Estoy encantado de tener ayuda –sus ojos azules destelleaban tras las gafas–. Al menos hasta que mi hijo se una en septiembre –se reclinó en la silla y sonrió–. Mi hijo el médico. ¡Qué bien suena!

–Sí.

–¿Te he dicho que Dylan fue el primero de su promoción en la Facultad de Medicina?

«Solo unas quince veces», pensó Andi mientras sonreía.

–¿Ah, sí? Debes de estar muy orgulloso.

–Lo estoy, igual que su madre. Es un chico inteligente. Y médico.

Que disfrutara tanto con los logros de su hijo era bueno, se dijo Andi. Algunos padres estaban encantados de que sus hijos se convirtieran en médicos. En su caso, el camino hasta convertirse en pediatra había sido un poco más traicionero, pero no porque sus padres tuvieran algún problema con la profesión médica, sino porque sentían que su elección había sido un desperdicio de talento.

Tal como había dicho su madre, ¿por qué molestarse con «rasguños en rodillas y vacunas»?

Su madre, la cirujana cardiotorácica, creía que debería haber elegido una especialidad que supusiera un reto mayor. Su padre, el neurocirujano, opinaba lo mismo. Su hermano también era neurocirujano y su hermana estaba llevando a cabo una investigación

que probablemente curaría el cáncer. A Andi la consideraban una decepción, una fracasada en lugar de la niña que había estado a la altura de su potencial.

Le dio esquinazo a la voz de su madre y volvió a centrar la atención en Ron, que le explicaba cómo funcionaba la clínica.

–Nina se ocupará de la agenda –estaba diciendo–. Si no te importa, nos gustaría que trabajases un sábado cada tres semanas. Tendrás un día libre a cambio.

–Sin problema. Sé que muchos padres trabajan y que ir al médico a mitad de semana puede ser complicado.

–Bien. Nina te enseñará dónde lo guardamos todo –se levantó–. Había pensado que hoy podríamos salir a almorzar juntos. Puedo responderte a cualquier duda que tengas –le guiñó un ojo–. Y enseñarte fotos de la graduación de mi hijo.

–Me encantaría.

–Bien.

Le estrechó la mano otra vez.

–Nos alegramos de tenerte aquí, Andi.

–Y yo estoy muy ilusionada de estar aquí.

Nina esperaba en el pasillo.

–Todas tus citas son de rutina –le decía Nina mientras se dirigían a la parte trasera del edificio–. Un reconocimiento físico para un campamento, unas cuantas vacunas y una revisión periódica de un bebé.

–Un día típico para mí.

Nina le indicó que entrara en la puerta de la izquierda. Era una sala de descanso, con varias taquillas, una mesa con seis sillas alrededor y una ventana con vistas al aparcamiento trasero. Pero lo que la conmovió y emocionó muchísimo fue el ramo de flores junto a una tarta con la palabra *Bienvenida* escrita en glaseado rosa. Todas las enfermeras y el resto del personal estaban alrededor, esperándola.

–¡Bienvenida a la isla!

–Deberíamos llevarte a almorzar.

Eso último lo dijo Laura, la recepcionista.

–Me encantaría –respondió Andi–. No tenéis por qué hacerlo, pero sería divertido que saliéramos en grupo.

Las otras mujeres se miraron. Nina la miró.

–¿En serio? Porque no estábamos seguras. Como eres médico y todo eso…

–Pero, aun así, me gusta almorzar –dijo con una sonrisa–. Y me gusta tener compañía. Me encantaría poder conoceros a todas.

–¡Entonces, tenemos una cita! –dijo Laura con rotundidad mientras agarraba el cuchillo–. Mañana. Sé que hoy te lleva a almorzar el doctor H –cortó la primera porción de tarta y la sirvió en un plato–.

¡Dios, cómo me gusta empezar el día con una buena dosis de azúcar!

A las nueve menos cinco, Andi se había terminado su porción y una segunda taza de café y se encontraba al borde de un estupendo subidón de cafeína y azúcar. No era precisamente el desayuno que recomendaría a sus pacientes, pero se trataba de una ocasión especial.

Nina asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

–Carly y Gabby Williams están en la sala cuatro. Es la que más vas a usar.

Andi se levantó y se estiró el frontal de la bata blanca.

–Estoy lista –dijo agarrando la carpeta.

Nina fue con ella.

–Gabby tiene diez años y buena salud. Irá al campamento de verano dentro de unas semanas y le piden un reconocimiento físico.

–Vale.

Andi se detuvo frente a la puerta cerrada y respiró hondo.

Los nervios le danzaban en formación mientras se decía que todo iría bien. Ver a sus pacientes era lo mejor del día. Llamó una vez y entró en la sala de exploración.

–Hola –dijo–. Soy la doctora Andi Gordon –sonrió a la madre y a la hija–. Encantada de conoceros.

–Carly Williams –dijo la madre.

–Yo soy Gabby.

Las dos eran rubias, con los ojos azules y la forma de cara parecida.

Andi se dirigió a la niña:

–Imagino que tú eres la madre, ¿no?

Gabby sonrió.

–Sé que no lo piensas de verdad.

–¿No?

Gabby negó con la cabeza.

–No puedes. Eres médico y los médicos son listísimos.

–Yo también he oído eso –Andi se sentó en el taburete–. Bueno, me han dicho que vas a ir al campamento –miró a Carly–. Es tu hija la que va a ir, ¿no? No tú.

Carly se rio.

–Me encantaría pasarme un mes fuera de mi vida y metida en un campamento, pero creo que no cumplo los requisitos de edad.

Gabby soltó una risita y Andi se inclinó hacia ella.

–Bueno, háblame de ese campamento.

–Va a ser genial. Está en las montañas y hay caballos, pero lo mejor es que voy a poder ayudar a escribir una obra de verdad y luego vamos a interpretarla y todo.

–¡Hala! Yo también quiero ir.

–Me apetece muchísimo –confesó Gabby.

–Ya lo veo –Andi se sacó el estetoscopio del bolsillo–. ¿Montas a

caballo?

–Voy a aprender.

Comenzó a examinarla, despacio y asegurándose de que la niña seguía hablando del campamento en lugar de preocuparse por si algo le iba a doler o no. Cuando madre e hija salieron de la sala, hizo unas anotaciones en el informe y suspiró. Iba a ser un buen día.

El lunes por la noche, Deanna subió las dos últimas fotos a la página de Facebook de la familia y analizó la última entrada, en la que hablaba sobre cómo les iba a las niñas en clase. Le preocupaba más el tono que la ortografía y la gramática. No quería que nadie que lo leyera adivinara que pasaba algo malo.

Mantener esa fachada de «¡Pues claro! Claro que estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?» resultaba agotador. O tal vez estaba agotada por la falta de sueño. Se pasaba casi todas las noches despierta en esa cama grande preguntándose cómo se había podido estropear todo tanto e intentado averiguar por qué la mala era ella.

Si fuera como su madre, entendería el resentimiento de Madison y las horribles acusaciones de Colin. Pero no lo era. Ella tenía la casa limpia, cocinaba y les daba una atención positiva. Nadie la encontraba borracha e inconsciente en su propio vómito. Ni una sola vez les había levantado la mano a sus hijas, y mucho menos pegado. No se estremecían cuando pasaba por su lado.

Pero no la adoraban; no como adoraban a su padre. No corrían hacia ella y no se les iluminaba la cara cuando entraba en una habitación, y por mucho que lo intentaba, no lograba averiguar por qué.

Intentó decirse que era porque Colin pasaba mucho tiempo fuera y resultaba menos accesible que ella, pero tampoco estaba segura de poder creerse ese razonamiento, así que tenía que deberse a alguna otra cosa. Ojalá supiera a qué.

Se frotó las sienes, ojalá no le dolieran tanto los ojos.

–Me marcho mañana.

Levantó la mirada y vio a Colin entrar en el estudio. Apenas habían hablado desde el ataque verbal de él el viernes en el parque y no tenía ninguna gana de hablar ahora, pero tenían asuntos que solucionar.

–¿Cuándo vuelves?

–El jueves –Colin cerró la puerta y se acercó al escritorio–. ¿Has pensado en lo que hablamos?

Ella se levantó para poder mirarlo directamente a los ojos sin tener que alzar la vista.

–No hablamos. Me dijiste todo lo que estoy haciendo mal y después te marchaste. Eso no es una conversación.

Colin la observó.

–Tienes razón. Pues vamos a hablar ahora.

–Me he pasado la vida cuidando de ti y de las niñas y lo único que recibo son acusaciones y rencor.

–¿Esperas gratitud?

Por supuesto. Había sido una madre buenísima y una esposa excelente, pero ninguno la valoraba.

–No quiero ser tu saco de boxeo.

Él enarcó las cejas.

–No exageres.

–¿Cómo lo llamarías tú? Dices esas cosas y luego apartas a mis hijas de mi lado –se le hizo un nudo en la garganta, pero se negaba a mostrar debilidad–. No sé qué quieres de mí. No me queda nada que dar.

–Entonces tenemos un problema porque quiero más. Quiero que me tengas en cuenta –Colin se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–¿Qué significa eso?

–Significa que te relajes un poco. Hay montones de reglas para todo lo que hacemos las niñas o yo. Quieres controlar adónde vamos, cómo nos vestimos, qué comemos.

–Hago la cena y el almuerzo. Eso no es controlar –tanta injusticia le dolía–. Tengo un calendario de actividades para saber a quién tengo que llevar adónde. ¿Por qué tergiversas todo lo que hago?

Quería decirle que podía marcharse si tan infeliz era. Pero no estaba preparada para eso. Para que la dejaran.

–Me estás haciendo parecer un monstruo y no lo soy.

La expresión de él se endureció.

–Esta noche, en la cena, Audrey ha pedido otra ración de lasaña y le has dicho que no.

–Había comido suficiente.

–¿Cómo lo sabes? Antes me ha dicho que se le había caído el sándwich en el suelo de la cafetería y que una de las profesoras lo ha tirado a la basura. No tenía dinero, así que no ha podido comprarse el almuerzo. Tu hija solo había comido una manzana y se moría de hambre.

Deanna se sonrojó.

–Debería haberlo dicho.

–¿Y arriesgarse a que le gritaras? Le resultaba más sencillo quedarse con hambre.

–Yo no grito –no gritaba. Hablaba con firmeza y de manera razonable.

–La asustas. Joder, si hasta me asustas a mí.

–Ojalá eso fuera verdad.

Él sacudió la cabeza.

–Sé que tus intenciones son buenas, Deanna, pero no eres una persona fácil. Me enseñaste a pensar que por ser madre de nuestras hijas tú sabes más y actúas mejor, pero ya no lo creo. Creo que hay asuntos de tu pasado que…

Ella plantó las manos en la mesa y lo miró.

–No metas a mi madre en esto, ¿me oyes?

Él levantó los brazos en gesto de rendición.

–Vale. ¿No quieres hablar de ello? Pues no hablaremos, pero yo lo que sé es que me estoy pasando más de la mitad de mi vida en la carretera y me estoy perdiendo ver crecer a mis hijas. No estoy con ellas y quiero estarlo. Entiendo que gano más dinero viajando, pero vamos a tener que aprender a vivir con menos. Quiero estar aquí. Quiero ir a los partidos y a las actuaciones. Quiero llevarlas cuando quedan a jugar con sus amigos. Quiero conocer a sus amigos.

¿Y qué le iba a dejar a ella? Intentaba sacarla de su propia vida.

–Y lo segundo que quiero es entender qué opinas de mí. De nosotros –arrugó la boca ligeramente–. Dudo que aún me quieras y ni siquiera estoy seguro de que te guste. Sospecho que te gusta mucho más nuestro estilo de vida que nuestro matrimonio –se encogió de hombros–. Me gustaría equivocarme, pero no lo creo.

Desvió la mirada y volvió a mirarla a la cara.

–¿Alguna vez me has querido o solo me has visto como un instrumento para conseguir tu objetivo?

Los insultos la abrasaron mientras el miedo la rodeó con sus frías garras.

–¿Cómo te atreves? –preguntó en tono bajo y rabioso.

–Es verdad, ¿cómo me atrevo? Total, solo se trata de mi matrimonio también.

Deanna quería ponerse a tirar cosas, golpearlo y hacerle tanto daño como él le había hecho. El odio le ardía por dentro con fuerza, pero no con tanta como para hacerle olvidar lo que supondría un divorcio.

–Ni te plantees volver a nuestra cama –le dijo.

Colin asintió y después sonrió, pero fue una sonrisa fea.

–Claro. Nada de sexo. De todos modos, tampoco es que vaya a suponer ningún cambio.

Con eso se dio la vuelta y se marchó. Deanna se quedó mirándolo unos segundos antes de dejarse caer en la silla y cubrirse la cara con las manos, agrietadas y en carne viva. Esperó a que salieran las lágrimas, pero no salieron. Estaba demasiado vacía, demasiado rota. Todo iba mal y ni siquiera sabía por dónde empezar a solucionar algo que resultaba incomprensible.

# Capítulo 6

El restaurante del Blackberry Island Inn tenía vistas al mar. La clientela de la hora del almuerzo era una mezcla de trabajadores, turistas y mujeres que quedaban para comer. Andi miró el menú intentando decidirse entre la sopa y el sándwich del día o la quiche especial.

Nina la miró.

–En serio, tienes que probar la ensalada de pollo sobre el pan de *focaccia*. Está buenísimo, es prácticamente una experiencia religiosa.

–Es verdad –dijo Laura colocándose las gafas de leer–. Te juro que podría comerme un cubo enorme de eso todos los días. Claro que entonces me pondría gorda y el doctor H me daría una charla sobre mi tensión arterial y mi colesterol –soltó la carta–. Me apasiona trabajar con ese hombre, pero está obsesionado con la salud.

Andi hizo lo que pudo por no reírse.

–Umm… probablemente sea deformación profesional.

–Tienes razón. Hace años me ofrecieron trabajo con un dentista, pero sabía que no podría soportar el ruido del torno. ¿Podemos ver partículas subatómicas y no somos capaces de hacer tornos dentales silenciosos? Estamos invirtiendo mal el dinero destinado a la investigación.

Todas se rieron. Andi se recostó en la silla y escuchó la conversación que la rodeaba. Había sobrevivido al primer día de trabajo y el segundo lo tenía prácticamente superado. Había salido a almorzar con las empleadas de administración y enfermería y esa mañana había dejado a media docena de hombres fornidos despedazando el interior de su casa. No había más murciélagos, tenía agua caliente y, en general, la vida era bastante buena.

Dawn, una de las enfermeras, levantó su vaso de té helado.

–No me puedo creer que te hayas mudado aquí a propósito. Yo llevo toda mi vida aquí, apenas he salido del condado. Antes soñaba con mudarme a Seattle.

–Y entonces te casaste y tuviste hijos, y ahora estás atrapada –dijo Misty con tono alegre. Era la encargada de Contabilidad y la persona que hacía que todo marchara sobre ruedas.

Laura dio un trago a su refresco sin azúcar.

–Lo dice solo para quejarse. No escuches ni una palabra que diga Dawn. Le encanta la isla. A todas nos encanta.

–Entonces, ¿todas habéis nacido aquí? –les preguntó Andi.

–Yo vine cuando tenía cinco años –respondió Laura–, que es prácticamente lo mismo –se inclinó hacia ella–. Sabes que todos los hombres buenos están casados, ¿no?

–Hay algunos solteros –señaló Nina.

–No muchos –contestó Laura–. Y en cuanto a los turistas, si ves uno que no esté con una mujer, no te hagas ilusiones. Es probable que no le gusten tus partes femeninas.

Misty le dio un golpecito en el brazo.

–Compórtate. No asustes a Andi en su primera semana.

–Sí, por favor, no me asustes –dijo Andi riéndose–. Mejor espera y asústame en la segunda. De todos modos, no me preocupa la escasez de hombres. Lo sospechaba cuando me mudé. He tenido una ruptura complicada y he renunciado a ellos, al menos durante la próxima década.

Aun así, mirar a Wade era una agradable diversión. Se preguntó si su guapo contratista entraba o no en la categoría de soltero. Por desgracia, no se le ocurría cómo preguntarlo con disimulo.

–Qué valiente eres –dijo Nina–. Empezar de cero en un lugar nuevo. Has comprado esa casa preciosa y ahora vas a abrir tu propia consulta.

Andi sonrió aun sabiendo que la descripción sonaba mucho mejor que la verdad; porque la verdad era que había estado huyendo y había terminado allí.

Misty suspiró.

–Estoy de acuerdo con Nina. Yo jamás podría hacer lo que has hecho. El doctor H quiere que sepas que te ayudaremos todo lo que podamos a instalarte y con las entrevistas a tus futuros empleados.

Andi se quedó sin habla un momento.

–Sois todos muy amables.

–Es un buen tipo.

–Obsesionado con su hijo –añadió Laura con un suspiro.

–Mi hijo el médico –dijeron todas a la vez antes de echarse a reír.

El camarero llegó y les tomó nota. Andi decidió probar el famoso sándwich de ensalada de pollo.

–¿Ya has empezado con la reforma de la casa? –preguntó Nina cuando el camarero se había marchado–. Tiene que ser una obraza.

–Sí que lo es. Por suerte, yo no tengo que hacer nada –se encogió de hombros–. Lo único que hago es recorrerla por la tarde y rezar para que avancen. Están destripando cada planta prácticamente.

–¿Vas a poner ahí tu consulta? –preguntó Nina.

–En la planta baja. Los planos ya están terminados. Wade me los

enseñó el sábado.

–Oooh, Wade –dijo Laura haciendo que se abanicaba–. Es un tío bueno.

–Y un poco joven para ti –le recordó Misty.

–Cielo, yo solo miro. Aunque, si me ofreciera probar, no le diría que no.

Andi abrió los ojos como platos.

–Entonces, ¿es popular?

–Es prácticamente un dios –admitió Dawn–. Fuimos juntos al colegio. Estuve colada por él desde que tenía doce años. Jamás me miró.

–Él se lo ha perdido –dijo Nina.

–Ojalá fuera verdad. Es un buen tipo.

–Me encanta su culo –dijo Laura y después miró a Andi–. ¿Lo has visto?

–Eh… la verdad es que no me había fijado.

–Pues tienes que fijarte. Y piensa que lo tendrás ahí cada día cuando vuelvas a casa. Eres una mujer con suerte.

Andi no supo qué responder a eso, pero en el fondo le vino bien, y de pronto tuvo un momento de inspiración:

–¿Y a su mujer qué le parece que todas las mujeres de por aquí se coman a su marido con los ojos?

Las otras cuatro mujeres se miraron. Misty enarcó las cejas.

–No está casado.

–Su mujer murió –dijo Nina–. Cáncer. Fue muy triste.

–Tiene una hija –añadió Dawn–. De doce años. Carrie. Es un encanto de niña. Mi hija y ella a veces quedan para jugar, aunque su mejor amiga es Madison Phillips. Los Phillips viven a tu lado.

Las mujeres se miraron un instante más y después se hizo un silencio.

–Venga, lo diré yo –anunció Laura–. ¿Has conocido a Deanna Phillips? Tiene la casa contigua a la tuya. Es una absoluta y completa zorra.

–He conocido a Boston –Andi calculó el parentesco rápidamente–. ¿Es la cuñada de Wade y la mujer de Zeke, no?

–Eso es –le dijo Nina–. Y no estoy segura de estar de acuerdo en eso de que Deanna es una zorra. Es… intensa.

–Una hipócrita, una santurrona, querrás decir –añadió Laura–. Pobres niñas.

Lo único que Andi sabía era que Deanna había estado llorando en su porche unos días atrás.

Dawn negó con la cabeza.

–Deanna es una de esas madres que hace su propio pan, que solo compra productos orgánicos y que no deja que las niñas vean la tele a

menos que sea algo educativo. Y eso no tiene nada de malo –se apresuró a añadir–, pero es que…

Laura continuó:

–Siempre le dice a la gente todo el tiempo que hace que su familia tiene esa puñetera casa. Y no puede tener un jardín normal. No. El suyo está en perfecto estado y con el estilo perfecto de su casa perfecta.

–Pero eso lo dices sin rencor, ¿no? –señaló Nina.

–Yo no tenía mucho dinero cuando era pequeña –dijo Laura–, no voy a decir lo contrario. Y Deanna creció siendo igual de pobre que yo, aunque si la escuchas ahora te crees que llegó aquí directamente en el Mayflower. Una vez trabajé con ella organizando una ruta enológica benéfica y no me cayó bien.

–¿En serio? –dijo Misty–. Pues no se te nota nada.

–Yo no la conozco –dijo Andi de pronto sin muchas ganas de llegar a hacerlo. Le estaba costando asociar la información que le estaba llegando sobre Deanna con la imagen de esa mujer triste y sola en el porche de su casa.

–Contigo será simpática –dijo Nina–. Tiene cinco hijas, así que tiene que estar encantada de tener a una pediatra viviendo en la casa de al lado.

–Pacientes adosadas –murmuró Andi. Carraspeó y añadió–: La semana pasada conocí a Boston y hemos hablamos este fin de semana. Me ha parecido agradable.

–Es genial –dijo Nina.

–Una artista –añadió Laura–. Tengo dos cuadros suyos. Son preciosos. Su fuente principal de ingresos es pintar telas a mano para diseñadores de todo el país, pero su verdadera vocación es hacer retratos. Hace unas cosas muy bonitas. Mi marido le encargó un cuadro de nuestros dos hijos hace unos diez años, cuando Boston prácticamente acababa de terminar Bellas Artes. El cuadro sigue colgado en nuestro salón. Es una maravilla.

Misty asintió.

–Zeke y ella llevan juntos desde que eran pequeños. Amor verdadero. Da gusto verlos –su mirada se oscureció–. Lo que les pasó fue terrible.

Todas se quedaron calladas. Laura miró a Andi.

–Zeke y ella tuvieron un bebé hace alrededor de un año. Murió cuando tenía seis meses. Un problema cardíaco. Ella lo tenía en brazos y se fue, sin más. Cuando me enteré no me lo podía creer. No se merecían perder a su chiquitín.

–No lo sabía –murmuró Andi. Aunque nunca había perdido a un hijo, sí que había estado con padres que lo habían sufrido y había compartido su dolor.

–No solemos cotillear tanto –dijo Nina rompiendo el silencio que se había hecho.

–Sí que cotilleamos –contestó Laura–. Y más aún. Ahora estamos siendo buenas porque Andi no nos conoce muy bien y queremos caerle bien –dirigiéndose a ella añadió–: Deberías vernos después de una copa de vino o dos. Te alisaríamos esa melena rizada que tienes.

Andi se tiró de un rizo.

–No me importaría tener el pelo liso. Cuando era pequeña, leí un libro sobre una niña que enfermó de escarlatina. Tuvieron que afeitarle la cabeza y el pelo le creció rizado. Solía pedirle a mi madre que me llevara al hospital para poder encontrar a alguien con escarlatina que me pasara sus gérmenes. Esperaba que a mí me creciera el pelo liso.

Laura sacudió la cabeza.

–No sé si es la historia más dulce que he oído en mi vida o la más triste. De cualquier modo, está bien saber que estás tan loca como nosotras.

–¿Por qué iba a privarme de estar loca? –preguntó Andi sonriendo.

–Excelente observación, cielo. Excelente observación.

Andi llegó a casa a las cinco y cuarto de la tarde. Aunque aún estuviera adaptándose a la vida en la isla, tenía que admitir que le encantaba el horario laboral. Había llegado a casa antes de las cinco y media los dos días. Sabía que en algún momento habría urgencias que la tendrían trabajando hasta más tarde, pero, desde luego, el ritmo de vida era más lento que en Seattle.

Aparcó en su entrada junto a una camioneta abollada. Al reconocerla y ver que era la misma del sábado por la mañana, se echó un vistazo rápido en el espejo retrovisor, aunque tampoco es que hubiera mucho que hacer. No iba a empezar a usar más maquillaje de pronto.

Se atusó el pelo y se aseguró de que no se le hubiera corrido la máscara de pestañas debajo de los ojos. Después agarró el bolso y bajó del SUV. Al menos se había duchado y llevaba ropa en condiciones. La última vez que Wade la había visto, había estado agotada, desaliñada y huyendo de un bombardeo de murciélagos.

Subió las escaleras del porche y entró en la casa. Tenía que pensar en un saludo informal pero encantador. Algo divertido que a Wade…

Se detuvo en el centro de lo que había sido el recibidor y miró a su alrededor. Estaba segurísima de que se le había abierto la boca, pero se había quedado demasiado impactada como para poder confirmar esa reacción.

Ya no tenía casa. Quedaban los muros exteriores y una escalera que

subía al segundo piso, pero poco más.

Todos las paredes interiores habían desaparecido. Aún quedaban algunos puntales, probablemente para evitar que el segundo y el tercer piso se derrumbaran. Se fijó en que había algunas ventanas y se preguntó si debería dar gracias por ello. Podía ver directamente la zona en la que había estado la cocina y la tarima también había desaparecido.

–No te asustes.

Oyó a Wade antes de verlo. Él salió de detrás de las escaleras y sonrió.

–Te juro que va a quedar bien.

–Creo que más que asustarme voy a desmayarme –admitió Andi–. No me puedo creer todo lo que habéis hecho en un día.

–¿A que es genial? El resto de nuestros trabajos se han retrasado por una u otra razón, así que hemos tenido a todo el equipo aquí dándole a la demolición.

–Qué suerte tengo.

Estaba demasiado impactada como para fijarse en algo más que sus largas piernas y sus anchos hombros. «Qué bien le sientan los vaqueros a este hombre», pensó distraídamente mientras se decía que ya se detendría a apreciar su guapura y atractivo después, cuando el corazón le hubiera vuelto a palpitar.

–Me siento vulnerada –admitió.

Esa mañana tenía una casa. Ahora quedaba poco más que un marco. ¿Adónde había ido?

Él le puso una mano en el brazo.

–Míralo como algo bueno. Cuanto antes haya desaparecido todo, antes podremos reconstruirlo. ¿Hay algo con lo que puedas compararlo desde un punto de vista médico?

–Solo si queremos hablar de mi casa como si fuera una infección que hay que frenar.

Él negó con la cabeza.

–No, me parece que no.

–Ya, eso no va a hacer que me sienta mucho mejor –Andi dejó el bolso en el pie de la escalera–. ¿Hay que destrozar algo más?

–Solo la parte del suelo de madera que va a ir arriba. Ya lo restauraremos luego.

Habían hablado de conservar el suelo y reutilizarlo en el desván.

–Me alegro de no haber presenciado la demolición.

–Ha sido muy escandalosa.

Él parecía contento. Probablemente fuera más sencillo cuando la casa que se estaba destruyendo no era la tuya, pensó Andi.

–Vamos –dijo Wade señalando hacia la parte trasera de la casa–. Voy a enseñarte lo que estamos pensando para la sala de descanso de

los empleados, si es que aún estás interesada en la minicocina.

Lo siguió y bajó la mirada hacia su antes mencionado trasero. Laura tenía razón, pensó sin apartar la mirada. Wade estaba buenísimo. Debía de ser por todo el trabajo físico que hacía cada día.

–Aquí estábamos pensando en poner armarios con una encimera, un fregadero de un solo seno pero profundo y una nevera.

Le señaló dónde iría cada cosa.

–Las taquillas en esta pared y más espacio de almacenaje debajo de la ventana. Así tendríais una segunda encimera larga si celebráis fiestas de empresa estilo bufé.

–¿Qué sabes tú de fiestas de empresa? –le preguntó sonriéndole–. ¿Celebráis muchas en el mundo de la construcción?

–Claro. Nos gustan las fiestas temáticas; ya sabes, escapada tropical o fiesta de disfraces en Halloween –le guiñó un ojo–. A mi capataz de obras le gusta disfrazarse de Marilyn Monroe.

–¿Sí?

Wade sonrió.

–Ya hemos hecho otras reformas de negocios y siempre es buena idea tener contentos a los empleados, así que las minicocinas suelen ser bien recibidas.

–Me gusta.

–Bien –Wade la observó un momento–. ¿Qué tal te va con el doctor Harrington? ¿Te está volviendo loca hablando de su hijo?

–¿Todo el mundo lo sabe?

–Prácticamente. Deberías haber visto las fotos de cuando se licenció hace unos años.

–Me va bien. Todo el mundo ha sido muy amable y tengo muchos pacientes. Parece que por aquí hay demanda de pediatría.

–Qué suerte. ¿Siempre quisiste ser médico?

Andi pensó en su familia y en cómo no había tenido mucha elección.

–Prácticamente.

–Tus padres deben de estar orgullosos.

Más que nada, estaban decepcionados, pero era complicado explicárselo a la gente que no sabía cómo la habían educado. Los que no conocían a su familia daban por hecho que era una mujer inteligente y de éxito, y se negaba a admitir delante del macizo de Wade que, en comparación con lo que habían logrado sus padres y sus hermanos, ella era una especie de holgazana.

–A mi madre le habría gustado que fuera cirujana –dijo sabiendo que no era del todo verdad. A su madre le habría gustado que se hubiera especializado todavía más.

–Alguien debería hablar con ella sobre su nivel de exigencia. Yo tengo una hija de doce años y ahora mismo piensa en una carrera

distinta cada semana, pero una vez mencionó lo de ser médico. Si lo hiciera, yo estaría encantadísimo.

–Aún tiene tiempo para decidirlo.

–Es verdad. Demasiado rápido está creciendo ya de por sí –clavó su oscura mirada en su cara–. ¿Qué se siente siendo la persona más lista de los que te rodean?

–No lo soy ni por asomo.

–Ahora mismo sí.

Ella se rio.

–Olvidas que me rescataste de un murciélago salvaje. Ser inteligente no me ayudó con él. O con ella. No me acerqué tanto como para verlo.

–Yo tampoco.

–Sea como sea, por eso eres mi héroe.

–Me gusta la idea de ser el héroe de alguien. Recuérdalo mañana por la mañana cuando bajes las escaleras y veas todo esto. Así no te dará un ataque de nervios.

Andi no lo tenía tan claro, pero haría el esfuerzo.

Él miró el reloj.

–Tengo que irme a casa, pero no quería marcharme hasta no haber hablado contigo.

–¿Te daba miedo que saliera corriendo y gritando a la calle?

–Confía en mí, Andi. Esto va a mejorar. Dentro de unas semanas no vas a reconocer la casa.

–Confío en ti –dijo cautivada por sus palabras.

Por raro que pareciera, sí que confiaba en Wade, lo cual la convertía en una idiota. Había confiado en Matt y la había dejado plantada en el altar. Pero bueno, Wade no era su prometido ni estaban saliendo. Era su contratista y…

–¿Andi?

Ella parpadeó.

–Lo siento. Me he despistado.

–Ya lo he visto, y resulta encantador. Pero no lo hagas cuando conduces.

–Estoy muy centrada al volante.

Él la miró como si fuera a decir algo más. «Deberíamos salir» estaría bien, aunque «Quiero besarte hasta dejarte sin sentido y después hacerte el amor como un loco» era una opción mejor aún, pensó Andi ensimismada.

«No», se recordó. Se había mudado allí para evitar otro desastre chico-chica, ¿no? Nada de hombres. Y eso significaba nada de sexo, o al menos nada de sexo con nadie. Qué deprimente.

–Mañana te veo.

¿Que iba a hacer qué? Ah, bueno, claro.

–Sí. Mañana. Que pases buena noche.

–Igualmente.

Wade sonrió y pasó por delante de ella. Andi cedió a la tentación y se giró para verlo marchar. «Pues sí, Laura tenía razón», se dijo. Ese hombre tenía un culo estupendo. Es más, todo en él era estupendo.

Por desgracia, aún tenía que mostrar el más mínimo interés por ella, porque hasta ahora no había visto ni siquiera un parpadeo. ¿Sería ella el problema? Matt siempre había estado intentando cambiarla, que vistiera de forma más sexi y que se desmelenara un poco. ¿Debería haberlo escuchado?

¿Tendría un aura que solo podían ver los hombres y que les indicaba que era una mujer aburrida? No le sorprendería. En el instituto no se le habían dado muy bien las relaciones. Después, y a base de mucho esfuerzo, se había sacado el grado universitario con una media de sobresaliente, lo cual no le había dejado mucho tiempo libre. Luego había conocido a Matt la semana anterior a entrar en la Facultad de Medicina. No podía decirse exactamente que contara con todo un mundo de experiencia en el terreno de las citas.

Aunque tampoco importaba, se dijo mientras se dirigía a las escaleras. Ahora estaría liberada de hombres. Sería una mujer soltera y realizada embarcándose en una aventura libre de murciélagos. Esa era ella.

Aun así, no le diría que no a besarse con Wade…, si es que alguna vez él se lo pedía.

# Capítulo 7

Andi se cambió de ropa y bajó para inspeccionar más a fondo su desnuda casa. Aún faltaban unas horas para que se pusiera el sol y el ambiente estaba cargado. Abrió las pocas ventanas que no estaban tapiadas y salió a sentarse en el porche.

Desde su nuevo sitio favorito para pensar y estar tranquila no podía ver la demolición, así que aprovechó para imaginarse cómo quedaría todo cuando estuviera terminado. Toda la casa pintada, el jardín arreglado… Sus dos vecinas tenían unos jardines preciosos. No pretendía competir, pero necesitaba que su casa no fuera una vergüenza para el diminuto vecindario.

Casi había reunido la energía para empezar a investigar un poco cuando un gato muy grande salió de un lateral de la casa y fue hacia ella.

–Hola –dijo cuando el gato se acercó–. ¿Quién eres?

El gato o gata subió los escalones y se sentó a su lado con gesto expectante. Tenía un collar. Andi miró el colgante.

–Pickles –dijo al leer la única palabra escrita–. No es que esto deje muy claro de qué sexo eres. Hola, Pickles.

Dejó que el gato le olfateara los dedos y después le acarició la cara. Pickles se le acercó más, dejándose acariciar unos segundos, y luego se dejó caer en el porche como si quisiera acomodarse para una larga sesión de agasajos.

–Está claro que no te da miedo la gente, ¿eh?

–Es nuestro gato.

Andi levantó la mirada y vio a una niña de pie en los escalones. Debía de tener nueve o diez años y tenía el pelo largo y rubio y unas gafas que enmarcaban sus ojos azules.

–¿Pickles? –Andi sonrió–. Qué nombre tan divertido.

–Se lo puso Madison, era muy pequeña. Mamá dice que fue cuando nací yo, pero no me acuerdo. Soy Lucy.

–Hola, Lucy. Soy Andi Gordon. Encantada de conocerte.

Lucy se acercó con una sonrisa vacilante y Andi se movió para hacerle sitio en las escaleras.

Recordó lo que había oído sobre la madre de la niña durante el

almuerzo. A nadie parecía caerle demasiado bien Deanna y eso la hacía sentirse incómoda porque no quería juzgar a alguien a quien no conocía. Tal vez solo fuera una de esas personas quisquillosas con buen corazón.

–Me están haciendo una obra grande en casa –dijo arrugando la nariz–. Espero que no hagan demasiado ruido.

–Creo que no. Mi madre no ha dicho nada –la niña la miró–. Me alegro de que hayas comprado la casa. Ha estado muy sola.

–Eso mismo pensé yo. Y encima las otras casas son preciosas.

–Estar en el medio es difícil.

–¿Tú lo estás en tu familia?

Lucy asintió mirando al gato.

–Tengo cuatro hermanas y soy la segunda más mayor. Las más pequeñas son gemelas.

–Vaya, qué de chicas. Y tener gemelas puede llegar a ser intenso.

–Eso es lo que dice mi madre –Lucy volvió a mirarla–. Quería un niño, pero a cambio tuvimos a Sydney y a Savannah. Creo que a papi no le importó. Dice que tiene a las mejores niñas del mundo.

Andi sonrió.

–Seguro que sí. ¿Quién no querría una familia así?

Lucy suspiró.

–Mi mejor amiga se ha mudado durante las vacaciones de primavera. A su padre le ha salido un trabajo en Texas. Quiere que vaya a visitarla en verano, pero mamá piensa que soy demasiado pequeña para ir.

–Lo siento. Es duro perder a una amiga.

Sobre todo en pleno curso escolar, cuando todos los grupos sociales ya estaban establecidos. Quería decirle que en otoño todo sería más sencillo, pero para una niña de su edad la espera hasta septiembre debía de resultar toda una vida.

Lucy asintió y se subió las gafas.

–Mi madre ha estado llorando mucho –dijo en voz baja–. En su habitación, así que se supone que no lo sabemos.

Andy se estremeció.

–Debe de ser complicado.

–Sí. Madison dice que papi tendría que dejarla y llevarnos con él, pero yo no quiero. Quiero quedarme aquí. Quiero que todo siga igual –vaciló–. Bueno, o un poco mejor.

Andi quiso acercar a la niña y abrazarla. Estaba claro que Lucy estaba sufriendo mucho, pero no se conocían y no estaba segura de que la muestra de apoyo fuera a ser bien recibida.

–Es duro ver llorar a las mamás –dijo en su lugar–. Cuando mi madre lloraba, yo siempre me angustiaba mucho y me notaba la tripa revuelta.

Lucy la miró.

–Sí. Es casi como si tuvieras ganas de vomitar.

–A veces los padres pueden solucionar sus cosas.

–Ojalá –Lucy miró a su casa–. Vamos a cenar en un momento y no puedo llegar tarde –agarró a Pickles y se levantó.

–Gracias por pasarte –le dijo Andi–. Ven cuando quieras.

Lucy le lanzó una sonrisa que le cambió la cara y se la iluminó.

–Vale. Adiós.

–Adiós.

Andi la vio marchar. Cuando la niña desapareció por un lateral, miró la preciosa casa. Todas las familias tenían secretos, pensó. Algunos asustaban más que otros. Esperaba que Deanna y su marido pudieran resolver lo que fuera que les pasaba antes de que la situación angustiara más a sus hijas.

Boston vio a Lucy entrar corriendo en su casa con Pickles echado al hombro. Ese gato se merecía una recompensa especial en el cielo de los gatitos, pensó mientras cruzaba el césped desigual y lleno de hierbajos de la casa de Andi. No solo dejaba que las niñas lo llevaran de un lado para otro como una muñeca de trapo, sino que aguantaba que le pusieran unos atuendos ridículos. Con sombreros y todo.

–¡Hola! –gritó al acercarse.

Andi se giró y la vio.

–¡Hola!

Boston levantó la cesta que llevaba.

–He oído que hoy has tenido a la cuadrilla al completo en tu casa, destruyéndola, básicamente, y he pensado que te habrías quedado traumatizada.

Andi se levantó y bajó las escaleras.

–Sí. La verdad es que me da un poco de miedo volver a entrar.

Boston le dio la cesta.

–Comida reconfortante. Macarrones con queso, ensalada verde y una botella de un chardonnay muy rico –sonrió–. Personalmente, empezaría por el vino.

Andi miró la cesta al aceptarla.

–No tenías por qué hacerlo. Gracias. Qué maravilla.

–De nada. Estoy emocionada de tener una vecina –técnicamente, Deanna y ella eran vecinas, pero nunca habían estado unidas ni tenían una simple amistad siquiera. Ahora que lo pensaba, se preguntaba por qué. Llevaban años viviendo en la misma calle.

Suponía que parte del problema era que Deanna dejaba claro que no la veía con buenos ojos prácticamente en ningún aspecto. Boston, por su parte, la consideraba un poco engreída.

–He vivido una obra y no es divertido. Tú solo intenta recordar que al final merece la pena.

–Eso haré –Andi señaló el porche–. No tengo muchos muebles. ¿Quieres sentarte aquí un momento o tienes que volver a casa?

–Me quedo un ratito. Zeke llegará a casa pronto y le encanta cuando preparo macarrones con queso.

Se acomodó en un escalón y Andi hizo lo mismo.

–Estaba pensando en el jardín. Nunca he hecho nada de jardinería, pero supongo que tendré que empezar pronto.

–Estamos en plena temporada de cultivo. En el pueblo hay un vivero. Puedo darte el nombre de la mujer que trabaja allí. Hace trabajos de paisajismo por su cuenta.

–Tú y mi otra vecina habéis dejado el listón muy alto –dijo Andi con una sonrisa–. No quiero defraudar al vecindario.

–No lo harás.

Boston la observó. Luces y sombras danzaban sobre su rostro destacando su estructura ósea. Era guapa, pensó más interesada en las formas y las siluetas que en lo que la gente consideraba atractivo. Su pelo, una cascada de rizos, sería difícil de plasmar en un lienzo, pero sus ojos, de un verde brillante, resultarían muy atrayentes.

–¿Por casualidad no conocerás a un decorador que cobre precios razonables? –le preguntó Andi–. Voy a necesitar algo de ayuda para montar la consulta. Quiero colores luminosos y un espacio acogedor. A los niños les puede dar miedo ir al médico y quiero que se sientan cómodos cuando vengan a verme.

Boston pensó en la planta de la casa de Andi y en los planos de la reforma que Zeke le había enseñado.

–Un mural –dijo automáticamente mientras se imaginaba una jungla pintada en la pared–. Colores luminosos que pueden extenderse hacia el resto de salas. Azules y verdes con toques rojos y amarillos. Una jungla. Pájaros. Loros grandes. A lo mejor también peces en un río y felinos grandes con ojos brillantes.

Se detuvo.

–Perdona, me he dejado llevar.

–No te disculpes, me encanta. En lo que respecta al equipamiento médico voy genial, ya lo he encargado todo. Lo que no sé es cómo hacer la sala de espera y la recepción. Además, habrá un pasillo largo.

–Podrías tener un animal distinto en cada puerta –dijo Boston sumida en un torbellino de entusiasmo creativo–. Elige un suelo con un tono verde para mantener la temática de la jungla, si es que quieres ir por ahí.

En ese momento, Zeke llegó con su camioneta y aparcó en la puerta de al lado. Andi lo miró y miró a Boston.

–Me encantaría hablar de esto un poco más en otro momento. ¿Te

parecería bien?

–Claro. Sería un proyecto divertido. Puedo darte algunas ideas e incluso hacerte algunos bocetos.

–¿Te interesaría darme precio para un mural? He visto tu trabajo en tu casa y es precioso.

Boston vaciló. En los últimos meses no había hecho más que algunos proyectos textiles. Ahora pasaba el día de otra forma. Diseñar y después pintar un mural supondría todo un reto. Zeke le diría que le iría bien salir de la rutina y volcarse en ese proyecto.

–Deja que lo piense –murmuró Boston levantándose–. Ahora mismo tengo muchas cosas encima.

Era una mentira descomunal, pero le proporcionaba una excusa para echarse atrás si la idea del mural acababa abrumándola. Sabía que si aceptaba el trabajo, tendría que llevarlo a cabo y sería demasiada presión para lo frágil que se sentía aún. Eso era lo que le había provocado la pérdida: dejarla tan frágil como el vidrio hilado.

–De cualquier modo, te aconsejaré encantada sobre la gama de colores.

–Sería genial –Andi se levantó–. Gracias. Y gracias por la cena.

–Que la disfrutes –Boston bajó las escaleras y fue hacia casa.

Zeke estaba junto a la camioneta, esperándola. Sonrió al verla.

–¿Siendo amable con la vecina nueva?

–Le he llevado algo para cenar.

A Zeke se le iluminaron los ojos, expectante.

–¿Macarrones con queso?

–Sí. Están en el horno.

La levantó en brazos y la abrazó.

–Por esto sigo casado contigo. Por la pasta.

Ella se dejó envolver por él, por la familiar combinación de fuerza y calor. En ese momento todo estaba bien y podía respirar. Casi podía olvidar que podría desmoronarse en cualquier momento.

Más tarde discutirían, porque últimamente discutían a menudo. Zeke se enfadaría porque el enfado era su modo de intentar comunicarse, ella no cedería y él se marcharía. Después, ella pintaría y al final Zeke acabaría volviendo a casa. Su vida se había desequilibrado como un carro con una rueda cuadrada. Era consciente de ese círculo vicioso, pero no sabía cómo romperlo sin destruir lo único que los mantenía unidos.

Deanna escaneó el pequeño pincel y, con brusquedad, tecleó la cantidad para registrarla en el ordenador. El pedido del miércoles había sido más grande de lo habitual, con varios encargos especiales y un surtido completo de lanas navideñas.

Era mayo, pensó al agarrar el segundo pincel y escanearlo. ¿En serio la gente tenía que estar pensando ya en la Navidad?

Conocía la respuesta. Los aficionados a las manualidades y a la costura empezaban sus proyectos con tiempo, así que cualquiera que quisiera tejer un jersey, una bufanda o lo que fuera para Navidad se pondría a trabajar en ello durante el verano. Por lo general, le gustaba que el catálogo de Cozy Crafts sirviera como pregón de las fiestas y estaciones venideras, pero lo cierto era que ese día todo la estaba poniendo de los nervios.

Odiaba a Colin. Ese era el verdadero problema. Se había pasado gran parte de las dos últimas noches despierta en la cama e insultándolo mentalmente. También había hecho listas detalladas de todo lo que había hecho por él, de todo lo que él nunca había visto ni había valorado.

Como su peso, por ejemplo. Pesaba exactamente lo mismo que el día de su boda. Cuatro embarazos, cinco bebés y ni un solo kilo de diferencia. No como Boston, que había engordado trece kilos en el embarazo y ni se había molestado en quitárselos.

Deanna estaba al tanto de todo lo que sucedía. Entendía de la crisis petrolera, podía hablar de forma inteligente sobre temas de actualidad y asistía a las reuniones de la junta directiva del colegio. Era una persona bien versada. Cuidaba de su casa y de su familia de un modo excelente. Elaboraba pan, compraba productos orgánicos y cocinaba prácticamente cada puñetero bocado que se llevaban a la boca.

¿Y cómo se lo agradecían? Con repudias. Rechazo. Amenazas.

Terminó de añadir al inventario el nuevo pedido y colocó los pinceles. Clasificó las lanas y empezó a montar el muestrario navideño.

Cozy Crafts se encontraba en el lado oeste de la isla, junto a Island Chic, una tienda de ropa. La clientela la conformaban turistas y vecinos. Deanna daba clases de *scrapbooking*, de nivel básico de punto y de confección de colchas. Además era la coordinadora del resto de profesores. Había sido ella la que había convencido a Boston de que impartiera una clase introductoria de pintura hacía dos años; la misma clase que había dado pie a un artículo en una revista nacional de viajes. Pero ¿a Colin le importaba algo de eso?

Miró hacia el escaparate de la tienda y por un momento se planteó lanzar una silla contra el cristal. No la ayudaría con su situación actual, pero tenía que hacer algo. Le dolía todo. Estaba frustrada, asustada y furiosa.

Divorcio. Solo pensarlo hacía que se le encogiera el cuerpo. No quería estar divorciada. No quería el estigma, la lucha. No quería la compasión ni el regodeo.

Sin querer recordó a su madre plantada en mitad de la pequeña y

horrible cocina de su casa sucia y asquerosa.

«Cuando te cases con un hombre, asegúrate de conservarlo», le había dicho. «No hay nada peor que estar sin un hombre».

Calculaba que debía de tener diez u once años cuando le habían soltado esa maravilla de consejo. Recordaba que en aquel momento había pensado que tener un hombre era positivo. Su madre no bebía tanto cuando tenía un hombre. Las palizas no eran tan frecuentes ni tan agresivas. La casa estaba más limpia y había comida en la nevera.

Ahora estaba pensando que merecía la pena seguir el consejo, aunque por otros motivos. No quería tener que cambiar su estilo de vida ni tener que trabajar más. No quería tener que explicarle los porqués a nadie. ¡Puñetero Colin, que lo había desbaratado todo!

Fue a la puerta principal, giró el cartel para ponerlo en posición de *Abierto* y quitó el pestillo. Tenía una clase de *scrapbooking* a las once. Bueno, al menos eso le apetecía.

Colin volvería a casa al día siguiente y estaba temiendo su llegada. No sabía qué decirle ni cómo actuar.

Se sacó de la cabeza la deprimente realidad de lo que ahora era su vida y se acercó al montón de lanas navideñas que había dejado en una de las mesas de manualidades. Ya que estaban listas podía colocarlas directamente en la zona de tienda y empezar a venderlas. Ahora más que nunca era importante que le fuera bien en el trabajo.

Unos minutos después, la puerta se abrió y Boston entró.

–Hola –dijo, y al ver la lana roja y verde añadió–: ¡Ay, no! ¿Ya? ¡Pero si ni siquiera es verano!

–Eso mismo estaba pensando yo, pero los proyectos de costura llevan tiempo.

–Ya, pero no estoy preparada.

Boston llevaba un blusón colorido sobre unos vaqueros ceñidos. La camisa sin forma no lograba disimular el rulo de grasa que le caía sobre la cinturilla. Su cara tenía una redondez que rayaba en hinchazón. Cuando pasó bajo un destello de sol, la luz captó los intensos tonos rojos y morados que le surcaban el pelo.

¿En qué narices pensaba esa mujer? Ya no era una adolescente, debería dejar de intentar hacerse pasar por una. Pero Boston siempre había sido una excéntrica. Tenía ese rollo de artista que la gente encontraba encantador.

–Todo mi ritmo circadiano se acaba de alterar –dijo Boston antes de respirar hondo–, pero no voy a permitir que me afecte –sonrió–. Necesito pinturas acrílicas, uno de esos juegos que vendes a los niños.

¿Acrílicas? ¿Boston? La mayoría de sus utensilios llegaban desde Europa como envío especial. Deanna siempre estaba haciendo pedidos a Italia y Francia e intentando descifrar formularios impresos en idiomas extranjeros.

–¿Para qué?

Boston se giró y fue hacia los artículos de pintura.

–Voy a pintar un mural –negó con la cabeza–. Voy a intentar pintar un mural. Para la sala de espera de Andi. Voy a empezar con algunos bocetos en papel y después probaré algunos colores. No sé. Es un proyecto grande, pero puede que sea lo que necesito.

Deanna la siguió.

–No tengo ni idea de lo que estás diciendo. ¿Quién es Andi?

Boston se detuvo enfrente de los tarritos de pinturas de colores chillones.

–Nuestra nueva vecina.

Deanna maldijo para sí.

–Aún no he pasado a verla –recordaba vagamente haber visto camiones de mudanza delante de la horrible casa de al lado y el ruido de las obras, pero no había interiorizado que tenía una vecina nueva.

Boston agarró un tarro de pintura roja y lo levantó hacia la luz.

–Tienes mucho encima. Ahora mismo están pasando muchas cosas.

Deanna se sonrojó.

–¿Qué significa eso?

Boston la miró, confundida y con los ojos como platos.

–Me refería a las niñas. Las cinco están en el colegio y se acercan las vacaciones de verano. ¿No implica eso proyectos de última hora? Colin viaja tanto que tú tendrás que ocuparte de casi todo sola –vaciló–. ¿Es que pasa algo más?

–No, claro que no –Deanna se dio una bofetada mentalmente. Tenía que controlarse. Bastante malo era ya de por sí preocuparse de que Colin pudiera estar hablando de sus asuntos personales como para encima acabar delatándose ella misma–. Estoy cansada. Lo siento.

–No pasa nada –Boston agarró unos cuantos botes de colores fuertes y algunos pinceles baratos–. Me voy a llevar esto.

Fueron a la caja registradora.

–Iré a visitar a Andi el fin de semana –dijo Deanna–. ¿Cómo es?

–Simpática. Guapa. Me cae bien. Es pediatra. La tienes justo al lado para cualquier emergencia.

–Genial –dijo Deanna introduciendo los códigos de las pinturas.

«Una mujer de carrera», pensó angustiada. Alguien que podía criticar sus decisiones, que podía decirle que por tener tantas hijas había elegido depender de un hombre y que ella era la única culpable de su situación. No era precisamente una conversación que estuviera deseando tener.

Metió los artículos en una bolsa y se la dio a Boston.

–Buena suerte con el nuevo proyecto.

–Gracias. Me hace ilusión. Necesito algo nuevo, una distracción. Es el momento perfecto del año para un cambio.

Y con eso, Boston se despidió y se marchó.

Deanna se quedó mirándola. Qué tontería. ¿Un cambio era algo bueno? El último cambio grande al que se había enfrentado Boston era la muerte de su único hijo. ¿Qué clase de persona pensaría que los cambios eran buenos?

# Capítulo 8

El sábado por la mañana, Andi salió temprano. La cuadrilla de obreros trabajaría casi todo el día y lo último que quería era verse ahí metida en el desván escuchando el ritmo irregular de los martilleos y las herramientas eléctricas. No había suficiente café en el mundo para hacer que ese ruido resultara soportable.

El desmantelamiento de la primera planta ya estaba terminado, pero los avances que se estaban haciendo no eran visibles para el ojo inexperto. Wade le juraba que habían instalado tuberías nuevas y actualizado el sistema eléctrico, pero lo que ella veía era que le seguían faltando paredes y muchas otras cosas. Más tarde agradecería ver tomas de electricidad e interruptores, pero ahora mismo ver unos cables colgando entre unos puntales no era satisfactorio precisamente.

La próxima semana llegaría una cuadrilla más para empezar con la reforma de la segunda planta, lo cual supondría tirar más muros y los dos baños. Su pobre casa no sería más que un cascarón.

Pero ya se preocuparía de eso más tarde, se dijo mientras bajaba la colina en dirección al pueblo. Hoy exploraría la isla. El cielo estaba despejado, hacía sol y una temperatura cálida, y el día prometía. Se había embadurnado de protector solar y se había apuntado a una ruta de cata de vinos que empezaba a las once. Hasta entonces tenía pensado dar una vuelta por el paseo marítimo de la bahía de Blackberry y echar un ojo al centro del pueblo.

Según se acercaba al agua, vio varias tiendas y negocios a su izquierda. Cuatro mujeres entraron en un local llamado Scoop and Stretch. *Yoga y pilates*, decía el cartel.

Interesante, pensó. Había probado algunas clases de yoga y había descubierto que era posible que fuera la persona menos flexible del planeta. En cambio, tenía algunas amigas locas por el pilates. Al parecer, se basaba en fortalecer toda la musculatura central, ¿y a quién no le vendría bien un abdomen más fuerte?

Se detuvo lo justo para apuntar el número de teléfono en el móvil y siguió andando. Llamaría luego para preguntar por las clases.

Al llegar a la carretera principal que bordeaba la isla, vio el letrero de un mercado de productores y giró en esa dirección. Había mucha

gente por la calle, sobre todo familias. Un niño pequeño sostenía la correa de un *golden retriever* enorme y era complicado saber quién llevaba a quién. Por delante, una pareja de jubilados caminaba de la mano.

Qué agradable, qué sentido de la comunidad, pensó. Ahora mismo no conocía a nadie, pero eso cambiaría. Ya se veía haciéndose amiga de las enfermeras de la consulta del doctor Harrington.

Unos minutos después, entró en el mercado. Estaba montado en el aparcamiento de una iglesia. Los puestos ofrecían productos frescos, aunque la época de cultivo acababa de comenzar. Había muchos espárragos y flores frescas, huevos y queso. El aroma a cerdo cocinándose a fuego lento se entremezclaba con el de la ternera a la barbacoa. Al final de una hilera, varias mujeres latinas hacían tortillas y tamales. Aunque aún era temprano y había desayunado, le rugió el estómago.

Pasó por delante de cada puesto. Había tarros de miel local, jabones hechos a mano y cremas ecológicas. Se vio tentada a comprar varias cosas, pero no quería cargar con ellas durante la cata de vinos y no estaba segura de que le diera tiempo a llevarlas a casa y luego bajar la colina otra vez, así que se conformó con mirar los puestos.

Para cuando se dirigió al punto de encuentro de la excursión, se sentía bastante animada.

Delante de la sala de catas había una veinteañera con el pelo moreno y una camiseta de Island Tours. Se acercó a ella.

–He venido para la cata de las once. Soy Andi Gordon.

–Genial. Soy Beth –la chica miró la lista y le entregó una pulsera de plástico de color morado chillón–. Tendrás que llevarla todo el día. Tenemos catas especiales en cada bodega y tu acceso está en esa pulsera. Recuerda tomártelo con calma y beber mucha agua. Además, tómate los aperitivos que os dan –sonrió–. No queremos que nuestros turistas conduzcan borrachos.

Andi se planteó aclarar que no era una turista, pero vio que daba igual.

–Voy andando –dijo.

–Perfecto. Entonces, puedes ponerte todo lo piripi que quieras –la chica se detuvo expectante con el boli sobre la lista.

–¿Qué? –preguntó Andi.

–¿El otro nombre?

–¿Qué otro nombre?

–¿No estás acompañada?

Durante la última década, Andi había podido responder que sí a esa pregunta. Sí, estaba acompañada. Sí, estaba con Matt. Era la mitad de una pareja. Parte de un dúo. Un dúo. Tal vez no había estado enamorada con locura, pero estar con Matt había resultado agradable.

–Hoy estoy sola.

Beth parpadeó.

–Ah. Genial. Por aquí viene gente muy divertida. Seguro que lo pasarás muy bien.

Andi quiso decirle que el mundo no dejaba de girar solo porque una mujer no estuviera acompañada, pero no lo hizo. Después de todo, a ella también se le hacía raro estar sola. Sin embargo, se sentía decidida. Había decidido que con un fiasco como el de Matt ya había tenido suficiente. Aceptaría su nueva vida de soltera y asumiría que los finales felices no eran para ella. Se realizaría a sí misma. Era mujer. Además, ¿no había escrito alguien una canción sobre eso hacía mucho tiempo?

–Hola, ¿eres la que está sola?

Andi se giró y vio a una pareja mayor a su lado. Eran altos y delgados, con el pelo canoso y sonrisas agradables. Tendrían unos setenta años, por lo menos.

–¿Cómo dice?

La mujer sonrió.

–Soy Betty y él es mi Fred. Nosotros también vamos a hacer la excursión. Esa chica tan maja que va a ser nuestra guía nos ha dicho que no tenías a nadie –Betty bajó la voz– y le hemos dicho que cuidaríamos de ti.

Andi contuvo un gruñido. Ya pasaba de los treinta, era doctora y más que capaz de seguir a un grupo en una cata de vinos durante la que no se alejaría más de seis kilómetros de su casa en ningún momento.

Pero como la habían educado para no perder los modales, esbozó lo que esperó que pareciera una sonrisa sincera.

–Son muy amables, pero estaré bien.

–No es ninguna molestia –le dijo Betty agarrándola del brazo–. Tenemos una hija igual que tú. Es muy guapa, pero nadie se explica por qué no encuentra un hombre. Durante mucho tiempo pensamos que era lesbiana, pero nos jura que no. Nosotros la querríamos de todos modos. A lo mejor en la excursión hay hombres solteros y simpáticos.

–La verdad es que he venido para conocer la isla y probar el vino.

Betty le dio una palmadita en el brazo.

–Qué valiente eres. Resulta inspirador. Siempre le digo a mi Fred que ni se le ocurra morirse primero. Yo no sé qué haría sola, llevo cincuenta años cuidando de él. ¿No crees que ser esposa y madre es la mayor aspiración que puede tener una mujer?

Andi carraspeó.

–Creo que puede ser satisfactorio, pero…

–Ya te llegará el momento, cielo. Estamos viajando con unos

amigos, voy a presentártelos. Todos son muy simpáticos, pero ten cuidado con Walter. Es un poco mujeriego y eres justo su tipo.

Andi se frotó la frente; estaba empezando a dolerle la cabeza.

–¡Escuchadme todos, os presento a Andi! Hoy viene sola y le he dicho que la ayudaríamos –Betty bajó la voz–. Os agradecería cualquier sugerencia que pudierais darle sobre hombres solteros que conozcáis. Nietos, sobrinos nietos. Andi está en esa edad en la que no se puede permitir ponerse muy exigente.

Andi abrió la boca y la cerró. En serio, ¿qué podía decir? Lo único que le alegraba era pensar que muy pronto estaría en una bodega y en ese mismo instante se juró que probaría hasta el último vino que le ofrecieran y se bebería hasta la última gota.

Nunca había sido de emborracharse, pero durante las visitas a las bodegas había hecho una excepción. Betty y sus amigos se habían ofrecido a llevarla a casa, pero había declinado el ofrecimiento. Le haría bien andar. Por cómo le daba vueltas la cabeza, necesitaba despejarse bien. Llevaba una botella de agua para hidratarse. No le pasaría nada.

También había rechazado varios números de teléfono de algunos familiares de edad adecuada que le habían ofrecido las personas mayores con las que había estado. Sinceramente, las descripciones de los solteros en cuestión la habían aterrorizado.

Estaban: el nieto mayor de Bea y Harold, que aún vivía con su madre, pero que tenía muchas ideas para montar unos negocios nuevos y ninguna idea de por dónde empezar; Jeff, un atleta de deportes extremos de treinta y dos años cuya última enfermedad venérea se estaba resolviendo muy bien; Chase, que con treinta y tantos años ya se había casado tres veces porque no encontraba a «la mujer de su vida»; y Derek, un escritor que buscaba a una mujer con un trabajo fijo que lo mantuviera mientras él escribía la gran novela americana. Incluso Beth, la guía, había mencionado a un exnovio que saldría de una clínica de desintoxicación en unas semanas.

Andi había rechazado todas las ofertas para concertarle una cita y había prometido mantener el contacto. Sí, visitar las bodegas había sido maravilloso, pero ya estaba deseando estar en cualquier parte menos allí. Logró escapar y se puso rumbo a casa.

Sola con sus pensamientos y con un zumbido gigantesco en la cabeza, hizo lo que pudo por concentrarse en no salirse de la acera. Sin embargo, resultó más difícil de lo que debería haber sido porque los pensamientos siguieron entrometiéndose de todos modos.

Cierto, no había salido con nadie desde que Matt la había dejado plantada en el altar, pero si esos hombres eran las opciones que tenía,

entonces se alegraba de estar sola. Ni quería ser la madre de nadie ni le interesaba ser el refugio de nadie. Quería un buen tipo, divertido y cariñoso. Leal y a lo mejor también un poco sexi.

–Corrección… Nada de hombres –dijo en voz alta antes de mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca como para haberla oído. Había ido a la isla para estar sola; para empezar de cero y vivir libre de hombres.

Se detuvo a los pies de la colina y levantó la mirada hacia la carretera que conducía a su calle. Entre el atontamiento que tenía y que la temperatura de la tarde estaba subiendo, de pronto no estuvo tan segura de poder llegar a casa. Lamentable, ¿no?

Tomó aire y siguió caminando. «Un pie delante del otro», se dijo. Todos los viajes empezaban así.

Mientras subía la calle empinada, empezó a pensar en otras cosas. La vista se volvía más espectacular a cada paso. El estrecho se extendía ante ella con un azul magnífico y podía ver la península y el paso que conducía al Pacífico. Todo sería mucho más bonito si pudiera enfocar mejor.

El aroma a sal especiaba el aire. Respiró hondo varias veces con la esperanza de que le despejara la cabeza y siguió andando.

A lo mejor se había precipitado con el asunto de los hombres. A lo mejor no debía tomar una decisión que afectara al resto de su vida solo por una mala experiencia. Aunque, claro, su experiencia con Matt bastaba para quitarle las ganas a cualquiera. Y, además, tampoco podía decirse que tuviera muchas posibilidades. Se acababa de mudar a un paraíso turístico y los turistas no eran material para citas. Betty y Fred le habían caído bien, pero no quería salir con ninguno de los dos. Y en cuanto a los habitantes de la isla, por lo que había visto hasta ahora ya estaban emparejados. De dos en dos. «Míralos, como en la arca de Noé», pensó con una risita justo cuando dobló la curva y vio su casa.

–Ay, qué bonita –masculló. Qué alta y qué… bonita.

El sol destelleaba en las pocas ventanas que quedaban y el jardín desaliñado daba menos miedo que antes. En lugar de fijarse en los hierbajos, debería pensar en el potencial.

–¡Potencial! –dijo en voz alta y se rio porque le hizo gracia. Sí, claro, estaba borracha.

Al menos comprar la casa había sido una buena decisión. En cuanto a lo de salir con hombres y…

Hablando del sexo opuesto, uno de ellos justo estaba saliendo por su puerta. Era alto y musculoso y llevaba una camiseta y unos pantalones de bolsillos. Se agachó, levantó dos tablones de madera, se los echó al hombro como si no pesaran nada y volvió a entrar en la casa.

Andi se tambaleó un poquito hacia la izquierda mientras él

desaparecía en el interior.

«Bien», pensó admirando a Wade. «Muy bien».

–¿Crees que saldría conmigo? –le preguntó a nadie en particular–. ¿O que se acostaría conmigo?

Los últimos meses con Matt habían sido de los de cero sexo y, aunque en general los ratos que habían pasado juntos entre las sábanas no habían sido tan interesantes, echaba de menos los *orgánsmonos*. Los *orgásmosos*.

¡Wade era tan alto y fuerte, y tenía esas manos grandes! Como profesional de la medicina, resultaba que sabía que lo de las manos y los pies grandes era un mito, pero una chica tenía derecho a soñar. Aunque, si estaba soñando con acostarse con su contratista y disfrutar de una sesión de sexo ardiente y sudorosa, ¿no significaba eso que no tenía la soltería tan asimilada como creía? Y si no estaba preparada para ser una… una solterona el resto de su vida, ¿lo de haberse mudado a la isla no era una idea de lo más estúpida?

La visión se le volvió algo borrosa y se dio cuenta de que tenía que apartarse del sol y tal vez beber un poco de agua. ¡Eso! Hidratación. Bebería agua y después pensaría qué hacer con…

Parpadeó y ese pensamiento se esfumó.

Logró subir la calle hasta su casa y después subió los escalones tambaleándose. Cuando entró en el interior, más oscuro, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta hasta que los ojos se le adaptaron al cambio de luz. Vio la botella de agua que llevaba en las manos y se preguntó de dónde había salido.

–Ya has vuelto. ¿Qué tal la ruta enológica?

Levantó la mirada y vio a Wade acercándose. Le sonrió.

–He estado en una excursión de catas.

–Ya lo sé.

–Había mucho vino.

Él juntó sus oscuras cejas.

–Estás borracha.

Andi levantó la mano para hacer un gesto acercando el pulgar y el dedo índice, pero se encontró una botella en medio. ¡Uy! ¿De dónde había salido eso?

–¿Andi?

Lo miró a los ojos. «Qué bonitos», pensó tambaleándose un poco. Como la casa, pero distintos.

–¿Cuánto has bebido?

–Ni idea. He estado con Fred y Betty.

–¿Quiénes son Fred y Betty?

–Unos amigos. Viejos amigos –soltó una risita al darse cuenta de que él pensaría que había querido decir que eran personas a las que conocía desde hacía tiempo cuando lo que de verdad había querido

decir era que eran mayores. Pero explicarle el chiste le parecía demasiado complicado.

–¿Sabes? Mañana por la mañana te vas a odiar. Voy a quitarte esto.

–¿Qué?

Wade se le acercó y le quitó la mochila, que ni recordaba haber llevado puesta.

Se sintió como si le hubiera quitado de encima todo el peso del mundo.

–Madre mía, pero ¿cuánto vino has comprado?

Ella miró la mochila. ¿De dónde había salido?

–¿Hay vino?

Wade la alzó con una mano.

–Diría que una caja. ¿Quieres que te lo lleve a la cocina?

–¿Tengo cocina? ¿Me has construido una cocina? Qué bien.

Esa misma mañana ni siquiera tenía más que un espacio vacío.

Wade negó con la cabeza.

–Estás peor de lo que creía. Venga, te voy a llevar arriba. Puedes quedarte ahí sentada tranquilamente hasta que estés lista para empezar a vomitar.

–No voy a vomitar –le informó sorbiéndose la nariz.

–Más te vale estar equivocada. Hazme caso, suéltalo rápido y te sentirás mucho mejor por la mañana. Si no, te aseguro que mañana no me gustaría estar en tu pellejo.

Andi no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero no pareció importar porque se estaban moviendo. Wade la subió por las escaleras medio empujándola y medio cargando con ella. Primero estaba en el cascarón vacío que era su casa y al momento ya estaba en el salón del desván y Wade la estaba sentando en una silla.

–Estoy bien –le informó.

Él soltó una risita.

–Ya lo veo.

Wade dejó la mochila en la encimera, sacó hielo del diminuto congelador y lo echó en un vaso. Después lo llenó de agua y se lo dio.

–Bebe. Volveré luego para ver cómo estás.

Antes de que Andi pudiera decirle que no hacía falta, él ya se estaba marchando. Y para cuando bajó las escaleras, ella estaba soltando el vaso en una mesa y agarrándose el abdomen. Treinta segundos después, se dirigió al baño para probar la teoría de Wade, según la cual, vomitar la haría sentirse mejor por la mañana.

# Capítulo 9

Boston miraba el enorme pliego que tenía delante. En su mente podía ver el mural tal como lo quería: el elegante jaguar con los ojos brillantes; el mono, sonriente y travieso, en los árboles de color verde intenso; la oruga guiñando un ojo. Por norma general, con verlo le bastaba. Una vez tenía la imagen clara en la cabeza, la mano se le empezaba a mover. Pero esa tarde no.

Era su tercer intento de empezar a esbozar ideas para la sala de espera de Andi. Trabajar fuera de su zona de confort, aunque sin la presión de crear un diseño para telas de cuatrocientos dólares el metro, le había parecido el antídoto perfecto para el parón artístico que había tenido recientemente. Pero a pesar de lo que veía cuando cerraba los ojos, a pesar de las ganas que tenía de darle vida a su trabajo, estaba ahí sentada, inmovilizada. Tenía los dedos entumecidos y se negaban a cooperar.

–Hola, cielo.

La voz y las palabras familiares la liberaron de su prisión artística. Se levantó de un salto y salió corriendo del estudio.

–Has llegado pronto –dijo entrando en la cocina.

Zeke estaba en el cuartito de entrada desabrochándose el cinturón de herramientas.

–Tenía que llegar a casa para estar con mi chica favorita –respondió su marido guiñándole un ojo.

Se movió hacia él. El cinturón de herramientas cayó al suelo y Zeke extendió los brazos. Ella se dejó abrazar.

Todo le resultó familiar, agradable y sexi al mismo tiempo. No solo sabía cómo se iba a mover la boca de Zeke contra la suya, sino que sabía cómo la iba a hacer sentir ese movimiento. La excitación se fundió con la certeza dando paso al deseo.

Antes de los últimos seis meses, el sexo nunca había sido un problema, pensó recostándose en él y disfrutando al sentir sus manos deslizándose por su cuerpo. Tras el nacimiento de Liam se había sentido preparada para intimar con Zeke mucho antes de que el médico le hubiera dado luz verde. Sin embargo, últimamente su marido no había mostrado mucho interés.

Él intensificó el beso moviendo la lengua contra la de ella. Le agarró el trasero con sus grandes manos y se lo apretó. Boston arqueó la pelvis hacia él, moviéndose hacia delante y hacia atrás, esperando notar la familiar cresta de su erección, queriendo sentir esa dureza. Bajó las manos para agarrarle las muñecas y llevarle los dedos a sus pechos, pero se dio cuenta de que no había nada. Ninguna prueba física de que la deseara.

Zeke rompió el beso, le dio una palmadita en el trasero y le echó el brazo sobre los hombros.

–Bueno, cuéntame qué has hecho hoy en el mural –dijo llevándola hacia el estudio.

–No hay nada que ver. Me está costando un poco arrancar.

–No pasa nada. No espero perfección. Solo tengo curiosidad.

Parecía muy decidido y ella entendió que detenerlo no era una opción, así que cedió ante lo inevitable y lo siguió por el pasillo.

Habían añadido el estudio a la casa poco después de casarse. Tenía orientación sur y unas ventanas enormes para que entrara bien la luz. Había cubículos y estantes hechos a medida para sus utensilios, soportes para sus pinceles y sus lápices, y unas mesas expandibles especialmente diseñadas para pintar las telas a mano.

Zeke le soltó la mano y entró en el estudio. Boston se quedó en el pasillo sabiendo lo que él vería. Lo que no había tenido tiempo de esconder. Porque eso era lo que había estado haciendo durante semanas: escondiendo las pruebas.

Papel de dibujo en blanco en un caballete. El resto de las superficies y cada centímetro de pared cubiertos con imágenes de su hijo muerto. Esbozos a lápiz, retratos al óleo, acuarelas, pinturas al pastel. En blanco y negro, en color, realistas, surrealistas. Todos los estilos, todas las poses, todas las posiciones. Las imágenes le resultaban reconfortantes, pero sabía que a Zeke no.

Él dio una vuelta muy despacio, observándolo todo. Después se quedó frente a ella, con la boca apretada y el cuerpo tenso.

–Joder, Boston. ¿Sigues con esto? ¿Dónde estás?

Ella entró en el estudio y se situó frente a él.

–Estoy aquí mismo.

–No, no lo estás. Tienes que gestionar tu dolor.

–Eso estoy haciendo.

–Esto no es gestionarlo, esto es esconderte. ¿Crees que puedes devolverlo a la vida pintándolo?

–No todo el mundo quiere ahogar sus penas en una botella, Zeke.

–Al menos yo siento algo. Al menos lloro por nuestro hijo. ¿Tú lloras? ¿Has llorado una sola vez?

Boston veía la rabia. Era de un rojo vivo. Sí, todo un cliché, pero ahí estaba, reluciente. Y también vio tristeza, más apagada. Verde India o

mantis, pensó consciente del remolino de colores que creaba la mezcla y de que era mucho más fácil pensar en eso que en las palabras de su marido.

–Lo gestiono a mi manera –le dijo.

–No. Lo que haces es perderte –Zeke dio un paso hacia ella–. Joder, Boston, no puedo perderte a ti también, pero siento que te me escapas.

Señaló al estudio, a los cuadros y esbozos.

–¿Sabes el miedo que me da esto? ¿Sabes lo que es imaginarte pintando a Liam una y otra vez? –apretó los puños–. No me hagas esto, Boston. Por favor. Ve a ver a alguien. Habla con un médico.

–Con un psiquiatra, ¿verdad? ¿Porque estoy loca?

Sacudió la cabeza. Sabía lo que pasaría. Sabía que el psiquiatra en cuestión intentaría arreglar lo que estaba roto. ¿Y es que nadie entendía que estar rota era lo único que le quedaba? Sin eso, Liam se iría de verdad.

–No puedo verte hacer esto –Zeke pasó por delante de ella y recorrió el pasillo.

No lo detuvo. Sabía que ahora se marcharía, que probablemente iría a casa de Wade o a algún bar, y supuso que debía preocuparse. No porque fuera a engañarla con otra, sino por lo que perdían cada vez que hacían eso. Si el amor era una casa, podía decirse que los cimientos del suyo estaban empezando a desmoronarse; podía decirse que en algún momento la casa acabaría derrumbándose.

Esperó a sentir la puñalada de dolor, la preocupación. Era morada. No. Lavanda y malva. Sí, mejor así.

Oyó la puerta de la camioneta de Zeke cerrarse y después el sonido del motor. Se acercó al taburete, se sentó y eligió un lapicero. Las ideas sobre el jaguar con aspecto de dibujo animado desaparecieron y en su lugar vio un precioso bebé durmiendo. Empezó a dibujar.

Andi se despertó con una jaqueca de muerte y con la sincera promesa de que nunca, jamás, volvería a emborracharse así. Tenía sensación de arenilla en los ojos, le dolía todo el abdomen por los vómitos y la piel se le había encogido unas dos tallas. Como médico podía detallar el proceso mediante el que su cuerpo estaba liberando toxinas. Como la persona que estaba sufriéndolo, lo único que podía hacer era hidratarse y esperar a que se le pasara la resaca.

De la tarde anterior solo tenía recuerdos borrosos. Estaba bastante segura de haber hablado con Wade y solo esperaba no haber dicho algo demasiado estúpido como preguntarle si podía tocarle los músculos o si podía quitarse la camiseta. Sí, su contratista era un tipo guapo y, sí, tal vez ella se había precipitado un poco al dar por hecho que lo tenía todo superado en el terreno amoroso, pero tenía que

pensar bien las cosas. Actuar con cautela. Y tal vez esperar un poco a dejar de sentirse como un animal atropellado antes de lanzarse a por él. Además, tampoco podía decirse que él se le hubiera insinuado ni nada por el estilo. Ni con un pestañeo de sus largas y oscuras pestañas le había sugerido que la viera como algo más que una clienta. Y ella, por su parte, ya había sufrido demasiado rechazo romántico como para todo un año, así que, muchas gracias, pero no.

Después de beberse dos vasos de agua y tomarse tres galletas saladas, bajó las escaleras. Al menos era domingo y no tendría que aguantar ni martilleos, ni el ruido de las sierras, ni ninguna conversación siquiera. Podía desintoxicarse en una apacible soledad y luego tal vez tomaría un poco de sopa.

El gran espacio abierto que ocupaba el triste y desnudo cascarón que era su casa no le subió el ánimo precisamente. Quería paredes y suelos, y ventanas en lugar de agujeros tapiados. Vale, cierto, solo había sido una semana, pero aun así quería ver avances.

Se detuvo junto a lo que parecía un cableado muy ordenado y muy nuevo e intentó ilusionarse con eso, pero nada, ni se inmutó. Estaba a punto de subir para pasarse el resto de la mañana tumbada cuando alguien llamó a la puerta delantera. O al menos eso supuso, porque en las condiciones en las que estaba más bien sintió como si un ejército de visigodos estuviera dando porrazos a la puerta y dentro de su cabeza, sin cesar. Corrió para detenerlo.

–¿Sí? –dijo al ver a la guapa mujer rubia que había en su porche.

Su visitante tenía estatura media, los ojos azules y la piel clara. Iba vestida de manera informal, pero tan conjuntada y arreglada que Andi se avergonzó un poco de su camiseta algo desgastada, y probablemente manchada, y de sus pantalones de chándal anchos. Eso sin contar con que estaba descalza y sin peinar.

De pronto reconoció a su perfecta vecina.

–Hola –dijo la mujer con una sonrisa entrenada–. Soy Deanna Phillips. Vivo en la casa de al lado.

Deanna vestía una chaqueta fina sobre un suéter de encaje sin mangas y unos pantalones sastre. El atuendo lo completaba un collar de cuentas y además llevaba maquillaje y pendientes.

Andi se tiró del deshilachado dobladillo de su camiseta.

–Encantada –dijo retrocediendo automáticamente para dejar pasar a la mujer, pero entonces recordó que no tenía paredes y mucho menos un lugar donde sentarse–. Lo siento. Sigo en proceso de construcción.

«La casa», pensó desesperada. Se había referido a la casa. Porque, aunque estaba claro que no le vendría nada mal someterse a uno de esos programas de cambio de estilo de vida, desde luego no era asunto de Deanna.

Deanna entró, miró a su alrededor y arrugó su fina nariz

ligeramente.

–Al menos lo habéis tirado todo. Seguro que cuanto esté acabada va a quedar preciosa –se detuvo–. Siento haber tardado tanto en pasar a saludar.

Levantó un plato con un guiso.

–Bienvenida al vecindario. No es más que pollo con verduras. Sano, pero espero que te guste.

–Gracias.

Andi lo aceptó, agradecida de tener solucionadas las comidas del día. Bueno, eso contando con que le apeteciera volver a comer porque lo cierto era que solo el aroma de las especias saliendo de debajo del papel de aluminio bastó para que se le revolviera el estómago.

Deanna se giró despacio, fijándose en las ventanas tapiadas y el subsuelo expuesto.

–He oído que eres doctora.

–Pediatra.

–Una carrera profesional. Eso es lo que se espera hoy en día, ¿no? Tenerlo todo. Yo quería ser madre y tener una familia –apretó los labios–. Me definí así. Ya, ya lo sé, soy una antigua.

Andi no estaba segura de si era por la resaca o por la conversación en sí, pero le estaba costando seguirla.

–Me han dicho que tienes cinco hijas. Qué pasada. He conocido a Lucy. Es una ricura.

Deanna la miró.

–Sí, hijas. Cinco niñas de las que soy responsable –sacudió la cabeza levemente–. Seguro que te apetecerá venir a ver mi casa. La planta baja está reformada al completo. El salón principal está decorado con una mezcla de antigüedades y reproducciones acordes con la época a la que pertenece la casa.

–Eh… Sí, me gustaría verla. Gracias.

Deanna asintió.

–La casa ha sido propiedad de mi familia desde que se construyó. Boston heredó la suya también, pero sus abuelos se la compraron a los primeros dueños.

–Vale.

¿Acaso importaba qué familia hubiera tenido más tiempo la casa en propiedad?

Deanna le ofreció otra sonrisa, esta vez más contenida.

–Bueno, ya te he entretenido bastante. Bienvenida. Estamos muy agradecidos de tener a alguien viviendo aquí. Hagas lo que hagas en la casa, será una mejora.

Y con eso se giró y se marchó. Andi se quedó mirándola, no muy segura de dónde había estado el fallo, pero convencida de que Deanna Phillips era alguien que jamás le caería bien.

Una semana después, seguía igual de desanimada, aunque sin la resaca del domingo anterior. Mientras vagaba por la planta baja, admitió que estaba increíblemente sola y que los días parecían interminables. Durante la semana se mantenía ocupada. Estaba atendiendo a muchos pacientes y las enfermeras eran simpáticas, y luego volvía a casa con un cansancio gratificante y dispuesta a relajarse. El día anterior lo había ocupado haciendo recados, pero no tenía nada planeado para hoy.

Por norma, Matt y ella habían pasado los domingos juntos. Era el único día de la semana que los dos tenían libre y en el que no solían estar de guardia, aunque, ya que la especialidad de Matt era oncología quirúrgica pediátrica, en realidad él nunca estaba fuera de servicio.

Aun así, habían hecho cosas juntos. Habían ido a museos, habían salido a cenar con amigos, habían visitado a la familia de él y habían visto películas. También habían ido de compras y él le había dicho qué comprar. Su día a día había estado ocupado… a menudo con lo que Matt quería hacer.

A sus treinta y dos años resultaba incómodo descubrir que no sabía qué hacer estando sola ni siquiera un día.

Se terminó el café, aclaró la taza e hizo la cama. Ya estaba duchada y vestida. El día era cálido y soleado, así que debería aprovecharlo. A lo mejor podía… ¿Qué? ¿Había algún museo en Blackberry Island? No quería ir sola al cine y sus amigos estaban en Seattle, a un par de horas.

Se asomó por la ventanita del desván y vio su abandonado jardín. Eso sí que podía hacerlo, pensó. Explorar su espacio al aire libre. Podía dar un paseo, familiarizarse con el terreno e incluso sacar unas fotos. Así después podría preguntarle a Wade si conocía a algún paisajista que pudiera ayudarla a ponerlo en buena forma, o también podía conseguir el contacto de la persona que Boston había mencionado.

Rápidamente se embadurnó de protección solar, se plantó un gorro, agarró su pequeña cámara digital y salió a la calle.

El Pacífico Noroeste podía tener un tiempo lluvioso y deprimente en los meses de invierno, pero una vez salía el sol, era el lugar más precioso del mundo. Observó el cielo azul brillante, la isla, que se extendía a sus pies, y el agua a lo lejos. Juraría que casi alcanzaba a ver el Pacífico. La brisa era ligera y la temperatura cálida. El verano había llegado de verdad a la isla.

Se dirigió al jardín trasero y empezó a sacar fotos. Ya había arriates instalados, pero estaban cubiertos de hierbajos, con unas plantas altas y asalvajadas que no reconocía. El césped tenía calvas. Lo único

frondoso del jardín eran las malas hierbas. Sacó más fotos y se preguntó si habría algún sistema de aspersores o herramientas de jardín. Había un cobertizo en un extremo, pero parecía que fuera a derrumbarse y estaba bastante segura de que sería como un bloque de viviendas para arañas densamente poblado.

Después de sacar más fotos del lateral, volvió a la zona delantera y siguió fotografiando. Verlo todo a través de una lente le hizo darse cuenta de lo espantoso que estaba el jardín. Tenía que hablar con Wade pronto para pedirle consejo sobre los paisajistas. Al fin y al cabo, ella se metía en casa y podía fingir que todo estaba bien, pero sus vecinos tenían que ver su jardín desde sus ventanas.

–Hola, Andi.

Se giró y vio a Lucy avanzando hacia ella. Llevaba al leal gato de la familia acurrucado en sus brazos y la acompañaban dos niñas más pequeñas. «Gemelas», pensó mientras se fijaba en sus ojos, grandes y azules, y su pelo rubio claro.

–Hola –dijo sonriendo–. Qué alegría volver a verte.

–Estas son mis hermanas pequeñas, Sydney y Savannah. No te preocupes. No vas a poder distinguirlas la próxima vez que las veas.

Andi se rio, se puso de rodillas y alargó la mano.

–Estoy encantadísima de conoceros.

Sydney y Savannah le estrecharon la mano. Después se miraron y soltaron una risita.

Las tres niñas vestían camisetas y pantalones cortos. Las camisetas de las gemelas eran idénticas y con volantes en el dobladillo. Una era rosa y la otra amarilla.

–Soy Sydney –dijo la niña de amarillo.

Lucy se sentó en el césped y soltó a Pickles, que inmediatamente se tumbó en un claro de sol y empezó a lamerse el pelo. Las gemelas se sentaron al lado de su hermana.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Lucy.

–Sacando fotos de mi jardín. Voy a hablar con alguien para que me lo arregle. Ahora mismo está fatal.

Savannah asintió con energía.

–Mamá odia tu casa. Dice que es deso… –miró a Lucy, que se encogió de hombros.

–¿Desoladora? –preguntó Andi.

–Eso. Desoladora.

Unas palabras que eran verdad, aunque no muy amables precisamente.

–La pobre casa llevaba mucho tiempo vacía –dijo Andi–. Imagino que antes estaba triste, pero ahora debería estar feliz.

–Las casas no pueden estar felices –señaló Sydney.

–¿Por qué no?

–Porque no son reales.

Andi ladeó la cabeza mientras la observaba.

–Pues a mí me parece real.

–Quiere decir que la casa no está viva –añadió Lucy–, pero yo te entiendo. A mí también siempre me parecía que tu casa estaba triste.

Sydney se le acercó un poco más y le lanzó una gran sonrisa.

–¿Quieres invitarnos a una galleta?

–¿Qué? –Andi se quedó mirándola. Claro, un picoteo. Eso era lo que ofrecían los anfitriones–. Lo siento, no tengo mucha comida en casa. Tengo una manzana. Podríamos compartirla.

–No, gracias.

Andi soltó un gruñido.

–La próxima vez tendré galletas.

–¿Y limonada? –preguntó Sydney ilusionada.

–Claro.

–¡Qué bien!

–Ahora podríamos celebrar una fiesta del té de mentira –propuso Lucy–. Lo hacemos todo el rato. Jugamos de mentira. Aunque Sydney siempre nos dice que en las tazas no hay té.

–No entiende lo de jugar de mentira –dijo Savannah sonriendo.

–Sí que lo entiendo –respondió Sydney–, pero jugar de mentira no es real.

–Pero es divertido –añadió Lucy.

Sydney se acercó todavía más a Andi.

–Mamá quería un niño, pero nos tuvo a nosotras.

Andi sospechaba que el comentario era cierto. Después de tres niñas, no era de extrañar querer tener un niño. Sin embargo, lamentaba que las gemelas hubieran oído a sus padres hablar del asunto. No había necesidad de transmitir esa clase de información.

–A mí me parecéis un encanto –dijo con calidez–. Yo me sentiría muy afortunada de tener tres hijas como vosotras.

A cambio del comentario recibió tres sonrisas. Después, Lucy se encargó del té y repartió las tazas con sus platillos y un surtido de galletas imaginarias muy ricas.

Boston vio a las niñas mientras limpiaba el polvo del salón. Zeke y Wade habían ido a Seattle para ver un partido de los Mariners, así que estaba sola e intranquila. Por primera vez, su estudio le había resultado agobiante y no había podido evadirse en sus pinturas. Los quehaceres domésticos le habían parecido una alternativa entretenida y eso reflejaba lo mal que estaba. No conocía a nadie que disfrutara limpiando…, exceptuando a Deanna, probablemente. Pero, claro, es que Deanna se enorgullecía de ser un poquito mejor que todos los

demás.

Dejó de limpiar lo justo para recordarse que debía tener cuidado con sus críticas. No solo porque no la harían sentirse mejor, sino porque creía firmemente en el karma. Lo mejor sería decirse que Deanna hacía lo que podía por ser una madre perfecta e intentar pensar en sus buenas cualidades, aunque ahora mismo no pudiera recordar cuáles eran.

Se acercó a la ventana y observó mientras tres de las hijas de Deanna jugaban a tomar el té en el jardín de Andi. Estaban sentadas en círculo, con el gato de la familia en el centro del grupo. El sol parecía estar envolviéndolas, como bendiciendo y protegiendo la inocencia del momento.

Vio los dorados y amarillos y los reflejos cremosos que componían el rubio del pelo de las niñas, el toque rosa de la lengua de Pickles mientras se lavaba la cara con detenimiento. Vio también los ángulos de los codos y de las rodillas, las espirales de los rizos de Andi, los bordes serrados de la hierba.

Una ráfaga de energía burbujeó en su interior y después se desbordó, llenándola. Podía ver la imagen y sentirla también. Aun sabiendo que no le serviría de nada, pero incapaz de resistirse a la necesidad de hacerlo, dejó el trapo del polvo en la mesa y corrió a su estudio. Una vez allí, agarró una caja de pinturas pastel y un pequeño bloc y después se desvió hacia la cocina para recoger un plato de minimagdalenas de chocolate. Estaban hechas con harina blanca y azúcar, lo cual le provocaría un infarto a Deanna si se enteraba de que sus hijas se habían dado ese capricho, pero no le importó. Necesitaba que las niñas se quedaran ahí quietas unos minutos más y las magdalenas le parecieron el chantaje más sencillo.

Se metió tres zumos en los bolsillos de los pantalones cortos y salió corriendo.

El cuarteto seguí allí. Pickles había terminado de lavarse y estaba tumbado de costado, con sus felinos ojos cerrados mientras se echaba un sueñecito al sol.

–Espero que no os importe que os interrumpa –dijo al acercarse–. He visto que estabais tomando el té aquí y no he podido resistirme a autoinvitarme.

–Me vienes de maravilla. Soy una anfitriona terrible, pero es un defecto que tendré solucionado para el fin de semana que viene. Lo prometo.

Rápidamente, las hermanas se movieron para hacerle sitio y tres pares de ojos azules se posaron en los dulces.

–¿Son de chocolate? –preguntó Lucy en voz baja y reverente.

–Sí. Las he hecho yo.

–Mami dice que lo casero es lo mejor –añadió Sydney.

Boston acercó el plato.

–Sé lo que opina de los tentempiés industriales, así que no tenéis que preocuparos.

Las gemelas miraron a Lucy, que apretó los labios y, a continuación, despacio, alargó la mano para servirse una minimagdalena. En cuanto la rodeó con los dedos, las gemelas se sirvieron una. Boston le dio a Andi los zumos para que los repartiera y después levantó el bloc.

Vaciló antes de elegir un color y entonces agarró el amarillo, viendo ya las líneas trazadas aparentemente al azar que formarían su pelo. El miedo bulló en su interior y se estremeció, pero hizo caso omiso del ligero temblor de sus dedos y dio el primer trazo.

El segundo salió con más facilidad, y el tercero también. Soltó el amarillo y agarró el rosa claro para dibujar las caras. La mano se le movía cada vez más deprisa. Era consciente de la conversación que fluía a su alrededor, de las risitas de las niñas y del ruido que hacían al sorber las últimas gotas de zumo, pero lo único que podía ver eran los contornos, las formas, los colores.

Pickles, como haciéndole el favor, se quedó quieto. Ella dibujó lo negro y dejó que el papel aportara lo blanco. Las largas piernas de Andi tomaron forma al igual que su cabello ondulado. A Boston empezó a dolerle el brazo y sintió el revelador dolor de un calambre en los dedos, pero siguió trabajando. El sudor le cubría el labio superior y le goteaba por la espalda. Le parecía estar oyendo el rugido del mar, aunque tal vez solo fuera el sonido de su sangre zumbándole en los oídos.

Dibujó el árbol y la fachada de la casa. El bloc se le cayó en el regazo y cuando levantó la mirada vio que las niñas y el gato se habían marchado y que Andi y ella se habían quedado solas.

Fue como despertarse después de un sueño muy vívido. No sabía con total seguridad qué era real y qué no, ni si había babeado o dicho algo que no debía. Para ella, dibujar era algo personal. Íntimo. No había sido su intención evadirse tanto.

Aun así, la prueba la tenía ahí delante. El boceto era rudimentario, por no decir menos; estaba inacabado y poco detallado, pero reflejaba a las niñas juntas. Había vida, movimiento. Y no era Liam.

La confusión la hizo sentirse aún más incómoda. Quería recoger sus cosas y meterse corriendo en casa, pero no podía moverse.

–¿Estás bien? –le preguntó Andi en voz baja y con delicadeza.

Boston asintió.

–Lo siento. Me he dejado llevar.

–Ha sido intenso pero impresionante. No me puedo creer que lo hayas hecho tan rápido –se inclinó sobre el dibujo y con el dedo trazó ligeramente la curva del cuello de Lucy–. Yo no sé dibujar ni una figura de palo. Madre mía, alucino con la oreja de Pickles y con la

casa. ¿Qué son? Cinco o seis líneas y, aun así, se ve que es mi casa. La reconocería en cualquier parte.

A Boston la invadieron distintas emociones. Vergüenza, satisfacción, inquietud.

–Ojalá tuviera una décima parte de tu habilidad –admitió Andi–. Estoy temiendo el momento de tener que elegir la pintura y los accesorios. Tienes talento de verdad.

Boston se sonrojó y se limpió la pintura de las manos.

–Es un don. El mérito no es mío.

–Creo que tienes mucho mérito. Has trabajo mucho para perfeccionar lo que tienes. Todos nacemos con algo y mira lo que has hecho tú con lo tuyo.

Boston apretó los labios, miró a Andi y sonrió.

–Eres muy amable y te lo agradezco. No es muy bueno –añadió señalando el dibujo–, pero me alegro de que te guste. He pasado un tiempo atascada y esto…

–Si lo dices por el mural, no te preocupes. Sabía que eras pintora, pero no que fueras tan brillante. Está claro que ese proyecto no está a tu altura.

–No –se apresuró a decir Boston–. No es por eso, para nada. De verdad que quiero trabajar en tus diseños, pero aún no he podido. No he podido hacer nada –se detuvo, se puso recta y añadió–: Zeke y yo tuvimos un bebé hace un año. Liam. Era precioso. Tan feliz y alegre y… –le costó tragar saliva por el nudo que tenía en la garganta. Nudo, no lágrimas. Lágrimas nunca–. Murió hace casi siete meses. Una cardiopatía. Dijeron que fue una de esas cosas que pasan; había nacido así y solo era cuestión de tiempo. No era algo genético ni detectable. Un día se le paró el corazón, sin más –miró la hierba–. Lo tenía en brazos. Estaba sonriéndome y al segundo se había ido.

Andi le apretó la mano.

–Lo siento muchísimo. El dolor de perder un hijo es indescriptible.

Y ella probablemente lo sabía, pensó Boston agradeciendo su amabilidad. Como pediatra habría sufrido la muerte de un paciente y el dolor de los padres.

–Lo dibujo –susurró Boston–. Una y otra vez. Lo dibujo y me reconforta.

–Seguro que así sientes que está contigo. Lo creaste en tu cuerpo y ahora lo recreas en tu corazón.

Boston la miró.

–Sí, eso es. Es lo que hago.

Y era algo que Zeke ni podía ni quería entender.

–No he podido trabajar desde que murió, así que esto… –señaló al dibujo–. Esto ha sido una especie de avance.

–Me alegro –Andi le dio un último apretón y le soltó los dedos.

Boston sabía que no estaba recuperada ni mucho menos, pero se sentía como si hubiera dado un primer paso. Y después de meses yendo por ahí tambaleándose, dar un paso adelante parecía un milagro.

–A lo mejor ahora puedo empezar con tu mural.

–No hay prisa y, además, puedes rechazar el encargo. Me siento como si le hubiera pedido a Picasso que me ayude a pintar el cuarto de baño.

Boston se rio. Sonó como a risa desentrenada, pero la hizo sentirse bien.

–Me encantaría ayudarte a pintar el cuarto de baño.

–Voy a dejar que Wade y sus hombres se ocupen de eso –Andi se detuvo–. Wade parece majo.

–Lo es. ¿Has conocido ya a su hija?

–No.

–Es genial. Tiene doce años, que debería ser una edad complicada, pero hasta ahora es la misma niña dulce de siempre. Seguro que la conocerás pronto. Es de las mejores amigas de la hija mayor de Deanna.

Miró las minimagdalenas que habían sobrado.

–Será mejor que me lleve esto antes de que Deanna las vea y me ataque con un rastrillo –sonrió–. No deja que sus hijas tomen azúcar.

–¿En serio?

–Nada de azúcar, nada procesado y prácticamente nada que no haya hecho ella misma.

–Eso sí que es entrega absoluta.

–Nadie podría negar que es una madre entregada.

Una madre que tenía cinco hijas, pensó Boston sintiendo cómo volvía a invadirla el gris. ¿Acaso era justo?

Se levantó.

–Gracias por dejar que me haya colado en vuestra fiesta.

–Eres más que bienvenida –le dijo Andi–. La próxima vez estaré preparada para recibir visita. Galletas y limonada.

–A las niñas les gustará, pero asegúrate de que Deanna no lo vea.

–Me da un poco de miedo –admitió Andi.

–A mí también.

Boston recogió sus cosas y volvió a casa con la mirada puesta en el dibujo. En las caras y los colores. Lo que le había parecido tan curativo hacía solo unos minutos ahora de pronto le parecía una traición. Corrió adentro, lo soltó todo en la encimera, arrancó la hoja del bloc y, despacio, la partió en dos, luego en cuatro y luego en dieciséis. Y cuando todo quedó reducido a poco más que confeti, lo tiró a la basura.

Cinco minutos después estaba en el estudio, lápiz en mano.

Dibujó sin pensar y enseguida el perfil del niño durmiendo tomó forma.

# Capítulo 10

La rabia resultó ser mejor compañera de lo que Deanna había imaginado. Colin había estado de viaje la mayor parte del tiempo durante las dos últimas semanas y la última en concreto apenas habían hablado. Se dijo que estaba acostumbrándose a cómo sería la vida cuando estuvieran divorciados, pero sabía que era mentira. Tenía la protección que le ofrecía un marido, un sueldo mensual. Si se separaran, estaría completamente sola. ¡Mierda!

De modo que había seguido enfadada. No era difícil y, de hecho, estaba empezando a hacerla sentirse mejor. Mientras dejaba que la ira se le acumulara dentro, se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo enfadada. Años, en realidad. Y no solo con Colin, pero resultaba que él era un blanco gratificante. Se lo merecía.

–Me gusta su pelo –estaba diciendo Lucy mientras ponía la mesa–. Dice que nació con el pelo rizado. Ojalá yo tuviera el pelo rizado.

Deanna no tenía ni idea de qué o quién estaba hablando su hija. Probablemente sería de alguna amiga del colegio. Al menos Lucy estaba haciendo amigas, y eso ya era algo. Siempre había sido una niña complicada, la más callada, y encima llevaba esas gafas. Aún era demasiado pequeña para usar lentillas y, cuando Deanna había preguntado sobre la cirugía láser, el médico de la niña la había mirado como si le hubiera sugerido un tratamiento con sanguijuelas.

Nadie la entendía, pensó mientras comprobaba los dos pollos que tenía asando en el horno. Cinco hijas. ¿En qué había estado pensando? ¿Quién tenía cinco hijos hoy en día? Desde luego, solo había querido dos; uno de cada. Pero cada vez que había tenido una niña se había empeñado en tener un chico, porque eso era lo que hacía la gente. Y entonces habían llegado las gemelas y ahí se había rendido.

Quería a sus hijas. A todas. Pero ahora tenía cinco y cada vez estaba más y más abrumada.

Agarró la copa de chardonnay que se había servido antes. Era de una botella que había abierto unas noches atrás. Se la terminaría antes de que Colin llegara a casa y después abriría una nueva antes de la cena.

Dio un sorbo, soltó la copa y miró hacia el fregadero. Estaba

desesperada por lavarse las manos, por sentir el resbaladizo jabón, el calor del agua; por quitarse todo el dolor y la incertidumbre con los que tenía que lidiar. Pero ya tenía zonas de piel en carne viva y los nudillos agrietados. Señales muy reveladoras, pensó. Tenía que ser fuerte. No podía darle a Colin una excusa para llevarse más de lo que se había llevado ya.

Unas pisadas retumbaron por las escaleras.

–¡Ya ha llegado papi! –gritó Madison mientras corría hacia la puerta. Su habitación daba a la parte delantera de la casa, así que siempre era la primera en verlo llegar.

Lucy soltó los cubiertos y corrió tras su hermana. Las otras niñas salieron de donde quisiera que estaban, decididas a ser las primeras en recibirlo en el camino de entrada.

Deanna se quedó sola en la cocina y agarró el vino. Tenía un nudo en el estómago, pero bebió igualmente. Bebió porque no podía hacer lo que quería hacer de verdad y lavarse las manos; bebió porque sus hijas nunca iban corriendo hacia ella.

–Muy bien, Audrey –dijo Colin–. Has estudiado mucho. Estoy orgulloso de ti.

Deanna agarró la copa mientras su hija mediana sonreía encantada ante el elogio. «Muy típico», pensó mirando alrededor de la mesa. Una palabra de su padre y todas tan contentas y orgullosas. Ella también le había dicho a Audrey que lo había hecho muy bien en el examen de Ortografía y su hija apenas le había hecho caso. Y eso que tampoco podía decirse que la niña de ocho años hubiera acertado todas las palabras. Había fallado dos de veinte. Por eso Deanna le había hecho copiar cinco veces cada una de las palabras falladas, para ayudarla a recordarlas de cara al próximo examen, aunque seguro que lo tergiversarían y acabaría pareciendo una especie de maltrato infantil.

–¿Qué más cosas han pasado? –preguntó Colin mirándola–. ¿Ya has conocido a la vecina nueva?

–Sí, hace semanas –en realidad hacía solo dos, pero bueno, más o menos era lo mismo.

–¿Es médico?

–Pediatra –respondió Madison–. Me lo ha dicho Carrie. Su padre está haciendo la reforma. Va a tener la consulta en la planta baja de la casa.

–Es simpática –dijo Lucy antes de subirse las gafas–. Sydney, Savannah y yo tomamos el té con ella el domingo pasado.

–Lo tomamos de mentira –señaló Sydney–, pero entonces llegó Boston y… –se sacudió como si alguien le hubiera dado una patada por debajo de la mesa.

Lucy le lanzó una mirada de advertencia.

–Es supersimpática –repitió rápidamente– y tiene el pelo precioso. Largo y rizado.

–¿Era ella de quien hablabas antes? ¿De la mujer de al lado? –preguntó Deanna mirando a su hija muy seria–. Pasas demasiado tiempo con ella. ¿Qué hace una mujer adulta juntándose con niñas pequeñas?

–Si es pediatra, no me parece tan raro –dijo Colin.

–¿Por qué no está casada? ¿Por qué no tiene su propia familia? Será lesbiana.

Colin frunció el ceño.

Las cuatro niñas pequeñas parecían confundidas mientras que Madison se mostró furiosa.

–¡Siempre haces lo mismo! –le dijo su hija mayor–. Siempre hablas mal de la gente sin saber si es verdad o no. ¿Por qué tienes que ser tan malpensada?

–¿Qué es una *lisboana*? –preguntó Sydney.

–Da igual –le dijo Colin antes de dirigirse a Deanna–. Estoy de acuerdo con Madison. Disfrutas pensando en lo peor. Estoy seguro de que nuestra vecina es una persona encantadora y sin duda será una fantástica incorporación a nuestra comunidad. ¿No decías que te encantaría tener un pediatra en la isla? Pues ahora tenemos una en la puerta de al lado y aun así tienes que sacar las cosas de quicio.

Ofendida, Deanna abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir.

–Estaba de broma –dijo finalmente.

–Sí, claro, porque ya sabemos que eres toda una bromista. Venga, chicas. Vamos a comprar helado.

Las cinco niñas lo miraron con expresiones idénticas: dos partes de ilusión y una parte de miedo.

Deanna agarró la copa de vino.

–No es su noche de postre –murmuró.

–Ya, ya lo sé –Colin apartó la silla de la mesa y se levantó–. Todo el mundo sabe que tomar postre solo una vez a la semana hace mejores a las personas, ¿no? Pero yo me llevo a mis preciosas niñas a comprar un helado y después vamos a pasear por el muelle para que el mundo vea lo afortunado que soy de tener unas hijas tan geniales. Vamos, chicas.

Se levantaron. Lucy y Audrey recogieron sus platos y los llevaron a la pila rápidamente. En cambio, las otras tres dejaron los suyos en la mesa y salieron corriendo detrás de su padre.

Desde el pasillo se oían carcajadas. La puerta delantera se abrió y se cerró; después solo hubo silencio. Deanna se quedó allí sentada a la mesa, rodeada del caos de su cocina. Sola.

Estaba en medio de una guerra, pero no entendía las reglas de

enfrentamiento ni cómo podía ganar. Ni siquiera entendía del todo por qué había empezado ni en qué momento se había convertido en la enemiga. Solo sabía que no había ni una sola persona a la que pudiera llamar. Nadie que le diera un abrazo y le dijera que todo saldría bien. Nadie a quien pudiera considerar una amiga de verdad.

–Vengo por la clase de las cinco –dijo Andi con tono alegre.

Estaba frente al pequeño y moderno mostrador de recepción del Scoop and Stretch, el estudio de pilates y yoga del pueblo.

La recepcionista, una guapa veinteañera con el pelo castaño, la miró.

–No tengo ninguna clase privada programada.

–Vengo para la clase de suelo. Llamé hace un par de días para apuntarme.

–¿Dijiste que eras nueva? –preguntó la chica castaña sonriendo–. A todos nuestros clientes nuevos os pedimos que deis al menos una clase privada primero para que tengáis claro cómo hacer los ejercicios. No queremos que os lesionéis.

–Ah, creía que había mencionado que no había venido nunca.

Se quedó chafada. Había reorganizado sus citas especialmente para poder llegar ahí a tiempo. Otro domingo larguísimo le había recordado que había sido ella la que había decidido vivir en la isla y que de ella dependía crearse una vida nueva y hacer amigos y actividades que pudiera disfrutar. El ejercicio nunca había sido una de sus favoritas, pero al menos en una clase podría hablar con otras personas.

–¿Has hecho pilates alguna vez? –preguntó la recepcionista.

–La verdad es que no.

Una pelirroja menuda con cuerpo de bailarina se acercó al mostrador.

–Soy Marlie. Doy la clase de las cinco. Si te apetece probar, eres bienvenida, aunque tengo otras cinco alumnas, así que no podré hacer mucho más que echarte un ojo. Si a ti te parece bien, a mí me parece bien. Así puedes hacerte una idea de lo que hacemos aquí y decidir si quieres continuar.

–Claro –respondió Andi, aunque ya no lo tenía tan claro. Había supuesto que una clase implicaba un grupo, no solo seis alumnas.

–Problema resuelto –dijo sonriendo la chica castaña–. Puedes dejar tus cosas ahí.

Señaló una hilera de estantes con cestos. Andi metió el bolso en uno.

Las edades del resto de las alumnas oscilaban entre los veintipocos y los sesenta y tantos de una de ellas. Casi todas tenían un cuerpo

atlético. Vestían de negro y estaban descalzas. Pensando que debería haber sacado tiempo para hacerse una pedicura, Andi se descalzó y guardó los zapatos en el cesto junto con el bolso.

–Vamos allá –dijo Marlie.

Andi siguió a las mujeres hasta una fila de esterillas situadas contra la pared. Cada una tenía un marco de metal anclado a la pared y varios resortes y asideros colgando. Todas se sentaron en una esterilla mirando al frente. Andi ocupó la del final.

–Vamos a empezar con los cien –anunció Marlie.

¿Cien qué? Andi vio a las mujeres tumbarse y agarrar un par de asideros e hizo lo mismo. Levantó las piernas como las demás, llevó la barbilla al pecho e inmediatamente notó que le quemaban el abdomen y la parte trasera de las piernas. ¿Iban a mantener esa postura hasta contar hasta…?

–Y bombeamos. Inhalamos dos, tres, cuatro, cinco. Exhalamos, dos, tres, cuatro, cinco.

Para horror de Andi, todas empezaron a bombear los brazos de arriba abajo mientras mantenían las piernas juntas y levantadas formando un ángulo de noventa grados.

–Talones juntos, dedos de los pies separados –dijo Marlie pasando por delante–. Barbilla al pecho, Andi. Mete abdomen.

Cuando iban por sesenta, le temblaba la tripa. Al llegar a cien, supo que había cometido un error terrible.

Y lo peor fue que hacer los cien resultó ser uno de los ejercicios más sencillos.

Cincuenta minutos después, estaba tirada en la esterilla jadeando y dudando si podría levantarse. A pesar de haber estudiado Anatomía, le dolían músculos en lugares donde no sabía que los hubiera.

Las demás se pusieron de pie de un brinco y le dieron las gracias a Marlie por la clase. Andi logró ponerse a cuatro patas y desde esa postura se levantó tambaleándose.

–¿Qué te ha parecido? –preguntó Marlie.

–Ha sido genial.

–Lo has hecho muy bien. ¿Por qué no reservas un par de clases particulares para aprender los distintos ejercicios y después vuelves a probar esta clase? Todas son muy simpáticas. Es muy divertido.

Andi vio a las mujeres charlando en la puerta del estudio. Estaban sudando un poco, pero no estaban como si un autobús acabara de pasarles por encima. Incluso la mujer que pasaba de los sesenta se movía con facilidad, como si la clase no le hubiese supuesto tanto esfuerzo.

–Me parece que yo no lo describiría como «divertido», pero creo que me gustaría volver a intentarlo –cuando se hubiera recuperado.

Fue al coche y entró. Le tembló el brazo al meter la llave y después

arrancó el motor. Menos mal que el coche no era de cambio manual. No habría podido usar el embrague en esas condiciones.

Estaba tan dolorida que incluso le dolió subir la colina en coche hasta casa. Nunca había hecho mucho ejercicio y ahora lo estaba pagando. Se preguntó si podría moverse a la mañana siguiente.

Aparcó delante de la casa y por primera vez apenas se inmutó al ver la camioneta de Wade. Estaba sudorosa, tenía la cara colorada y llevaba una camiseta y unos pantalones de chándal nada favorecedores. Si seguía yendo al Scoop and Stretch, iba a tener que invertir en ropa de deporte mona. ¿Habría ropa de deporte con faja moldeadora incorporada?

Subió las escaleras del porche casi arrastrándose y entró. Wade estaba ahí con una carpeta en las manos.

–Tengo que enseñarte una cosa –le dijo señalando al fondo de la casa.

Andi dejó en el primer escalón el bolso y la bolsa donde llevaba la ropa de deporte y fue cojeando tras él. Wade se detuvo delante de unos tablones.

–Hemos acabado casi toda la instalación eléctrica y estamos distribuyendo los espacios. A finales de semana ya verás dónde va cada sala.

–Avances –Andi intentó sonreír–. Es genial.

Él la observó un segundo.

–Tengo unas hojas de pedido que necesito que firmes para los apliques y enchufes. Además, ha llamado el proveedor de material médico y pronto llegarán las camillas.

Wade le dio más detalles y ella hizo lo posible por escuchar, pero no tenía fuerzas.

Esa era su vida, pensó mientras miraba los marcos de madera y los soportes del suelo. Esa casa, esa isla. Se había alejado de todos sus amigos, de su rutina, de todo lo que había conocido. Estaba empezando de cero tan solo con una vieja casa desvencijada, un trabajo que adoraba y unos músculos abdominales muy débiles.

Y aunque tener una profesión le daba una gran ventaja con respecto a mucha gente, por las noches se sentía sola. Había creído estar muy segura de haber renunciado a los hombres, pero no era así y ahora estaba en la isla. ¿Qué iba a hacer ahí? ¿Con quién podría tener una cita? Wade era el único soltero que había conocido y no había mostrado el más mínimo interés por ella.

–No te gusta –dijo Wade.

Andi lo miró.

–¿Qué? Perdona. Estaba pensando en mis cosas. ¿Puedes repetirlo?

–Claro, pero ¿estás bien?

Ella abrió la boca y la cerró.

–No, no estoy bien. Me he mudado aquí sin ser consciente de lo que estaba haciendo. Aquí todo el mundo tiene familia o está haciendo turismo. Ni tengo amigos, ni tengo aficiones, ni tengo bañera. Me aparté del mundo de forma deliberada, pero ahora estoy aquí atrapada. No hay solteros, o al menos ninguno que yo haya conocido. Y aunque encuentre a uno, hace una década que no tengo una cita con nadie. No sé si habrán cambiado las cosas, aunque, de todos modos, antes tampoco se me daba muy bien y dudo que haya mejorado con la edad. Estoy sola, me siento sola. Y, por cierto, si alguien te habla de un ejercicio llamado «masaje abdominal», no te creas que es algo bueno porque no lo es.

Wade se quedó mirándola un momento y después se aclaró la voz.

–Entonces, ¿de los apliques hablamos mañana?

Ella no supo si reír o ponerse a llorar como una histérica.

–Claro, perdona. Esto no es problema tuyo. Me encanta lo que estás haciendo con la casa.

–Gracias.

Wade se alejó tan rápido que a Andi no le habría extrañado ver marcas de derrape en el subsuelo.

Subió las escaleras, se duchó y se cambió. Cuando volvió a bajar, Wade ya estaba recogiendo para irse.

–Todo mejorará –dijo él al llegar a la puerta principal y mirar atrás.

–La verdad es que no lo sabes, pero gracias por tu optimismo.

Wade se rio.

–Eres la alegría de la huerta, ¿eh?

–Soy realista.

–No te preocupes por lo de las citas. No ha cambiado nada.

–Espero que no.

–Hasta mañana, Andi –se despidió con la mano y se marchó.

Ella se sentó en el pie de la escalera y apoyó la cabeza en las manos. Pues sí, una falta de interés absoluta. Ni siquiera le sorprendía.

# Capítulo 11

Deanna partió el pan que había horneado la semana anterior y reunió lo que necesitaba para preparar los sándwiches. Menos Madison, las niñas seguían en la cama, lo que suponía unos minutos más de paz.

Solo una hora, dos como mucho, se dijo. Después, Colin se iría y sus hijas estarían en el colegio. Miró el reloj y dejó los sándwiches. Tenía que levantar a las niñas.

Subió las escaleras. Mientras recorría el pasillo, oyó voces provenientes del dormitorio principal.

–¿Por qué? –estaba preguntando Madison–. Papi, te necesitamos aquí.

Deanna se detuvo en el pasillo.

–Lo sé, pequeña. Yo también quiero estar aquí. Estoy intentando cambiar las cosas.

–No lo suficiente. Es por ella, ¿no? Te vas por ella. Ojalá se fuera ella.

Deanna sintió que esas palabras le atravesaron el corazón.

–No estás hablando en serio –dijo Colin con voz suave.

–Claro que sí –insistió la niña de doce años–. La odio.

Deanna se estremeció.

–Madison –dijo Colin con tono de advertencia–. Habla de tu madre con respeto.

–Ni la respeto ni me cae bien. No puedes obligarme a que me caiga bien. ¿Por qué nos iba a caer bien a mí o a cualquiera de nosotros? Las gemelas son demasiado pequeñas para darse cuenta, pero Audrey y Lucy opinan lo mismo. Mamá es horrible.

Deanna sintió que se debilitaba y empequeñecía por segundos. Se giró y bajó las escaleras corriendo, tambaleándose. Una vez en la cocina, se llevó las manos a la tripa y se dijo que debía seguir respirando.

No podía estar pasando. No podía ser. ¿Cómo podía Madison decir esas cosas? Ella no sabía lo que era tener una madre horrible. Lo había tenido todo demasiado fácil. Y en cierto modo, todo era culpa de Colin. Él lo había provocado.

Unos minutos después, Colin entró en la cocina y Deanna se giró hacia él.

–Bueno, ¿así que esto es lo estás haciendo? –preguntó–. ¿Me estás apartando de mis hijas?

Él estaba ahí de pie con su traje, la bolsa de viaje en una mano y el maletín en la otra.

–Yo no le he dicho qué tiene que decir.

–No, pero la has animado. Quieres poner a mis hijas en mi contra. No quieres que tenga nada.

–No tolero que digas eso. Lo que sea que te pasa con Madison es entre vosotras dos.

–Claro, tú opta por el camino más fácil, como siempre –plantó las manos en la encimera–. Si tan horrible soy, ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por qué sigues aquí?

Él respiró hondo.

–Te quería, Deanna. Pensé que seríamos felices juntos. Y en cuanto a por qué sigo aquí… –se encogió de hombros–. Hay días en los que ni yo lo sé y eso me vuelve loco, pero supongo que es por las niñas y por lo que tú y yo tuvimos una vez. Quiero saber si tenemos la oportunidad de seguir juntos, pero estoy empezando a pensar que no –fue hacia la puerta–. Te enviaré un correo electrónico con los detalles de mi viaje.

Y con eso se fue.

Deanna respiró hondo. Estaba a un segundo de sufrir un ataque de histeria. Sentía el dolor y la rabia acumulándosele dentro hasta tal punto que lo único que quería hacer era gritar. Aún tenía que levantar a las niñas, hacer los sándwiches y…

No podía hacerlo, no podía soportarlo. No tenía ni fuerza ni ganas. Tenía que seguir respirando, pero no podía. Tenía demasiada presión en el pecho. Iba a desmayarse.

Corrió hacia el fregadero y abrió el grifo. Aún sin aliento, metió las manos bajo el agua ardiendo y la dejó correr sobre su piel, ya en carne viva. Después se las enjabonó y empezó a lavárselas.

Andi, en mitad del perfecto jardín, miró despacio a ambos lados. Boston no había estado de broma cuando dijo que el jardín de Deanna era un complemento perfecto para la casa. El jardín delantero era precioso, pero el de atrás era impresionante. Tenía caminitos y arbustos podados, hierbas aromáticas y flores. Andi intentaba encontrar inspiración, pero en lugar de eso se sintió derrotada. No sabía distinguir un diente de león de una petunia y no sabía cómo cultivar una y deshacerse del otro a la vez.

Si su jardín no fuera tan espantoso, esperaría sin más; cada proyecto

a su tiempo. Pero cada vez que veía el césped seco y los parterres descuidados se desmoralizaba. A saber lo que pensaría la siempre perfecta Deanna. Ver toda esa fealdad podría incluso hacerla enfermar de verdad.

Respiró hondo. Podía averiguar qué hacer o contratar a un paisajista que lo averiguara por ella. Esa persona sería como Wade, pero trabajando al aire libre. O mejor que no fuera como Wade, pensó con decisión. No quería encontrar a nadie más que la atrajera y luego no le hiciera caso. Que eso le pasara una vez cada unos diez años ya era bastante.

Con Matt había sido distinto. No mejor, pero sí distinto. Matt lo había decidido todo. Cuando habían hablado sobre su futuro juntos, siempre se había tenido en cuenta lo que quería él. Se había puesto de parte de su madre en lo que respectaba a su carrera y la había presionado para que se especializara. Había odiado su ropa y su pelo, había querido que se lo cortara y se lo alisara.

Parpadeó unas cuantas veces.

–Matt era un gilipollas –murmuró–. Un egocéntrico redomado, un capullo egoísta con el que dije que me iba a casar, lo cual me convierte en una auténtica idiota.

La puerta trasera de la casa de Deanna se abrió y la mujer salió al porche.

–¿Andi?

Andi se puso colorada.

–Hola –dijo saludándola tímidamente con la mano.

–He oído voces. ¿Hay alguien contigo?

Andi estaba en mitad del jardín de su vecina, a plena luz del día y sin invitación. No parecía haber mejor explicación que la verdad.

–Siento haberte molestado –dijo hablando aceleradamente–. Tenía un hueco libre en la agenda y he venido a casa, pero con todo el follón de la obra no he querido entrar.

Tampoco había querido tener que ver a Wade, pero una cosa era decir la verdad y otra ser tremendamente sincera.

–Mi jardín es un desastre y el tuyo es precioso. Estaba admirándolo y de pronto he echado a andar y he terminado aquí –levantó las manos con las palmas hacia arriba–. Me has oído hablar porque no sé cómo he empezado a pensar en mi exprometido y me he dado cuenta de que era un completo cretino. Intentó cambiarlo todo de mí y se lo permití. Supongo que pensé que él tenía razón.

«Demasiada información», se dijo. Carraspeó.

–Y bueno, esa es la conversación que estaba teniendo. No pretendía asustarte.

–No me has asustado –la expresión algo distante de Deanna se suavizó–. Por lo que dices, estás mejor sin él.

–Sí.

–Al menos no tuvisteis hijos. Eso facilita la ruptura.

Andi pensó en lo que Lucy había dicho sobre que su madre había estado llorando e instintivamente dio un paso hacia delante.

–En todas las relaciones hay malas rachas –dijo con tono suave–. Si hay algo que pueda…

A Deanna se le heló el gesto.

–No hay nada. Si me disculpas –dio un paso atrás y cerró la puerta de golpe.

Esa tarde, a última hora, Andi condujo a casa decidida a borrar los recuerdos de su colapso emocional del día anterior. Sería madura, profesional y se mantendría serena. Y si eso no funcionaba, negaría que su conversación con Wade hubiera ocurrido nunca. Para ella la negación era un mecanismo de afrontamiento de lo más eficaz.

Bajó del coche y se enderezó. Antes de poder pensar en una frase encantadora y sofisticada con la que iniciar una conversación, la puerta principal de su casa se abrió y una niña alta y desgarbada salió al porche.

«La hija de Wade», pensó al ver los mismos ojos y el mismo pelo. Aunque lo que resultaba sexi y fascinante en él era inocente y bonito en su hija. Calculaba que la niña tendría doce o trece años. Si aún no había chicos haciendo cola para salir con ella, pronto los habría.

–Soy Carrie –dijo la niña saludándola con la mano y gesto alegre–. Mi padre ha estado intentando mantenerme alejada de aquí porque dice que algunos clientes no quieren que haya niños merodeando. Le he dicho que eres pediatra y que o te gustan los niños o has elegido muy mal tu profesión.

Andi se rió.

–Tienes toda la razón y adoro mi trabajo. Encantada de conocerte, Carrie.

–Igualmente. ¿Estás ilusionada con la casa? He visto los planos y va a quedar guay. Mi padre hace unos trabajos excelentes. Sé que estarás pensando que es lo que tengo que decir, pero es la verdad.

–Tengo plena confianza en él.

Andi avanzó hacia las escaleras.

–Bien. Deberías –Carrie seguía en el porche–. ¿Te gusta la isla? Esto es muy chulo. A veces a mis amigas y a mí nos gustaría tener un centro comercial y más sitios a los que ir, pero está muy bien tal como está –arrugó su respingona nariz–. Eso no suena muy guay, la verdad, así que no puedes decirle a nadie que lo he dicho.

–Tu secreto está a salvo conmigo –subió los escalones y se situó al lado de Carrie.

–Ser médico es difícil –dijo Carrie–. Se lo he preguntado a mi profe de Ciencias y me ha dicho que tuviste que estudiar mucho tiempo en la universidad.

–Sí, pero entré pronto en la universidad y eso me ayudó. Después de hacer un grado de cuatro años, tuve que ir a la Facultad de Medicina y luego seguí estudiando para mi especialidad, Pediatría.

Carrie abrió los ojos de par en par.

–Eso es un montón. Debería dejar de quejarme por el trabajo de Sociales que tengo que hacer, ¿no?

–Puede que mi respuesta te resulte menos comprensiva de lo que te gustaría.

Carrie asintió.

–No tienes hijos, ¿verdad?

–No, pero me gustaría. Algún día.

–Los hijos son una pasada, sobre todo las niñas de doce años. Somos las mejores.

Andi sonrió.

–Eso he oído, pero te agradezco que me lo recuerdes.

Carrie se rio.

–Voy a ver a mi amiga Madison. Vive en la casa de al lado. Me ha encantado conocerte.

–Igualmente.

Carrie bajó los escalones y cuando llegó al camino de entrada se giró.

–Por cierto, mi padre ha tenido una idea para el espacio de almacenaje y está emocionado. No sé si es lo que necesitas o no, pero a lo mejor podrías fingir que a ti también te encanta. Es que se vuelca mucho en lo que hace, ¿sabes?

–Eres una hija buenísima y prometo demostrarle que me ha encantado.

–Gracias.

Carrie se despidió con la mano y se dirigió a casa de Deanna.

Andi la observó mientras se alejaba. «Qué niña tan estupenda». Haber perdido a su madre explicaba la madurez emocional. Y aunque sintiera el vacío que le habría quedado, tenía una personalidad que era puro encanto. En parte sería por la genética, pero mucho le vendría de su entorno. Al parecer, Wade era más que una simple cara bonita.

Sin embargo, esa era una información que prefería no tener, pensó al entrar. Ese hombre ya de por sí resultaba demasiado tentador sin necesidad de saber que además era un padre genial.

–Estás aquí –dijo Wade al verla entrar–. Quiero contarte una idea que he tenido para el espacio de almacenaje.

Andi pensó en Carrie y sonrió.

–Es alucinante, como si me hubieras leído la mente. Justo estaba pensando que íbamos a tener problemas de almacenaje.

–Ya no. Voy a hacerte un esquema de lo que tengo en mente.

Deanna giró a la izquierda y cruzó el puente, el Getaway Bridge. Ocho kilómetros hacia el interior, unos barrios residenciales encantadores daban paso a centros comerciales y grandes almacenes. Rodeó el Costco recién inaugurado y entró en lo que antes había sido un barrio ruinoso lleno de diminutas casas destrozadas y decoradas con grafitis.

Había crecido ahí, en una choza de una habitación situada en una calle con aceras agrietadas y coches abandonados. Paró delante de un bloque de pisos nuevo, agradecida de que algo tan normal estuviera sustituyendo toda la decadencia que vio en su infancia.

Sin embargo, el tiempo y la nueva edificación no podían borrar los recuerdos. Los recuerdos del olor de su madre tras días sin bañarse; del tintineo de las botellas de alcohol en la basura; del nudo que siempre se le hacía en el estómago cuando sabía que venía una paliza.

Agarró con fuerza el volante ignorando el dolor en sus dedos agrietados y despellejados. Incluso sin cerrar los ojos, podía ver aquella casa asquerosa. Recordó cómo se decía que no debía tener miedo de las ratas y cómo se marchaba pronto al colegio para poder lavarse a escondidas en el lavabo del baño de las chicas.

Había habido momentos menos malos, cuando su madre había sido mas joven y había logrado captar la atención de un hombre. La casa estaba más limpia, había comida y las palizas eran menos frecuentes. Pero los hombres siempre se marchaban y entonces las cosas se ponían feas.

Lo peor había llegado cuando tenía diez años. «La edad de Lucy», pensó distraídamente. Su madre se había pasado dos días borracha y había acabado desmayándose. Después de volver en sí, sumida en una rabia alimentada por la resaca y la desesperanza, había ido a por su hija con todas sus ganas y había acabado poniéndole los dos ojos morados y rompiéndole el brazo. Deanna había gritado tanto que al final la Policía se había presentado allí.

Borracha, apestando y fea como estaba, su madre había intentado flirtear con el agente. El hombre no le había hecho caso, había metido a Deanna en el coche y la había llevado al hospital. Aún recordaba lo limpio que estaba todo y el terror que le había producido pensar que la enfermera le gritaría por manchar las sábanas.

Entonces había llegado la tía Lauren, la hermana mayor de su madre. Era como si su madre fuera la imagen en un espejo deformado y Lauren la persona real. Tan parecidas y aun así tan distintas.

Lauren se había quedado a los pies de la cama con sus azules ojos oscurecidos de preocupación.

–Me he enterado de lo que ha ocurrido. Siento todo por lo que has pasado, Deanna. Tu tío y yo estamos dispuestos a que vengas a vivir con nosotros, pero tienes que prometer que serás buena. ¿Lo entiendes?

Bien. No estaba segura de lo que significaba, pero se dijo que lo averiguaría. Había jurado ser todo lo que querían porque, si no la fastidiaba, ellos no la devolverían.

Había habido normas, pero seguir normas era fácil, sobre todo cuando no cambiaban de un día para otro. Lo había hecho lo mejor que había podido y había aprendido rápido. Lauren la había elogiado y eso le había permitido relajarse un poco, pero sin llegar a bajar la guardia del todo nunca.

La casa de la colina se había convertido en su hogar. Había adorado cada rincón de la preciosa casa, había aprendido su historia y se había enorgullecido de su aspecto.

A menudo, Lauren les decía a sus amigas que Deanna era la hija perfecta.

Perfección, ese era el objetivo. Ser perfecta significaba que podía quedarse allí. Ser perfecta significaba tener cosas bonitas.

Ser perfecta significaba que le importaba a la gente. O al menos así había sido antes, pensó cerrando los ojos con fuerza.

# Capítulo 12

Los chirridos de las sierras surcaban la tarde. Andi, sentada contra un árbol en el jardín delantero mientras se ponía al día con sus lecturas, miraba hacia la casa de vez en cuando. Esa semana estaban poniendo las ventanas, lo cual significaba que se podía ver lo que había dentro. Cada cierto tiempo, Wade pasaba por delante de alguna.

Mayo había dado paso a junio y el clima había cambiado en consecuencia. Las mañanas eran frescas y brumosas, pero las tardes se mantenían soleadas, de modo que los hombres que desempeñaban trabajos físicos solían llevar pantalones cortos y camisetas sin mangas. Como profesional de la medicina podía distinguir los músculos esculpidos de un hombre sano. Como mujer que pensaba que su contratista estaba muy bueno, de pronto se vio humedeciéndose los labios con actitud algo depredadora.

Volvió a centrarse en el artículo sobre la tosferina, una enfermedad grave en especial para los niños pequeños. El año anterior se había dado un aumento significativo en el número de casos locales. Varios condados de Washington habían ofrecido servicios especiales en varias clínicas de vacunación para evitar el brote. Como médico en activo, al doctor Harrington lo informaban de los brotes desde el Centro de Control y Prevención de Enfermedades, y ella ya se había registrado para recibir también esa información. Pasar el tiempo pensando en cómo mantener a sus pacientes a salvo era mucho más provechoso que pasarlo mirando a Wade King.

Las sierras volvieron a la carga y el agudo chillido de la madera la hizo estremecerse.

–¿Te está costando concentrarte?

Levantó la mirada y vio a Boston delante. Sonrió.

–No es un sonido muy relajante precisamente.

–Ya, ya lo sé. Ven a mi casa a tomarte un descanso.

Andi se levantó y siguió a su vecina. Cruzaron dos jardines y bordearon la casa hacia la parte trasera. Boston llevaba un vestido de tirantes suelto que ondeaba a cada paso. Sus mechones rojo oscuro brillaban bajo el sol. Accedieron al cuartito de entrada y de ahí pasaron a la cocina, tan ecléctica y acogedora como recordaba.

Boston sacó una jarra de té de la nevera y lo sirvió en dos vasos con hielo. Ya había un plato de galletas en la encimera de mármol.

–Te advierto que estoy experimentando con la comida sin gluten –le dijo–. No te hagas demasiadas ilusiones con las galletas.

Andi se sirvió una.

–¿Tu marido o tú sois celiacos?

–No, solo estoy siguiendo la moda. ¿No debería evitar el gluten?

–Si crees que tienes sensibilidad, hay dietas buenas que puedes probar. Eliminan los síntomas y después puedes ir añadiendo de nuevo alimentos poco a poco. También podrías probar con una limpieza y luego empezar a añadir alimentos de nuevo –sonrió–, pero, si quieres hacerla, mejor que sea cuando no tengas planeado ir a ningún sitio y tengas mucho tiempo libre para pasarte en el baño.

Boston se rio.

–Gracias por la advertencia, aunque no soy lo bastante disciplinada para hacerme una limpieza así –agarró el plato de galletas y lo dejó en el extremo mas alejado de la cocina. Después sacó un recipiente de plástico.

Cuando levantó la tapa, el delicioso aroma del chocolate alcanzó a Andi.

–¿Qué son?

–*Brownies.*

–Eres mi heroína.

Boston dejó el té helado y se sentó al lado de Andi. Se sirvió un *brownie*.

–No suelo verte en casa entre diario.

Andi tomó un *brownie*. Era jugoso y denso. Vio las nueces asomando a través de la gruesa capa de cobertura y se le hizo la boca agua.

–No me han despedido, si es lo que intentas preguntar educadamente. Voy a abrir la clínica un sábado al mes porque para muchos padres es complicado venir entre semana. Puedo poner vacunas y atender consultas rutinarias.

Boston asintió.

–Eres muy considerada. Seguro que los padres lo agradecerán. Yo tengo mucha suerte con mi horario laboral. Lo planifico como quiero –se detuvo–. En los próximos días tendré algo para enseñarte. No es mucho, solo unos cuantos animales de la jungla y algunas ideas que tengo para la vegetación.

–Estoy deseando verlo. Como te he dicho, te agradezco que compartas tu talento conmigo. No soy una clienta de categoría.

–¿Te sentirías mejor si te dijera que lo voy a hacer por tus niños?

–Pues sí.

Andi esperó. Parecía como si Boston fuera a decir algo más. Finalmente, se encogió de hombros y dijo:

–Está bien tener un proyecto. Llevo un tiempo estancada y esto me ha obligado a darme cuenta de cómo estoy perdiendo el tiempo, lo cual es bueno. Ah, por cierto. Espera un segundo.

Boston se bajó de la banqueta y salió corriendo de la cocina. Volvió enseguida con un cuadro en las manos.

El marco era blanco y sencillo. El cuadro en sí mostraba las tres casas juntitas. Los detalles de las dos de los extremos eran perfectos. Por lo que fuera, la de Deanna parecía más estirada, más altiva. Diminutos brochazos capturaban el torneado de las barandillas y la textura del revestimiento. La casa de Boston era igual de preciosa, pero con un toque más relajado. La escultura del jardín se distinguía a la perfección.

Andi se fijó en la suya. La pintora había sido benévola y había dibujado el jardín, había añadido ventanas donde solo había tablones y le había dado más luz a la pintura de la casa.

–Cuando las obras empiecen a desesperarte –dijo Boston–, esto te animará a seguir adelante.

–Me encanta –admitió Andi–. Y me encanta lo oportuna que has sido, porque solo llevamos cuatro semanas y ya estoy hartísima de la reforma.

Boston se rio y se sentó en una banqueta.

–Siento decírtelo, pero aún quedan muchas más semanas.

–Muchas gracias por el cuadro.

–Pero no por la noticia que te he dado, ¿no?

Andi se retorció en su asiento.

–Ilusionarme por eso es un poco más difícil.

–¿Los tíos buenos ayudan?

Andi levantó su vaso de té helado.

–Animan el ambiente –admitió–. Los músculos masculinos tienen algo que me acelera el corazón, pero como estoy segura de que todos están casados, esa agitación me la guardo para mí.

Boston enarcó las cejas.

–Wade está soltero.

Andi se obligó a mantener la calma. Sonrojarse y tartamudear no inspirarían ni confianza ni ganas de hacerse amiga suya.

–Eso he oído, pero aunque es el más guapo del grupo, me da la impresión de que me ve más como cliente que como mujer –se encogió de hombros esperando mostrar indiferencia–. Y tiene todo el sentido del mundo porque tenemos una relación de trabajo.

Boston ladeó la cabeza y la melena le cayó sobre el hombro formando una cascada de tonos marrones, negros y rojizos.

–Wade es un buen tipo. Es cauto con las mujeres por Carrie. No quiere que sufra.

–Normal. Cualquier padre soltero actuaría con precaución, pero si

encima la madre de la niña ha muerto es todavía mas complicado. Cuando los padres están divorciados suelen mantenerse presentes las figuras parentales. No siempre, pero… –se calló al ver que Boston estaba sonriendo–. No he dicho nada gracioso –añadió sintiéndose nerviosa otra vez.

–Eres perspicaz. La mayoría del tiempo lo ocultas con conversaciones corrientes, pero tu mente siempre está trabajando.

–Soy menos intuitiva con la gente de lo que te imaginas –y Matt era prueba de ello.

–No me convences. ¿Te viene de familia?

–No creo. Mis padres son más de educación que de intuición. Todos son médicos, como poco.

–¿Como poco?

Andi agarró su vaso.

–Mi madre es una famosa cardiocirujana y mi padre está más especializado aún. Digamos que en mi mundo ser simplemente pediatra es un desperdicio. Mi madre no deja de agobiarme por ocuparme de curar heridas en rodillas y poner vacunas.

Boston esbozó una mueca.

–Lo siento mucho, es horrible. Eres una doctora maravillosa.

–Eres muy amable, pero eso no puedes saberlo.

–Te equivocas. Te he visto en acción, con Lucy y las gemelas, y estuviste perfecta. Hablas a los niños como a personas, no como si fuesen una subespecie, y a ellos eso les encanta. Estoy segura de que tus pacientes te adoran. Confían en ti.

Andi, complacida, se sonrojó.

–Gracias. Eres muy amable.

–Soy pintora –dijo Boston sorbiéndose la nariz–. Mi trabajo consiste en observar el mundo. Sé de lo que hablo.

Andi sonrió.

–Entonces, vale, tú eres la experta. Así que dime por qué, después de salir con mi novio durante diez años y de que me dejara plantada en el altar, acabo de darme cuenta de que estoy mucho mejor sin él.

Las palabras brotaron sin previo aviso. Intentó aspirarlas, pero no hubo modo.

Boston la miró.

–Madre mía, Andi. ¿Te pasó eso?

Andi asintió. Atrás había quedado el ambiente distendido.

–No me dio ninguna señal. Pensé que todo iba bien justo hasta que mi madre vino a decirme que él no estaba. Nunca apareció. Nunca envió ni una nota. Después, cuando por fin hablamos, me dijo que no estaba preparado. ¿Llevábamos juntos una década y no estaba preparado? –dijo alzando la voz–. Estaba furiosa y me sentía humillada. ¿Cómo era posible que no estuviera seguro? ¿Qué más

necesitaba saber? Y si no me quería, ¿por qué no lo dijo directamente?

Tragó saliva; se le había hecho un nudo en la garganta.

–Unas semanas después, se marchó con su recepcionista y se casaron en Las Vegas. Se habían conocido hacía tres meses. Y lo peor es que es ahora cuando me he dado cuenta de que siempre estuvo intentando cambiarme. No le gustaban ni mi ropa ni mi piso, y odiaba mi pelo.

–A mí me encanta tu pelo.

–Gracias. ¿Por qué se molestó en seguir juntos? ¿Por qué me molesté yo? Me alegro de que no nos casáramos, pero ¿por qué no pude ver todo esto antes?

Boston le dio un apretón en el hombro.

–Lo siento. Tiene pinta de ser un capullo integral.

–Lo es. Un auténtico cerdo –mirando a su nueva amiga, Andi añadió–: ¿Y sabes lo que me da más rabia? Que echo más de menos tener una pareja que estar con él, lo cual significa que no lo quería. Lo que me encantaba era solo lo que formábamos juntos, así que casarnos habría sido un error. Ahora lo entiendo y lo agradezco. Solo me gustaría haberme dado cuenta de todo esto hace nueve años y medio. Me siento como si hubiera desperdiciado una década de mi vida con él.

–Creer en el karma ayuda.

–Lo probaré. Desear que una horda incontrolable de cucarachas lo recorran y lo devoren no me está ayudando mucho.

–¿Compraste la casa y te mudaste a la isla por él?

Andi asintió.

–Quería romper con todo –soltó una risa estrangulada– y sabía que este era un lugar de familias y turistas, que me estaría apartando del típico escenario de citas. Creí que era lo que quería; ser una de esas solteras guais que son tan autosuficientes que no necesitan un hombre. Pero puede que me haya precipitado un poco.

Boston le apretó los dedos y le soltó la mano.

–¿Por acabar aquí metida sin un solo hombre a la vista?

–Algo así –dio un sorbo de té–. Me gusta mucho la isla y sé que me adaptaré. Quiero abrir mi propia consulta y todo eso es bueno.

–Wade es un tipo genial –le dijo Boston.

–Un tipo genial que no está interesado en mí lo más mínimo.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Si está sufriendo porque no se siente correspondido, entonces lo está disimulando muy bien –se encogió de hombros–. Pero no pasa nada. Me he enterado de que este fin de semana llega un autobús cargado de señores mayores. En el grupo tendrá que haber al menos un par de solteros. A lo mejor pruebo a conquistar a alguno.

Boston se rio.

–Sin duda, serías una buena mujer trofeo.

–Qué suerte la mía.

Boston se inclinó hacia ella.

–Wade es cauto debido a Carrie. Básicamente sale con chicas de fuera de la isla, no sé si me entiendes.

–¿Sin complicaciones, sin explicaciones?

–Exacto. Así que no te rindas aún. He visto a su hermano desnudo y, si se parecen, la espera merecerá la pena.

Andi se rio.

–Perdona, pero es que no me siento muy cómoda imaginándome a Zeke desnudo.

–Puede que sea lo mejor.

Andi había empezado a decir algo más cuando se fijó en que a Boston le tembló la sonrisa, como si no estuviera tan afianzada como debiera.

Boston le acercó el plato de *brownies*.

–Vamos a saltarnos el almuerzo y a comernos esto directamente. Te sentirás mejor.

Andi agarró uno de los *brownies* glaseados y suspiró.

–El chocolate es pura magia, ¿a que sí?

–Siempre lo he pensado.

Deanna estaba cansada de ser una marginada en su propia casa. ¿Colin quería cambios? Pues muy bien, ella cambiaría. ¿Las niñas querían una madre divertida? Podría serlo.

Esperó a que las gemelas estuvieran entretenidas con los puzles en su habitación y después fue al salón a por la casita de muñecas. Siempre le estaban suplicando que las dejara jugar fuera con ella y esparcir las muñecas y los muebles diminutos por el césped. Deanna se había negado una y otra vez. Las pequeñas piezas se ensuciarían o se perderían, y ahora mismo ya tenía bastante con lo que tenía. Pero si quería demostrarle a Colin que lo estaba intentando, debía hacer un esfuerzo.

Aunque tampoco podía decirse que quisiera demostrarle eso, no exactamente. Quería que las cosas volvieran a ser como antes, cuando ella le había importado a su marido y se había sentido bien consigo misma. Así que, por muy ridículo que fuera, sacaría la casa de muñecas al jardín y dejaría que las gemelas hicieran lo que quisieran.

La levantó y se tambaleó ligeramente. Pesaba más de lo que recordaba.

–¡Sydney, Savannah! ¡Bajad!

Fue hacia la puerta trasera, apoyó la esquina de la casita en la encimera y, como pudo, agarró el picaporte. La casa se deslizó, pero

logró sujetarla.

Las niñas entraron corriendo en la cocina.

–Mami, ¿qué haces?

–Dejaros jugar fuera –dijo centrada en abrir la puerta.

Una vez abierta, levantó la casa otra vez. Muy despacio la sacó por la puerta y cruzó el porche.

–Mami, ¿has visto a Pickles? –preguntó Sydney.

Más que notarlo, Deanna percibió que el gato pasó por su lado. Movió la casa en un intento de ver al puñetero gato para que ninguno de los dos se partiera el cuello, pero lo hizo demasiado deprisa. La casa se ladeó y Deanna se venció hacia la derecha. Sujetándola con fuerza, intentó corregir la posición, pero pesaba demasiado y se le estaba resbalando. Rozó a Pickles con el pie y el gato soltó un fuerte maullido. Salió disparado entre sus pies, ella se tambaleó y al instante la casa voló por el aire trazando un arco sobre las escaleras y cayó al suelo.

El impacto resultó extrañamente silencioso cuando las finas paredes se chafaron y las muñecas y el mobiliario en miniatura salieron despedidos al césped. El tejado se partió y la estructura al completo se aplastó.

–¡No! –exclamó Deanna con la respiración entrecortada mientras se lanzaba detrás, aun sabiendo que era demasiado tarde–. Solo quería que os divirtierais.

Miró a sus hijas. Savannah tenía los ojos llenos de lágrimas y Sydney la miraba con una expresión de odio tan parecida a la de Madison que le entraron ganas de vomitar.

–Lo siento –susurró–. Lo siento mucho.

Se acercó a Savannah, pero su hija retrocedió secándose las lágrimas de la cara. Después, las gemelas se agarraron de la mano y entraron corriendo en casa. Deanna se quedó sola en el porche, con la casa de muñecas rota en el césped e incapaz de contener el miedo que le decía que el juguete no era lo único que se había roto de un modo irreparable.

–¿Puedo llevarle unas pocas a Madison cuando terminemos? –preguntó Carrie mientras trabajaba la masa de las galletas de azúcar con el rodillo–. Tendré que colarlas sin que me vean, esquivando las líneas enemigas como en una peli de guerra.

Sonreía mientras hablaba y sus oscuros ojos brillaban de diversión. Boston sabía que estaba mal animarla a ayudar a Madison a romper las normas. Como adulta que era, debería respetar la particular obsesión de su vecina por la comida casera, orgánica y sin azúcar. Debería admirar su empeño en que sus hijas estuvieran sanas. Y lo

haría, si Deanna no fuera tan petulante.

–Hazlo si quieres, pero, si te pillan, yo no te conozco de nada.

Carrie se rio mientras agarraba el cortador de galletas y después hundió la pieza con forma de margarita en la masa, asegurándose de cortarla bien.

–Gracias por ayudarme con las galletas –dijo mirado a Boston–. Papá me dijo que lo iba a hacer él, pero ya sabes cómo es.

–¿Un hombre?

Carrie asintió.

–Lo intenta, pero no es lo mismo –retiró el cortador y volvió a hundirlo–. Te acuerdas de ella, ¿a que sí?

–¿De tu madre? Claro –Boston analizó la pregunta–. Carrie, ¿te está costando recordar cosas de tu madre?

–Algunas. Tengo fotos y cosas y algunos recuerdos concretos, pero son como muy lejanos. Me gustaría que estuviera aquí, pero eso no es exactamente igual que echarla de menos, ¿no?

–Un poco –Boston le tocó el hombro–. Te quería muchísimo y estaría orgullosa de ti.

–Gracias. ¿Crees que papá volverá a casarse?

–No lo sé. ¿Se lo has preguntado?

Carrie puso los ojos en blanco.

–¡Como si fuera a responderme! No tiene muchas citas, al menos no por aquí. Sé lo que hace cuando pasa el fin de semana fuera –arrugó la nariz–. Bueno, no sé exactamente lo que hace, pero sé que queda con gente. Con mujeres. ¿Sabes? A veces creo que estaría bien volver a ser más como una familia.

–Perder a alguien que quieres es duro.

–¿Igual que cuando perdisteis a Liam?

Boston sintió la puñalada en todo el corazón.

–Igual –respondió en voz baja.

–Papá dice que los padres no deberían sobrevivir a sus hijos, pero a mí tampoco me gustó perder a mi madre. Creo que nadie debería morir.

–Eso cambiaría mucho las cosas.

A Carrie se le iluminaron los ojos.

–La casa estaría llenísima si todo el mundo que hubiera vivido en ella alguna vez siguiera por aquí.

–Tendrías que compartir habitación.

–Con un fantasma. Podría ser divertido –retiró la masa sobrante y fue hacia el horno–. Me parece que Andi está bien. Para papá, quiero decir. Aunque no sé si a él le gusta –metió la bandeja en el horno y programó el tiempo–. Es decir, sé que le gusta, pero no estoy segura de que sea en plan chico chica. ¿Crees que a Andi le gusta?

Resultaba que Boston tenía la respuesta, pero no compartiría esa

información con su sobrina de doce años.

–Creo que deberías dejar que lo descubran ellos mismos.

–Llevo sin mi madre la mitad de mi vida. Son seis años. Si a mi padre se le dieran bien las citas, ¿no crees que ya tendría novia? Alguien tiene que ayudarlo.

Boston se rio.

–Creo que tus argumentos son excelentes, pero aun así voy a decirte que le dejes tranquilo al pobre.

–Andi es superguapa. Y además es doctora, que es guay. ¿Crees que tiene novio en Seattle?

–Carrie, deja de entrometerte.

–¿Por qué? Podríamos juntarlos y así papá y yo nos mudaríamos a la casa de al lado.

Boston rodeó a su sobrina con el brazo.

–Me encantaría, pero las personas tienen que enamorarse por sí mismas.

–¿Como Zeke y tú?

–Algo así.

Carrie se apoyó en ella.

–Fue amor a primera vista, ¿a que sí?

–Ya has oído la historia miles de veces.

La niña la rodeó por la cintura y suspiró.

–Cuéntamela solo una vez más. Es mi historia favorita.

Boston la abrazó y la besó en la cabeza.

Abrazar a esa niña preciosa era lo más parecido a la felicidad que había podido sentir en los últimos meses. Si seguía abrazándola el tiempo suficiente y lo bastante fuerte, casi podría llenar el agujero que tenía en el corazón. Casi.

–Fue en el instituto –empezó.

Carrie se sentó en una banqueta y esperó, expectante.

–Y entonces lo viste. Llevaba puesta la cazadora del equipo, ¿verdad?

Boston sonrió.

–Eso es.

# Capítulo 13

–Puedo ver la ventana de mi habitación –dijo Lucy señalando.

Sydney y Savannah se agolparon a su lado, querían asomarse también. Las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal oscureciendo las vistas.

–Me gusta este sitio –dijo una de las gemelas.

Como llevaban ropa distinta a la que habían llevado la última vez que habían pasado por casa, Andi no era capaz de distinguirlas.

–¿A que es acogedor? Como un estudio o una gruta –les dijo antes de levantar el juego de mesa que habían llevado las niñas–. ¿Candy Land? Me encanta –sonrió–. Ya sé. Vamos a bajar un montón de mantas y vamos a sentarnos a jugar junto a la ventana.

A las niñas les pareció que sería divertido. Las gemelas se ocuparon del juego mientras que Lucy llevaba las galletas que Andi había comprado. Andi metió unos zumos en una bolsa de la compra y sacó varias mantas del pequeño armario de la ropa blanca. Unos minutos después, estaban eligiendo las fichas. Ella barajó las cartas y las puso boca abajo.

Una de las gemelas le sonrió.

–Puedes ser la primera.

–Eres muy amable, pero sois mis invitadas. ¿Qué tal si empieza Lucy?

Lucy sonrió sorprendida y levantó la primera carta. La partida arrancó. Quince minutos después, habían terminado la primera y habían empezado con la segunda. Andi dejó que jugaran mientras ella repartía las galletas y los zumos. La lluvia repiqueteaba sobre los cristales. Ahora, con las ventanas nuevas instaladas, entraba mucha luz en la habitación.

La casa estaba tomando forma, pensó al mirar a su alrededor. Todas las habitaciones de abajo estaban demarcadas. Con el sistema eléctrico y la fontanería terminadas, lo siguiente era el aislamiento y después el pladur. Qué emocionante.

Lucy movió su ficha y agarró uno de los zumos.

–Gracias –dijo con educación la niña de diez años.

–De nada –Andi le sonrió–. El cole debe de estar a punto de terminar.

–La semana que viene.

–Lo pasaréis bien. ¿Tenéis algún plan especial para el verano? ¿Vacaciones familiares?

Lucy se encogió de hombros.

–No lo sé. Papá viaja mucho por trabajo. Dice que cuando puede le gusta estar en casa con nosotras.

–Seguro que le gusta pasar tiempo con sus niñas.

–Nos quiere mucho –dijo una de las gemelas.

Andi las miró a las dos buscando alguna diferencia por pequeña que fuera, un sutil detalle en el iris o la forma del lóbulo. Pero no vio nada.

–Nada, imposible –dijo finalmente.

Las tres niñas la miraron.

–No soy capaz de distinguiros –admitió–. Soy médico. ¿No debería poder encontrar algo?

Las gemelas se rieron. La de la izquierda, la de la camiseta lavanda con dibujos de gatitos, levantó la mano derecha y le enseñó una cicatriz diminuta que tenía junto a la base del pulgar.

–Esto me pasó cuando era bebé. Así puedes saber que soy Sydney.

Andi se preguntó con cuántas personas compartirían el secreto para distinguirlas.

–Gracias por enseñármelo.

–Es que probablemente vas a necesitar saberlo –dijo Sydney– porque vas a ser nuestra doctora.

–¿Ah, sí?

–Ajá. Mamá lo dijo en la cena –Sydney frunció el ceño–. Y quería saber por qué no tienes hijos.

Porque su exprometido era un idiota, pensó Andi teniendo el cuidado de disimular y mantener el gesto amable. Y ella había sido igual de idiota.

–Me encantaría tener hijos y espero tenerlos algún día.

–¿No eres *lisboana*? –preguntó Savannah.

Lucy se puso colorada.

–No digas eso.

–Pero si no sé lo que es –la niña se giró hacia Andi–. Mamá lo dijo en la cena. Luego se lo preguntamos a Audrey, pero ella tampoco lo sabía.

Lucy, sentada en la manta, se estremeció.

–Venga, seguid jugando.

¿*Lisboana*? Andi intentó averiguar qué podría haber dicho Deanna para que sus hijas…

«Lesbiana», pensó de pronto. Cada vez le gustaba menos esa mujer y desde luego no era la persona que querría como vecina. Que pasara de los treinta y no estuviera casada no significaba nada. Había tenido una

relación larga que había terminado. ¿La estarían criticando tanto si simplemente estuviera divorciada?

–No soy de Lisboa –respondió con tono suave–, que, por cierto, es una ciudad de Portugal. Aunque siempre he querido visitarla. He oído que es preciosa. Lucy, ¿te toca a ti?

Lucy sonrió agradecida y agarró la siguiente carta.

Andi vio a esas niñas preciosas jugando en las mantas y se preguntó cómo narices alguien como Deanna podía haber tenido unas hijas tan geniales. Debían de haberlo sacado del padre, pensó esperando no tener mucho contacto con esa vecina tan desagradable.

–¡Y entonces se convierte en sirena! –gritó Sydney.

El agudo sonido atravesó el cerebro de Deanna como un láser. La jaqueca leve con la que llevaba casi todo el día subió un par de niveles.

Savannah hundió uno de los muñecos en el agua de la gran bañera del dormitorio principal.

–Hay que rescatarla. ¡Rápido!

Las niñas se reían mientras jugaban sumidas en su mundo imaginario de agua y sirenas. Deanna las vigilaba desde el dormitorio, donde doblaba la colada. Movía los dedos con torpeza, incapaz de hacer coincidir los extremos de las toallas.

Estaba cansada, le palpitaba la cabeza y le escocían los ojos. No podía recordar la última vez que había dormido varias horas seguidas. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a oír sus conversaciones con Colin y entonces la incertidumbre alimentaba el miedo y acababa mirando al techo durante horas, dándole vueltas a la cabeza.

Y como no estaba segura de cuál era el problema, no podía encontrar una solución. Cuando no tenía miedo, estaba furiosa. Colin le estaba haciendo todo eso y ella no sabía por qué. Preguntar no era una opción. Cuando él llamaba, solo hablaba con las niñas. Y por cómo corría Madison a levantar el teléfono cuando sonaba, suponía que habían acordado unas horas de llamada.

–Mamá, necesito ayuda con mi trabajo de Historia.

Deanna se giró y vio a Lucy en la puerta de la habitación.

–Ahora no –respondió volviendo a centrar su atención en las gemelas–. Tengo que vigilar a tus hermanas.

–Entonces, ¿cuándo?

–No lo sé.

–Me dijiste que me ayudarías. Me lo dijiste este fin de semana y ayer.

Deanna notó más presión alrededor de la cabeza.

–Estoy ocupada, Lucy. Hay cuatro niñas más en esta casa, no eres la

única.

Agarró una toalla y la soltó en la cama al ver que le temblaban los dedos. Sintió como si la habitación se tambaleara un poco. Una bajada de azúcar, pensó. No había comido mucho. Debería bajar a picar algo. Lo haría en cuanto las gemelas salieran de la bañera.

–Mamá, tengo que ir a la biblioteca, ¿no te acuerdas? Dijiste que me llevarías esta tarde.

La voz de Audrey se unió a las risas chillonas de sus hermanas pequeñas.

–Hoy no.

–Pero lo dijiste.

–Yo tengo un trabajo de Historia –dijo Lucy con un libro desgastado en la mano–. Mamá, es importante. El cole acaba en dos días y tengo que entregarlo.

–Vosotras dos, apartaos –Madison pasó entre sus hermanas y accedió a la habitación–. ¿Puede venir Carrie a dormir este viernes? Me toca a mí que venga ella.

–Mami, el agua se está enfriando. ¿Puedo abrir el agua caliente?

La habitación se tambaleó otra vez y el dolor aumentó hasta casi cegarla. Se sintió como si estuviera hundiéndose, alejándose. Le dolía todo.

Se sentó en el borde de la cama. Las voces continuaron y las preguntas se repetían una y otra vez.

–¡Callaos! –gritó levantándose–. Callaos todas de una vez. No lo soporto. Fuera. Id a vuestras habitaciones y no hagáis ruido. ¡Estaos calladas!

Acabó gritando de nuevo y su voz resonó por las paredes. Audrey y Lucy se agarraron la mano con fuerza. El rostro de Madison, cargado de odio, se endureció.

–Eres una pedazo de zorra –dijo con tono muy claro antes de salir de la habitación.

Deanna las ignoró a las tres y entró en el baño. Las gemelas tiritaban en el agua, llorando.

–Levantaos –dijo con brusquedad.

Las niñas se levantaron. Las envolvió con las toallas y las sacó de la bañera.

–Id a vuestra habitación. Secaos y poneos los pijamas. Ahora.

Aún llorando, con los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas y miedo, las gemelas salieron corriendo del baño.

Entonces lo olió. El hedor a alcohol y suciedad. Oyó cucarachas y ratas deslizándose por el suelo y vio montones de basura. Estaba en su antigua casa y su madre gritaba como una loca.

–¡Calla! Calla. Me estás exprimiendo. No me queda nada dentro. Lárgate.

La casa era diminuta y Deanna no había tenido habitación propia. Recordó cómo fue arrastrándose hasta una esquina e intentó encogerse todo lo posible para que cesaran los gritos. Para que no le pegara. Para que los golpes no se convirtieran en palizas.

–No soy como ella –susurró, pero al mirarse en el espejo vio a su madre. La ropa y la cara eran distintas, pero la voz era la misma.

Se obligó a respirar. Cuando por fin dejó de temblar, tiró del tapón de la bañera y se acercó al inodoro. Levantó la tapa, se agachó y vomitó.

No salió comida, solo bilis y odio hacia sí misma. Cuando las arcadas terminaron, se dejó caer en el suelo, se rodeó las rodillas con los brazos y empezó a mecerse de adelante atrás.

Boston, situada en el centro de lo que sería la sala de espera, intentaba ver muros donde solo había subsuelo y espacios delimitados por marcos. Durante las últimas semanas había logrado dibujar unos cuantos animales y bichos para el mural de la jungla. Cada vez que se sentaba a dibujar estaba segura de que no podría hacerlo, pero al final lo lograba. Los dibujos no podían considerarse brillantes, pero suponían un avance y ella no dejaba de decirse que con el tiempo le resultaría más sencillo.

Había elegido la paleta de colores y había preparado una muestra para que Andi le diera el visto bueno. Lo siguiente sería una imagen del mural a tamaño cuadro para guiarse una vez empezara a trabajar sobre las paredes.

Solo la idea de hacerlo le producía urticaria, pero no pasaba nada. Cuando se asustaba, volvía a su estudio y dibujaba a su hijo hasta que el corazón dejaba de acelerársele tanto. Cada vez tardaba menos en recuperar el equilibrio.

El mural de Andi era un proyecto diseñado para ayudarla a reponerse. No estaba segura de que esa realidad le gustara, pero no sabía cómo evitarla. Suponía que querer seguir adelante y querer quedarse estancada donde estaba eran reacciones igual de comprensibles. Mientras estuviera sufriendo, Liam seguiría con ella.

–Hola.

Se giró y por poco no se le cayó el bloc al ver a Wade entrando en la casa.

–¿Qué haces aquí? Creía que ibas a Marysville a hablar con el proveedor de armarios.

–Yo también me alegro de verte –le dijo su cuñado enarcando las cejas–. Ha cambiado la cita.

Boston apretó los labios.

–Lo siento. Es que… –miró el bloc y lo miró a él de nuevo–. No

quería que supieras que iba a venir.

Wade sacudió la cabeza.

–¿Por qué no?

–Estoy pintando un mural para la sala de espera de Andi.

No hacía falta decir más. Zeke y Wade estaban unidos y sabía que hablaban prácticamente de todo, así que Zeke le habría contado a su hermano lo de los retratos de Liam y le habría dicho que, en su opinión, ella no estaba asimilando la pérdida de su hijo.

Su marido se tomaría como una buena señal la noticia de que estuviera trabajando en el mural. Ella, en cambio, no había avanzado en el proyecto lo suficiente como para saberlo.

Wade sonrió.

–Me parece genial. ¿Por qué no querías que lo supiera?

–Porque Zeke no lo sabe y no estoy preparada para decírselo.

Wade levantó las manos y dio un paso atrás.

–Yo no pienso meterme en esto.

–Lo sé, y por eso quería venir cuando no estuvieras. No quería meterte en nada de esto. ¿Puedes hacer como si no hubiera estado aquí?

Wade bajó los brazos.

–Claro, pero no me hace gracia.

–Gracias –lo observó–. Andi es maja. La he visto con las hijas de Deanna. Se le da genial tratar con ellas y es preciosa. ¿No te encanta su melena rizada?

Wade estrechó la mirada.

–Boston, ¿a qué narices viene todo esto?

–Lo único que digo es que estás soltero y ella está soltera.

–Es una clienta.

–¡Anda, venga! ¿Desde cuándo eso supone un problema?

–Desde nunca. Solo digo que no me parece buena idea salir con una clienta mientras el trabajo aún no está acabado.

–Entonces, ¿saldrás con ella cuando hayáis terminado?

Wade gruñó.

–¿Me estás torturando a propósito? Creía que te caía bien.

–Y me caes bien. Eres mi cuñado favorito. Lo único que digo es que es preciosa y divertida y que está soltera. Deberías aprovecharte de eso.

–Rotundamente no.

Boston lo miró.

–¿Por qué no? ¿Es que no te gusta?

–Lo justo –se encogió de hombros–. Es médico.

Boston esperó a que terminara la frase.

–Pues eso –añadió Wade–. Que es médico.

–¿Y odias a los médicos?

–Ha estudiado mucho y es inteligente. Yo me dedico a la construcción.

–¿Y?

–No soy su tipo.

Boston empezó a verlo todo claro.

–¿Eres consciente de que has dicho que no eres su tipo y no al contrario? Entonces te interesa.

Wade gruñó de nuevo.

–Mátame de una vez, te lo suplico.

–De eso nada. Así que te gusta, ¿eh? Pues deberías pedirle salir. Creo que diría que sí.

Él levantó la cabeza y la miró.

–¿Cómo lo sabes?

–Soy intuitiva por naturaleza.

–Ya, claro –Wade esbozó media sonrisa–. Te ha preguntado por mí.

–A lo mejor.

–Interesante.

Boston sonrió.

–¿Es ahora cuando tengo que recordarte que no es buena idea salir con una clienta?

–Cierra el pico.

Ella se rio.

–¡Hombre tenías que ser!

–Es una de mis mejores cualidades.

Andi se recostó en la silla deseando que su despacho tuviera una ventana… para poder tirarse por ella. Aunque la caída de apenas un metro sobre el césped que bordeaba el edificio no le produciría ningún daño, el acto resultaría bien simbólico.

Pero, ya que no podía hacerlo, se sujetó el teléfono contra la oreja, cerró los ojos y se preparó mentalmente para el ataque que se le venía encima.

–Entonces, ¿te estás instalando en tu casa? –preguntó su madre.

–Tengo la mayoría de las cosas guardadas, así que no he tenido mucho con lo que instalarme. Las obras siguen avanzando.

–Imagino que eso es bueno –su madre suspiró–. Tu padre y yo hemos aceptado tu decisión.

–Por fin esta noche voy a poder dormir.

–¿Sarcasmo? –preguntó su madre–. Creía que lo de ser sarcástica lo habías superado con la edad.

–No, voy a ser sarcástica hasta que me muera. Lo siento, mamá.

–Supongo que no puedes evitarlo. Bueno, como te decía, hemos decidido que ya que vas a malgastar tu vida poniendo vacunas y

vendando rodillas arañadas, está bien que al menos vayas a proporcionar ese servicio en un pueblecito atrasado. Seguro que necesitan atención médica en condiciones.

–Seguro que sí. Hasta ahora sus muestras de gratitud han sido muy alentadoras. Algunos de mis pacientes me pagan con ganado. Mira, justo la semana pasada me dieron dos pollos y los cuartos traseros de un alce.

Su madre suspiró.

–Por favor, Andi. ¿Es necesario?

Ella abrió los ojos.

–Eso parece. Mamá, estoy a un ferri de distancia de Seattle, tenemos agua corriente y cobertura móvil. ¿Pueblecito atrasado? Estoy viviendo en el nirvana de cualquier turista.

–Vale, me queda claro. Pero es que odio ver cómo malgastas tu vida. Podrías haber hecho un trabajo importante.

–Para mí, mi trabajo es importante.

–Me han hablado de una beca de investigación…

–No.

–Pero es…

–No. Vais a tener que aceptar que soy feliz con lo que hago.

–Pero eres pediatra.

«Y el fracaso de la familia», pensó Andi. La que nunca estaba a la altura.

–Déjalo ya, mamá.

–De acuerdo. ¿Sabes? Se comenta que a tu hermana y a su equipo de investigación los van a nominar a un Premio Nobel.

–Me alegro por ella.

–Tu padre y yo vamos a un congreso médico en la Columbia Británica el mes que viene. A lo mejor podríamos pasar por allí de camino.

¡Puf! Una visita familiar. ¿Por qué tenía que pasarle eso a ella?

–Sería maravilloso –logró decir esperando sonar algo sincera al menos.

Su madre volvió a suspirar. Era algo que la estimada doctora Gordon hacía mucho cuando hablaba con su hija pequeña.

–Te quiero de verdad, Andi. Y tu padre también.

–Lo sé, mamá. Solo os gustaría que hubiera tenido un poco más de ambición.

–Habría estado bien. Eres una Gordon.

–Por suerte para mí.

–Te enviaré la información sobre la beca de investigación.

–Preferiría que no lo hicieras, en serio.

Un agudo pitido atravesó la llamada.

–Es para mí –dijo su madre–. Tengo que colgar. Te llamaré pronto.

Se oyó un clic y la llamada terminó. Andi colgó el auricular y miró a su alrededor buscando esa esquiva ventana.

# Capítulo 14

Deanna daba vueltas por el dormitorio. Habían pasado tres días desde su estallido. Tres días durante los que sus hijas la habían mirado con desconfianza y se habían callado cada vez que había entrado donde estaban ellas. Las gemelas habían olvidado lo ocurrido, pero las mayores no. Y tenían miedo.

Reconocía los síntomas porque ella misma los había experimentado. Sabía lo que era no estar segura de qué esperar, vivir con unas normas que siempre cambiaban y con unos castigos fugaces y duros que a menudo dejaban cicatrices.

Había jurado que no se parecería en nada a su madre.

Y no se parecía, se dijo. Su casa era preciosa, estaba limpia y era perfecta. Servía comida buena a sus horas y a sus hijas no les faltaba de nada. Aun así, tenían la misma mirada sombría que había tenido ella y, cuando había pasado al lado de Lucy esa mañana, su hija se había estremecido.

Al final del pasillo, Madison estaba en su habitación con Carrie, su mejor amiga. Probablemente movida por la culpa, Deanna había accedido a que se quedara a dormir, aunque fuera una noche de entre semana. Ahora estaba deseando que Madison fuera al baño o algo para poder hablar a solas con Carrie. Y no porque tuviera nada que decir en particular, sino porque Carrie era muy simpática y accesible.

La mayoría de las veces no tenía ni idea de qué decirle a su propia hija, pero siempre le resultaba fácil hablar con Carrie y ahora mismo necesitaba pasar un momento con una niña que no la mirara como si fuera el mismo demonio.

Decidida a inventar una excusa recorrió el pasillo, pero se detuvo al oír a Carrie decir en voz baja y preocupada:

–¿Seguro que estás bien?

–Estoy bien –respondió Madison–. Olvídalo.

–No puedo. Estoy preocupada. Tienes que hablar con tu madre.

Deanna se llevó la mano al pecho. ¿Hablar con ella de qué? ¿Su hija estaba enferma? ¿Le había pasado algo en el colegio?

–No pienso hablar con ella –insistió Madison con tono bajo y furioso–. Jamás hablaría con ella de esto.

–Pero es tu madre.

–Eso no lo puedo evitar, pero no pienso dejar que se crea que me importa. La odio.

Deanna se apoyó en la pared con el pecho encogido y los ojos ardiéndole. Ese rotundo rechazo le rompió los huesos y la dejó hecha pedazos.

–Te equivocas con ella –insistió Carrie–. No es tan mala. Los padres tienen que decirnos lo que tenemos que hacer. Mi padre lo hace todo el tiempo.

–Él es distinto. Te quiere. Cuando te mira, está feliz y orgulloso. Ella solo nos ve como porquería que tiene que limpiar. Le importa lo que piensen los demás, no lo que sentimos nosotras. Quiere que todos piensen que es perfecta. Ella es la única que importa.

–Aunque eso fuera verdad, tienes suerte –dijo Carrie en voz baja–. Yo daría lo que fuera por recuperar a mi madre.

–Puedes quedarte con la mía.

El rechazo de Madison, tan frío y entrenado, hizo que Deanna empezara a temblar. Se giró y volvió hacia su dormitorio. Las paredes parecían estar moviéndose, cerrándose sobre ella, y no sabía cómo frenarlas.

–¿Mamá?

Se detuvo, parpadeó y vio a Lucy.

–¿Qué?

–Al final no me dijiste si puedo ir a la fiesta. Esperaba que me dijeras que sí.

Su segunda hija, tan rubia como su hermana y con los mismos ojos azules, la miró. Esas gafas ridículas plantadas en el borde de la nariz la hacían parecer un búho. Era como si el resto de sus hijas destacaran en relieve mientras que Lucy quedaba ligeramente desdibujada.

–Vale. Ve.

La niña esbozó una amplia sonrisa y se acercó a ella como ofreciéndole un abrazo, pero entonces, en el último instante, dio un paso atrás y corrió a su habitación. Deanna se quedó mirándola. Ya había perdido a Madison. ¿Sería Lucy la siguiente? ¿Y después Audrey? Una a una, sus hijas se estaban alejando y, por mucho que lo intentaba, no entendía por qué.

* * *

–He reservado lo mejor para el final –dijo Wade conduciéndola por el pasillo hacia el fondo de lo que sería su consultorio.

Andi lo siguió, tan interesada en su trasero como en los avances que estaban haciendo. No solo había tabiques de pladur, sino que ya habían recibido casi todo el equipamiento médico y estaba

almacenado en lo que sería la sala de espera. La reforma empezaba a tomar forma.

Aunque la clínica estaría terminada en cuestión de semanas, la zona destinada a la vivienda estaba avanzando más despacio. El segundo piso albergaría la cocina y el salón, además de una habitación de invitados y un baño. En esa planta aún estaban en la fase de «Anda, mira, cables nuevos». Pero, desde el punto de vista de una persona profana en la materia, que hubiera pladur resultaba mucho más emocionante que unos cuantos cables, tal vez porque eso equivalía a habitaciones de verdad.

Una vez el segundo piso estuviera terminado, se instalaría en la habitación de invitados y Wade y sus hombres se pondrían a trabajar en el desván. Esa planta se convertiría en una *suite* principal, un despacho y un tercer dormitorio. El proyecto completo estaría terminado en algún momento de septiembre y, tal como marchaban las cosas, la clínica estaría lista con tiempo suficiente para poder abrirla antes de que empezara el colegio.

Wade entró en la sala de descanso y se echó a un lado. Andi miró los preciosos armarios de madera. Aún no estaban montados ni tampoco había encimeras, pero podía ver los finos acabados y detalles de las molduras.

–Tengo armarios –dijo feliz y deslizando las manos por el lateral del que tenía más cerca–. Me encantan.

–Bien, porque son los mismos que vamos a montar arriba.

–Son preciosos.

Wade había propuesto encargar los mismos armarios para toda la casa. Un pedido grande en lugar de dos o tres más pequeños con distintos tipos de armarios reduciría costes.

–Sacaremos todo esto para poner el suelo, pero les pedí a los chicos que los trajeran aquí primero para que pudieras verlos.

–Y también la distribución –dijo observando el espacio. Podía ver dónde iría el fregadero–. Tenías razón con lo de la encimera larga. Va a ser muy práctica.

La luz entraba desde la gran ventana con vistas al jardín trasero. Incluso en invierno, la sala de descanso sería luminosa y alegre.

Se giró hacia él.

–Me encanta todo.

–Bien.

La voz de Wade fue grave y un poquito sexi. O tal vez fue completamente normal y ella estaba afectada por estar con un hombre guapo en un espacio pequeño. Fuera como fuese, sintió un claro cosquilleo en una parte lo bastante baja del abdomen como para estremecerse.

Él se apoyó en el pladur.

–¿Qué tal te estás adaptando a la vida en la isla?

–Estoy encontrando mi camino. Todo el mundo es muy amable –pensó en mencionar que ya le estaba pillando el truco a las clases de pilates, pero supuso que a él no le resultaría interesante.

–Le has estado preguntando a Boston por mí.

Andi notó cómo se le abrió la boca de golpe a la vez que distintos pensamientos se le agolpaban en la cabeza: Boston era la cuñada de Wade, así que tampoco era una sorpresa que le hubiera dicho algo, pero aun así, ¿no existía un código femenino? Por otro lado, que Wade mencionara la conversación podía significar o que estaba interesado o que quería que se largase… en un sentido emocional, claro. Imaginaba que no querría que se mudase de verdad porque eso significaría no cobrar por el trabajo.

–Sí, pero bueno, yo no me preocuparía –dijo antes de carraspear y añadir–: Según se rumorea, soy lesbiana, así que puedes sentirte seguro.

Él enarcó una oscura ceja.

–¿Y lo eres?

–No.

–Bien.

¿Bien? ¿En plan… bien?

Wade se puso derecho.

–Creo que la seguridad está sobrevalorada.

Sus miradas se engancharon. Era alta, pero él lo era mucho más, y tuvo que ladear la cabeza cuando Wade se le acercó.

–Tengo una hija.

–La he conocido. Es genial.

–Opino lo mismo.

Wade se acercó todavía más; sin tocarla, pero, desde luego, invadiendo su espacio. Sus partes femeninas se presentaron voluntarias para un ataque frontal completo, pero ella hizo lo posible por ignorar las fervientes súplicas.

–Trabajamos juntos –dijo él tocándole el lado derecho de la cara–. Tú y yo. Es una complicación.

–Se me da muy bien resolver problemas –murmuró Andi pensando que eso no podía estar pasando. Su contratista, musculoso, encantador y de manos grandes, no podía estar mirándola a los ojos con ese interés que incluso ella, con su inexperiencia, reconocía. ¿O sí?

–Iba a pedirte que saliéramos a cenar, pero creo que preferiría hacer esto.

Entonces, Wade bajó la cabeza y la besó.

El último primer beso de Andi había tenido lugar hacía casi una década y lo que más recordaba de aquello era que se había sentido incómoda e insegura. Esta vez lo que más sintió fue una ardiente

sensación provocada por el beso de un hombre que, claramente, sabía lo que hacía.

Sus labios presionaban los de ella con una mezcla de deseo y ternura. Se sintió deseada y también segura, por extraño que pareciera. Y aunque la tensión sexual aumentó, el nerviosismo desapareció y se permitió relajarse y dejarse llevar.

Wade la agarró por la cintura con la mano que tenía libre y la llevó hacia sí. Ella, con mucho gusto, se acercó y automáticamente lo rodeó por el cuello con los brazos. Él pasó de besarle la boca a besarle la nariz y de ahí a cada mejilla antes de volver a rozarle los labios. Sin darse cuenta, ella separó los labios y Wade coló la lengua dentro.

El deseo estalló. No había otra forma de describir la ráfaga que le recorrió las venas. Los pechos se le inflamaron en cuestión de segundos anhelando sus caricias y entre las piernas sentía un deseo pesado que casi le producía calambres.

Él levantó la cabeza y la miró.

«Las pupilas dilatadas», pensó ella feliz. Su interés no era fingido.

–Inesperado –murmuró Wade antes de volver a besarla con suavidad.

–Sin duda.

–Repetible.

–Mucho.

En algún lugar de la parte delantera de la casa, algo cayó al suelo. Wade se puso recto y dio un paso atrás.

–Tengo que ir a ver qué ha pasado.

–Vale.

Se quedaron mirándose un instante y después él se marchó.

Andi aprovechó que estaban ahí los armarios y se apoyó en uno mientras recobraba la respiración. Un cosquilleo le recorría todo el cuerpo y sabía que estaba sonriendo como una idiota, pero le dio igual. En lo que a ella respectaba, la vida en Blackberry Island acababa de ponerse muy muy interesante.

–¿Espiando a nuestros vecinos? –preguntó Zeke.

Boston se apartó de la ventana y se rio.

–Creo que a Wade le interesa Andi y resulta que sé que ella está interesada por él. Es divertido mirar.

Su marido gruñó.

–No te metas. Eso siempre trae problemas.

–No lo puedo evitar. Además, puede que te pida que hables con tu hermano. Está siendo prudente porque Andi es médico. ¿Qué pasa por eso?

Entraron en la cocina. Zeke se acercó a la nevera y sacó dos

cervezas. Les quitó las chapas y le dio una a Boston. Ella se sentó en una de las banquetas y él se apoyó en la encimera.

–Si yo fuera él, también estaría preocupado.

–¿Por qué? ¿Qué importa eso?

–Ella es inteligente –Zeke se encogió de hombros–. Ha ido a la universidad y ha estudiado en la Facultad de Medicina. Él no. Es distinto.

–¿Y? Así tendrán algo de lo que hablar.

–Lo más seguro es que ella gane tanto dinero como él o incluso más, y a algunos hombres les cuesta aceptar eso.

–Pues entonces son idiotas. Yo gané más que tú durante unos años. ¿Te molestó?

–No, pero aquello era distinto.

–¿Por qué?

–No lo sé, pero lo era. Eres pintora. No puedes evitar tener talento.

–¿Y Andi, en cambio, eligió ser médico?

–Puede. No lo sé. Es distinto. No estoy diciendo que no pudiera funcionar, pero es algo que Wade va a tener que pensarse muy bien. Nos han educado para creer que debemos mantener a nuestra familia, pero ¿qué pasa si no se nos necesita? ¿Para qué servimos entonces?

Ella lo miró.

–Querer estar casado con alguien no tiene por qué tener nada que ver con tener un sustento económico. ¿Qué pasa con el amor y el compromiso? ¿No basta con eso?

–¿Lo dices porque a la mayoría de los hombres se nos da genial hablar de nuestros sentimientos? Nos resulta más fácil aportar un sueldo.

–¿Y eso va antes o después de que me agarres del pelo y me arrastres para meterme en tu cueva?

Él le sonrió.

–¿Tengo que decidirlo?

Se miraron. Boston sintió cómo aumentó un poco la tensión existente entre ellos y su cuerpo respondió. La invadió el deseo.

Antes de la muerte de Liam habría actuado sin pensárselo dos veces. Habría soltado la cerveza, habría bordeado la encimera y lo habría besado. Él le habría devuelto el beso y en cuestión de segundos habrían empezado a hacer el amor. Había habido muchísimas tardes en las que habían hecho el amor ahí mismo, en esa cocina, y en cambio ahora no recordaba la última vez que habían intimado.

Echaba de menos la compatibilidad sexual que Zeke y ella siempre habían dado por sentada. Ahora que la habían perdido, no estaba segura de cómo recuperarla. No sabía por qué él no podía mantener relaciones y no sabía con quién consultar el problema. Por razones que desconocía, los dos tampoco lo hablaban. A lo mejor era porque

ella no se permitía sentir ninguna emoción y él bebía hasta ahogar las suyas.

Mientras se preguntaba si debería acercarse a su marido, Zeke miró a otro lado y el ambiente se volvió más neutro.

–Debería pasarme mañana o pasado a ver cómo van las cosas. Wade me ha dicho que ya han llegado los armarios y que iban a empezar a poner los suelos.

–Pues van a hacer mucho ruido.

–Andi trabaja todo el día, por suerte para ella.

Boston deslizó los dedos por la botella, de arriba abajo.

–Zeke, ¿tú…? –se detuvo al no saber qué decir, cómo decirle que echaba de menos hacer el amor con él.

Mientras intentaba encontrar las palabras, Zeke esperaba con los hombros tensos como si se estuviera preparando para un golpe. Tenía los labios apretados y un vacilante brillo de desafío en la mirada.

–He estado trabajando en algo –dijo Boston admitiendo la derrota y optando por el camino más sencillo–. No quería decir nada porque no estaba segura de poder hacerlo, pero ya casi he terminado y, bueno, ¿por qué no vienes a verlo?

Se levantó y fue hacia el estudio. Él la siguió.

Los retratos de Liam aún dominaban la habitación, pero también había grandes pliegos de papel clavados en la pared. Eran imágenes de una jungla con un jaguar sonriente y unos monos felices. Distintas clases de hojas formando un arcoíris de tonos verdes llenaban varias láminas y había al menos cinco tipos de mariposas revoloteando por un cielo azul.

Los luminosos colores primarios irradiaban energía. Boston había evitado los tonos apagados para que, incluso en el día más oscuro, el mural acaparara toda atención y distrajera a los pequeños pacientes de cualquier miedo.

Su marido lo miraba todo asombrado, con los ojos como platos. Estaba tan impactado que ella no pudo evitar reírse.

–¿Qué?

–Has hecho esto –la miró–. Has hecho esto, Boston.

Parecía emocionado y aliviado. ¿Tan preocupado había estado?

Boston se encogió de hombros y dijo:

–Andi me pidió que le pintara un mural en su clínica. Bueno, en realidad creo que más bien fue idea mía y ella accedió. Sé que no es un trabajo de verdad, pero lo estoy intentando.

Él le sonrió.

–Es genial. A los niños les va a encantar. Me gustan los monos.

–Están muy felices.

–Pero van a dar problemas. Se les ve en los ojos.

Ella se rio.

–Eso espero.

Zeke alargó el brazo y Boston se acercó para dejarse abrazar. Le puso las manos en la espalda e, instintivamente, levantó la cabeza para besarlo. Él rozó su boca contra la de ella.

Boston cerró los ojos y se dejó llevar. Lo habían hecho millones de veces. Era sencillo. Solo tenían que recordar cuánto se querían y lo agradable que era.

Le agarró una mano y se la acercó al pecho. Cuando los dedos de Zeke rozaron su terso pezón, contuvo el aliento y, mientras, deslizó la mano por el abdomen de él hasta su entrepierna y la movió contra su pene. Pero antes de poder iniciar la segunda caricia, Zeke se apartó.

El rechazo fue tan punzante como rotundo.

–Voy a la casa de al lado a ver cómo marcha el trabajo. Felicidades por el mural.

Y con eso se marchó.

Boston se quedó sola en el estudio. El zumbido del deseo sexual aún le recorría el cuerpo, pero notaba como si el corazón le pesara demasiado en el pecho. La verdad que llevaba evitando tanto tiempo ahora parecía ineludible.

Tanto Zeke como ella habían optado por no sentir su dolor. Él lo sobrellevaba bebiendo y ella se había volcado en sus pinturas. Sabía que tenían problemas, pero había dado por hecho que saldrían adelante porque siempre habían estado juntos.

Sin embargo, así como ella había dado el primer y doloroso paso para intentar estar mejor, Zeke no había hecho nada. Estaban desincronizados y por primera vez empezó a preguntarse si alguna vez volverían a encontrarse el uno al otro.

# Capítulo 15

Un buen beso podía levantarle el ánimo a una mujer durante un tiempo. Eso fue lo que pensó Andi a la mañana siguiente, cuando su cuerpo aún estaba haciendo bailecitos de felicidad por dentro y de pronto se vio con ganas de ponerse a cantar. Hasta ahora eso último lo había limitado a la ducha que se había dado por la mañana, pero sabía que tendría que controlarse. La mayoría de los padres preferían que los médicos de sus hijos fueran formales y estuvieran centrados en lugar de perdidos en ensoñaciones y tarareando canciones pop.

Aun así, se sentía optimista. El fugaz beso le había hecho preguntarse cómo sería que las cosas pasasen al siguiente nivel. El sexo con Matt había sido aceptable pero poco estimulante, y aunque solo fuera por una vez en su vida, a Andi le gustaría dejarse arrastrar por la pasión.

Sonrió mientras completaba un informe. Bueno, solo una vez tampoco. Al menos dos, claro.

Nina llamó a la puerta abierta con una carpeta en la mano y gesto de preocupación.

–Tenemos una paciente que viene sin cita. Madison Phillips. Tiene doce años.

Andi asintió.

–La conozco. Bueno, mejor dicho, conozco a su madre y a sus hermanas. Son mis vecinas de al lado.

–Vale. Deanna tiene archivado un permiso para recibir atención médica, así que puedes verla sin tener que dar aviso, que al parecer es algo que le preocupa. Quiere hablar contigo sin que te pongas en contacto con su madre.

Eso nunca era bueno, pensó Andi. Cerró su sesión en el ordenador y se levantó.

–Venga, vamos a ver qué pasa.

Por lo general, había pocas razones por las que una chica quisiera hablar con su doctor sin que lo supieran sus padres, y ninguna de ellas era buena. Doce años, pensó esperando que no estuviera embarazada. Aunque era físicamente posible, nunca era saludable que una niña de su edad estuviese manteniendo relaciones sexuales. Tener una familia

que la apoyara era clave y los pocos encuentros que Andi había tenido con Deanna no le daban mucha esperanza al respecto.

Agarró la carpeta que le entregó Nina.

–Sala dos –dijo la enfermera.

–Gracias.

Andi consultó la historia. A Madison la habían tratado por cosas típicas de niños como bronquitis y una muñeca torcida. El resto de visitas habían sido por vacunas y certificados médicos para viajes o actividades.

Cerró la carpeta, llamó a la puerta y entró.

–Hola, Madison –dijo con una sonrisa–. Soy Andi Gordon.

Madison era como una versión algo más mayor de sus hermanas. El pelo rubio claro y largo y los ojos azules grandes. Era una niña muy guapa, con unas piernas largas que no dejaba de mover y brazos delgados. Su boca empezó a curvarse en forma de una sonrisa que no llegó a esbozar del todo.

–Hola, doctora Gordon.

Andi acercó un taburete y se sentó. Dejó la carpeta en la encimera y se preparó para escuchar.

–Puedes llamarme Andi.

–Gracias –Madison miró a su alrededor–. Lucy habla mucho de ti. Y las gemelas también. Dicen que eres supersimpática. A Carrie también le gustas –la miró y luego desvió la mirada–. Es mi mejor amiga.

–Ah, claro, la hija de Wade. Carrie es genial.

Se le hizo un nudo en el estómago. Si Madison estaba teniendo relaciones, a lo mejor Carrie también. Ay, Dios, no era una conversación que quisiera tener con Wade.

Madison carraspeó.

–Gracias por atenderme. Sé que no tenía cita –se detuvo–. Se supone que estoy en casa de una amiga.

–Me alegro de que hayas venido a verme –Andi, decidida a dejar que la niña hablara y se tomara su tiempo, adoptó una postura relajada.

Madison se miraba las manos. Al final levantó la cabeza y respiró hondo.

–Me ha venido la regla. Es mi primera vez y no sabía si debía decírselo a alguien. Carrie me dijo que sí y pensé en ti.

Andi hizo lo que pudo por no reflejar el alivio que la invadió. Lo del periodo era normal, formaba parte del crecimiento. De todos modos, ¿no debería Madison hablar de ello con su madre?

Sonrió con delicadeza.

–¿Y cómo te encuentras? ¿Tienes calambres?

–Un poco. Creo. Me siento rara, ¿sabes?

–Te entiendo, de verdad. Bueno, te voy a hacer un resumen rapidito

de lo que le está pasando a tu cuerpo ahora mismo y lo que le va a seguir pasando. Es probable que durante unos meses tus periodos no sean regulares porque tu cuerpo tiene que acostumbrarse a esta fase de tu desarrollo.

Brevemente le habló de los cambios que podía esperar y cómo sobrellevar los síntomas.

–Necesitas provisiones. ¿Tienes?

Madison negó con la cabeza.

–Solo unas pocas cosas que he encontrado en el baño de mi madre.

Andi miró el reloj.

–Vale. Iremos a la farmacia a comprar lo que necesites.

–No quiero usar tampones –dijo Madison corriendo–. Aún no.

–Me parece bien. Cuando estés lista, podemos hablar de ello. Son seguros y fáciles de usar siempre que sigas las indicaciones –se detuvo–. Pero bueno, esta es la clase de asunto que tendrías que querer hablar con tu madre.

El rostro de Madison se endureció.

–No, gracias –respondió al instante–. No quiero que lo sepa.

El radar de Andi se puso en modo alerta.

–¿Hay algo que debiera saber sobre cómo te trata?

–Es horrible. Una egoísta. Tiene un montón de reglas que son injustas. A veces creo que se arrepiente de habernos tenido. Si nosotras no estuviéramos, podría tener una casa perfecta y no tendría que preocuparse de que la desordenásemos o ensuciásemos.

Madison se mordió el labio inferior.

–A veces mi padre se pone muy triste. Lo he visto mirándola como si no entendiera por qué no es feliz con él. Ella siempre le está diciendo lo que tiene que hacer y luego se queja de que lo hace mal. Ojalá la dejara y nos llevara con él.

A la niña se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Es malísima. Anoche las gemelas le pidieron un helado y se puso a gritar.

Andi sabía que había una fina línea entre un padre o madre que perdía los nervios en alguna ocasión y el maltrato emocional. Como médico, era responsable de la seguridad de sus pacientes. Del mismo modo, era consciente del peligro de reaccionar de forma exagerada e informar de algo que en realidad no existía y que podía destrozar una familia.

Había estado con Lucy y las gemelas y ninguna había dado señales de que en casa hubiera problemas graves. Las niñas eran simpáticas y extrovertidas, imaginativas y centradas.

Madison estaba en plena pubertad y experimentando su primera revolución hormonal. Lógico que tuviera las emociones a flor de piel. Pero ¿los actos de Deanna eran los de una mujer que no era afable por

naturaleza o había algo más destructivo?

–Lamento que no te sientas cómoda hablando de esto con tu madre. Como tu doctora, necesito que sepa lo que te está pasando.

Madison se cruzó de brazos.

–No quiero hablarlo con ella.

–Se lo contaré yo. Espero que respete lo que pides, pero no te lo puedo asegurar. Madison, ¿te sientes segura en casa?

Madison se quedó callada unos segundos.

–Sé lo que me preguntas. Y no es eso. No nos pega. Es otra cosa.

–Vale. Si en algún momento no te sientes segura, ven a decírmelo, ¿de acuerdo?

Madison asintió.

–Bueno, pues vamos a ir a la farmacia a comprarte algunas cosas –Andi se levantó–. Mmm… Y estoy pensando que después vamos a tener que pasar por el Starbucks. ¿Qué te parece?

–Bien –Madison se levantó–. Gracias. Carrie tenía razón. Es facilísimo hablar contigo.

La preadolescente se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza.

A Andi no le apetecía nada tener ningún tipo de conversación con Deanna. Sus breves encuentros con esa mujer no habían sido agradables y afables precisamente. Además, los cotilleos que había oído durante el almuerzo de empleadas la habían puesto nerviosa.

Intentó convencerse de posponer la conversación, pero sabía que no era buena idea. No iba a hablar con Deanna como vecina preocupada, sino como la doctora de su hija. Era un asunto importante y no podía dejarse condicionar por su aprensión personal.

Por suerte, su última consulta terminó pronto y pudo salir a las cuatro. Condujo hasta casa y fue directa a la de Deanna antes de que cambiara de opinión o se distrajera soñando con otro encuentro con Wade cargado de besos.

Llegó a la puerta principal y tocó el timbre. Unos segundos después, Deanna abrió la puerta.

–Hola, Deanna. ¿Tienes un momento?

Su vecina se quedó mirándola un segundo como intentando ubicarla.

–Soy Andi Gordon –dijo Andi señalando a su casa–. Vivo ahí. Soy la pediatra.

–Ah, claro –respondió Deanna antes de dar un paso atrás e indicarle que pasara–. Perdona. Últimamente ando distraída. Entra, por favor.

Deanna estaba tan bien vestida como la última vez que la había visto. El conjunto de suéter y chaquetilla azul oscuro era del mismo color que sus ojos. Unos pantalones de pinzas color caqui resaltaban

sus esbeltas caderas y sus largas piernas. Llevaba maquillaje, unos pendientes de aro de oro e incluso pintalabios. A su lado Andi se sintió desaliñada. Tenía la ropa arrugada después de la jornada laboral y estaba segurísima de que la máscara de pestañas se le había corrido por los párpados inferiores dándole ese aspecto de mapache tan atractivo.

Deanna la llevó a un salón amueblado con antigüedades preciosas. Las mesas eran elegantes y los tejidos clásicos. Andi supuso que la habitación tenía prácticamente el mismo aspecto que hacía cien años. Pensó en el salón improvisado de su desván y en el mural lleno de colores llamativos que le pintaría Boston y supo que Deanna y ella no tenían prácticamente nada en común.

Se sentó en un pequeño sofá e intentó sonreír. No era fácil iniciar esa conversación.

Deanna se sentó frente a ella, al borde de un sillón, esperando, expectante. Andi respiró hondo.

–Madison ha venido a verme hoy –dijo y levantó una mano al añadir–: No pasa nada, no quiero que te preocupes, pero tengo que hablar contigo de una cosa.

–Vale –respondió Deanna frunciendo el ceño–. ¿La has tratado?

–No, aunque en su historia tenemos la hoja de permiso para hacerlo. Simplemente he hablado con ella. Le preocupaban unas cosas –se inclinó hacia delante–. A Madison le ha venido el periodo hace unos días y sentía que tenía que hablar con un adulto. Por eso ha venido a verme. Le he explicado los detalles básicos y le he comprado productos.

Deanna la miró.

–No lo entiendo. ¿Me estás diciendo que a mi hija le ha venido el periodo por primera vez y te lo ha contado a ti en lugar de a mí?

Su voz sonó baja y crispada y sus palabras entrecortadas.

Andi asintió y bajó la mirada hacia las manos de Deanna, que tenía agarradas con fuerza, y hacia sus dedos, tan agrietados que estaban casi en carne viva. La piel descamada e inflamada desentonaba con el resto de su perfecta apariencia.

«Bueno, eso no es el problema ahora mismo», se dijo.

–He pensado que era importante que supieras lo que está pasando con tu hija. Quería ofrecerte mi apoyo si…

Deanna se levantó como un resorte. Tenía la cara colorada y la mirada endurecida.

–¿Cómo te atreves a presentarte aquí así? ¿Quién te crees que eres? No tenías derecho. Deberías haberla mandado a casa, conmigo. Es mi hija. Mía. No tuya. No sé de qué vas, pero te vas a marchar de aquí ahora mismo.

Andi se levantó.

–Deanna, no pretendía arrebatarte nada. Por eso he venido, para que pudiéramos hablar de ello.

–¿Hablar de ello? –sus labios se curvaron en un gesto de desprecio–. ¿Cuando ya es demasiado tarde? ¿Eso es lo que haces? ¿Llenar tu vida vacía y penosa con los hijos de los demás? –alzó la voz–. ¡Te has entrometido en algo que no te incumbe! En ningún momento te he dado permiso para hablar con ella sobre su menstruación, para ser partícipe de un rito de iniciación como este. Ha sobrepasado los límites, doctora.

Con paso airado fue hasta la puerta y la abrió.

–Márchate.

–Lo siento –dijo Andi pasando por delante de ella–. Deanna, por favor, hay un problema aún mayor.

–No me digas cómo criar a mis hijas. No me digas lo que está mal. Tú no sabes nada.

Las últimas palabras salieron en forma de grito. Andi sintió la cara acalorada. Se le revolvió el estómago y le temblaban las manos. Bajó las escaleras corriendo, ansiosa por alejarse de ahí antes de cometer una estupidez como ponerse a llorar.

Cuando llegó a la acera, giró hacia su casa, pero de pronto se le quitaron las ganas de entrar. ¿Y si alguien había oído los gritos? No podría explicar lo sucedido; como doctora de Madison, no podía hablar del asunto con alguien que no fuera los padres de la niña.

Se quedó en la acera preguntándose por qué tenía que haberle pasado eso. Cada vez que empezaba a pensar que podía encajar, pasaba algo que lo estropeaba todo. ¿Estaría el universo mandándole un mensaje? ¿Debería admitir la derrota sin más y hacer las maletas?

Supo la respuesta antes de terminar de formularse la pregunta, pero a nadie le venía mal un momento de autocompasión de vez en cuando. El truco era evitar que eso se convirtiera en un estilo de vida.

Sin saber adónde ir, al final echó a andar hacia su casa. A lo mejor podía subir sin que la vieran. Sin embargo, antes de llegar, Boston salió a la puerta y le indicó que se acercara.

–¿Pregunto o mejor no? –dijo la pelirroja al acercarse.

Andi suspiró.

–Una de las niñas de Deanna ha venido a hablar conmigo hoy y he venido a informarla de los detalles.

–Pues está claro que no le ha gustado lo que le has dicho.

–No, no mucho.

Boston le tocó un brazo.

–Estás temblando.

–No llevo bien los enfrentamientos.

Boston la sorprendió al abrazarla. Unos brazos fuertes la rodearon durante varios segundos y Andi, agradecida por la muestra de apoyo,

le devolvió el abrazo.

Cuando Boston se apartó, sonrió.

–Por norma general soy una gran creyente del poder del té, pero ahora mismo creo que una copa de vino es mejor opción. ¿Qué te parece?

Andi dejó el bolso sobre la mesita de la entrada y la siguió hasta la cocina.

–Un vino me parece perfecto.

Deanna se apoyó en la puerta principal de la casa, ya cerrada. Se llevó una mano al estómago para contener el remolino de bilis y el cuarto de sándwich que había logrado tomarse para almorzar. El odio le ardía en la garganta y ese amargor casi le produjo náuseas.

«Qué zorra», pensó con saña. «Qué pedazo de zorra. Tan petulante, tan segura de saberlo todo. Va por ahí presumiendo de carrera y de trabajo. Zorra, zorra, zorra».

Sin embargo, el dolor que sentía en lo más profundo del corazón no tenía nada que ver con Andi, sino con la noticia que le había dado. Estaba claro. Madison la odiaba de verdad, pensó sin apenas poder creerlo y mucho menos asumirlo. No era un acto de rebeldía adolescente ni una fase propia de la edad. Era odio. Odio como el que ella había sentido por su propia madre.

Lo que no sabía era por qué. ¿Dónde estaba su dulce niñita? ¿Cuándo había cambiado todo? Hasta hacía un par de años habían estado muy unidas. Siempre habían estado juntas, trabajando en equipo. Madison la había ayudado con las niñas pequeñas y se había mantenido a su lado, queriendo formar parte de la familia. Ahora todo eso había desaparecido.

Respiró hondo. Miró por la ventana y vio a Andi hablando con Boston. Las dos mujeres entraron en casa de Boston. Estaba claro que iban a hablar de ella, de la mierda de madre que era, de que ni su propia hija soportaba contarle sus intimidades.

A Madison le había llegado la menstruación y no quería que lo supiera. ¿Cómo era posible?

Las paredes de la casa parecieron echársele encima. Sintió esa familiar e imperiosa necesidad, pero sabía que si cedía, si entraba en el baño y abría el grifo, no pararía jamás. Pensó en subirse al coche, ponerse a conducir y no volver. Pensó en caminar entre el tráfico y dejar que el problema se solucionase solo.

Pero en lugar de eso se giró hacia las escaleras y gritó:

–¡Madison!

Oyó un fuerte suspiro y después un:

–¿Sí?

–Tengo que ir a casa de la vecina. Por favor, cuida de tus hermanas.

Por norma general, a su hija mayor no le hacía gracia que le pidiera que cuidara de sus hermanas, pero en lugar de quejarse simplemente respondió:

–Vale.

Deanna se preguntó si Madison estaría actuando así por culpabilidad. Lo único que esperaba era que a la niña aún le quedara afecto suficiente para poder llegar a sentirse culpable.

Salió de casa y echó a andar por la acera. Al llegar al porche de Boston vaciló un segundo antes de llamar al timbre con firmeza. Oyó pisadas y entonces la puerta se abrió.

En otras circunstancias, ver a Boston tan impactada y con los ojos abiertos como platos le habría resultado cómico, pero resultaba que la expresión de su vecina le confirmó sus peores temores. Todo el mundo sabía que su hija la odiaba y que la culpable era ella.

–Tengo que hablar contigo –dijo–. Sé que Andi está aquí. También tengo que hablar con ella.

Boston sostuvo la puerta abierta y señaló hacia la parte trasera de la casa. Deanna recorrió el largo pasillo sin fijarse en las hadas y los espantosos colores y diciéndose que lo superaría; que encontraría el modo de hacerlo y que luego dejaría de sentir tanto miedo todo el tiempo.

Andi estaba en la cocina, sentada junto a la encimera. Había dos copas de vino, un plato de queso y una caja abierta de galletitas saladas. Cuando Deanna entró, la expresión de Andi fue un reflejo de la de Boston.

–No te preocupes –le dijo–. No he venido armada.

–Me alegro.

Boston sacó una banqueta. Deanna se dejó caer en ella y agarró la copa de vino que le ofrecieron. Se bebió la mitad de un trago antes de respirar hondo y preguntarse por qué estaban tan borrosas las dos.

Se tocó la mejilla con la otra mano y sintió las lágrimas. Después soltó la copa y empezó a llorar con ganas. Unos sollozos fuertes y horrendos la atragantaban y le impedían respirar a la vez que el pecho se le sacudía con brusquedad. Intentaba parar, pero no podía. La vergüenza se unió al dolor reduciéndola a poco más que una herida sangrante e infectada.

Le pusieron unos pañuelos de papel en la mano y sintió unos toquecitos reconfortantes en el hombro. Andi dijo algo y Boston desapareció unos segundos antes de volver con un paño. Lo mojó y se lo puso en la nuca.

Deanna no sabía cuánto tiempo estuvo llorando. Los sollozos se aplacaron y se convirtieron en hipos. Pudo tomar aire y sonarse la nariz. El montón de pañuelos aumentaba a medida que se secaba la

cara. Andi le dio la vuelta al paño para ponerle el lado fresco contra la piel y después, con delicadeza, le agarró la muñeca.

–No me está dando un infarto –dijo Deanna–. Estoy bien.

–No soy médico, pero aun así sé que no es verdad –dijo Boston acercándole la copa de vino–. Bebe un poco más. Creo que lo necesitas.

Deanna intentó levantar la copa, pero los dedos le temblaban demasiado. Entonces, se fijó en su piel despellejada y metió las manos bajo la encimera.

Boston se sentó en una banqueta en el lado de la encimera que daba a la cocina. Andi se sentó al lado de Deanna. Las dos la miraban con cautela.

–Estoy bien –dijo Deanna, que decidió que le daba un poco igual que le vieran las manos y volvió a agarrar la copa de vino. Esta vez logró dar un trago–. Bueno, la verdad es que no estoy bien –admitió–. Todo me va mal. Colin me ha engañado.

Las otras mujeres se miraron y después la miraron. Deanna negó con la cabeza.

–No –se apresuró a decir–. No me ha engañado. Ni siquiera sé por qué lo he dicho –se detuvo–. Bueno, eso tampoco es verdad. Sí que lo sé. Lo he dicho porque, si me hubiera engañado, entonces yo no tendría culpa de nada, ¿no? Él sería el malo y yo sería la víctima y ganaría. Qué triste, ¿eh? Qué triste querer que mi marido hubiera tenido una aventura porque entonces así nada de esto sería culpa mía.

Boston le dio un apretón en el antebrazo, pero no dijo nada.

Deanna las miró.

–Me odian. Colin y las niñas. Madison sobre todo –se giró hacia Andi–. Por eso no me lo quería contar –sintió lágrimas nadando en sus ojos–. No quería compartirlo conmigo. No sé si quería guardárselo o castigarme, pero, de cualquier modo, he captado su mensaje. Me mira como yo miraba a mi madre, pero no entiendo por qué. No soy como ella.

Boston seguía a su lado, moviendo los dedos sobre su brazo. La caricia le produjo un extraño consuelo y, por primera vez en semanas, ya no se sentía completamente sola.

–Cuido de ellos –continuó–. Cocino y limpio, y Colin me dice que soy estricta y controladora. Dice que cree que no lo quiero, que su sueldo me gusta mucho más que él y que lo veo como un estorbo. Madison dice que me preocupa más lo que aparentan las cosas que lo que son en realidad y que lo quiero todo perfecto –tragó saliva–. Claro que quiero que todo sea perfecto. Quiero que mi vida esté limpia y agradable. ¿Tan malo es? ¿Por qué no lo entiendo?

Se terminó el vino.

–Mi madre bebía, no había comida en casa y me encerraba en el

armario, y yo juré que sería distinta y que mis hijas jamás pasarían ni hambre ni vergüenza ni miedo. Pero me miran como yo miraba a mi madre y no sé qué estoy haciendo mal –se detuvo para asumir lo que llevaba evitando semanas–. Y lo peor es que creo que a lo mejor todo lo que dicen de mí es verdad.

Andi podía ver las grietas emocionales en Deanna sin ni siquiera mirar detenidamente. Por primera vez su vecina estaba despeinada, tenía la cara colorada e hinchada y los hombros caídos. Era humana y estaba sufriendo y Andi empatizó con su dolor.

–Madison está confusa por muchas cosas ahora mismo –dijo con delicadeza–. Cuando los padres discuten, los niños se asustan y expresan lo que sienten actuando así.

–No quiero que estén asustadas. Solo quiero… –sacudió la cabeza–. Supongo que ya ni lo sé. No sé ni lo que quiero. Diría que quiero lo que teníamos antes, pero no si todos creen que soy horrible. Solo quería que las cosas fueran agradables.

–Es verdad que puedes resultar un poquito intensa –dijo Boston–. Sé que es tu forma de poder tenerlo todo controlado, pero ser tan estricta tiene sus consecuencias.

Deanna la miró.

–No sé ser de otra forma.

Boston sonrió. Fue algo que Deanna no se esperó.

–Nadie sabe, pero en eso consiste la vida. ¿Aún no te habías dado cuenta? Todo esto… –señaló la cocina– es una fachada para controlar los demonios. A algunos se nos da mejor fingir que a otros, pero todos tenemos nuestros problemas.

Deanna miró a Andi.

–Tú no. No hay más que verte. Eres preciosa y además doctora.

Si Andi hubiera estado bebiendo en ese momento, se habría atragantado.

–Soy el fracaso de mi familia. Mi madre está decepcionada porque no soy neurocirujana pediátrica ni estoy haciendo investigaciones de vanguardia. Acabo de enterarme de que el grupo de investigación de mi hermana está en la lista de nominados a un Premio Nobel. Salí con un tipo durante diez años y al final me pidió matrimonio, pero me dejó plantada en el altar, literalmente. Teníamos trescientos invitados, incluyendo a su madre, y no se molestó ni en presentarse. Cuando por fin hablamos, me dijo que no estaba seguro y que necesitaba más tiempo. Dos semanas después se largó con su secretaria. Y por si todo eso no bastara, hace poco me he dado cuenta de que siempre estuvo intentando cambiarme y yo, aunque me resistí, nunca le planté cara. Ahora ni siquiera estoy segura de haber estado enamorada de él.

Andi se rellenó la copa.

–Cuesta asumir toda esa mierda.

Boston respiró hondo.

–Yo no puedo trabajar. No he pintado nada decente desde que Liam murió –se dirigió a Andi–. El proyecto del mural es lo máximo que he podido hacer –volvió a mirar a Deanna–. Y no he llorado. Ni una vez. No puedo. A lo mejor no quiero porque, tal vez, si al final lloro, entonces tendré que admitir que se ha ido de verdad.

Deanna apoyó el codo en la mesa y levantó su copa.

–Supongo que esto significa que estamos todas bien jodidas, ¿no?

# Capítulo 16

El siguiente lunes por la tarde, Andi aún se sentía bastante bien por haberse reunido con Deanna y Boston y mucho más feliz con su decisión de haberse mudado al vecindario. Era reconfortante saber que todo el mundo estaba hecho mierda casi todo el tiempo, que no era la única que intentaba fingir y disimular mientras pasaba por algo complicado.

Saber por lo que estaba pasando Deanna le hacía verla y ver sus actos de otra forma. A cada persona la definía su historia y, por lo poco que habían hablado, Deanna estaba lidiando con más cosas que la mayoría. Se compadecía de ella y de su hija. Madison solo estaba viendo el resultado de viejos patrones y esperaba que las dos pudieran encontrar el modo de superarlo y conectar de verdad.

Aparcó delante de casa y entró. En lugar de un subsuelo estropeado ahora un suelo de madera resplandeciente reflejaba el luminoso sol de la tarde.

Wade se le acercó.

–Estoy enamorada con locura –dijo ella agachándose para tocar la suave superficie–. Es precioso.

–Estará mejor cuando esté terminado. Vamos a tener que cubrirlos para protegerlos mientras terminamos el resto de la obra, pero quería que los vieras.

Ella se levantó y suspiró.

–Tengo suelos, como una persona de verdad.

Él se rio.

–Eres fácil de complacer.

–Que no es lo mismo que ser fácil. Eso que te quede claro.

–Me queda claro –Wade miró atrás como para asegurarse de que estaban solos–. Y eso me lleva a nuestro otro asunto. El beso.

¿El beso con el que llevaba soñando las cuatro últimas noches? ¿El beso que la había dejado sin aliento y ronroneando? ¿Ese beso?

–¿Hace falta que me disculpe? –preguntó él.

–¿Quieres disculparte?

–No, pero eres médico.

Andi ladeó la cabeza.

–¿Y eso qué tiene que ver? ¿Crees que los médicos prestamos juramento de no besar?

Él se apoyó en la otra pierna. Fue un movimiento sutil, pero bastó para que Andi se preguntara si estaba nervioso. ¿Wade? ¿Nervioso cerca de ella? No le parecía posible, pero podía interpretar las señales.

–Soy contratista.

–Sí. Lo sé. Por eso te contraté para que me arreglaras la casa. Todo sería muy raro si fueras contable.

–¿No te parece que nuestras profesiones suponen un problema?

–No, si te gusta a lo que te dedicas. Resulta que a mí me encanta ser doctora.

Lo observó.

–En serio, esta conversación me tiene muy confundida. Lo de ser médico no debería suponer ningún problema. Que hayamos estudiado tanto sobre Anatomía significa que sabemos cosas. ¿No te resulta intrigante?

Él esbozó una sonrisa seductora y lenta; la misma que hacía que los dedos de los pies, prudentes por lo general, se le encogieran.

–No lo había visto así.

De pronto, Andi pensó que su boca estaba extendiendo unos cheques que sus partes femeninas tal vez no podrían cobrar, pero ya se ocuparía de ese problema otro día.

–¿Estás contenta con los suelos?

–Mucho.

–Y con el beso.

–Con eso también.

Los oscuros ojos de Andi destellearon de diversión.

–¿Quieres que lo repitamos alguna vez?

–Podría dejarme convencer.

–¿Qué te parece salir a cenar?

–Eso también me podría valer.

–Carrie tiene unas cosas del colegio la semana que viene, pero ¿qué tal a la siguiente?

–Me parece genial.

Deanna metió la colada en el dormitorio y la soltó en la cama. Desde la crisis nerviosa de la semana anterior había ido alternando entre sentir un poco de esperanza y pensar que, si desapareciera al día siguiente, nadie la echaría de menos. Ese constante vaivén emocional era inquietante, pero era mejor que sentirse infeliz todo el tiempo.

Empezó a doblar la montaña de toallas mientras se preguntaba por qué se molestaba. A sus hijas les daba igual que el armario de la ropa blanca estuviera organizado y coordinado por colores, y sospechaba

que Colin podría pasarse semanas usando la misma toalla sin darse cuenta. Nadie se fijaba en los esfuerzos que hacía y era…

Soltó la toalla en la cama y salió del dormitorio. Ya en el pasillo abrió el armario de la ropa blanca y miró las ordenadas pilas de ropa. Ellos no se fijaban en eso, les daba igual, así que, ¿para qué lo hacía? ¿Por qué invertía tanto tiempo y tanto esfuerzo? Si lo hacía por ella, porque la hacía sentirse mejor, entonces vale. Pero si lo hacía por buscar reconocimiento, no era de extrañar que siempre se sintiera decepcionada.

Se quedó en mitad del pasillo medio esperándose que un coro empezara a cantar. ¿No era eso lo que pasaba en las películas cuando los personajes tenían una revelación? Como mínimo podría haber música de ascensor.

Empezó a bajar las escaleras. Lucy las subía.

–Cielo, ¿puedes vigilar a tus hermanas un momento? Tengo que ir a preguntarle una cosa a Boston.

Lucy la miró.

–¿Yo?

–Claro. Eres una niña responsable y las gemelas están jugando juntas. Las tres os habéis pasado horas jugando en el jardín solas y creo que este es el siguiente paso. Si pasa algo, ve a buscarme, ¿vale?

Lucy sonrió.

–Puedo hacerlo, mamá. Yo las vigilo.

–Buena chica.

Deanna salió por la puerta principal y corrió por la acera. Deprisa, subió las escaleras del porche de la casa de Boston y llamó al timbre.

–Estoy siendo una pesada –comenzó a decir cuando su vecina abrió la puerta–, lo sé. Pero tengo que preguntarte algo.

Boston la invitó a pasar.

–No estás siendo una pesada.

–Me planto aquí sin invitación. A mí eso me parecería ser una pesada –se detuvo al no saber cómo formular la pregunta con delicadeza, pero entonces pensó que esa mujer la había visto soltando mocos por la nariz, así que tampoco es que le quedara mucho orgullo de todos modos.

–¿Crees que podría volver a conquistar a Colin? Hace meses que no nos acostamos. No estoy segura de que aún me desee, pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

Al instante, quiso retirar lo dicho, pero se decidió a mantenerse firme en su decisión.

La expresión de Boston pasó de la preocupación a la sorpresa y de ahí a algo que Deanna no logró interpretar.

–No soy la persona idónea para darte una respuesta.

–Claro que sí. Llevas con el mismo hombre desde que tenías…

¿cuántos? ¿Doce años?

–Quince.

–Sois superfelices. Os veo abrazándoos y besándoos todo el tiempo.

Lo que no mencionó fue que, por lo general, esas muestras de afecto públicas le resultaban molestas. O al menos antes. Ahora que pensaba en cómo miraba Zeke a su esposa, sentía un poco de envidia. ¿Colin la había mirado así alguna vez?

Boston la llevó hacia la cocina, donde se sentaron en dos banquetas.

–¿El sexo va a resolverte el problema?

–No lo sé. No tengo claro cuál es el problema. Creo que a Colin no le gusto mucho, o que él cree que no me gusta.

–¿A ti te gusta? ¿Eres feliz en vuestro matrimonio?

–¿Qué es ser feliz? Tengo responsabilidades y me ocupo de ellas.

–A lo mejor él quiere ser algo más que una responsabilidad.

Deanna hizo lo posible por no mostrar impaciencia. No la estaba ayudando. No había forma de meterse en la cabeza de Colin y averiguar algo. Quería que las cosas volvieran a ser como antes, aunque se había dado cuenta de que eso era precisamente lo que él no quería.

–Dice que no quiero que se implique en la educación de las niñas, que necesito que todo se haga a mi manera.

–¿Y es verdad?

–Por supuesto que no.

Boston le sonrió.

–¿En serio?

–Vale, yo tengo mis sistemas y me saca de quicio cuando no los respeta. Si doblo las toallas como las doblo y cargo el lavavajillas con los platos mirando hacia el centro lo hago por algo. Es más eficaz, luego te hace la vida más fácil. Hago todo lo posible por tener las cosas organizadas y luego va él y lo desbarata todo.

Deanna oyó sus propias palabras y pensó que tal vez fueran parte del problema. Pero ¿por qué tenía que ser ella la que cambiara? Lo del sexo sería más sencillo. Si él era feliz en la cama, ¿no sería feliz en cualquier otra parte?

–Me jura que no se está acostando con nadie, así que querrá hacerlo –murmuró–. Pero no sé cómo seducirlo.

–¿Cómo lo hacías antes?

Deanna miró a su vecina.

–No entiendo la pregunta.

–Cuando las cosas iban bien entre vosotros, ¿cómo le decías que te apetecía?

–No se lo decía.

Boston esperó, en silencio, y sus verdes ojos se oscurecieron de compasión.

–¿Nunca?

–No. Él lo pedía y yo decía que sí –la mayoría del tiempo. Se miró las manos y después deseó no haberlo hecho–. A veces –volvió a mirar a Boston–. Los hombres son los que quieren, así que deberían pedirlo ellos.

–Más reglas.

La rabia se sumó a la impaciencia. ¿Por qué la gente no entendía que las reglas eran algo bueno? Las reglas le mostraban a una persona dónde estaba su lugar; le mostraban cuáles eran los riesgos y los peligros y cómo evitarlos.

Se levantó.

–Supongo que no tienes una respuesta.

–Cada uno somos de una forma, Deanna. Me gustaría ayudarte, pero es imposible que sepa cómo seducir a tu marido. Si lo supiera, ¿no daría un poco de miedo?

–Solo buscaba información general.

–Que vea que lo deseas. Para la mayoría de los hombres sentirse deseados es un poderoso afrodisíaco.

Y eso ya era un problema en sí, pensó Deanna al marcharse, porque lo cierto era que no quería acostarse con Colin. Solo quería recuperar su vida. Aun así, podría hacer lo que fuera necesario y considerarlo un pequeño precio a pagar por el objetivo final. Tal vez pudiera encontrar alguna idea en Internet.

Boston estaba sentada en la mecedora viendo cómo el sol se alejaba lentamente hacia el horizonte. Eran casi las nueve de la noche. Solo faltaban una semanas para que llegara el día más largo del año y después los días volverían a acortarse. Aunque le gustaba la belleza del otoño, no le encantaba la falta de sol. Con el otoño venían las lluvias, pero hasta entonces disfrutaba del sol como un gato en el alféizar de una ventana.

Zeke estaba tumbado en el césped. Habían cenado en una manta en el jardín trasero y no se había movido de ahí. Tenía los ojos cerrados, una mano sobre el abdomen y la otra sosteniendo una cerveza. El aire estaba en calma y el atardecer lleno de los sonidos de los pájaros que se acomodaban para pasar la noche; un perro ladraba unas calles más allá y se oía a las niñas de Deanna jugar en el jardín delantero.

–¿Cómo va el mural? –preguntó él.

–Bien. Empezaré a pintar en casa de Andi la semana que viene.

–¿Tienes ganas o estás nerviosa?

Ella sonrió.

–Las dos cosas. No dejo de decirme que sus pacientes no serán críticos y eso me ayuda –empujó sus pies desnudos contra la hierba

para mover la mecedora–. Andi me cae bien. Es divertida y muy entregada.

–Tenemos que traer más hombres a esta calle.

–¿Qué quieres decir?

–Las tres casas pertenecen a mujeres. Deanna y tú heredasteis las vuestras y Andi se ha comprado la suya. Nos superáis en número a Colin y a mí.

–Eso os mantendrá a raya.

–Yo soy de espíritu rebelde.

Boston se rio.

–Llevas con la misma mujer desde que tenías diecisiete años. ¿Cómo se manifiesta exactamente esa vena rebelde?

–Aún no lo he averiguado.

Ella lo miró y se deleitó con la forma de su rostro y la curva de su hombro. Cuando eran más jóvenes le había hecho varios retratos desnudo. Dado su trabajo en la construcción, él se duchaba al llegar a casa y, a veces, cuando estaba juguetona, Boston sacaba uno de los desnudos y lo dejaba en el dormitorio; una invitación no muy sutil. Él lo veía e iba a buscarla. Hacían el amor donde fuera que estuviera ella.

–Deanna y Colin están teniendo problemas –dijo Boston en voz baja.

Zeke gruñó.

–No quiero saberlo.

–Ella quiere mejorar la situación.

–Esa mujer da miedo.

–¿Por qué dices eso?

–Con ella todo tiene que ser perfecto. La casa, las niñas. ¿Alguna vez has visto a esas niñas llevando algo que no combine? No les deja ver la televisión normal.

–¿Cómo sabes tanto de su vida?

Zeke giró la cabeza y la miró.

–Carrie se lo cuenta a su padre y Wade me lo cuenta a mí –frunció el ceño–. Siempre te ha caído mal. ¿Por qué ahora te pones de su parte?

–No me caía mal.

–Claro que sí.

Ella respiró hondo.

–No es que estuviera encariñada con ella especialmente, pero no es como creía. Es vulnerable.

–Vale, pero tú ten cuidado de que no te saque las uñas. Es la clase de mujer que iría directa a por la parte más indefensa de uno. O le agarraría por los huevos.

–¿Colin piensa eso de ella?

–No lo sé. No hablamos. Nunca está por aquí. Ese tipo se pasa la

vida de viaje. ¿De qué te sirve tener una familia si no la ves nunca?

–¿Crees que quiere dejar a Deanna?

Zeke gruñó y cerró los ojos.

–Ni lo sé ni quiero saberlo.

A Boston le molestó su actitud.

–Es tu estilo, ¿no? Evitar cualquier cosa desagradable.

Él siguió con los ojos bien cerrados.

–Ninguno de los dos tenemos los datos de lo que ha pasado. ¿Qué tenemos que hablar?

A ella se le ocurrían varias cosas. O solo una. La misma que estaba siempre ahí entre los dos, acechándolos; rasgando los bordes de sus vidas como una lija y dejando heridas que nunca llegaban a sanar.

–No quieres enfrentarte a tu dolor –dijo en voz baja.

–Y tú tampoco.

–Tú bebes.

–Tú pintas –Zeke abrió los ojos y se incorporó–. Al menos yo me estoy escondiendo de algo. Tú estás fingiendo que no pasa nada y te pierdes en tus dibujos de Liam. No va a volver. No va a volver jamás. No puedes traerlo de vuelta con tus retratos al igual que yo no puedo olvidarlo por mucho que beba.

–Quiero que cambiemos. Quiero que hablemos.

Él sacudió la cabeza.

–No, no es verdad. Quieres que lo supere y lo estoy intentando. Cada día intento gestionar mi dolor y, sí, a veces bebo para escapar de él. Pero está ahí conmigo siempre. Recupérate tú, Boston, y después ya nos preocuparemos por mí.

Ella lo miró.

–Yo también lo estoy intentando. Estoy haciendo el mural.

–¿Has llorado? ¿Aunque sea una vez?

–Que no llore no tiene nada que ver con cómo me siento.

–Ya, claro. Y que a mí no se me levante tampoco tiene nada que ver con cómo me siento, ¿no? Reconócelo, los dos estamos rotos.

–¿Y cómo lo solucionamos?

–Ojalá lo supiera –Zeke se levantó–. Voy a salir.

A un bar. Boston se levantó también y puso los brazos en jarra.

–No me dejes así.

–¿Por qué no? Ninguno está dispuesto a ser el primero en ceder. Nos da demasiado miedo ir a quebrarnos.

–Yo estoy cediendo.

–¿Cómo?

Ella abrió la boca y la cerró.

Zeke la miraba fijamente.

–¿Quieres hablar de cómo te sentiste cuando murió? ¿De cómo pedías ayuda a gritos y la ayuda no llegaba? ¿Quieres hablar de cómo

parecía que el tiempo no pasaba como debía o de que en el funeral nadie decía lo que queríamos oír? ¿Quieres hablar de cómo…?

Boston levantó las manos y se tapó los oídos.

–¡Calla! Calla de una vez. No quiero hablar más de esto.

Él asintió despacio y pasó por delante de ella. Un instante después, Boston oyó el motor de la camioneta y Zeke se marchó. Volvió a sentarse en la mecedora y giró la cara hacia el sol.

No había lágrimas, pensó llevándose la mano al estómago. No había prácticamente de nada.

* * *

Tal como se había convertido en tradición quincenal, Andi y la plantilla del doctor Harrington fueron a almorzar al Blackberry Island Inn.

–Mi hija está embarazada –anunció Laura una vez hubieron pedido la comida.

–¡Enhorabuena! –dijo Dawn.

–¡Qué bien! –añadió Misty.

Andi y Nina asintieron.

–Para vosotras es fácil decirlo –dijo Laura–. Soy demasiado joven para ser abuela y mi hija solo tiene veintiséis años.

–¿Tú no eras más joven cuando la tuviste? –preguntó Misty.

–Sí, pero era otra época. De todos modos, está muy emocionada y supongo que yo también lo estaré. Quiere que me vaya a pasar con ella dos semanas cuando nazca el bebé –dijo orgullosa y también un poco asombrada.

–¿Dónde vive? –preguntó Andi.

–En Seattle. No está lejos.

–Qué bien que estéis cerca –ella no podía imaginarse queriendo a su madre cerca después de tener un bebé. Estaba segura de que estaría diciéndole lo que hacía mal a cada segundo.

De todos modos, tal vez no fuera un juicio de lo más objetivo. Al fin y al cabo, en su familia nunca habían estado muy unidos y se valoraban más los logros que las relaciones emocionales. Suponía que desde fuera parecerían una familia de éxito, todos médicos, pero no podía recordar la última vez que su hermana y ella habían hablado y hacía casi diez años que no veía a su hermano.

–Tu madre sigue viviendo en la isla, ¿no? –le preguntó Laura a Nina.

–Sí. Mi madre y su pareja comparten casa –respondió Nina con voz algo forzada–. Son unas personas interesantes.

–¿Eso es otra forma de decir «locos»? –preguntó Dawn.

–Más o menos. Los dos nunca han sido buenos ejemplos de responsabilidad. Mi madre es la definición de frivolidad, pero tiene un

buen corazón.

–Y eso te obligó a ti a ser la responsable –dijo Andi. Arrugó la nariz–. Lo siento. De vez en cuando asoman la cabeza todas esas clases de Psicología que tuve que dar.

Nina se rio.

–Tienes razón. Cuido de ella y de todos los demás. Por eso me hice enfermera. Para mí es algo innato. Mi madre quiere saber cuándo voy a volver a casarme, pero ya tengo bastante con un matrimonio fallido. Muchas gracias, pero no me apetece cuidar de nadie más.

Laura levantó su vaso de té helado.

–Por nuestras familias. Nos vuelven locas, pero las queremos de todos modos.

Las cuatro mujeres brindaron.

–¿Cómo van las obras en casa? –le preguntó Misty a Andi.

–Avanzando. Tengo suelos y armarios y dentro de dos semanas instalarán el equipo médico.

–Queremos ir a verlo todo –dijo Laura–. Deberías organizar una gran fiesta de inauguración.

–Es una idea genial. No se me había ocurrido hacer algo así.

–Asegúrate de que vaya Wade –Laura le guiñó un ojo–. Y de que lleve unos vaqueros ceñidos.

–Si no, ¿no vas a ir? –preguntó Dawn.

–Iré, pero no estaré tan contenta –Laura se inclinó hacia delante y bajó la voz–. ¿Alguna vez trabaja sin camiseta? Por favor, di que sí. Voy a ser abuela y necesito un poco de emoción en mi vida.

Andi pensó en el beso que habían compartido Wade y ella. Un beso que, por desgracia, todavía no se había repetido. De todos modos, aún tenían pensado salir. Justo el día anterior, él le había confirmado que saldrían a cenar el viernes.

–Nada. Nada de trabajar sin camiseta –respondió.

–Pues vaya rollo.

Antes de poder decirles que iban a tener una cita, una camarera apareció con el almuerzo y la conversación pasó a centrarse en que pronto acabaría el colegio y en lo difícil que era encontrar guarderías buenas.

A la una ya estaban de vuelta en el trabajo. Andi fue a comprobar sus citas de la tarde y Nina entró en su despacho y cerró la puerta.

–¿Podemos hablar un momento?

–Claro –Andi le indicó que se sentara en la silla que había junto a la mesa–. ¿Qué pasa?

–Me preguntaba si habías decidido algo sobre tu futura plantilla. Vas a necesitar a alguien que gestione la clínica además de al menos una enfermera, o tal vez dos.

–Ya. He estado hablando con una agencia de empleo de la zona de

Seattle especializada en buscar perfiles para consultas médicas. No estaba segura de poder encontrar a nadie en la isla, a menos que tengas alguna sugerencia.

–Creo que aquí podrías encontrar a alguien para gestionar la clínica, un puesto más administrativo que médico. Podrías poner un anuncio en el periódico y hacer las entrevistas tú misma. Yo te ayudaría encantada y te podría decir si la gente con la que vas a hablar ha sido problemática en el pasado.

–Te lo agradecería.

Nina esbozó una breve sonrisa.

–Y, si te interesa, también estaría dispuesta a irme a trabajar contigo. Me gustan los niños y me gusta cómo los tratas. El doctor Harrington es genial, pero estuve saliendo con su hijo y me voy a sentir incómoda cuando empiece a trabajar aquí.

Andi se inclinó hacia ella.

–Te agradezco que me lo digas. Una de las cosas que me dejó claras el doctor Harrington cuando vine a trabajar para él de manera temporal fue que no podía birlarle a nadie de su plantilla –sonrió–. En serio que usó la palabra «birlar».

–Es muy propio de él –Nina se encogió de hombros–. Sabe lo mío con Dylan. Si te interesa que trabaje para ti, yo hablaré con él y conseguiré su aprobación. Hazme caso, Dylan tiene tan pocas ganas de estar conmigo como yo de estar con él.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Tuvimos un romance de instituto que salió mal. Estábamos comprometidos cuando él se fue a la universidad y sus padres no lo aprobaban; no tanto por mí, sino por lo jóvenes que éramos. Descubrió que las universitarias estaban dispuestas a acostarse con él y me dejó. Fue bastante humillante. Se la devolví casándome con el primero que me lo pidió y resultó un desastre. El resto ya es historia.

–No te lo tomes a mal, pero me alegra mucho oír que no soy la única que eligió enamorarse de un completo imbécil.

Nina sonrió.

–¿Tú también?

–¡Y tanto! Una noche vamos a salir a tomarnos unos margaritas y te contaré toda la triste historia.

–Estoy deseando escucharla.

Andi se inclinó hacia ella.

–Nina, me encantaría que trabajaras para mí. Eres genial con los niños, organizada y eficiente. ¿Cómo no vas a encantarme? Siempre que el doctor Harrington dé su aprobación, estás contratada. Hablaremos de los detalles cuando haya hablado con él. ¿Qué te parece?

–Maravilloso. Gracias.

Nina se levantó y se marchó. A Andi le entraron ganas de levantarse de un salto y ponerse a bailar de felicidad, pero se conformó con un meneíto en la silla y en silencio levantó la mano como chocando los cinco en señal de triunfo. Tenía una plantilla, o al menos el comienzo de una. Conseguir a Nina era todo un éxito. Con un buen gerente y un par de enfermeras a tiempo parcial, tendría una clínica de verdad. Algún día incluso tendría una cocina y entonces la vida rozaría muchísimo la perfección.

# Capítulo 17

Andi se giró delante del espejo, pero no pudo ver nada más allá de sus hombros. Lo primero que haría por la mañana sería comprobar los planos del baño principal y asegurarse de que había un espejo de cuerpo entero en alguna parte. ¿Cómo iba a volcarse de lleno en el asunto de la cita si no podía ver qué aspecto tenía? Una mujer a punto de tener una cita tenía sus necesidades y verse en un espejo era una necesidad enorme.

Miró el reloj digital que tenía junto a la cama y vio que faltaban menos de diez minutos para que llegara Wade, lo cual significaba que ya no era práctico volver a cambiar de opinión sobre qué ponerse. De todos modos, tampoco podía decirse que tuviera cuarenta y siete opciones. Al parecer, había todo un protocolo que había olvidado en cuanto al atuendo para una primera cita. Desde que había salido de la ducha, hacía cerca de una hora hasta ese mismo instante, no había podido decidir qué ponerse.

Ir en vaqueros le parecía demasiado informal e ir en pantalón demasiado parecido a llevar ropa de trabajo, lo que reducía las opciones a una falda o un vestido. No era de faldas porque tenía caderas de chico y los vestidos no le sentaban bien, así que su selección era tan limitada que daba pena. No tenía nada que fuera sexi ni por asomo.

Al final se había decidido por un vestido cruzado de poliéster que no se arrugaba y era tan suave que parecía seda. Era su vestido negro corto multifunción…, aunque sin la función sexi, por desgracia. Pero entonces había pensado que era demasiado formal para un lugar como Blackberry Island, y además parecía como si fuera a un funeral. Así que había sacado un vestido de algodón morado que debía de tener unos doce años, pero que seguía siendo bastante mono. Quizás ya estaba demasiado mayor para llevar esa manga japonesa corta, pero Wade no tenía pinta de ser un fanático de la moda y no se daría cuenta. El cuello en forma de U era lo bastante bajo como para resultar provocativo y se había puesto su mejor sujetador *push-up* para sacarle el máximo provecho a lo que tenía. Además, la falda con ligero vuelo le hacía caderas, lo cual estaba bien.

–Qué más da –se dijo apartándose del espejo.

Wade la había visto en pantalones cortos y camiseta más de una vez, así que ya sabría cómo era su cuerpo. Si solo le pusieran las mujeres con curvas a lo Scarlet Johansson, no le habría pedido una cita.

–Voy a vomitar –murmuró llevándose la mano al estómago–. Debería haber salido con más hombres.

No era un consejo muy práctico, teniendo en cuenta que había estado casi una década comprometida en una relación, pero sí cierto.

¿Salir con Wade? ¿En qué había estado pensando? No sabía ni cómo actuar ni qué decir.

Le echó otra mirada de odio a su armario y bajó las escaleras. Pasara lo que pasara, en algún momento de las próximas semanas se iba a plantar en Seattle para comprar ropa nueva. Ropa divertida, apropiada para su edad y con la que se sintiera bien. Iría a una pequeña *boutique* y se pondría en las manos expertas de una de las vendedoras.

Llegó a la planta baja de la casa y entonces recordó que todo estaba en obras. Había lonas y armarios por todas partes y herramientas sobre el mobiliario envuelto en plástico, y las paredes estaban cubiertas por el trazado a lápiz del mural de Boston.

No había dónde sentarse, dónde charlar un poco antes de salir a cenar. Además, tampoco se le había ocurrido preparar unas bebidas o aperitivos. Arriba tenía un par de botellas de vino tinto, pero ¿dónde iba a ponerlas? ¿Y las copas? Invitar a Wade a subir a sus dependencias improvisadas en el desván generaría una situación demasiado rara.

–No puedo hacer esto –murmuró justo mientras oía pisadas en el porche.

Fue hasta la puerta principal y la abrió antes de que él llamara.

–No se me dan muy bien las citas –soltó y esbozó una mueca–. Te lo digo para que no te hagas ilusiones con que esto vaya a salir bien.

Wade estaba ahí en el porche, mirándola. Que él no dijera nada le dio un momento para fijarse en sus vaqueros oscuros, en la camisa color crema y en esos mocasines sorprendentemente bonitos.

Estaba guapo, admitió. Atractivo y masculino. Y además olía bien, a limpio. A jabón y a tentación.

Él esbozó media sonrisa.

–A lo mejor podrías probar con algo más convencional. Un «hola» funciona bien, o al menos a mí siempre me ha funcionado.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

–Mátame directamente.

–No es mi estilo –él entró en la casa–. Me gusta lo que le has hecho a la casa.

Andi se rio mientras cerraba la puerta.

–¿Ah, sí? Tengo un contratista estupendo. ¿Quieres que te dé su nombre?

Wade se puso frente a ella y posó las manos sobre la parte superior de sus brazos.

–¿Así que es un hombre, eh? He oído historias sobre mujeres y sus contratistas. ¿Son verdad?

Deslizaba los pulgares sobre su piel; un simple y lento roce de arriba abajo que no debería haber resultado tan interesante, pero que, aun así, lo fue. Andi de pronto se vio perdiéndose en sus oscuros ojos.

–Aún no –susurró–, pero tengo muchas esperanzas.

–Yo también.

Él se acercó y la besó. Su boca era firme pero delicada, juguetona mientras la reclamaba. Ella lo rodeó por el cuello y él bajó las manos hasta su cintura. Andi dio un paso adelante y se quedó pegada a él desde los hombros hasta los muslos.

Ladeó la cabeza y, cuando sintió la suave caricia de la lengua de Wade sobre su labio inferior, separó los labios. Él intensificó el beso y ella le fue devolviendo cada caricia a la vez que se sumergía en la líquida excitación que la recorría. Un ardiente deseo le produjo un cosquilleo en los pechos, casi dolor. Quería que la tocara por todas partes y luego quería sentirlo dentro.

Wade se movió para poder besarle la mejilla y luego le plantó los labios en la zona de la mandíbula.

–He hecho una reserva –murmuró–. Para cenar.

–Vale –a Andi le estaba costando respirar, lo que a su vez le dificultaba hablar–. Cenar estaría genial.

Él le besó el cuello y después le lamió la sensible piel de la parte trasera de la oreja. Andi se estremeció a la vez que los muslos empezaron a temblarle.

–Creo que… deberíamos irnos –dijo Wade antes de mordisquearle el lóbulo.

Ella emitió un grito ahogado y se arqueó contra él. Su abdomen entró en contacto con algo muy duro y muy grueso. Abrió los ojos de par en par y él se puso derecho. Se quedaron mirándose.

–¿Debería disculparme?

¿Por tener una erección? En el mundo de Andi, tan casto que resultaba lamentable, eso era prácticamente un milagro.

Negó con la cabeza en respuesta.

Existían mil razones para sonreír con educación y sugerir que salieran a cenar. Con Matt el sexo siempre había estado regulado, por no decir programado. Él no creía en los encuentros espontáneos ni en saltarse la cena e ir directos al postre, y ese era el mundo que ella conocía.

Por otro lado, existía la posibilidad de que Wade solo hubiera querido salir a cenar y que dar por hecho cualquier otra cosa la condujera a un nuevo nivel de humillación. Aun así, de pronto comprendió que se había pasado la vida siendo prudente. Comprar esa casa había sido su primer acto impulsivo de verdad y a lo mejor había llegado el momento de mantener esa actitud.

–Estaría muy bien salir a cenar –dijo consciente de que iba a saltar por un precipicio. Al menos esperaba encontrarse con una buena y mullida red en lugar de rocas dentadas y una muerte segura–. O podríamos ir arriba.

–¿Qué hay arriba?

–Mi cama y preservativos.

Algo ardiente se encendió en los ojos de Wade, que esbozó una sonrisa lenta y sugerente.

–Te sigo.

No podía hacerlo, pensó Deanna. Era imposible. Ridículo. Por otro lado, era la única solución que se le ocurría. A los hombres les gustaba el sexo y ella tenía la maquinaria necesaria. Por lo que sabía, Colin no había estado con nadie más y seguro que le apetecía. Si lograba llevarlo a la cama, todo lo demás se solucionaría solo, o al menos ese era su plan. Intentó no pensar en el desastre del incidente de la casita de muñecas. Aunque había sustituido la casa rota por una nueva y reluciente, las gemelas aún se encogían de miedo si se acercaba demasiado a sus juguetes.

Se duchó, se depiló las piernas con la cuchilla y después le echó un ojo al cajón de la ropa interior. Tenía un par de tangas que nunca se molestaba en ponerse porque eran demasiado incómodos, pero, en fin, en momentos de desesperación se recurría a lo que fuera. Unos eran blancos y azules y llevaban un sujetador a juego. Nunca se había puesto ese conjunto, principalmente porque era demasiado vulgar. Mientras tocaba el encaje pensó que tal vez se lo había regalado Colin.

Soltó las prendas en la cama, se arrodilló en la alfombra y sacó la caja de almacenaje que tenía debajo de su lado de la cama. Abrió la cremallera, echó atrás la tapa y observó el contenido. Lo que vio fueron en su mayoría jerséis de invierno; los gruesos que tenía apartados para esa época del año. Pero también había una buena cantidad de lencería: camisones cortos y atrevidos, un par de conjuntos de camiseta de tirantes y pantalón corto y un bodi. La mayoría estaban sin estrenar y algunos aún con las etiquetas. Todos regalos de Colin.

Lo que le había dicho antes a Boston era verdad. Ella nunca tomaba la iniciativa en el sexo. Si Colin lo pedía, prácticamente siempre decía

que sí. Bueno, algunas veces. La mitad al menos. Últimamente él se lo había estado pidiendo cada vez menos y ella había estado demasiado ocupada como para reparar en ello, o tal vez en el fondo lo había agradecido porque el sexo con su marido la desconcertaba.

Era un amante paciente, pensó mientras seguía sentada en la alfombra mirando ese arcoíris en tonos pastel de seda y satén. O al menos lo había sido. Y aunque Zeke no había sido su primera vez, sí que había sido su primer orgasmo. Deanna se había resistido a que la tocara «ahí abajo» y había dicho que se moriría si alguna vez intentaba usar la boca, pero él había insistido, acariciándola y tocándola con delicadeza hasta que la magia de lo que podía hacerle a su cuerpo la había seducido y la había animado a ceder.

Recordaba la primera vez que había llegado al orgasmo, sobre todo porque después se había sentido expuesta y aterrorizada. Había llorado y él la había abrazado hasta que se había calmado. Luego le había hecho el amor otra vez y le había dicho que la amaba.

Ella había querido más. Había querido las sensaciones que generaban juntos incluso aunque se hubiera resistido a esa intimidad emocional que acompañaba al acto. Temiendo lo débil que era, se había ido retirando poco a poco y al cabo de un tiempo había visto que cuanto menos participaba, menos le apetecía. Era como si esa parte de ella se hubiera oxidado por falta de uso. En un intento de mantenerse a salvo, había centrado en él la vida sexual de los dos.

Colin había necesitado más, pensó mientras recordaba cómo le había preguntado si lo deseaba o si el sexo iba a centrarse siempre solo en él. Ella no había hecho caso a la pregunta porque estaba ocupada. Una madre joven con dos hijas, después tres y luego cinco. ¿Así quién tenía tiempo y, mucho menos, ganas para el sexo? Su familia la tenía absorbida y exhausta.

Lo que no había admitido, ni siquiera a sí misma, era que había elegido apartarse porque no conectar era mucho menos arriesgado que exponerse. Lo que le preocupaba no era la parte corporal, sino su alma. ¿Y si Colin podía ver lo dañada que estaba? Por eso se mantenía a salvo, aunque ¿a qué precio?

Volvió a guardar la lencería en la caja. Cerró la cremallera y la metió debajo de la cama.

Pero que los ojos no lo vieran no significaba que el corazón no lo sintiera, pensó mientras entraba en el baño.

Se puso el llamativo conjunto de sujetador y tanga y entró en el vestidor. Eligió un vestido sin mangas con un escote muy bajo; uno con cremallera hasta la espalda que caería al suelo con facilidad. Después, antes de poder cambiar de opinión, salió al pasillo.

Eran casi las diez. Todas las niñas, excepto Madison y Carrie, estaban durmiendo y la casa estaba en silencio. Deanna sabía que su

hija mayor y su amiga se quedarían en la habitación hasta la mañana siguiente y las pequeñas tenían el sueño muy profundo, así que era casi como si estuvieran solos.

Bajó las escaleras descalza para no hacer ruido. Se detuvo en la puerta del estudio de Colin, llamó una vez y entró.

Su marido estaba en el sofá leyendo. Tenía el pelo alborotado y las gafas de lectura que había empezado a usar el año anterior apoyadas en el borde de la nariz. Al llegar a casa esa tarde se había cambiado y se había puesto unos vaqueros y una camiseta. Estaba descalzo.

«Qué guapo», pensó algo sorprendida. Aparentaba menos años de los casi cuarenta que tenía y estaba atractivo. Los dos se habían mantenido en forma.

Intentó mirarlo como lo harían otras mujeres, no como marido, sino como hombre, y tuvo que admitir que era alguien que aún le interesaba.

Él levantó la mirada y la vio; enarcó las cejas, pero no dijo nada. En su lenguaje corporal no hubo nada que la animara a acercarse, pero se obligó a sonreír de todos modos.

–Se me ha ocurrido pasar a saludarte. No hemos tenido oportunidad de hablar mucho en la cena. ¿Qué tal la semana?

Colin se quitó las gafas, las dejó en la mesita que había junto al sofá y soltó la revista sobre su regazo.

–Bien. ¿Qué tal la tuya?

–Ajetreada –se acercó un poco más al sofá–. Ha habido que hacer muchas actividades de fin de curso y además he tenido que hacer las matrículas de los campamentos de todas.

Zeke la observó mientras se acercaba. Deanna se sentó en el sofá, cerca pero no demasiado, y se giró hacia él. Sintiéndose como una idiota, se echó un poco hacia delante para enseñarle el escote. El sujetador de encaje cumplió su función e hizo que parecieran más grandes, pero Colin no pareció fijarse.

–Lucy está emocionada con la fiesta a la que va a ir mañana –dijo él–. Espero que se haga alguna amiga nueva pronto. A su edad es importante.

–Sí.

Él levantó la revista.

–¿Querías decirme algo más?

Deanna se quedó allí sentada, perdida por completo. ¿Qué debía hacer ahora? Se había puesto ese dichoso vestido, llevaba un tanga y un sujetador acolchado, y no estaba pasando nada. No sabía ni qué decir ni qué hacer. Ponerse sexi nunca había sido lo suyo, no sabía nada sobre seducción. Aunque llevara casada con Colin más de una década, no tenía ni idea de cómo excitarlo.

–Había pensado… –empezó a decir, pero entonces se detuvo porque

no sabía qué más añadir.

Él la miraba expectante.

–¿Sí?

Le ardían las mejillas.

–Ha pasado…

Colin seguía mirándola. O no entendía lo que pasaba o quería hacerla sufrir. Por un instante, algo se encendió en su mirada; interés no, compasión tal vez, aunque no podía estar segura.

Qué injusto era todo. ¿Por qué tenía que ser ella la que lo intentara? ¿Por qué tenía que ser ella la que cambiara? Tampoco es que pudiera decirse que vivir con él fuera fácil o una fiesta, y…

–¿Deanna?

Ella miró sus ojos azules e intentó ver alguna pequeña muestra de interés, algún destello de lo que había visto ahí antes, pero solo encontró una ligera impaciencia, como si él quisiera que se fuera.

Los hombres eran visuales, se recordó pensando que era un dato que probablemente había leído en una revista mientras estaba en la peluquería. Los actos podían dejar las cosas más claras que las palabras.

Se llevó la mano atrás y agarró el tirador de la cremallera. La bajó, sacó los brazos y dejó que el vestido le cayera a la cintura.

–Me regalaste este conjunto de sujetador y tanga –dijo incapaz de mirarlo, ahí sentada. No recordaba haberse sentido tan expuesta en meses–. Lo he visto y he pensado que… si te apetece, podríamos…

Él se quedó mirándola un largo rato y su gesto seguía sin expresar nada. Su mirada, fija y azul, la hizo sentirse incómoda, pero se negaba a subirse el vestido.

–Estás haciendo esto porque crees que es lo que quiero –dijo Colin finalmente–, no porque te apetezca que me meta en tu cama.

Mierda. Bajó la mirada y volvió a mirarlo.

–No, Colin –mintió–. Sí que quiero estar contigo.

A él se le tensó la mandíbula.

–Ya, claro. Lo he visto con las niñas, Deanna. Te mueves por inercia, pero no lo entiendes. No entiendes nada. Seguimos sin ser reales para ti. Seguimos estorbándote.

Ella se sonrojó y se obligó a levantarse. El vestido cayó al suelo.

–¿Y ya está? –preguntó temblando por dentro y sintiendo que pronto temblaría también por fuera–. ¿Me estás diciendo que no?

–Te estoy diciendo que no.

Deanna alzó la barbilla y le vio agarrar las gafas y volver a centrarse en la revista.

–Estoy muy cansado. Buenas noches.

Sintió la bofetada tanto como si Zeke la hubiera golpeado con la mano abierta. Le picaban las mejillas por el calor que la recorría.

Furiosa además de avergonzada, se subió el vestido y salió corriendo de la habitación.

Pero cuando llegó al pasillo, la furia desapareció dejándola sin fuerzas. Se dejó caer al suelo y apoyó la cabeza en las rodillas. Temblaba, tal vez por frío o tal vez por haber descubierto que lo que fuera que Colin había sentido alguna vez por ella llevaba muerto mucho tiempo. No sabía qué quería de ella, pero desde luego no quería ese matrimonio.

Por primera vez en meses, tal vez en años, tal vez en su vida, deseó sentir su cálida mano sobre su hombro. Quiso que la levantara del suelo y la abrazara como antes, como cuando aún se abrazaban. Él siempre había sido el último en soltarse y había bromeado diciendo que ella no podía ser más rápida en romper un abrazo. Ahora quería volver a sentir ese abrazo largo, aunque esta vez no sería ella la primera en soltarse. Tal vez no se soltara nunca.

Pero Colin no fue a verla y se quedó allí sentada, sola, fría, temblando. Al final, un calambre en la pierna y la cadera la hizo levantarse. Se subió la cremallera del vestido y se fue a su dormitorio. Una vez allí, fue hasta la ventana y contempló la noche.

No sabía qué preguntar y mucho menos cómo encontrar las respuestas. Lo único que sabía con seguridad era que había estado tan ocupada intentando que todo estuviera bien que había perdido algo que ni siquiera había sabido que quisiera. Había profesado todo su amor por la planificación y los detalles, y en cambio a Colin le había ofrecido demasiado poco y demasiado tarde.

Supo que iba a dejarla. Era algo que había estado pensando por momentos en las últimas semanas. Pero por primera vez ya no le preocupó tantísimo ser una madre separada viviendo con sus cinco hijas, sino ser una mujer que se había dado cuenta demasiado tarde de que había perdido al hombre al que amaba de verdad. Llevaba tanto tiempo dando por hecho que lo tenía ahí, sin valorarlo, que había llegado a un punto en el que la relación era irreparable.

Colin no la quería, y ahora que por fin Deanna había reunido fuerzas para mirar en su interior, tuvo que admitir que sabía perfectamente por qué.

# Capítulo 18

–Lo sabe –dijo Andi.

Wade dejó la caja de *pizza* en el suelo, la rodeó con los brazos y la besó.

–No lo sabe.

–El pizzero sabe que acabamos de acostarnos. Lo he notado.

–Está celoso. Y ahora, ¿cómo puedo hacer que dejes de pensar en él? –le preguntó y volvió a besarla.

Andi se acercó más y levantó la boca hacia él. Mientras la besaba, Wade deslizaba las manos sobre su cuerpo y le levantó la camiseta, una extragrande que se había puesto, para poder tocar su piel desnuda.

Estaba metida en un buen lío. Tenía que asumirlo y encontrar el modo de solucionarlo porque ese hombre era un dios del sexo y ella estaba en peligro de tener que dejar su trabajo para poder unirse a una secta que se dedicara únicamente a venerar el altar de Wade King.

Acababan de hacer el amor en la pequeña cama que tenía en el chirriante desván y envueltos por el fresco aire de la noche. Wade la había tocado y acariciado; las cosas que le había hecho a su cuerpo la habían sumido en un vertiginoso orgasmo que la había llenado a nivel celular. Incluso ahora, mientras la lengua de Wade se enroscaba con la suya y él exploraba con sus dedos las curvas de sus caderas y sus nalgas, sus órganos estaban componiendo sonetos de adoración. Sus riñones estaban locos perdidos por Wade y su páncreas no quería que saliera nunca con ningún otro hombre.

–Tenemos *pizza* –dijo sin querer apartarse, pero pensando que tal vez deberían comer.

–No se va a estropear.

–Debería vestirme.

–Estás vestida.

–Llevo una camiseta. Solo una camiseta. Sin nada debajo.

Wade se había puesto los vaqueros y la camisa, pero ella había estado demasiado aturdida por las réplicas del orgasmo para llevar a cabo una tarea tan complicada como encontrar su ropa interior.

–Estoy demasiado desnuda para cenar.

Él la miró a los ojos.

–Vamos a probar esa teoría.

–¿Qué?

Wade la giró en sus brazos, situándola de espaldas a él, y metió una mano bajo la camiseta para acariciarle los pechos y la otra entre sus piernas.

Andi quiso protestar. Seguían abajo y en las ventanas no había nada que las cubriera. Por otro lado, aún había bastante luz fuera, así que nadie podía ver lo que pasaba dentro. Además, sentir los dedos de Wade deslizándose dentro de ella con el pulgar posado sobre su aún inflamado clítoris hizo que le resultara imposible hablar.

Ya le había hecho eso antes, pensó cerrando los ojos y perdiéndose en los sensuales servicios prestados. La tocaba con una seguridad que la dejó sin aliento. La mano que tenía en los pechos sabía perfectamente cómo estimular los tersos y tensos pezones hasta el punto de hacer que sus terminaciones nerviosas se pusieran a cantar. Unas vibraciones la sacudieron, una intensidad perfecta de anhelo y excitación conectando sus zonas erógenas.

El deseo se apoderó de ella. Abrió más las piernas, ahora ya sin vergüenza y debilitada por el ansia. Anticipándose a lo que estaba por venir, los músculos se le tensaron mientras él se movía adentro y afuera cada vez más deprisa y su pulgar ejercía una presión constante y circular empujándola más y más hacia otro orgasmo que la rompió y la hizo gritar.

Cuando el último estremecimiento se disipó, Wade la llevó a las escaleras y la sentó en el segundo escalón. A la vez que se arrodillaba frente a ella, la besó y se desabrochó los vaqueros. Le dio un preservativo y ella lo abrió. Los dos temblaban mientras, juntos, intentaban colocarlo sobre su pene.

–Tú… –dijo Andi con la voz entrecortada–. Tú eres el experto.

Wade terminó y se adentró en ella.

Con la primera embestida Andi llegó al clímax otra vez. Lo rodeó por las caderas y se aferró a él queriendo, o mejor dicho necesitando, más. El sexo nunca había sido así, pensó mientras gritaba de placer. Tan sencillo, tan increíble. Tan espectacular.

El placer se apoderó de ella una y otra vez hasta que no le quedó nada dentro. Wade se estremeció y después se quedó quieto. Permanecieron donde estaban, agotados y jadeando. Luego, despacio, él se retiró y la miró.

Parecía tan aturdido como se sentía ella.

–Creo que me ha dado un tirón en la espalda –admitió Wade.

Andi estiró la pierna al notar un calambre en el músculo.

–Habrá sido por las escaleras.

Él se levantó tambaleándose y la ayudó a ponerse de pie. Se aclaró

la voz antes de decir:

–¿Esto es lo normal para ti?

–No. Yo soy bastante aburrida en la cama.

Wade esbozó una sonrisa de incredulidad.

–No, Andi. Yo no usaría la palabra «aburrida» –se encogió de hombros–. Me gusta el sexo tanto como al que más y tengo que admitir que esto ha sido una locura.

–Supongo que tenemos química.

–Podría decirse así, sí. Ahora mismo vuelvo.

Se metió en el cuarto de baño de abajo y ella fue a por la *pizza* y lo esperó. Cuando volvió a salir, se había abrochado los vaqueros y el cinturón. Aún parecía impactado. A Andi le gustó saber que se había quedado tan desconcertado como ella.

Fueron arriba y, mientras ella servía la *pizza*, él abrió la botella de vino.

–¿A qué hora tienes que volver? ¿Carrie tiene canguro o se queda sola?

Wade le pasó una copa de vino.

–Hoy pasa la noche con Madison. No tengo que estar en casa hasta mañana por la mañana.

Sus partes femeninas dieron saltos de alegría.

–Ah, qué bien –instintivamente miró hacia el dormitorio.

Wade le quitó la copa y la dejó en la encimera.

–Justo lo que estoy pensando.

Se abrazaron y, para cuando entraron al dormitorio, los dos estaban desnudos. La vieja cama chirrió a modo de protesta cuando se dejaron caer en el colchón. Andi se entregó a las mágicas caricias de Wade y se preparó para que ese hombre la hiciera flotar.

Por norma general a Deanna le encantaba su casa. Era suya, sus tíos se la habían dejado; aunque más que una herencia la consideraba algo que se había ganado. Al acogerla le habían dejado muy claro que tenía que ser la niña que siempre habían querido y que no aceptarían que mostrara cualquier indicio de ser hija de su madre.

Había hecho todo lo posible por ser perfecta. Por ser educada, limpia, sacar buenas notas y colaborar. Había aprendido la historia de la casa y sabía qué piezas eran antigüedades y cuáles reproducciones. Entendía la importancia de estar siempre preparada para recibir visitas inesperadas y que la apariencia de las cosas importaba mucho más que cómo fueran en realidad. La casa era su reino… o lo había sido.

Por primera vez desde que había llegado allí a los diez años se sentía fuera de lugar. Se sentía como si la siguiera un foco,

avergonzándola y alumbrando su humillación.

No había dormido. Se había metido en el dormitorio y se había encerrado en el baño. De las más oscuras profundidades de su armario había sacado un cepillo de mango largo, se había metido en la ducha y lo había usado para fregar cada centímetro de su cuerpo en un débil intento de limpiarse la vergüenza.

Gotas de sangre habían caído por el desagüe y, cuando por fin salió del agua, tenía el cuerpo cubierto de heridas abiertas. Había pasado la noche dolorida y esa mañana había cubierto con ropa las peores lesiones. Llevaba una camisa de manga larga para tapar las pruebas, pero ni siquiera el constante dolor le permitía olvidarse del rechazo de Colin.

Se había mostrado desnuda ante él y él la había rechazado. Le había ofrecido todo lo que tenía y no había sido suficiente. Ella no era suficiente.

Nunca lo había sido; siempre había sabido que estaba viviendo de prestado. Estar con él era como estar con sus tíos, en cualquier momento podía devolverla. Pero con el paso del tiempo se había ido sintiendo más cómoda y confiándose demasiado. Había creído que bastaba con ser perfecta, pero no era así, y ahora no sabía cómo ser lo que fuera que Colin quería que fuese.

–¿Mami?

Al girarse, Deanna se encontró a Lucy de pie en la entrada de la cocina. Por primera vez no vio las feas gafas ni los ojos demasiado grandes. Lo que vio fue miedo en la boca de su hija, que temblaba ligeramente.

–¿Qué pasa?

–Esta tarde tengo la fiesta. Me dijiste que podía ir, ¿te acuerdas?

Se le retorció el corazón. Oyó su propia voz, a medias entre una súplica y un recordatorio; esa petición silenciosa para que no cambiaran las normas, para que no la castigaran por haber tenido el valor de preguntar. Lucy tenía la edad que tenía ella cuando su madre estalló definitivamente. Aquella paliza final, la que había provocado que los vecinos llamaran a las autoridades, lo había cambiado todo. Suponía que había merecido la pena acabar con un brazo roto y una costilla contusionada para por fin ser libre, o al menos eso había pensado en su momento. Ahora se preguntaba si alguna vez había llegado a lograr la libertad o si tan solo había cambiado un tipo de maltrato por otro.

Como pudo, sonrió, temblorosa.

–Sí, Lucy. Me acuerdo, y me alegro de que vayas a ir a la fiesta. Sé que para ti ha sido muy duro que tu mejor amiga se haya mudado.

Distintas emociones desfilaron por el rostro de Lucy: esperanza, alivio y después cautela, como si no estuviera preparada para creer

que podía conseguir lo que más quería sin pagar un precio.

–¿A qué hora tienes que estar allí? –preguntó Deanna.

–A las tres. Vamos a jugar a los bolos y luego a cenar –dijo estremeciéndose.

«Claro», pensó Deanna, porque la cena consistiría en *pizza*, tiras de pollo y a saber qué otras comidas procesadas.

–Pues más vale que haya tarta. Sin tarta no es un cumpleaños de verdad.

–Y helado –añadió Lucy sonriendo.

–Son un requisito –respiró hondo–. Saldremos a las dos y media para ir con tiempo de sobra. Puedes llevarte el móvil para emergencias y llamarme cuando quieras volver a casa.

Ninguna de sus hijas tenía teléfono propio, pero ella guardaba uno extra para excursiones o eventos de ese tipo.

Lucy asintió.

–Tendré muchísimo cuidado con él, mami. Lo prometo.

–Ya lo sé.

Lucy sonrió y se le echó encima. Sus brazos huesudos la rodearon y la abrazaron con fuerza, pero entonces ella, al sentir un intenso dolor cuando su hija le estrujó las heridas abiertas, emitió un grito ahogado.

Lucy retrocedió de un salto.

–Perdona, perdona. No te enfades.

Antes de que Deanna pudiera decir nada, la niña se giró y salió corriendo como si la persiguiera el diablo.

«El diablo no», pensó Deanna. «Su madre». En esa casa esos dos seres eran lo mismo.

–Emma me dijo que el sábado que viene va a ir con su madre a Seattle y quiere que vaya, así que luego se lo voy a preguntar a papá –Lucy apenas se detuvo para respirar antes de continuar–: Y tomamos tarta y también jugamos a los bolos por grupos y Sarah y Emma me quisieron en su equipo.

Sus brillantes ojos azules danzaban de felicidad. Impulsivamente, Andi se inclinó y abrazó a la niña de diez años.

–Cuánto me alegro de que lo pasaras bien.

–Yo también.

Estaban en la diminuta cocina improvisada en el desván. Las ventanas estaban abiertas y el sonido de una lluvia suave servía de música de fondo para una tarde de domingo de charlas y decoración de galletas.

Andi había encontrado unas galletas ya horneadas en la tienda. Eran parte de un kit que incluía la cobertura y las virutas de colores para decorar. Lo había comprado imaginando que las niñas de al lado

podrían hacerle una visita en algún momento. Además, había llenado la pequeña nevera, había hecho la colada, había limpiado el baño y, en general, había intentado mantenerse ocupada porque era eso u obsesionarse con Wade.

La noche juntos había sido increíble. Al final se habían tomado la *pizza* fría pasadas las once y después habían vuelto a la cama y habían hecho el amor hasta quedar exhaustos. El día siguiente lo había pasado cansada y dolorida, pero feliz porque cada punzada de dolor había sido un recordatorio de una noche superdeliciosa.

Sin embargo, esa mañana la locura había asomado la cabeza y su cabeza había empezado preguntarse cosas. ¿Por qué no la había llamado? ¿No debería haberla llamado? ¿Había sido solo sexo? ¿La consideraba una mujer fácil? No le había mencionado que volvieran a quedar, así que ¿estaban saliendo o qué?

Si no, entonces, ¿qué estaban haciendo? ¿Era un rollo de amigos con beneficios? ¿Ella quería más? ¿Y él? Era viudo desde hacía años. ¿Sería como Matt? ¿Le daría falsas esperanzas durante una década para luego abandonarla y casarse con otra dos semanas después? ¿Y por qué puñetas no la había llamado?

En ese momento oyó la voz de Lucy además de la que sonaba en su cabeza.

–¿Qué están haciendo hoy tus hermanas? –preguntó Andi esperando continuar la conversación y la distracción que le ofrecía.

–Papá se ha llevado a Audrey y a las gemelas a montar en el barco turístico –Lucy se subió las gafas–. A mí me gusta, pero suelo vomitar.

–¿Te mareas? ¿En los viajes largos en coche y en las atracciones?

–Sí.

–Es una sensación asquerosa. Yo también me mareo un poco en el coche y me pasaba mucho de pequeña. No sé si esto te servirá de algo, pero seguro que mejoras a medida que crezcas. Yo ahora estoy mejor que antes.

Lucy le sonrió y le pasó una galleta con forma de margarita que había decorado. Los pétalos eran de color rosa intenso y el centro verde.

–Preciosa –dijo Andi–. ¿Qué tal si terminamos estas? Luego podemos llevárselas a Boston. Sé que a ella también le gustan las galletas.

–Qué divertido.

–Sí, a mí también me lo parece.

Y cuando se marcharan, Andi se dejaría el móvil en casa. Si Wade quería contactar con ella, ya sabía cómo. Si quería llamarla, tenía su número. Se negaba a ser una de esas mujeres desquiciadas que no hacían más que comprobar el buzón de voz o los mensajes. Ella era fuerte, era madura. Lo superaría y todo iría bien.

# Capítulo 19

Andi iba a tener que matar a alguien. Asumía que al hacerlo iría a prisión, pero no temía las consecuencias porque al menos en la cárcel no tendría que preocuparse, por ejemplo, de hombres que ponían tu mundo patas arriba con un sexo increíble y luego no te llamaban; hombres que sonreían y estaban buenísimos con su ropa de trabajar y que te agarraban del brazo para llevarte a un rincón tranquilo y susurrarte «No he podido deja de pensar en ti» antes de que lo llamaran para ir a atender alguna chorrada relacionada con el trabajo.

Porque eso era lo que había pasado. El lunes por la tarde había visto a Wade exactamente durante cuarenta y siete segundos antes de que los interrumpieran, y entonces Carrie había entrado con Madison y eso había supuesto el fin de cualquier conversación privada posible. El martes, Wade no había pasado por allí por algo de una actividad de fin de curso de su hija.

Ahora era miércoles por la mañana y su día libre porque iba a trabajar el sábado, pero de verdad que iba a tener que matar a alguien.

No era solo por la llamada de teléfono, o por la ausencia de la misma, sino por la locura que se estaba desatando en su cerebro claramente retorcido. Había pasado de preguntarse por la situación de su relación a preguntarse si él la amaba o tenía pensado enamorarse de ella. Estaba a un paso de convertirse en una acosadora o algo peor, aunque no sabía qué podía ser peor.

A las siete y cuarenta y cinco de la mañana Wade llegó. Vio su camioneta aparcada delante de la casa y lo vio bajar, y en ese momento supo que no podría quedarse en casa todo el día porque acabaría haciendo o diciendo algo que los dos lamentarían. Necesitaba una distracción y, con mucha seguridad, también ayuda profesional.

Agarró el bolso y fue hacia las escaleras. Saludó a Wade de pasada y salió corriendo por la puerta. Entonces se detuvo. Boston era la opción más obvia, pero ir a verla supondría dos posibles problemas. El primero: tal vez aún no estuviera despierta. El segundo y más importante: era la cuñada de Wade y había muchas probabilidades de que comentara con él todo lo que ella le dijera.

Al final se decidió y corrió a casa de Deanna. Las cinco niñas ya se habían marchado al campamento de verano, lo cual implicaba que ya estaría levantada y bastante operativa. Con suerte, estaría dispuesta a quitarle la idea de cometer alguna estupidez y no le contaría a todo el mundo sus problemas.

Llamó al timbre. No solo una vez, sino dos.

–¿Estás bien? –le preguntó Deanna al abrir la puerta.

–No –admitió–. La verdad es que no. ¿Tienes un segundo para hablar?

Deanna la miró con cierto temor.

–¿De qué?

–Problemas con un hombre.

–Ah, vale, porque no podría soportar otro golpe emocional. Voy a por el bolso. Vamos a salir a desayunar.

–Me parece genial.

Diez minutos después, estaban sentadas en una mesa junto a la ventana en el Blackberry Island Inn. Las dos pidieron café y tostada francesa rellena, y después Deanna enarcó las cejas y dijo:

–Estoy preparada.

Andi miró a su alrededor; aún quedaban algunas personas que habían pasado a desayunar antes de entrar a trabajar y había un montón de turistas planificando su jornada.

–Has pensado que al traerme aquí evitarías que me pusiera a llorar –le dijo Andi a su vecina–. Te crees que puedes controlarme en un entorno público.

Deanna sonrió.

–Pensé que podría servir. Muy pocas nos sentimos cómodas montando un numerito.

–Buen plan.

–¿Funcionará?

–No lo sé –Andi respiró hondo y se inclinó hacia delante–. ¿Conoces a Wade King?

–Claro. Zeke, su hermano, es el marido de Boston. Son los contratistas que están trabajando en tu casa.

–Wade es el que se está ocupando de casi todo. Es divertido, encantador y sexi, y está soltero.

Deanna esperó.

Andi se estremeció y dijo corriendo:

–Nos hemos acostado. El viernes por la noche. En principio íbamos a ir a cenar, pero nunca llegamos a salir por la puerta y se quedó a pasar la noche. Y me estoy volviendo loca, en serio. No me ha llamado. Nos hemos visto y él estaba bien, pero yo no. Salí con Matt durante diez años. Una década. Después me dejó plantada en el altar porque de pronto todo le parecía muy precipitado y ahora aquí estoy

preguntándome cosas como si Wade querrá casarse. Han pasado tres días y no puedo soportarlo.

–Respira –dijo Deanna–. Tienes que respirar.

–Al parecer no –dijo, pero sí que tomó aire despacio–. Odio comportarme así. Me gusta Wade y claro que quiero volver a verlo, pero no quiero dar miedo ni convertirme en una agonías y una desquiciada. Quiero ser normal.

–Pues ya me contarás lo que se siente.

La camarera se detuvo para rellenarles la taza y las dejó solas. Deanna levantó su café.

–¿Qué te dijo el lunes?

–Que no podía dejar de pensar en mí y luego llegó Carrie. Ayer no lo vi y hoy me he puesto nerviosa de pensar que podía acabar suplicándole.

–No, no supliques. Hazme caso.

Andi, que por primera vez miró de verdad a Deanna desde que se habían sentado, le notó la voz apenada. Como siempre, iba bien vestida. Llevaba unos vaqueros rosas y una camisa blanca de pinzas además de un pañuelo al cuello, unos mocasines muy estilosos y unos pendientes largos. Pero el precioso maquillaje no podía ocultar sus ojeras y el gesto de su boca era triste.

–¿Estás bien? –le preguntó–. ¿Ha pasado algo?

Deanna se rascó el antebrazo izquierdo con suavidad y negó con la cabeza.

–Estoy bien.

–No me lo creo.

–¿Eso lo dices como doctora o como mi vecina?

–Como tu amiga.

Andi supuso que usar la palabra que empezaba por «A» era un poquito exagerado, pero cuanto más tiempo pasaba con Deanna, mejor le caía. Esa fachada perfecta y delicada tenía suficientes grietas para hacerla vulnerable.

La camarera apareció con sus platos. Cada uno tenía una montaña enorme de tostadas francesas rellenas cubiertas de sirope de arce y de azúcar glas y rodeada de moras. Andi notó cómo los ojos se le abrieron de par en par. Ese plato solo debía de contener las calorías de dos días, pero, sinceramente, le importaba un bledo.

–Me lo voy a comer todo –dijo con veneración.

–Puede que yo también –añadió Deanna.

Las dos lo probaron. El exterior de la tostada francesa era crujiente y el relleno dulce y cremoso.

–¿Tan buena como esa noche con Wade? –preguntó Deanna.

Andi sonrió.

–Se le acerca. Se le acerca mucho –dio un trago de café–. Dime qué

te pasa.

–Nada así de emocionante. Estoy bien –clavó el tenedor en su tostada y lo soltó–. No, no es verdad. No estoy bien. Estoy destrozada. Todo en mi vida está destrozado.

Andi dio otro mordisco y esperó.

Deanna cambió de postura en la silla.

–Las cosas van mal con Colin y mis hijas me odian.

–No te odian –se apresuró a decir Andi.

–Les doy miedo. Ayer oí a las gemelas jugando a las casitas y les estaban diciendo a los muñecos que limpiaran sus habitaciones y se comieran las verduras porque, si no, no había postre –miró su desayuno–. Solo les dejo tomar postre en días concretos, y aquí estoy yo, comiéndome esto.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste algo así?

–Creo que en los noventa.

–Ah, entonces vale.

Deanna esbozó una breve sonrisa que se disipó al instante.

–Soy demasiado estricta. Lo sé, pero me cuesta cambiar. Siempre estoy asustadísima –se inclinó hacia delante–. Mi madre era alcohólica. De las malas. Cuando tenía la edad de Lucy vine a vivir con mis tíos, que eran los dueños de la casa en la que estamos ahora, y había normas. Tener normas lo hacía todo más fácil porque sabía qué esperarme. Ahora, en cambio, creo que he dejado que las normas sean lo único que me hacen sentir segura y a salvo. Y Colin… No sé qué quiere.

Andi apenas tenía experiencia en lo que respectaba al alcoholismo dentro de una familia, pero sabía que era un daño que pasaba de generación en generación y que hacía falta alguien extraordinariamente fuerte para frenar el círculo vicioso.

–¿Tú qué quieres? –le preguntó con delicadeza.

–No lo sé –admitió Deanna–. Quiero sentirme segura. No quiero tener miedo. Quiero gustarle a mi familia.

Andi le tocó la mano sobre la mesa.

–¿De qué tienes miedo?

–Si no soy perfecta, tengo que volver.

Las palabras salieron tan rápido que Andi supo que Deanna había respondido sin pensar.

–¿Volver a casa de tu madre?

–Es ridículo, ¿a que sí? Lleva años muerta y la casa ni siquiera sigue allí. Fui a ver el otro día y ahora hay un bloque de pisos. Soy dueña de mi casa. Nadie me la puede quitar.

–A lo mejor tu casa no es un lugar concreto. A lo mejor es eso que has dicho sobre sentirte segura.

–A lo mejor –Deanna pinchó una mora con el tenedor–. No les gusto

nada.

–¿Eres alguien que debería gustarles? –Andi levantó su taza–. Yo pienso en mi madre y sé que la quiero y que me quiere, pero ¿nos gusta cómo somos cada una? No lo tengo tan claro. Soy una decepción crónica. Aun habiendo crecido en una familia de éxito, no he tenido ambiciones. Matt estuvo dándome falsas esperanzas durante una década y después me dejó plantada. ¿Por qué dejé que pasara? No me refiero a lo de que me dejara, sino a su incapacidad para comprometerse. ¿Por qué no me fui? Y viendo que me sentí más cabreada y humillada que dolida, ni siquiera estoy segura de que estuviera enamorada, pero, entonces, ¿por qué quería casarme con él?

Deanna sonrió.

–Si intentas hacerme sentir mejor, te está funcionando más o menos, así que gracias.

–De nada. Lo único que intento decir es que los asuntos familiares son complicados. A todos nos pasa algo y luego tenemos que intentar salir de ello. Si mi madre dejara de darme la tabarra, probablemente querría hablar más con ella. Pero cada conversación que tenemos gira en torno a que no estoy viviendo a la altura de mi potencial y a lo genial que les va a mi hermano y a mi hermana. No me apetece nada hablar con ella.

Sacudió la cabeza.

–Pero, oye, eres tú la que tiene cinco hijas preciosas y yo ni siquiera tengo un gato, así que probablemente no deberías hacerme caso.

–Creo que sí debería. Lo que dices tiene mucho sentido.

Se sonrieron y retomaron el desayuno. Unos minutos después, Deanna soltó el tenedor.

–En mi opinión, deberías dejar de pensar mal de Wade. No es Matt. Por lo que he oído, es un buen tipo, y además su hija es maravillosa. Ojalá Madison se pareciera a ella. Así que no pienses lo peor directamente.

–Pero pensar lo peor es muy fácil.

–¿Y te está funcionando? –le preguntó Deanna con una sonrisa.

Andi se rio.

–No te lo tomes a mal, pero, cuando te conocí, no me caíste muy bien.

–No te preocupes, no le caigo muy bien a nadie.

–Pero eres muy agradable y divertida.

–A lo mejor podrías escribirme una carta de recomendación para dársela a mi familia.

–Si crees que ayudaría, yo…

–No, pero gracias por ofrecerte.

Andi le tocó el brazo con delicadeza.

–Aquí me tienes.

–Y tú a mí. La próxima vez que te sientas al borde de un ataque de nervios, ven a buscarme.

Andi asintió.

–Prométeme lo mismo.

–Te lo prometo.

Se sonrieron. Andi sabía que la preocupación por Wade volvería enseguida, pero ahora mismo sí que parecía sentirse mejor. Y además tenía una amiga. Y con amigas podría sobrevivir a lo que fuera.

Boston estaba sentada en el porche delantero viendo a las hijas de Deanna jugar en el jardín de Andi. Carrie estaba con ellas y también el sufrido gato. Mientras las niñas corrían y se reían, Pickles estaba tumbado a la sombra, acicalándose. Unos pequeños pies se acercaron peligrosamente a su cola, pero él ni siquiera se molestó en comprobar si estaba a salvo. No sabría decir si el gato era superconfiado o un resignado.

El sol se colaba por las hojas de los árboles, el chirrido de las sierras y los martillazos entrecortaban las risas y Savannah corría alrededor de sus hermanas gritando que no quería que la pillaran.

El verano había llegado y con él la libertad de la infancia. Días largos con posibilidades infinitas. Noches frescas llenas de estrellas y la magia de una luna llena. Boston, que movía el lápiz muy deprisa, rellenó el fondo ignorando la realidad del césped y de la casa y situando a las niñas en un barco pirata. Con unos rápidos trazos, Pickles tuvo un parche en el ojo y de la cinturilla de Carrie colgaba una espada. Las gemelas llevaban sombreros y tras el borde del barco amenazaba un furioso mar.

Terminó, arrancó la hoja y empezó a dibujar de nuevo. Esta vez las niñas eran hadas con etéreos vestidos y alas. Pickles se había convertido en un gato mariposa, Madison era su reina y Carrie tenía a un bebé en brazos.

Los dedos se le ralentizaron mientras dibujaba los rasgos con delicadeza. Le resultaba tan familiar, tan precioso. Liam. El bebé Liam.

Dibujó la curva de su boca y la forma de su barbilla y después se detuvo cuando algo insoportablemente pesado se le posó sobre todo el cuerpo.

Aún podía respirar, podía moverse, pero solo por fuera. Por dentro había una absoluta quietud. Y entonces lo supo por los colores. Esa pesadez era azul oscura y morada con toques verdes, y marrón en los bordes. Marrón fundiéndose en gris.

Tristeza, pensó casi temiendo admitir la sensación. Se sentía como una flor en el desierto, a punto de marchitarse y negándose a creer que las nubes de tormenta traían lluvia que daba vida.

Dejó que el lápiz cayera al césped y levantó la palma de la mano. Estaba abierta y receptiva. Aceptaría el dolor si este elegía venir. Había perdido a su querido hijo. Lo había tenido en brazos cuando se le había parado el corazón y su alma la había dejado.

Esa terrible sensación se intensificó aún más y la hundió en el suelo. Estaba anclada, incapaz de moverse. El gris invadió los demás colores hasta que no quedó ninguno y solo hubo ausencia.

Cerró los ojos y rezó. Rezó por poder llorar, por el dolor que acompañaba a la pérdida. Rezó por sentir lo que fuera.

El gris aumentó y lo recibió de buen grado, al igual que el escozor en los ojos y el nudo en la garganta.

Y entonces desapareció. El sonido de las risas volvió, los colores se disolvieron y pudo volver a moverse. Las escaleras eran solo un asiento y no había ni una sola nube de tormenta en el horizonte.

Se quedó mirando el dibujo de las hadas. Reconocía las caras, pero era como si lo hubiera hecho otra persona. Arrancó la hoja con cuidado y respiró hondo. Después empezó a dibujar otra vez, ahora a Liam.

Tal vez no había tristeza, se dijo, pero mientras pudiera abrazarlo en su interior, al menos habría paz.

# Capítulo 20

El jueves por la tarde Andi llegó a casa a la hora habitual. Estaba lidiando un poco mejor con ese apartado de su vida que la traía loca y ya podía pasar varios minutos enteros sin entrar en pánico al pensar en Wade. Era un avance. Aún no habían hablado, pero eso iba a cambiar esa misma tarde. Fuera como fuese, iban a hablar sobre lo que había pasado y él le iba a explicar por qué no la había llamado. Y si resultaba que para Wade lo suyo había sido algo de una sola noche y ya habían terminado, ella encontraría el modo de aguantar lo que quedaba de reforma sin desmembrarlo y meterlo en el maletero de su coche.

Aparcó en la puerta y apagó el motor. Antes de haber terminado de subir los escalones, la puerta principal se abrió y Wade salió. Sus oscuros ojos se iluminaron al verla.

–¡Por fin! –dijo con una sonrisa–. Les he dicho a los chicos que se fueran antes y Carrie no me espera hasta dentro de una hora. Vamos.

La agarró de la mano y la llevó adentro. Una vez la puerta se cerró, la acercó y la besó con delicadeza.

–Hace días que no te veo. ¿Cómo estás?

Andi parpadeó atónita, no sabía cómo interpretar a ese Wade simpático cuando durante cuatro días había visto a un Wade que parecía no querer hablarle.

–Estoy bien.

–Ayer estuviste evitándome casi todo el día y quería asegurarme de que va todo bien.

¿Evitándolo? Se había mantenido alejada para no acabar humillándose de algún u otro modo.

–Como dices, no hemos hablado –le dijo mientras sentía que le gustaba demasiado notar sus manos en su cintura. Acercarse más y besarlo le parecía mucho más interesante que hablar, pero ahora mismo tenía que hacer lo correcto y no lo que la hiciera sentirse bien, así que dio un paso atrás–. No sabía si estabas esquivándome o haciéndote el duro o qué.

–¿Qué dices? Te envié un mensaje el domingo y no me respondiste.

¿Un mensaje?

–No lo recibí –o al menos no lo oyó.

Sacó el teléfono del bolso, revisó las notificaciones y ahí estaba. Un mensaje de Wade: *Estoy pensando en ti y deseando verte mañana. ¿Cenamos la semana que viene?*

Andi lo miró.

–Vaya… Tengo mi agenda de citas en el teléfono y desconecté las notificaciones para que no estuvieran sonando cada treinta segundos. Además, desde que me he mudado, no recibo muchos mensajes y nunca los compruebo, así que…

Tragó saliva. ¡Qué tonta!

–Creía que me estabas evitando.

–Pues resulta que los dos nos equivocábamos –él le tocó la barbilla obligándola a mirarlo–. Vamos a empezar de nuevo. El viernes lo pasé genial.

–Yo también.

–Quiero volver a verte.

–Yo también.

–Deberíamos salir a cenar, y esta vez me refiero a cenar de verdad. No porque el otro día no me dejaras sorprendidísimo… en el buen sentido, sino porque me apetece que nos conozcamos más.

–Vale.

–¿Sí?

Ella asintió.

Él sonrió y volvió a besarla.

Andi prolongó un poco más el beso y después se apartó ligeramente.

–Tengo que decirte que me he vuelto un poco loca por no saber de ti. Por lo de Matt y todo el tiempo que me tuvo haciéndome ilusiones, pensé que eras como él.

–No lo soy.

Ella asintió.

–Quiero creerte, de verdad, pero me va a llevar un poco de tiempo.

Wade le acarició la mejilla con el pulgar.

–No eres la única con preocupaciones. A mi mujer nunca le hizo gracia que Zeke y yo montáramos el negocio y siempre estaba insistiéndome en que buscara un trabajo en Seattle y saliéramos de la isla. Discutíamos mucho por eso.

–No lo sabía –dijo Andi mirándolo.

–Pasó hace mucho tiempo e intentábamos que las discusiones no fuesen muy sonadas, pero aquello siempre era motivo de tensión. Así que, aunque eres tremendamente atractiva y divertida e inteligente, lo de que seas médico me preocupa.

–¿Por qué?

–¿Y si intentas cambiarme? Tengo mis costumbres y mi forma de ser.

Ella asintió, lo entendía.

–Matt también me quería cambiar, pero no lo logró y provocó muchas tensiones. Si te sirve de algo, me gustas tal como eres.

Él le lanzó esa sonrisa que le encantaba.

–¿Sí? A mí me pasa lo mismo.

–Y en cuanto a tu trabajo, no me importa a qué se dedique un hombre. Me importa quién es. Quiero a alguien con quien pueda contar y en quien pueda confiar. Probablemente marcaría un límite si se tratase de actividades ilegales continuadas, pero, por lo demás, cómo te ganes la vida es lo que menos me preocupa. Me encanta que estés convirtiendo una casa triste y abandonada en un lugar precioso. Es impresionante. Además, tienes un culo estupendo.

Wade sonrió.

–Qué superficial eres.

–Sí, y muy orgullosa de serlo.

–Puedo soportar tu superficialidad –la miró a los ojos–. Entonces, ¿tenemos una cita?

–Sí. Y esta vez sí que vamos a salir de casa.

–El sábado por la noche. A las siete.

–Estaré lista.

–Creo que va a ser mejor que toque el claxon y salgas –dijo él sonriendo–. Si entro a buscarte, puede que no vaya a poder controlarme.

Andi suspiró. Le agradó tanto oírlo que ni siquiera le importó que pudiera ser mentira.

–No me importa que toques el claxon. Será como en el instituto.

Él le echó un brazo sobre los hombros y la giró hacia el salón.

–Y ahora que lo hemos aclarado, voy a enseñarte lo que hemos hecho hoy.

Era lunes por la tarde y Andi entró en el estudio de pilates.

–Hola, Katie –le dijo a la recepcionista.

–Hola, Andi –la veinteañera la miró y frunció el ceño–. ¿Qué ha pasado?

–Nada.

–Claro que sí. Marlie, ven aquí. ¿No ves distinta a Andi?

Marlie, la instructora habitual de Andi, la miró un momento y sonrió.

–Diría que es un hombre. Tiene ese brillo que te da un hombre. Y no es solo cuestión de sexo, sino de estar feliz –Marlie plantó su diminuto trasero de bailarina en el borde del escritorio–. Venga, empieza por el principio y cuéntanoslo todo. ¿Quién es?

Andi se sonrojó.

–No hay ningún hombre –empezó a decir, pero no pudo evitar

sonreír–. Vale, sí que hay uno.

–Lo sabía –dijo Marlie suspirando–. Me encanta cuando las relaciones son nuevas y hay tantas ilusiones puestas. Eso sin contar con el sexo de locura. ¿Tengo razón?

–Puede que sí.

El resto de compañeras de clase entraron y saludaron a todo el mundo. Andi aprovechó para escapar y dejar el bolso y las zapatillas en un casillero antes de dirigirse a las esterillas.

Según lo prometido, Wade y ella habían salido el sábado por la noche y solo habían cenado, lo cual había sido genial a la vez que decepcionante. Lo bueno era que habían tenido oportunidad de conocerse un poco mejor. Lo malo era que lo único que había hecho él había sido besarla en la puerta. De todos modos, le había parecido comprensible ya que Carrie estaba sola en casa esperándolo y, además, verlo marcharse tan frustrado como se fue la había ayudado en mucho a no sentirse tan apesadumbrada.

El resto de mujeres se situaron en sus esterillas y Marlie se acercó.

–¿Estáis todas listas? Vamos a empezar con los cien.

–¿No podríamos empezar con sesenta y hacer los otros cuarenta después? –preguntó Kathy.

–Buena idea –dijo Andi.

Las otras mujeres se rieron y Marlie puso los ojos en blanco.

–¿Qué pasa? ¿Es que hoy vais a estar revoltosas todas? Ya sé que es lunes y los lunes siempre pasa lo mismo. Agarrad los asideros y vamos allá. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Andi agarró los suyos y se tendió en la esterilla. Elevó las piernas asegurándose de tener los talones juntos y los dedos de los pies separados. Metió la barbilla hacia dentro, despegó los hombros de la esterilla y empezó a bombear los brazos.

Fueron pasando de un ejercicio a otro y durante el *roll-down* tuvo el cuidado de desenrollarse concentrándose en los músculos abdominales y tendiéndose de nuevo en la esterilla hueso a hueso.

–Bien. Buena postura, Andi –gritó Marlie desde el otro extremo del aula–. Más despacio, Kathy. Una vez más.

Cuando terminó la hora, Andi tenía los músculos agotados y algo temblorosos. Se levantó como pudo y se acercó al casillero.

–Lo estás haciendo genial –le dijo Marlie situándose a su lado–. Veo muchos avances.

–Gracias. Me siento mejor. Más fuerte.

–Dentro de dos semanas haré una demostración en el parque. Habrá un programa completo de gimnasia. Mi demostración será de once a once y media y quería preguntarte si podrías ser una de mis alumnas. Seréis cuatro. Haremos los movimientos básicos y sabes hacerlos todos –sacó una tarjeta de su bolsa–. Aquí está mi dirección de correo

electrónico. Piénsatelo y avísame si te interesa y estás disponible.

–Imagino que estaré libre, pero no lo entiendo. Muchas de tus otras clientas son mucho mejores que yo.

Marlie se rio.

–Eres mi alumna estrella de iniciación y me gusta llevar alumnas de todos los niveles. Cuando le cuente a la gente que solo llevas un par de meses haciendo pilates, las clases les darán menos miedo.

–Espero que ahí haya un cumplido en alguna parte.

–Lo hay. Te lo prometo.

Andi aceptó la tarjeta.

–Voy a consultar mi agenda y te avisaré si estoy disponible. Estoy casi segura de que no tengo que trabajar.

–Genial. Me encantaría que vinieras.

Andi asintió y se marchó. Mientras se dirigía a su coche, se dijo que así era como la gente empezaba a encajar en una comunidad. Persona a persona, día a día, y tomándoselo con calma, estableciendo conexiones. Había momentos en los que echaba de menos su vida en Seattle, pero no tantos. Desde la ruptura con Matt había descubierto que muchas de sus amigas eran más amigas de salir en parejitas que amigas de verdad. Aunque las había invitado, parecía que ninguna quería visitar la isla.

Había tomado la decisión de empezar de cero en un momento de pánico y movida por un impulso, pero estaba empezando a ver que no se había equivocado con la isla. Ahí se estaba construyendo un hogar, estaba haciendo amigas y encontrando su lugar lo mejor que podía.

De camino al coche miró hacia las tres casas posadas en la colina. «Las tres hermanas», pensó. Deanna, Boston y ella no eran hermanas, pero sí que iban por buen camino para hacerse amigas. ¿No era genial?

Boston terminó de vestirse después de su ducha de la tarde. Estaba agotada, pero en el buen sentido. Había avanzado mucho con el mural durante todo la semana y ya había esbozado el diseño en las dos paredes principales de la sala de espera. Ahora estaba continuando la escena de la selva en versión más pequeña por el pasillo. Dibujaría animales distintos en cada sala de exploración y después empezaría a pintar.

Wade le había ofrecido los servicios de su mejor pintor para ayudarla. Hal pintaría el fondo mientras ella trabajaba en los animales, los bichos y la vegetación. Lo bueno era que Andi no tenía pensado abrir la clínica hasta finales de agosto, lo que le daba tiempo de sobra para terminar el mural. Lo malo era que hacía casi un año que no trabajaba con una fecha de entrega y ya empezaba a sentir la

presión. Aun así, estaba bien tener un objetivo, un propósito, y no quería decepcionar a Andi.

Miró el reloj y vio que eran casi las cinco. Zeke ya debería haber vuelto a casa. Se dirigió a la cocina para ver si había dejado un mensaje en el teléfono fijo, pero apenas había llegado a la encimera cuando oyó un estruendo en la parte trasera de la casa. ¿Pero qué…?

Corrió por el pasillo y entró en su estudio. Zeke estaba allí, con los brazos pegados al cuerpo y los dedos extendidos. Su caballete estaba aplastado en el suelo.

–¿Qué ha pasado? ¿Cuándo has llegado a casa?

–Hace un momento –estaba pálido y su mirada era dura, con una mezcla de rabia y asco–. Mira esto. ¡Mira!

Ella miró a su alrededor sin saber a qué se refería. No estaba más desastroso de lo habitual. Había colgado los distintos animales que iba a pintar y tenía diferentes versiones de los monos y los jaguares. Había querido dar con la posición ideal y también había querido jugar con los colores de las alas de las mariposas.

–¿De qué estás hablando? –le preguntó desconcertada por lo alterado que estaba.

–Joder, Boston. Para. Tienes que parar.

Él levantó un retrato de Liam, uno que había hecho hacía poco tiempo. Antes de poder reaccionar, Zeke lo partió en dos.

–¡Zeke, no!

–Esto no está bien. Ha pasado demasiado tiempo. Wade me dijo que estabas trabajando en el mural. Me dijo que lo llevabas bien y le creí. Pero mira esto –señaló un retrato al óleo que había empezado unos días antes y tiró al suelo el montón de dibujos de su bebé. Imágenes de Liam en blanco y negro revolotearon por el aire antes de caer–. ¿Cuántos hay? –preguntó con la voz cargada de rabia y tal vez dolor–. ¿Cuántos?

Ahora Boston vio lo que veía él. Sí, había algunos dibujos para el mural, pero por el resto de la habitación, en cada superficie y cada centímetro de pared, había dibujos detallados, retratos y bosquejos rápidos de su bebé. Durmiendo, despierto, riendo, sentado, en los brazos de ella, en su cama, en el césped, junto a la chimenea.

–Cientos –susurró sin necesidad de contarlos–. Cientos.

Él agarró un retrato al óleo y lo lanzó al otro lado de la habitación. Otro montón de bosquejos salieron volando. Zeke se movió por allí haciendo añicos, arrancando y tirando todo lo que encontraba; destrozando su estudio.

Boston se quedó junto a la puerta y se lo permitió. No porque le diera miedo, sino porque la rabia de su marido era lo más parecido a algo vivo que habían compartido desde la muerte de su hijo, y tal vez porque sabía que ella también lo necesitaba.

Cuando Zeke terminó, se giró hacia ella. El pecho se le sacudía con cada respiración entrecortada. Irradiaba dolor. Tenía los puños apretados y el brillo de las lágrimas en los ojos.

Ella, desde lo más profundo de su ser, sentía cómo la emoción luchaba por salir de ese duro cascarón de negación, luchaba como un pollito recién nacido intentando abrirse camino a picotazos. Dio un paso hacia Zeke deseando que la abrazara, deseando llorar con él, que compartieran el dolor. Habían empezado ese viaje juntos y el único modo de terminarlo era el uno con el otro.

Zeke se giró hacia ella.

–Es culpa tuya.

–¿Qué? –preguntó Boston mirándolo fijamente.

–Es culpa tuya. Tú estabas allí. Deberías haber hecho algo. Deberías haberlo salvado. Le dejaste morir, Boston.

Las acusaciones, que diera eso por hecho, la destrozaron. Notó cómo se descomponía en pedazos y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para mantenerse en pie.

«No».

Intentó pronunciar la palabra, pero no logró emitir el sonido. Lo único que podía hacer era negar con la cabeza. Era imposible que Zeke pensara eso. Era imposible.

–Los médicos dijeron… –comenzó a decir–. No fue…

La expresión de Zeke era tan dura como sus palabras, igual de despiadada. Y entonces lo supo. Lo que les pasaba tenía poco que ver con la muerte de su hijo en sí y todo con la culpa.

La lógica no importaba. En el fondo Zeke sabía que la muerte de Liam había sido un cruel giro del destino, que se había ido porque su corazón no era lo bastante fuerte. Pero lo que él sentía y lo que pensaba eran dos cosas distintas. Tal vez por eso ella se había perdido en su arte. Tal vez siempre había percibido lo que Zeke había sido incapaz de decirle hasta ese momento.

–No puedo pedir perdón por algo que no he hecho.

Y entonces lo vio; vio el abismo que se abrió entre los dos. Fue como si estuvieran a ambos lados de un cañón. Sin puente, sin un camino a través, solo con un espacio y una distancia separándolos. Fue como si su marido estuviera a miles de kilómetros y mirándola desde allí.

–Zeke…

Él sacudió la cabeza y se marchó.

Se había marchado muchas veces después de muchas discusiones. Había acabado frustrándose y la usaba a ella como excusa para irse. Pero esto fue distinto. Fue algo templado, deliberado.

Boston se quedó donde estaba, consciente de que esta vez quizá no volvería.

Cuando la habitación se quedó en silencio y estuvo segura de que la casa estaba vacía, se sentó en el taburete, con cuidado. Había retratos y dibujos por todas partes, y pinceles y pinturas tirados por el suelo. Pero delante, en la mesa, había un bloc y al lado un trozo de tiza.

La agarró e hizo el primer trazo. La curva de la cabeza de un bebé apareció y entonces ella volvió a respirar.

# Capítulo 21

Deanna miraba por la ventana. Eran casi las ocho y la camioneta de Zeke no estaba por ninguna parte. Aunque por lo general no se pasaba la vida espiando a sus vecinos, sabía bastante sobre sus idas y venidas como para darse cuenta de que pasaba algo.

Entró en el estudio de Colin. No era habitual que estuviera en casa a mitad de semana, pero tenía varias reuniones en la oficina y llevaba días sin viajar. De todos modos, hablaban tan poco que era posible que él hubiera aceptado ya el trabajo de oficina sin molestarse en contárselo.

Se detuvo en la puerta y esperó a que Colin levantara la mirada del ordenador.

–Zeke lleva un par de días fuera de casa y quiero ir a ver a Boston para asegurarme de que está bien.

Él enarcó sus rubias cejas.

–No sabía que fuerais amigas.

Ella se encogió de hombros.

–Imagino que no tardaré mucho.

–Vale.

Pensó en recordarle que se asegurara de que las gemelas se bañaran y de que Audrey podía necesitar ayuda con un proyecto de manualidades, pero no dijo nada. Audrey no tendría el más mínimo problema en pedirle ayuda a su padre y, si las gemelas no se bañaban, la rotación de la Tierra no se vería alterada.

Entró en la cocina, sacó una botella de vino del botellero de la despensa y salió por la puerta principal. Entonces le apeteció pasar por casa de Andi y llamó al timbre.

Esperó porque sabía que tenía que bajar dos tramos de escaleras. Cuando Andi abrió la puerta, levantó la botella de vino y dijo:

–Hace un par de días que no veo la camioneta de Zeke y quiero asegurarme de que Boston está bien. ¿Quieres venir?

–Claro –Andi salió al porche–. Ahora que lo dices, yo tampoco he visto la camioneta, pero no me había parado a pensarlo. No creerás que ha pasado algo, ¿no?

–Si hubiera tenido un accidente, Wade te lo habría dicho.

–Es verdad.

Deanna la miró.

–Aún hablas con él.

Andi sonrió.

–Entre otras cosas. En las últimas semanas hemos tenido dos citas de verdad y este fin de semana se quedó a dormir y fue una maravilla.

–Pareces feliz.

–Lo estoy. No te imaginas las cosas que ese hombre puede hacer en la cama.

–¿Así que estás con él por su cuerpo?

–Creo que centrarme en el aspecto físico de nuestra relación evita que me pregunte por qué no me ha propuesto matrimonio, así que sí. De momento.

Llegaron al porche delantero de Boston y Andi llamó al timbre.

–Nunca he sido de pasar por casa de nadie –murmuró Deanna–. Me estoy convirtiendo en una vecina muy pesada.

Boston abrió la puerta y se mostró solo un poco sorprendida al ver a sus vecinas.

–Hola. ¿Qué tal?

Deanna vaciló, no sabía cómo preguntar con delicadeza si pasaba algo. Nunca se le había dado muy bien el tema de las amistades porque siempre había volcado todas sus energías en el imposible objetivo de la perfección.

Por suerte, Andi tomó la iniciativa.

–Estamos preocupadas. La camioneta de Zeke no está aquí, así que hemos venido a ver si estás bien. ¿Estás bien? ¿Quieres hablar? Deanna ha traído vino, lo cual la convierte en mejor persona que yo.

Boston se mordió el labio inferior.

–Discutimos y lleva fuera desde entonces. Sé que está con Wade, así que tampoco es que esté vagando por las calles, pero es duro aun así.

Deanna sintió un atisbo de pánico. ¿Y ahora qué? ¿Qué significaba esa información? ¿Debían intentar ayudar? ¿Hacerla sentirse mejor? ¿Irse?

De nuevo, Andi tomó el mando. Dio un paso al frente y abrazó a Boston.

–Venga, vamos a bebernos el vino y a contar mentiras sobre chicos. ¿Qué te parece?

–Genial.

Deanna las siguió hasta el salón. Los eclécticos colores y el extravagante mobiliario no podían ser más opuestos a las perfectas piezas de época que ella tenía en su casa. Siempre había pensado que Boston era una aspirante a *hippy* con delirios de grandeza. Sin embargo, ahora que veía los colores luminosos y los dibujos de hadas, se preguntó si tal vez había sido demasiado crítica. En su salón nadie

se sentía cómodo. En el de Boston se podía imaginar descalzándose o quemando salvia para celebrar el solsticio de verano o lo que fuera que hacía la gente para celebrar esas cosas.

–El sacacorchos está en el aparador del salón –dijo Boston–. Voy a por unas copas y algo para picar.

Deanna siguió a Andi hasta el salón y le dio la botella.

–Voy a ayudar a Boston a traerlo todo.

Entró en la cocina y encontró a su vecina sirviendo *brownies* en un plato. Ya había emplatado también una montaña de distintos tipos de galletas y tenía tres copas listas en la encimera.

–Antes nunca comía por estrés –admitió Boston–, pero ahora me ha dado por ahí. Si engordo más no cabré en casa, pero la verdad es que me importa un bledo.

Deanna se fijó en sus mechones rojos oscuros, sus pendientes de plumas y la camisola tipo túnica que llevaba y sonrió.

–Estás preciosa.

–Eres muy amable y una mentirosa, pero me vale.

Cuando entraron en el salón, Andi ya había abierto el vino. Sirvió el merlot y pasó las copas. Después las tres se sentaron en el sofá y los sillones.

–Zeke y yo aún estamos intentando asimilar la muerte de Liam –dijo Boston sujetando la copa con las dos manos–. Me culpa por lo que pasó… o por no haber podido salvarlo.

–¡No! –exclamó Andi–. No puede hacer eso. No podrías haberlo salvado. Nadie podría haberlo hecho.

–Creo que lo sabe, pero no quiere creerlo. O a lo mejor solo está furioso porque no lloro –las miró a las dos–. No lloro. No puedo. Lo he intentado, pero últimamente no siento mucho. Es como si tuviera el corazón helado. O petrificado.

–Cada uno manifestamos el dolor de una forma. Al final todos superamos las cosas a nuestro ritmo.

–Puede –dijo Boston con tono apático–. Está bebiendo. ¿Debería preocuparme? ¿Se habrá vuelto alcohólico?

Andi parpadeó atónita y miró a Deanna como si fuera a preguntarle su opinión. Abrió la boca, pero entonces volvió a cerrarla y miró a otro lado.

Claro, había reaccionado así porque desconocía cuánto sabía Boston y no quería revelar sus secretos, pensó Deanna agradeciendo que fuera tan considerada.

–Si puede pasar la mayor parte del día sin beber, entonces no es alcohólico –dijo encogiéndose de hombros–. ¿Bebía mucho antes de perder a Liam?

–Solo un par de cervezas por la noche. O vino. Ninguno de los dos bebimos mientras estaba embarazada.

–Entonces, no me preocuparía. Bueno, me preocuparía, pero porque lo está haciendo todo más difícil de lo necesario.

–Gracias –dijo Boston con un suspiro. Sacudió la cabeza–. ¿Y si tiene razón con lo que dice sobre mí? ¿Y si no lo estoy superando? ¿Y si me estoy escondiendo?

–No te puedes esconder para siempre –dijo Andi–. Algún día tu pena te encontrará.

Boston no parecía muy convencida.

–Me da miedo que eso pase demasiado tarde, cuando ya haya perdido a Zeke –se detuvo–. Y a lo mejor pensáis que eso debería aterrorizarme lo suficiente para ponerme a llorar, ¿verdad? Pues no lloro.

–No va a ir a ninguna parte –dijo Deanna sin poder contenerse–. He visto cómo te mira y ese hombre te quiere muchísimo. No creo que Colin me haya mirado así nunca –soltó una risa estrangulada–. Estoy celosa de verdad.

Celosa y a lo mejor un poco resentida.

–Colin me odia. No, no es verdad. Sería mejor que me odiara porque al menos así habría algún sentimiento, pero directamente no piensa nada de mí. Zeke volverá porque no puede vivir sin ti, hazme caso. Sé lo que es la indiferencia y no es lo que siente Zeke.

Le ardían los ojos. Carraspeó.

–Ya lloro yo por nosotras dos –le dijo a Boston–. ¿Qué te parece?

–Ojalá funcionara.

–Sí, porque no puedo parar de llorar. Me lo he cargado todo y no sé cómo solucionarlo. No sé cómo decirle a mi familia que los quiero. He perdido a Colin y a Madison y puede que Audrey y Lucy sean las siguientes. Y, además, las gemelas tampoco me necesitan. Se tienen la una a la otra –se le llenaron los ojos de lágrimas–. Soy un completo desastre.

–¿Ha empeorado tu trastorno obsesivo compulsivo? –preguntó Andi en voz baja.

Deanna la miró y se miró las manos, en carne viva.

–¿Lo sabes?

–Lo he imaginado. Siempre tienes las manos despellejadas y algunos días has estado llevando manga larga a pesar del calor.

Boston parecía confundida.

–No lo entiendo. ¿De qué estáis hablando?

–Cuando me estreso me lavo las manos de forma compulsiva hasta el punto de que me sangra la piel. Sé que los motivos se remontan a mi infancia. Es un modo de sentir que tengo el control.

–Yo como –dijo Boston–. El otro día me vi el culo y por poco no me da un infarto –sacudió la cabeza–. ¿Lo tuyo es muy malo?

–A veces.

–Hay medicación –dijo Andi con delicadeza– y terapia. Puedo darte algunos nombres si quieres.

–No lo sé. A lo mejor. Soy algo desconfiada y soltarle mis intimidades a un desconocido me resulta un modo extraño de recibir ayuda –miró a Andi–. ¿Qué haces tú cuando estás estresada?

–Me obsesiono. Me sumerjo en el trabajo. Compro casas en islas de forma impulsiva y después me toca averiguar cómo encajar en una vida completamente nueva. Mi madre diría que tengo problemas para controlar mis impulsos.

–Saliste con un hombre diez años –le recordó Deanna–. ¿Qué tiene eso de impulsivo?

–Ella también diría que tengo problemas para tomar decisiones.

–¿Puedes tener las dos cosas? –preguntó Boston con tono dubitativo–. ¿No son lo contrario?

Andi dio un trago de vino.

–Soy una fuente crónica de decepción para mis padres –levantó la copa–. Y van a venir de visita, me han llamado antes. Tienen un congreso en la Columbia Británica y quieren pasarse por aquí. ¿Se nota que me cuesta contener la alegría? Porque la siento bullendo por todas partes.

Boston se estremeció.

–¿Tan mal está la cosa?

–Se pasarán los dos días criticándome y sacándome faltas.

–Diles que no vengan –dijo Boston.

–No sé hacer eso.

Deanna sabía que si sus tíos siguieran vivos, le resultaría difícil negarles algo. Habían sido quienes la habían rescatado y siempre se sentiría en deuda con ellos.

De pronto recordó una situación vivida unos años atrás, cuando Colin y ella llevaban poco tiempo casados. Habían discutido por algo; no recordaba qué, pero sí que recordaba estar de pie junto al fregadero lavándose las manos una y otra vez. Colin la había visto y había murmurado algo sobre que su tía le hacía más mal que bien. Ella le había gritado diciéndole que no lo podía entender. Pero ahora, mientras miraba su piel agrietada y recordaba cómo se había despellejado en la ducha, empezaba a preguntarse si tal vez Colin había tenido razón.

–¿Cómo es eso que dicen? –preguntó–. «¿Cómo se puede salir vivo de esta vida?».

Boston suspiró.

–No se puede.

–El daño está por todas partes –dijo Andi–. Lo único que podemos hacer es hacer lo posible por seguir adelante con lo que tenemos y recordarles a nuestros padres que la gente puede ser feliz incluso

aunque no tenga un Premio Nobel.

Boston gruñó.

–Eres doctora, ¡eso es una pasada! –levantó la mano–. Ya, ya. En tu familia no lo es. Pero dile a tu madre que yo me paso el día haciendo dibujos de mi hijo muerto y seguro que así dará gracias por cómo eres.

–¿Todavía? –preguntó Deanna.

–Casi siempre, pero he mejorado –sonrió a Andi y añadió–: El mural me está ayudando mucho. Estoy con las alas de las mariposas. Pero cuando empiezo a angustiarme o algo me resulta complicado, recurro a eso –se giró hacia Deanna–: A lo mejor una forma de terapia personal podría ser intentar admitir la verdad de vez en cuando. Siento que no nos hiciéramos amigas antes. No sé por qué no lo hicimos.

–Porque yo te parecía una zorra sin sentido del humor y una estirada y yo creía que tú eras una pintora indisciplinada decidida a presumir de matrimonio perfecto delante de todo el que quisiera mirar.

Deanna se llevó una mano a la boca.

–No me puedo creer que haya dicho eso.

Andi las miró.

–Yo diría que todo esto es un avance.

–Yo también –admitió Boston antes de empezar a reírse–. Voy a pintarte como la reina malvada de Blancanieves. Creo que siempre la han representado como morena, pero es completamente rubia de corazón.

Deanna esperó a notar ese fogonazo de enfado, esa sensación de superioridad moral que le producía sentirse agraviada, pero simplemente se sintió un poco expuesta y muy aceptada.

–¿Qué puñetas? Soy la bruja mala, claro que sí. No le gusto a nadie. ¿Por qué iba a gustarles a ellos?

–A mí me gustas –dijo Andi–. Y sí, lo que has oído en mi voz ha sido sorpresa.

–A mí también me gustas –dijo Boston–. Eres impresionante y das miedo, pero me gustas.

–A mí también me gustáis las dos –dijo Deanna parpadeando para contener las lágrimas que se le estaban formando–. Hala, ya estoy llorando otra vez. Tengo treinta y cinco años, ¿será que estoy empezando con la menopausia?

Andi se rio.

–No. Es por el estrés y el alcohol, además de por un sentimiento de conexión. Yo estoy tan perjudicada como vosotras.

–O a lo mejor más –dijo Deanna con humor cargado de ironía.

Boston asintió.

–Está claro que eres el eslabón más débil.

–Que sí, que sí. Anda, pásame un *brownie*.

–Estos son los azulejos para los paneles frontales –dijo Andi–. Llegarán hasta los armarios superiores.

Su madre asintió y recorrió la cocina, aún en obras. Los suelos estaban terminados y los armarios estaban en la sala, pero aún sin montar.

Leanne Gordon era una mujer de sesenta y tantos años, alta y esbelta. Entre su estructura ósea, sus cuidados dermocosméticos y un uso sensato de rellenos y bótox, fácilmente podía pasar por una mujer de cuarenta y algo. Cuando su madre la volvía loca de remate, Andi intentaba reconfortarse pensando que al menos había heredado sus buenos genes y que con el tiempo eso compensaría parte del dolor y el sufrimiento.

Leanne se asomó a la ventana.

–Desde aquí tienes unas vistas fantásticas. ¿Las ventanas son de doble hoja?

Wade, que tenía un brazo sobre los hombros de Andi, le dio un cariñoso apretón como ofreciéndole ánimo y apoyo.

–Sí –respondió él con actitud relajada–. Hemos tirado todos los muros interiores y hemos instalado un cableado y un aislamiento nuevos.

–¿Hay alguna sociedad histórica ante la que tengas que rendir cuentas?

–El condado tiene una –le dijo Andi a su madre–. Las directrices son muy generales. No se puede derribar la casa y el exterior se debe conservar intacto, pero por dentro tengo libertad de reformar lo que quiera.

Mientras su padre preguntaba por el sistema de fontanería requerido para instalar una cocina en el segundo piso, Leanne la agarró del brazo y la condujo hacia las escaleras.

–Está haciendo un trabajo muy bueno –dijo la mujer–. Me gusta la consulta ahí abajo. El mural va a ser muy… alegre.

–Creo que a mis pacientes les gustará y me está haciendo el trabajo una pintora local maravillosa.

–¿Ah, sí? –su madre miró a su alrededor hacia lo que sería el salón–. Cuando me contaste lo que tenías pensado hacer pensé que habías perdido la cabeza, que tal vez tuvieras algún desequilibrio químico o algún trastorno sanguíneo que te estaba nublando el pensamiento.

Muy típico de su madre, pensó Andi.

–¿Y ahora?

–Puedo entender que esto te atrajera.

–Lo dudo.

–Intento apoyarte. Está claro que has decidido instalarte aquí y volver a Seattle sería complicado.

–Estoy bien así. Me quedo donde estoy.

–Pero ¿y tu carrera, Andrea? ¿No quieres más?

–Soy feliz, mamá. ¿No puedes aceptarlo?

–Lo intento. ¿Has hablado con Matt últimamente?

De manera instintiva, Andi miró atrás para asegurarse de que Wade no estuviera por allí cerca.

–No. ¿Por qué iba a haber hablado con él?

–Estuvisteis juntos mucho tiempo. Lo que pasó es muy triste.

–¿Te refieres a que me dejase plantada en el altar sin previo aviso? ¿Delante de todo el mundo?

Su madre suspiró.

–Podría haber manejado mejor la situación.

A Andi le entraron ganas de gritar, pero ¿de qué le iba a servir? Miró a su madre.

–¿Pero?

–¿Pero qué?

–Estabas a punto de explicarme por qué en realidad no es culpa suya o por qué lo que pasó no es tan malo como creo. Quieres que sepa que estás de parte de Matt, lo cual es bastante sorprendente porque soy tu hija. ¿No deberías estar de mi lado?

Su madre la miraba fijamente.

–Los dos vivisteis muchas cosas juntos. Es una desgracia que no funcionara.

–Entonces, ¿él no tiene culpa de nada? ¿No te apetece llamarlo «escoria de la tierra»?

–¿De qué iba a servir?

–A lo mejor a mí me haría sentir mejor. O podrías intentar mostrar un poco de indignación por el hecho de que en ningún momento se ofreciera al menos a pagar la mitad de las facturas que me dejó.

–¿Necesitas el dinero?

Andi suspiró.

–Esa no es la cuestión.

Su madre apretó los labios.

–No he venido aquí para discutir contigo, Andrea. Siento que pienses que no te estoy apoyando.

Lo cual no tenía nada que ver con decir que lamentaba no estar apoyándola, pensó Andi. Sacudió la cabeza. Jamás ganaría esa batalla. Jamás sería la especialista famosa que querían que fuese. Siempre sería un fracaso de persona que no podía conservar a su hombre.

–Deberíamos ir con ellos –dijo mirando en la dirección por la que su padre y Wade habían desaparecido.

–Claro. Wade parece muy majo. Me alegro de que hayas encontrado

a un hombre guapo de clase obrera con quien acostarte. Y encima parece que hace reformas de calidad.

Andi no supo si reírse o saltar por la barandilla de la escalera, aunque nada de lo que hiciera cambiaría a su madre. Miró al pasillo esperando que Wade no lo hubiera oído; era imposible que se tomara bien un comentario así.

–Tienes razón –dijo con ironía–. Es muy práctico tener a Wade a mano.

–¿El sexo es bueno?

Andi miró a su madre.

–¿Cómo dices?

–Quiero asegurarme de que eres feliz. Ya que tu carrera no te va a aportar mucho, vas a necesitar ser feliz en tu vida personal.

Andi abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Como siempre, me dejas sin palabras, mamá. Tienes un don.

–Eso no ha sido un cumplido, ¿no?

–La verdad es que no.

–Nunca cambiarás.

Andi agarró a su madre del brazo.

–Lo he sacado de ti.

# Capítulo 22

Deanna miraba el cuadro apoyado en la butaca estilo Reina Ana de su salón. El fondo del retrato era azul oscuro prácticamente negro y la pose estaba sacada de la película de Disney, con la malvada madrastra y Reina de las Nieves sosteniendo una manzana. Pero en lugar de una bruja mala con el pelo oscuro, la villana de ese cuadro era rubia, con los ojos azules y sonrisa arrogante.

–No sé si sentirme halagada o insultada –admitió Deanna mirando el extraordinario parecido.

–Quédate con lo de halagada. El cuadro es brillante –dijo Andi.

–Si no te gusta, me lo llevo –propuso Boston.

–No, está bien. Quiero quedármelo. Estoy pensando que a lo mejor puedo encontrar la redención si asumo el retrato.

Pero, claro, eso podía estar diciéndolo por los margaritas.

Eran casi las ocho y media del Cuatro de Julio. Colin había llevado a las niñas al parque para ver los fuegos artificiales y Deanna, en lugar de pasar un rato cerca de su marido, había decidido no ir. Al decirlo había visto que ninguna de sus hijas había insistido en que los acompañara y que Colin había parecido más aliviado que decepcionado.

Pero ella, más que dejarse hundir por la realidad emocional que suponía sentirse innecesaria y rechazada por su familia, y dispuesta a pasar la noche sola, había sacado hielo, la mezcla de margarita y el tequila. Entonces Andi había llamado diciendo que Boston y ella iban a celebrar juntas el Día de la Independencia y así había nacido la fiesta improvisada.

Ahora estaban tiradas en los delicados sillones del salón, bebiendo margaritas e intentando averiguar en qué momento se habían descontrolado tanto sus vidas.

–¿Zeke sigue sin volver? –le preguntó Andi a Boston.

–No. Ha pasado por casa un par de veces a recoger ropa. Supongo que Wade acabará echándolo en algún momento, pero aún no –se encogió de hombros–. Estoy bien, decidida a que pase esto y después ya veré qué hago –esbozó una sonrisa temblona–. Vamos a hablar de otra cosa, por favor.

–Por supuesto –dijo Deanna comprendiendo el dolor que generaba tener un matrimonio en el limbo. Se dirigió a Andi–: ¿Sobreviviste bien a la visita de tus padres?

–Por poco. Mi madre se las apañó para ponerse de lado de mi exprometido mientras alegaba estar apoyándome.

–Buen truco –dijo Deanna–. ¿Le pegaste?

–No. Me di cuenta de que no va a cambiar nunca. Quiero que sea de otra forma, pero eso no va a pasar. Jamás seremos de esas madres e hijas que están unidas, ¿sabes? Y lo peor es que me gustaría que lo lamentara, pero creo que le da igual. Preferiría tenerme a su manera que ceder y aceptarme un poco. O un poquito.

–Qué triste –dijo Boston–. Si yo tuviera una hija, querría que estuviéramos unidas.

–Me dijo que se alegraba de que hubiera encontrado a un hombre guapo de clase obrera con quien acostarme. ¡Por Dios! ¿Os imagináis que Wade lo hubiera oído? Se habría sentido insultado.

Las dos siguieron hablando sobre el vínculo entre madres e hijas, pero Deanna no estaba escuchando. Estaba pensando en sus hijas y preguntándose qué dirían de ella dentro de diez o veinte años.

Nunca había querido ser su enemiga. Había querido ser una de esas madres divertidas que jugaban a disfrazarse en las tardes de lluvia y que tenían una casa chula en la que quería estar todo el mundo. Pero en algún momento del camino había perdido de vista su objetivo y se había centrado tanto en controlar sus demonios que no le había quedado tiempo para nada más. Había estado tan ocupada intentando no ahogarse que no se había fijado en el camión que avanzaba a toda velocidad por la carretera en dirección a ella.

–Eso no tiene ningún sentido.

Andi y Boston la miraron.

–¿Qué no tiene sentido?

–Mi metáfora. Lo siento. Estaba pensando en mis niñas y en que me gustaría que estuviéramos unidas.

–Podrías hacerlo posible –dijo Andi.

–¿En serio? ¿Tú crees?

–Sí.

–Tu ingenuidad resulta encantadora –Deanna dio un trago de margarita–. Pensé en marcharme. Es lo que quieren todos, que me vaya. Me preparé una bolsa y la metí en el coche y después me quedé allí sentada. ¿Adónde iba a ir? No tengo vida fuera de mi familia. He hecho todo lo posible por ellos y me odian.

–Técnicamente has hecho por ellos todo lo posible que has querido hacer –dijo Boston y entonces se le escapó un hipo–. Perdón –murmuró cubriéndose la boca con los dedos–. Puede que esté borracha.

–¡He hecho cosas que no he querido hacer! –contestó Deanna con brusquedad, furiosa por la insinuación de que se sintiera el centro del universo–. Ahora estás hablando como Colin. ¿Crees que me encanta lavarles la ropa y cocinar cada puñetero bocado que se llevan a la boca?

–Entonces, ¿por qué lo haces? –preguntó Andi.

–Porque es lo correcto. No quiero que mis hijas tomen toda esa comida procesada.

Boston se recostó en su asiento y cerró los ojos.

–Hay un mundo entre comer de forma saludable y hornear tu propio pan. Solo dejas que coman postre una vez a la semana, no pueden tomar chocolate y no pueden ver la tele normal.

Deanna se llevó las rodillas al pecho y se preguntó por qué todos pensaban que todo lo que hacía lo hacía con mala intención.

–Estoy siendo una buena madre –protestó–. Quiero que crezcan bien. Además, ¿tú cómo sabes todo eso?

Boston la miró.

–Me lo cuenta Carrie.

A Deanna se le encendieron las mejillas.

–¿Y también te cuenta que Madison me odia? ¿Que quiere que su padre me deje y se la lleve con él?

Boston asintió.

Unas asquerosas y familiares lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas.

–¡A la mierda todos! No soy una persona horrible. No lo soy.

Andi se inclinó hacia ella.

–Tener el control de todo te mantiene a salvo, ¿verdad? Y si controlas a todo el mundo, entonces todo el mundo está a salvo.

Deanna se sorbió la nariz.

–Puede.

Andi sonrió.

–¡Ya lo tengo! Levántate –se giró hacia Boston–. Tú también.

Deanna, a regañadientes, hizo lo que le dijo.

–Agárrale la muñeca –le dijo Andi a Boston–. Yo le agarro la otra.

Se quedaron allí, en el salón, cada una agarrándola de una muñeca. Deanna estaba en medio, esperando.

–¿Y ahora qué?

–Ahora nada. Te estamos manteniendo a salvo.

«Vaya chorrada más grande», pensó Deanna.

–Tengo que hacer pis.

–Lo siento, pero no, podrías hacerte daño. Vamos a seguir agarrándote porque así te mantenemos a salvo.

Deanna esperó un par de segundos y después intentó soltarse. Las dos mujeres seguían sujetándola y tiró con más fuerza.

–Vale, vale. Lo pillo. Soltadme.

Andi sacudió la cabeza.

–No. Crees que sabes qué es lo mejor, pero te equivocas.

Deanna sintió los primeros atisbos de pánico, la necesidad de salir corriendo y esconderse. Quería meterse en el baño, pero no para hacer pis, sino para sentir el agua caliente corriéndole por las manos. Quería sentir la limpia suavidad del jabón. Lo necesitaba. No entendían que…

–Suéltala –dijo Andi y después asombró a Deanna al llevarla hacia sí y abrazarla–. Tranquila –susurró–, estás a salvo. Aquí nos tienes. Pase lo que pase, estarás bien.

Las palabras iban acompañadas por una tranquilizadora presión que se deslizaba por su espalda. La estaba reconfortando como si tuviera dos años, pensó algo aturdida y temblorosa, y lo más humillante de todo era que estaba funcionando.

Andi se apartó y Boston ocupó su lugar. Su caricia fue más vacilante, pero no menos reconfortante.

–Yo también estoy aquí –dijo su vecina–. Para ti y para Andi. No pasa nada porque seas una zorra. Eres una zorra buena.

Deanna empezó a llorar.

–¿Eso es como ser una bruja buena?

–Más o menos.

Boston la soltó.

Deanna se sentó en un sillón y agarró el margarita. Dio un trago y se secó la cara.

–¿Qué ha sido eso?

–No lo sé –admitió Andi–. Está claro que quería demostrarte lo que es que alguien tome decisiones por ti, pero luego te has ido por otro camino. Siento haber estado a punto de provocarte un ataque de pánico.

–No pasa nada –respondió Deanna antes de respirar hondo–. He entendido lo que querías decirme. Y en cuanto a lo otro, supongo que he retrocedido a cómo me sentía cuando estaba con mi madre, cómo me lo controlaba todo.

Deanna dejó de hablar. Mierda. Toda su vida se había esforzado por no parecerse en nada a su madre y ahí estaba, justo donde había empezado.

–Está claro que soy la bruja mala –murmuró.

–La aceptación es el primer paso hacia la curación –dijo Boston con aire de suficiencia.

–Si ahora mismo en la mano tuviera algo que no fuera una copa, te lo lanzaría.

Andi se echó hacia atrás y suspiró.

–Me encantan nuestras noches de chicas. No son las típicas, pero son muy satisfactorias.

Deanna levantó la copa.
–Por nosotras.

Boston entró en casa cerca de la medianoche. Andi y ella se habían quedado con Deanna hasta que su familia había vuelto y todos se habían ido a la cama. Habían decidido que hacerlo así era lo más seguro para todos. Deanna aún estaba intentando averiguar dónde estaba el problema y eso significaba que encontrar la solución aún estaba lejos. Tanta confusión y los margaritas no eran buena combinación.

Ahora estaba cruzando su salón a oscuras y moviéndose por allí sin ningún problema. Se conocía cada centímetro de esa casa, cada mueble. Al igual que Deanna, había vivido ahí la mayor parte de su vida y había perdido a sus padres pronto. Ambas habían estado muy cerca físicamente, pero nunca se habían hecho amigas. No hasta hacía poco.

De niña ni siquiera se había molestado en plantearse su amistad. De mayor, cuando era una veinteañera recién casada, había dado por hecho que Deanna la miraba por encima del hombro porque no era lo bastante tradicional, era demasiado artística y le daba igual no ser perfecta.

Ella, por su parte, había decidido que Deanna era una rancia que iba por ahí como si llevara un palo metido por el culo, y ¿quién quería tener cerca a alguien así? Pero la realidad era que cada una había tenido su propio sufrimiento y lo había ocultado en los distintos rincones de su vida.

Boston y Zeke habían ido retrasando lo de formar una familia porque su estilo de vida, estar los dos solos, les había gustado demasiado para compartirlo con nadie. Aun así, cada vez que Deanna se había quedado embarazada, se había sentido culpable, como si su vecina fuera mejor que ella. Y entonces Zeke y ella habían decidido que había llegado el momento.

Lo que no le había contado a nadie era que cuando Liam nació, le había aterrorizado que la castigaran por ser una egoísta, y después la muerte del niño había confirmado sus miedos: no lo había querido lo suficiente y por eso se lo habían quitado. Pero no porque no lo hubiera amado, sino por haber esperado. Había demostrado no ser merecedora de su hijo.

Desde el punto de vista lógico entendía que pensar así era una locura, pero saber y creer eran dos cosas distintas, y que Zeke la culpara por la pérdida de su hijo había hecho que todas esas antiguas preocupaciones salieran a la superficie.

El peso de sus emociones la hizo tropezarse. La tristeza la rodeó y

terminó haciéndola caer de rodillas en la oscuridad. Anhelaba esa sensación, la buscaba; quería que la llenara para por fin, ¡por fin!, poder sentir el dolor, el sufrimiento, los pedazos perdidos de su alma. Con mucho gusto recibiría el bombardeo del corazón y las lágrimas. Las ansiaba.

Se acurrucó en la alfombra, abrazándose, esperando, con los ojos muy cerrados y la respiración entrecortada; ansiando el primer desgarrón de agonía.

Poco a poco el peso fue desvaneciéndose al igual que el miedo. Se le normalizó la respiración y ya no hubo nada más que el ritmo tranquilo de una ausencia total de emoción. La vida volvía a ser como había sido desde la muerte de Liam. Un caleidoscopio de grises. Vacía y estúpida. La diferencia era que ahora no tenía a Zeke mostrándole lo que era estar al otro lado.

Deanna miró el reloj. Eran poco más de las seis, lo que significaba que ya había amanecido. «Lunes», pensó. Tenía el cerebro aturdido por la falta de sueño. Había oído a Colin marcharse hacía un momento. Su marido se había vuelto a ir, había vuelto a la carretera dejándolas a las niñas y a ella.

Durante los últimos días había intentado encontrarle sentido a lo que Andi y Boston le habían enseñado la noche del Cuatro de Julio; que al estar tan excesivamente pendiente de todo, estaba perdiendo justo lo que quería proteger. Había llegado a entender las palabras con claridad, pero aún no tenía nada que se pareciera lo más mínimo a un plan de acción.

Lo de tratar con Colin era mucho más complicado, sobre todo porque dudaba que siguiera importándole a su marido. ¿Por qué iba a importarle? Aunque no había dejado de amarlo, había actuado como si él fuera la persona menos importante de su mundo. Era cierto que nunca le decía ni que lo amaba ni que lo deseaba y él había tenido razón: lo había visto poco más que como un sueldo con el que mantener su estilo de vida.

Ser la propietaria de la casa la había hecho sentirse segura cuando la realidad era que, sin su familia, la casa no tenía ningún valor para ella. Pero todo eso eran unas ideas que probablemente resultaran más útiles si lograba dormir un poco, pensó mientras bajaba las escaleras.

Puso una cafetera y preparó los almuerzos de las niñas. Aunque habían terminado el colegio y ahora estaban en el campamento de verano, aún tenía que prepararles la comida. Mientras partía la barra de pan que había horneado y congelado unas semanas atrás, pensó en lo que Andi y Boston le habían dicho la otra noche, lo de tener que controlar cada detalle de las vidas de sus hijas. A lo mejor debería

probar a soltar riendas.

Terminó de hacer los sándwiches y se rellenó la taza de café. Ya casi era hora de despertar a las niñas, pero antes de que pudiera prepararse para ello, Madison entró en la cocina.

Qué preciosa era su hija mayor, pensó con melancolía. Pelo largo y rubio, ojos azules y grandes. Por lo que recordaba, tenía una sonrisa increíble, aunque hiciera meses que no la viera. Al menos, no a propósito.

Como si la hubiera oído, su hija frunció el ceño al mirarla.

–¿Ya se ha ido papi?

–Sí.

Madison suspiró con fuerza.

–Ojalá no tuviera que viajar. ¿Por qué lo obligas? Podrías trabajar más, ¿no? No es justo que él sea el único que se ocupe de nosotras.

Deanna agarró la taza de café. La injusticia del comentario la atravesó como montones de agujas diminutas.

–Supongo que lo que yo hago por aquí no cuenta, ¿no? –señaló la cocina–. Cocinar, limpiar, lavaros la ropa. Eso no es nada, ¿no? Yo también trabajo. ¿Qué haces tú para colaborar, Madison? Te quejas de que tu padre tenga que trabajar fuera, pero eres tú la que insiste en tener ropa de última moda. ¿Es que tus hermanas tienen que ser las únicas que se sacrifiquen?

Madison se puso colorada.

–Eso no es justo.

–¿Ah, no?

Su hija la miró fijamente.

–No me gusta que papi esté fuera siempre.

–A mí tampoco –admitió Deanna mirándola antes de salir de la cocina.

Treinta minutos después, volvió seguida por las cuatro pequeñas. Los astros se habían alineado, había logrado que todas se levantaran y se vistieran sin que se produjera ningún cataclismo. Entraron en la cocina en tropel y ocuparon sus asientos en la barra de desayuno. Madison ya estaba allí sentada, pero no se había molestado ni en prepararse los cereales.

Deanna se planteó decirle que esa actitud era justo a lo que se había referido antes, pero cambió de opinión. Ya había tenido bastante esa mañana.

Sacó dos cajas distintas de cereales y la pila de cuencos. Audrey y Lucy empezaron a pasarlos.

–Yo no quiero esto –dijo Madison–. Odio estos cereales. ¿Por qué no podemos tomar algo rico para desayunar?

Deanna se giró hacia ella. ¿Qué había pasado con la niña dulce que recordaba? ¿Adónde había ido?

–Dentro de unos años vas a echar la vista atrás y te vas sentir muy avergonzada de tu comportamiento –dijo Deanna con tono distendido–. Con el paso del tiempo estos recuerdos van a hacer que te mueras de vergüenza y te vas a preguntar cómo pudimos soportar estar a tu lado.

Su hija se sonrojó y bajó de la banqueta de un salto.

–¡Te odio!

–Tú tampoco eres mi persona favorita.

Madison abrió los ojos como platos.

–No puedes decirme eso.

–¿Por qué no? Es la verdad. ¿A ti te gustaría ser tu madre? ¿Querrías una hija como tú en casa? ¿Qué tienes que haga que resulte agradable o divertido estar contigo?

Madison abrió la boca, farfulló un segundo y salió corriendo de la cocina. Deanna ni siquiera se molestó en verla marchar, sino que se limitó a levantar una caja de cereales y mirar la imagen del frente.

«Granos saludables», decía el texto. Pues, la verdad, más bien parecía algo que hubieran recogido con un rastrillo del suelo de un bosque después de un tormentón. Menudo asco.

Fue a la nevera y la abrió. En el estante del medio había dos cajas de *pizza*. Eran las sobras de la cena de la noche anterior, una cena con la que Colin se había presentado en casa sin avisar, de modo que la comida que ella había preparado se había quedado prácticamente intacta.

Sacó las cajas, las dejó en la encimera y preparó varios platos pequeños.

Sus cuatro hijas pequeñas la miraban.

Lucy fue la primera en hablar.

–Mami, ¿nos vas a dar *pizza* para desayunar?

–Si queréis, sí. También hay cereales.

Audrey se levantó de su asiento como un resorte. Lucy y ella sirvieron las porciones en los platos y luego hicieron turnos para calentarlas en el microondas. Deanna sirvió zumo para todas y agarró su taza de café.

El olor a queso fundido se entremezcló con el del *pepperoni* y los champiñones, y por primera vez en días sintió hambre de verdad.

Lucy le ofreció un plato.

–Mami, ¿te apetece una porción?

Deanna sonrió y lo aceptó.

–Gracias, Lucy. Eres muy amable.

Su hija le sonrió.

–De nada.

Al momento todas estaban comiendo y por una vez hubo mucha conversación en la barra de desayuno. Las gemelas las hicieron reír a

todas con sus chistes de «toc, toc». Deanna miró el asiento vacío y se preguntó qué estaría pensando Madison, aunque, sin duda, en esos pensamientos ella tendría el papel protagonista de villana.

No sabía cómo acercarse a su hija mayor, pero las más pequeñas aún eran accesibles. Empezaría poco a poco y encontraría el modo de ser la madre que merecían. Y tal vez la madre que ella merecía también.

# Capítulo 23

–Gracias por traerme –dijo Carrie al entrar en la tienda con Andi–. Boston no se encontraba bien del estómago.

Andi no dijo nada, pero se preguntó si ese estómago revuelto tendría que ver con el hecho de que Zeke siguiera viviendo con su hermano más que con algún problema gastrointestinal en sí.

–Estoy encantada de ayudarte –respondió.

Carrie sonrió mientras subían la escalera mecánica al segundo piso.

–Mi padre me habría traído, pero, en serio, ¡qué corte!

–Ir a comprar sujetadores es más cosa de chicas. Él se sentiría incómodo y tú te sentirías incómoda, así que ¿para qué?

–Eso es.

La niña se acercó a un perchero de bonitos sujetadores diseñados especialmente para preadolescentes y miró las etiquetas.

–Creo que ahora tengo una copa A –los ojos se le encogieron en gesto de diversión y añadió–: ¿Has visto un sujetador triple A? ¿Para qué molestarse directamente? Pero el año pasado Boston me trajo y me dijo que ya era hora, que iba a ser una mujer –arrugó la nariz y añadió–: Le dije que no estaba preparada.

–El cuerpo tiene voluntad propia –dijo Andi–. Yo tuve una triple A hasta los catorce años y ya casi había perdido la esperanza de que me saliera pecho.

–Yo no tengo claro que quiera tener –confesó Carrie–. He visto cómo se fijan los chicos.

–Se quedan fascinados.

–¿Por qué? Sus madres tienen pechos.

–Pero no los ven del mismo modo. Es algo biológico.

–Ya. Lo dices por el sexo, ¿no? Nos han dado clase en el cole. Mi padre intentó hablarme del tema y fue horrible. Es una persona genial y todo eso, pero no es una conversación que me apetezca tener con él –agarró un par de sujetadores y añadió mirando a Andi–: Es más una conversación para madres.

–Ya lo sé. Lo siento.

–No pasa nada. No la recuerdo mucho –Carrie dejó de sonreír–. Veo a Madison y a su madre y Madison está enfadadísima todo el tiempo.

No sé si a mí me pasaría lo mismo con mi madre, si no la valoraría.

–No lo harías si no la hubieras perdido. Todos hacemos lo mismo. Tu punto de vista es distinto del de la mayoría de chicas de tu edad.

Carrie asintió.

–Ya, pero ahora es como si echara de menos la idea de una madre más que a una persona real –agitó los sujetadores–. Bueno, voy a probarme estos y ahora mismo vuelvo.

Andi dio una vuelta por allí mientras Carrie estaba en el probador. Quince minutos después, la niña había elegido tres sujetadores y Andi había usado la tarjeta de crédito de Wade para pagarlos. Después fueron a buscar un sitio donde almorzar en el centro comercial.

Una vez sentadas, miró a la preciosa niña que tenía delante y dijo:

–¿Así que los chicos aún son unos tontos?

Carrie se rio.

–Son un poco menos tontos que el año pasado. Una de mis amigas del cole celebró una fiesta de chicos y chicas cuando cumplió trece. Fue en una bolera al otro lado del puente y estuvo divertido. Mark Evenson la besó, ¿te lo puedes creer?

–En la boca.

Carrie se estremeció.

–Sí. No sé qué pensar de los besos. A veces creo que estaría bien, pero otras me parece un asco total.

–Se te pasará con la edad.

–Tú besas a mi padre.

Andi hizo lo posible por no reaccionar físicamente al comentario; por no estremecerse, retorcerse o gritar de vergüenza.

–Nos hemos besado, sí. Está bien.

Carrie levantó las manos.

–¡No me cuentes más, por favor! No quiero saberlo.

–Ni una palabra.

Miraron las cartas, eligieron y, cuando llegó el camarero, pidieron. Carrie quería hamburguesa con patatas y Andi una ensalada.

–He visto el mural –dijo la niña una vez se fue el camarero–. Me encanta lo que está haciendo Boston. Los animales son una pasada.

–A mí también me encanta.

Durante la última semana, Boston había pasado de bosquejar a pintar y cada día había más colores en la pared. Los árboles ya estaban casi terminados y dos de las mariposas estaban hechas.

–Ojalá pudiera dibujar como ella –dijo Carrie–. Lo he intentado y me ha enseñado algunas cosas, pero no tengo talento. A mí me gusta hacer punto. He dado algunas clases en la tienda donde trabaja la madre de Madison y es divertido. A papá le hice una bufanda por Navidad.

–Seguro que le encantó.

Carrie sonrió.

–No sé si le encantó, pero se la puso. Es esa clase de padre.

Fue un comentario casual en una conversación, un mero dato y una historia divertida. Aun así, esas palabras calaron a Andi de un modo que Carrie no podía imaginarse. Wade era un buen tipo y lo había demostrado una y otra vez. Era divertido e inteligente, generoso y considerado, y había hecho un trabajo increíble con su hija. Sin embargo, todo eso la puso en modo alerta. Dado su historial, le resultaría muy fácil enamorarse de alguien como él.

No tenía ningún inconveniente con el tema del amor, pero esta vez quería ser lista y no dar cosas por sentado ni menospreciarse esperando durante una década a un hombre que después la había humillado sin pensárselo dos veces. Tampoco quería presuponer mucho y esperar más de lo que era correcto. Sin embargo, encontrar ese equilibrio resultaba mucho más complicado de lo que debería.

–Creo que le gustas –dijo Carrie.

Andi frunció el ceño.

–¿A quién?

–A mi padre. Está muy raro antes de vuestras citas y habla mucho de ti.

Andi sonrió.

–Gracias por decírmelo –quería decir más, o al menos, ponerse a hacer preguntas, pero sabía que no podía decir o hacer nada que incomodara a Carrie.

–A mí también me gusta.

–Espero que lo vuestro sea algo serio –admitió Carrie–. Aunque está rarísimo, como todos los padres.

–¿Qué quieres decir?

Carrie se encogió de hombros.

–Pues eso, que ya me ha recordado cincuenta veces que te dé las gracias por traerme de compras. Le dirás que te he dado las gracias, ¿no?

–Lo prometo –dijo Andi riéndose–. Le diré que tienes muy buenos modales y que debería sentirse orgulloso de ti.

–Bien. Después de todo eso me ha dicho que no me encariñe demasiado. ¿Tú te crees? No soy una niña pequeña. No doy por hecho que vaya a casarse con todas las chicas con las que sale, aunque creo que serías una buena madrastra. Pero de eso no dice nada. Siempre me dice que no tiene ningún interés en casarse y que no me meta en su vida. Pero, claro, él no hace lo mismo conmigo, ¿no? Siempre me está preguntando por mis amigas y qué tal me ha ido el día. ¡Padres!

–Sí, pueden sacarte de quicio –dijo Andi. Sonrió automáticamente mientras el camarero les servía las bebidas.

–¡Ya ves! –Carrie dio un trago a su refresco–. La semana pasada,

después de que estuvierais con tus padres, no paraba de decir: «Nuestras vidas no tienen nada que ver». Ahí fue cuando le dije que serías una madrastra genial, para que lo sepas. Estoy de tu parte totalmente.

–Gracias –dijo Andi esperando que su voz le hubiera sonado más fuerte a Carrie de lo que le había sonado a ella.

La niña siguió hablando, dijo algo sobre una película nueva que estrenaban el viernes y que Madison y ella querían ver. Andi esperó haberle respondido lo correcto, aunque era difícil saberlo con ese zumbido que oía.

Había aceptado la explicación de Wade de mantener a Carrie al margen de su relación porque sabía que no tenía sentido meter a los niños en medio hasta que la relación hubiera avanzado. Podía hacer una lista con todos los motivos y le parecía que era lo correcto. Pero había creído que salir de compras con Carrie era un modo de empezar a conocer a la niña. Y si no era eso, entonces, ¿qué era? ¿Servicio de canguro gratuito?

¿Qué había cambiado y cuándo? ¿Había pasado algo que le hubiera molestado durante la visita de sus padres? ¿Había dicho ella algo que no debía?

Se dijo que solo llevaban un mes saliendo más o menos, que no tenía ningún interés en casarse pronto y que respetaba a Wade por ir despacio. Que él no era Matt. Pero a la mujer a la que habían dejado plantada en el altar hacía poco, delante de todos su amigos y familia, le resultaba difícil ser racional. ¿Wade estaba jugando con ella? ¿Para él era todo un juego? ¿Había empezado a salir con alguien exacto a Matt, un tipo que le daría largas para luego dejarla plantada en público?

Se llevó una mano al pecho cuando sintió los músculos tensarse. ¿Era ella o hacía calor ahí dentro? De pronto no podía respirar.

«Solo es un ataque de pánico», se dijo. «O el inicio de uno». Se estaba centrando demasiado en sí misma, en una situación que la asustaba, y necesitaba una distracción.

Miró a su alrededor y vio a un chico que tenía pinta de universitario con su novia.

–Mira –dijo señalando–. ¿No se parece a Zac Efron?

Carrie se giró y miró.

–No mucho. Bueno, a lo mejor un poco alrededor de los ojos. Es mono –volvió a mirar a Andi–. ¿Debería decirle a mi padre que te gusta Zac Efron?

–Es un poco joven para mí y cuando me llama no hay manera de que cuelgue. Es una pesadez.

Carrie se rio.

–Ya me gustaría que fuera verdad.

–A mí no. En serio, es demasiado joven para mí.

–¿Y Ryan Gosling?

–Mejor. Más apropiado para mi edad. ¿Y tú qué? ¿Qué actor te tiene enamorada?

Andi levantó su refresco y dio un trago. Ahora respiraba mejor y era capaz de centrarse.

Carrie habló sobre las estrellas de la tele y del cine que le gustaban y ella participó en la conversación lo mejor que pudo. Ya pensaría luego sobre el asunto de Wade, se prometió. Ya vería si estaba siendo una exagerada o si él era un cretino, y entonces decidiría qué hacer. O tal vez juraría renunciar a los hombres para siempre. Sin duda, era el camino más seguro.

Pero, tal como le había dicho su madre a menudo, la vida no estaba hecha para ser fácil. Estaba hecha para vivirla.

Deanna levantó el teléfono y marcó el número. Estaba temblando y no podía parar. Tenía las manos en carne viva por los cientos de lavados y había tenido que tirar el cepillo en el cubo de la basura de la calle para evitar volver a meterlo a la ducha.

–Con la doctora Gordon, por favor. Soy la señora Phillips.

–Sí, por supuesto –dijo la recepcionista–. Creo que ahora mismo está libre. Voy a ver si puedo localizarla.

Deanna sujetó con fuerza el auricular mientras esperaba a que Andi atendiera el teléfono.

–¿Deanna?

–Sí, soy yo. Perdona que te moleste.

–No me molestas. ¿Qué pasa? ¿Es alguna de las niñas?

–No, soy yo. Necesito ayuda. No solo por lo de lavarme las manos. Estoy asustada.

–Lo sé. Me tienes aquí. ¿Qué pasa?

–Uso un cepillo en la ducha. Para sentirme limpia.

Hubo un par de segundos de silencio y Deanna supuso que Andi era lo bastante inteligente para juntar las piezas.

–Voy a darte el nombre de una doctora. Voy a llamarla para pedirle que te vea hoy y luego te vuelvo a llamar, ¿vale?

–Sí.

–¿Necesitas que vaya para estar contigo?

Deanna cerró los ojos con fuerza.

–No. Estaré bien un rato.

–Dame cinco minutos.

El teléfono sonó en tres.

–Te ve a las dos. Apunta su nombre y su dirección.

Deanna anotó la información.

–Gracias.

–De nada. Y no te enfades, pero he llamado a Boston. Va a ir a hacerte compañía hasta la hora de la cita.

–No hacía falta.

–Creo que sí. Estoy preocupada por ti.

Deanna contuvo las lágrimas.

–Estás siendo amabilísima y yo soy una zorra.

–No eres una zorra. Estás pasando por muchas cosas y todos tenemos unas habilidades de afrontamiento que funcionan y otras que no. Habla con la terapeuta, Deanna. Mereces sentirte mejor.

–No sé qué decir –admitió Deanna con un susurro.

–No tienes que decir nada.

Boston acompañó a Deanna al coche.

–¿Seguro que estás bien? Puedo acompañarte.

–Puedo conducir los doce kilómetros hasta la consulta –respondió Deanna–. Está justo al otro lado del puente, pero te prometo que de aquí allí no voy a tirarme por el borde con el coche.

Boston sonrió y la abrazó.

–Y pensar que he estado todo este tiempo sin saber que tenías sentido del humor.

–Yo no tengo claro que lo tuviera.

Deanna se despidió con la mano y se metió en el coche. Boston la vio alejarse y volvió a casa de Andi.

Estaba avanzando con el mural. Le gustaba lo alegres que eran los colores y lo encantadores que eran los animales, y aunque no era un trabajo que le fuera a granjear clientes nuevos, se enorgullecía de lo que había logrado hasta el momento. Casi compensaba la sensación de inquietud cada vez más intensa que la acompañaba a cada minuto del día.

Zeke aún no había vuelto a casa. Era, con diferencia, la vez que más tiempo habían estado separados. La vez que habían estado más tiempo sin hablar. Se había acostumbrado a dormir con una camisa suya para sentirse como si él estuviese con ella. No sabía qué debía hacer, si esperar o ir a hablar con él. Habían recorrido un largo camino juntos y no sabía quién era sin su marido. ¿En serio iba a tener que ponerse a averiguarlo ahora?

Entró en la sala de espera y analizó la pintura, grande y luminosa. Ocupaba dos paredes y recorría el pasillo estrechándose a una altura de medio metro. Se había pasado los últimos días en el suelo pintando familias de bichos diminutos sentados viendo la tele, sorpresas que se encontraran los niños mientras esperaban a ser atendidos.

–Hola –dijo Wade al entrar en la sala–. ¿Todo bien?

Ella asintió.

–Tenía que preguntarle una cosa a Deanna.

–Os estáis haciendo amigas. Creía que la odiabas.

–«Odiar» es una palabra demasiado fuerte. No la conocía de verdad y pensaba lo peor. Muy mal por mi parte. ¿Cómo estás?

–Bien.

–Estás viendo mucho a Andi.

Su cuñado la miró y desvió la mirada al instante.

–¿Intentas distraerme? –le preguntó.

–No. Solo digo lo que es obvio. Es una mujer genial. Me gusta.

Él asintió, pero había algo en su expresión; algo que no podía llegar a descifrar.

Boston esperó, suponiendo que Wade diría algo, pero él se quedó en silencio. Entonces, pensó en mencionar que a Carrie también le gustaba Andi, pero supo que era mejor no asustarlo. Los hombres podían ser delicados emocionalmente.

–Voy a hacer una barbacoa –comentó Wade finalmente–. El sábado. Una cosa de vecinos. Tus vecinos, en realidad. Había pensado celebrarla aquí al lado, en tu casa.

Boston quiso pensar que había sido idea de Zeke, pero sabía que no debía hacerse ilusiones.

–¿Harto de tener a tu hermano durmiendo en tu sillón?

–Está en la habitación de invitados, pero sí, tiene que volver con su mujer. A menos que tú no quieras estar con él.

–Aún quiero estar con él. No soy yo la que se ha marchado.

–Cree que ya no te importa.

Boston pensó en las largas noches sola en su cama y en cuánto lo anhelaba. Pensó en cuánto echaba de menos darle la mano y en que él ya no la necesitaba.

–No soy yo la que ha cambiado.

Wade cambió de postura, parecía incómodo.

–Boston, yo…

Ella levantó una mano.

–Me voy a apiadar de ti y te diré que sí, que podemos hacer una barbacoa. ¿A qué hora?

–¿A las tres?

–Genial. ¿Has invitado a alguien o eso también tengo que hacerlo yo para que tu plan resulte menos obvio?

–Estaría genial que pudieses preguntárselo a algunas personas.

–¿Comida?

–Puedo traer hamburguesas y cosas así.

–¿Panecillos?

–Yo traigo los panecillos.

Boston sabía que tendría que encargarse de todo lo demás, pero no

le importó. No, si eso le daba una oportunidad de pasar un rato con Zeke. Podrían hablar y le explicaría que lo necesitaba allí.

–El sábado a las tres –dijo ella–. Será divertido.

Darrelyn debía de tener cuarenta y tantos años, tenía el pelo oscuro y una mirada comprensiva. Acompañó a Deanna hasta un cómodo sofá en un despacho pequeño.

–¿En qué puedo ayudarte? –le preguntó cuando Deanna se sentó.

Deanna respiró hondo.

–No estoy segura. No puedo seguir así. Es demasiado duro –notaba que estaba temblando, pero aun así alargó las manos. Estaban agrietadas y en carne viva por los frecuentes lavados.

Despacio y avergonzada, se levantó las mangas y le mostró las costras de los brazos que demostraban el uso del cepillo.

–Lo he tirado a la basura –susurró.

–¿El cepillo?

Deanna asintió.

–Hoy. Esto es durísimo. Me odio por hacerlo, pero también me hace sentir mejor. No sé si tiene sentido.

–Lo tiene. ¿Sabes por qué sientes la obligación de lavarte tanto las manos?

Deanna asintió.

–En parte por mi madre y en parte por mis tíos. Mi madre era alcohólica. Era una mujer mala y complicada. La casa estaba muy sucia y yo eso lo odiaba. Cuando era pequeña ella solía encerrarme en el armario. Recuerdo cómo olía y lo oscuro que estaba. Recuerdo cosas correteando sobre mí.

Los recuerdos iban saliendo en tropel, uno tras otro. Darrelyn escuchaba sin decir nada y tomando alguna que otra nota. Deanna habló de sus tíos y de cómo acabaron llevándosela si prometía ser perfecta. Habló de lo duro que fue aquello y del miedo que tenía todo el tiempo. Miedo a que la devolvieran. Miedo a que la dejaran en la calle.

–Quería ser perfecta para que me quisieran –susurró– y entonces me casé con Colin y quise ser perfecta para mantenerlo a mi lado. Pero ser perfecta es lo que lo ha apartado de mí y también he perdido a mis hijas. Al menos a Madison. Con las más pequeñas puede que aún tenga una oportunidad. No lo sé.

Agarró la caja de pañuelos de papel.

–Nunca he querido ser así y no sé cómo parar. Solo me siento segura cuando controlo mi mundo. En el fondo sé que no tengo el control, pero me siento como si lo tuviera y ya no puedo parar.

Empezó a llorar. Después de secarse las lágrimas, miró a la mujer

que tenía sentada frente a ella.

–¿Soy un caso perdido?

Darrelyn esbozó una dulce sonrisa.

–Eres muy valiente, Deanna. Muy fuerte. Estoy muy impresionada.

Deanna la miró.

–¿Cómo dices? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué pasa con lo que les he hecho a mis hijas? ¿Y a mi marido? Me odia. No, ojalá me odiara. No siente nada.

–Si no sintiera nada, se habría ido hace mucho tiempo –Darrelyn se inclinó hacia ella–. Mírate y mira dónde empezaste. ¿Has pegado a tus hijas una sola vez?

–¿Qué? –se puso muy recta–. Por supuesto que no. Yo jamás les haría eso.

–¿Tienes idea de lo complicado que es romper un círculo de violencia? Tu madre te pegaba tan fuerte que te rompió huesos y, aun así, tú no has pegado a tus hijas ni una sola vez. Todas tus frustraciones las vuelcas en ti para no arriesgarte a hacerles daño. Tu necesidad de controlar tu mundo se debe a que te da miedo lo que eres por dentro. Te da miedo lo que sientes. Por eso eres tan controladora.

Deanna estrujó los pañuelos que tenía en la mano.

–No puede ser así de sencillo.

–Sí puede, pero no es sencillo. Vas a tener que aprender a creer en ti y eso no es sencillo. Vas a tener que confiar en tus hijas y en tu marido. Vas a tener que romper toda una vida de patrones. Vas a tener que creer que el mundo seguirá girando sin tu ayuda. Es un camino largo, pero mira lo lejos que has llegado.

Ella se sonrojó.

–Pero si no he hecho nada.

–Espero que puedas venir para comprobar que eso no es verdad.

–Entonces, ¿puedes ayudarme?

Darrelyn sonrió.

–Sí. No suelo decirle esto a la gente, pero creo que es importante que lo sepas. No eres en absoluto mi clienta más perjudicada. Necesitas un pequeño ajuste, nada más.

Deanna pensó en la necesidad compulsiva de lavarse las manos, pensó en la sangre cayendo por el desagüe de la ducha.

–Tienes que mejorar tu manera de definir las cosas.

Darrelyn se rio.

–En pocas semanas entenderás lo que quiero decir y ahora te voy a contar lo que vamos a hacer. Voy a recomendarte una medicación. No tendrás que tomarla durante mucho tiempo y empezaremos con la dosis más baja, pero te ayudará con el trastorno obsesivo compulsivo. Después diseñaremos un plan para que puedas probar, sin ningún

riesgo, a confiar en la gente que te rodea. Empezarás a ir cediendo el control poco a poco y para ello haremos juegos de roles.

–¿Se te da bien hacer de niña de doce años complicada?

–Es mi especialidad. ¿Qué te parece? Hay mucho trabajo por hacer, pero ya has llegado muy lejos.

–Quiero hacerlo. Quiero ser normal.

–Ser normal está sobrevalorado –le dijo Darrelyn con una sonrisa–. O, al menos, así lo veo yo.

# Capítulo 24

A Andi se le había dado bien evitar a Wade. No estaba segura de que fuera algo de lo que debiera enorgullecerse, pero así era como había decidido manejar la situación. Por desgracia, el sábado por la mañana se topó con él literalmente.

Estaba subiendo las escaleras, él las estaba bajando, y se chocaron. Wade la agarró con una mano y con la otra agarró la bolsa de la compra que salió volando.

–¿Estás bien? –le preguntó sujetándola.

Solo sentir sus dedos en su piel la hizo derretirse por dentro. Quería fundirse en él, besarlo hasta perder el sentido y después llevarlo a su dormitorio. El sentido común y la cuadrilla que tenía trabajando en su casa la detuvieron. Por desgracia, influyó más lo último que lo primero, pero fuera lo que fuera funcionó.

–Estoy bien –murmuró–. Gracias por el rescate.

Él, con la bolsa en la mano, subió las escaleras.

–¿Comida para la barbacoa?

–Voy a hacer ensalada de patata. Es lo único que puedo preparar en mi cocina improvisada. Iré cociendo las patatas en tandas. Tengo una antigua receta familiar.

–Estoy deseando probarla.

Esas palabras estuvieron bien, pero él no llegó a mirarla a los ojos de verdad. Y aunque se vieron obligados a ir casi pegados por la estrecha escalera, ella tuvo la sensación de que Wade quería poner más distancia entre los dos.

Llegaron a la tercera planta y lo siguió hasta la cocina. Él dejó la bolsa en la mesa y dio un paso atrás.

–No te he visto últimamente –dijo deteniéndose en la puerta.

Andi no podía mirarlo sin desearlo, pero mientras que hacía un par de días se habría acercado y se habría echado a sus brazos, ahora mismo no podía. Y no solo porque no quería sentir las primeras chispas de pasión ni lo bien que encajaban sus cuerpos, sino porque no estaba segura de cómo reaccionaría él. Algo había cambiado entre ellos. Algo había ido mal.

Suponía que lo correcto era preguntar, averiguar el problema y

solucionarlo. Pero ¿y si no podía? ¿Y si había perdido a Wade antes de haber tenido oportunidad de llegar a conocerlo de verdad? No mencionar que existía un problema era mucho más sencillo que enfrentarse a él de lleno, pero, por otro lado, no había más que ver cómo había acabado ella con Matt por ese tipo de actitud.

«¡Venga!», se dijo. Podría soportar lo que fuera que él tuviera que decir.

Lo miró y se fijó en las hermosas líneas de su rostro y la firmeza de su mirada.

–Tenemos que hablar de ello.

Wade la miró como si no entendiera nada.

–¿A qué te refieres?

–A lo que está pasando entre nosotros. O a lo que no está pasando. Le dijiste a Carrie que no se encariñara. Me lo dijo el otro día cuando fuimos de compras –levantó una mano–. Por favor, no le digas que te lo he dicho. No quiero causarle problemas.

–No diré nada –se cruzó de brazos–. ¿Qué hubieras preferido que le dijera? Le gustas. Te ve mucho porque siempre está con Madison.

–¿Y? Es una niña inteligente. Sabe que los adultos salen con gente y que unas veces funciona y otras no. Pero al decirle que no se encariñe… –se situó al otro lado de la mesa; necesitaba distancia y que hubiera algo físico en medio de los dos– estás dando por hecho que esto no va a ir a ninguna parte y creo que yo no quiero eso.

–Ninguno de los dos sabemos qué va a pasar. Andi, llevamos solo dos meses. Aún estamos viendo a ver qué pasa. ¿Por qué estás tan molesta?

Porque Carrie había admitido que su padre no se quería casar, porque sentía que estaba enamorándose de él y le preocupaba volver a poner su corazón en manos de un hombre que la abandonaría.

–Me quedé sorprendida –respondió en su lugar–. Creía que teníamos potencial, pero está claro que no y voy a tener que plantearme si estoy dispuesta a estar en una relación de «solo sexo».

Él sacudió la cabeza.

–Eso no es lo que está pasando aquí y lo sabes. Carrie es mi hija y tengo que protegerla.

–Creo que es a ti a quien estás protegiendo. Te has echado atrás. ¿Qué ha pasado con eso de cambiar las cosas?

Parecía atónito, como si ella hubiera destapado la verdad, que era lo más probable a juzgar por su gesto. Pero ¿qué verdad? ¿Por qué iba a tener que protegerse de ella? No era peligrosa. No había hecho nada que debiera preocuparlo.

Se quedaron mirándose y en ese momento uno de los chicos lo llamó desde abajo.

–Tengo que irme.

Ella asintió esperando que Wade dijera que ya hablarían luego, pero no dijo nada.

–Qué desastre –dijo Boston.

Deanna miró a su amiga.

–Siento que las cosas no hayan salido mejor con Zeke.

–No ha querido hablar y apenas me ha mirado.

Deanna quería decir que no era verdad, pero desde el momento en que Zeke había entrado al jardín trasero, había quedado claro que no había ido allí a hacer amigos. No se había relacionado con nadie; se había sentado debajo de un árbol y había bebido cerveza sin parar. Ella se había mantenido un poco apartada de todos, así que había podido fijarse en ese tipo de cosas.

–Te miraba cuando tú no estabas mirando –dijo Andi–. Está sufriendo mucho –le agarró la mano a Boston y le dio un apretón– y sé que tú también.

Las tres estaban sentadas en el jardín trasero de Boston rodeadas por los restos de la barbacoa: el cubo de la basura lleno, la nevera portátil vacía, excepto por el agua y unos resistentes cubitos de hielo, y el cubo de reciclaje repleto de botellas. Pickles estaba sentado cerca, en una silla, lavándose la cara.

–Pobre Wade –dijo Boston apoyando la cabeza en la silla–. Quería arreglar las cosas.

–Yo no pasaría mucho tiempo preocupándome por Wade –comentó Andi.

Deanna asintió.

–Desde luego, ha metido la pata.

–Los hombres son idiotas –dijo Andi–. Y yo soy más idiota todavía. ¿Por qué pensé que él sería distinto? No lo es.

Boston asintió.

–Me gustaría defenderlo, pero no puedo. Decirle a Carrie que no se encariñe es de tontos. ¿Qué se pensó que iba a pasar cuando te enteraras?

–No creía que me fuera a enterar. Joder, me gustaría que el sexo con él no fuera tan bueno.

Deanna se sorprendió a sí misma riéndose.

–¿En serio?

–Vale, a lo mejor no me gustaría eso, pero sí que haría las cosas más sencillas –suspiró–. Sé que es pronto y sé que, por lo que pasó con Matt, soy más sensible a cualquier detalle que pueda indicar que no está comprometido con esto. Admito que yo tengo unas expectativas poco razonables, pero él ni siquiera intentó convencerme. Que se hubiera arrastrado un poquito habría servido de mucho –dio un trago

de cerveza y se giró hacia Deanna–. Estás mejorando. Pareces menos tensa.

–Lo intento. La terapeuta me ayudó y me estoy tomando la medicación que me recetó. De momento no me siento distinta, pero solo han pasado unos días.

–La esperanza te ayudará a salir adelante –dijo Boston.

Era una teoría a la que Deanna estaba dispuesta a aferrarse con ambas manos.

–Me dijo que, si Colin quisiera irse, ya lo habría hecho.

–Esta noche ha estado muy simpático –dijo Andi–. Se ha sentado a tu lado.

Deanna también se había dado cuenta de ese detalle.

–No quiero presuponer nada. Creo que no tenía otro sitio donde sentarse.

–Era un pícnic –dijo Boston con delicadeza–. Podría haberse sentado en el suelo con las niñas.

–Es verdad –dijo Andi levantando su botella de cerveza–, pero se ha sentado a tu lado en el banco. Así que corre y haz algo al respecto.

–No estoy lista para correr. Mejor me quedo aquí y respiro profundamente –miró a las otras dos mujeres–. Gracias por ayudarme. No sé qué habría pasado si no hubierais estado aquí.

–Encantada de ayudarte –dijo Boston–. Necesito ayudar. Eso me mantiene distraída –sonrió–, así que gracias por ser un desastre. Me viene genial en este momento.

Deanna se rio.

–De nada. Aquí tienes a mi enfermedad mental para servirte.

Andi y Deanna se marcharon algo después de medianoche. Ya que las dos habían ayudado a limpiar, a Boston no le quedaba mucho por hacer más que asegurarse de que las ventanas y las puertas estuvieran cerradas y luego ir arriba. No estaba cansada y dudaba de que pudiera dormir, pero al menos tenía que hacer el intento, aunque fuera por inercia. A lo mejor tenía suerte y podía echar una cabezadita un par de horas.

Estaba a mitad de las escaleras cuando le sonó el teléfono móvil. Bajó corriendo y lo sacó del bolso. Se le salía el corazón mientras intentaba pulsar el botón. Una llamada a esas horas nunca traía buenas noticias.

–¿Sí? ¿Zeke? ¿Estás bien?

–¿Señora King?

Era una voz masculina y desconocida.

–Sí.

–Soy el agente Sam Anders. Zeke me ha estado ayudando con la

reforma de una casa que he comprado. Me caso dentro de unos meses. El caso es que lo conozco y…, bueno…, lo he traído aquí hace una media hora. Estaba conduciendo borracho, señora, y ha chocado contra un árbol.

Boston se dejó caer en el sofá y cerró los ojos.

–¿Está bien? ¿Ha herido a alguien?

–Su vehículo ha sido el único implicado en el accidente. Está un poco magullado, pero dice que se pondrá bien. La camioneta ha quedado bastante mal.

–Me da igual la camioneta. Entonces ¿está en la cárcel?

–No lo he arrestado, señora.

Bien, porque la isla era un pueblo pequeño y todo el mundo conocía a todo el mundo. Precisamente por eso el agente le había dado el aparentemente insignificante detalle de que Zeke había estado trabajando en su casa.

–Si quiere, puede venir a buscarlo y llevarlo a casa.

¿A casa? Zeke ya no vivía ahí. No la quería. La culpaba por la muerte de su hijo.

–Ahora mismo voy.

Agarró el bolso y condujo hasta la comisaría. A esas horas de la noche, solo había un par de personas de guardia. El agente la condujo hasta una pequeña sala donde esperaba Zeke.

Su marido estaba sentado delante de una mesa. Tenía un par de golpes en la barbilla y un ojo se le estaba poniendo morado. Parecía que aún estaba bajo los efectos del alcohol.

El hombre cerró la puerta y los dejó solos.

–Supongo que ya no puedes ignorarme más –dijo Boston en el silencio del lugar.

Zeke levantó la mirada. Sus oscuros ojos carecían de expresión y su boca formaba una tensa línea. Aunque todo en él seguía siendo exactamente como lo recordaba, era como si fuera un extraño. Sentía la distancia entre los dos, la tristeza.

De camino allí había planeado cómo le diría que bajo ningún concepto le permitiría beber, que tenía que parar y que, si no podía hacerlo solo, tendría que recibir ayuda. Pero aun teniendo su discurso preparado, lo que dijo en su lugar fue:

–Si de verdad crees que soy responsable de la muerte de Liam, hemos terminado. No puedes perdonarme por algo que no he hecho y sobre lo que no tenía ningún tipo de control.

Zeke seguía mirándola. Distintas emociones le atravesaban el rostro, pero ninguna de ellas permaneció lo suficiente para ponerles nombre.

–¿Hacía falta esto? –preguntó él.

–¿De qué hablas?

–He estado esperando todo este tiempo, esperando a que me

contestaras por lo que dije, esperando a que me plantaras cara. Por ti. Por nosotros. ¿Ha hecho falta esto?

Boston se quedó sin aliento. No se lo podía creer.

–¿Ha sido un juego? ¿Estabas fingiendo al culparme?

–Estaba intentando captar tu atención.

Boston no quería acercarse más, no quería estar cerca de él, pero le estaba costando mantenerse en pie. Le temblaban las piernas y parecía estar perdiendo el equilibrio. Se acercó a la segunda silla y la retiró de la mesa. Después de situarla lo más lejos posible de Zeke, se sentó. La traición se enroscó a su alrededor como una serpiente, estrujándola hasta que le fue imposible respirar.

¿Cómo podía haberle hecho eso? ¿Cómo podía haber intentado manipularla y mentirle de un modo tan doloroso?

–¡No! –gritó él levantándose–. No. Yo no soy el malo aquí.

–¿Y yo sí?

–No. ¿Es que no lo ves? Tenía que hacer algo, tenía que llegar a ti –caminaba de un lado a otro de la sala y se giró–. Te has ido, Boston. Te has ido desde que Liam murió y no me puedo acercar a ti. Lo he intentado una y otra vez y no estás aquí. Aquel día no solo perdí a mi hijo, también perdí a mi mujer. Te tengo justo delante y no puedo tocarte.

–Lo que dices no tiene sentido. Estoy aquí mismo.

–No. No sé qué piensas ni qué sientes. ¿Nuestro matrimonio significa algo para ti?

–¿Cómo puedes preguntarme eso? –contuvo las lágrimas–. Te he querido prácticamente toda mi vida.

–Me quisiste. Y me lo creo. Pero ¿ahora sientes algo? ¿Crees que bebo porque no echo de menos a mi hijo? Bebo porque no dejo de echarlo de menos. Porque el dolor es demasiado grande. No sé qué hacer con él, y cuando intento hablar contigo de ello, te metes en ese puñetero estudio y te pones a pintar.

–Así es como sobrellevo lo que pasó –contestó ella con brusquedad.

–No. Así es como te escondes. Así es como no sientes nada. Estoy solo en esto y llevo solo desde el día que enterramos a nuestro hijo. Intenté acercarme a ti, pero ya te habías ido y no creo que vayas a volver.

Ella se levantó y lo miró. La rabia le dio fuerzas.

–Dices todo esto porque no he llorado. Yo decido cómo enfrentarme a mi pérdida. Tú no tienes derecho a decir qué es lo correcto.

Él se encogió de hombros.

–Vale. ¿Has sabido sobrellevar tu pérdida? ¿Dirías que estás mejor, que estás saliendo adelante?

–Estoy pintando otras cosas. Estoy trabajando en el mural de Andi. Eso es un avance. Voy allí todos los días, Zeke. Eres tú el que no está

en casa. Eres tú el que no está participando en nuestro matrimonio.

Esperó a que él le gritara, que le dijera que no tenía razón. Pero Zeke no dijo nada en ese momento y su expresión se tornó en tristeza, la clase de tristeza que viene de la pérdida de la esperanza.

–No me necesitas, Boston. Nunca me has necesitado. Me has querido, eso lo reconozco. Pero eres una artista brillante y tienes clientes suplicándote que vuelvas a pintarles telas. Tienes esa casa y a tus amigas. No me necesitas para nada.

–No lo entiendo –susurró–. ¿Qué he hecho que sea tan malo? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué ya no hacemos el amor?

La expresión de Zeke se endureció. No hemos hecho el amor porque no estás aquí, porque eres un caparazón. Por fuera sigues igual, aunque por mucho que digas, no me dejas entrar. Aún te quiero, Boston, y siempre te querré. Pero no pienso formar parte de esta… negación.

¿La estaba culpando? ¿La estaba juzgando?

–Ya, claro. Estás demasiado ocupado conduciendo borracho. Podrías haber matado a alguien.

–Lo sé. He sido un imbécil. No volverá a pasar.

Boston soltó una carcajada de rabia.

–Claro. Vas a dejar de beber así, sin más.

–El alcohol no es el problema.

–¿Porque el problema soy yo? Me estás culpando por todo. Yo no hice nada mal. ¡Yo no lo maté!

Las palabras salieron en forma de grito y retumbaron en la pequeña sala, que después volvió a quedarse en silencio.

Miró a Zeke, que durante esa breve conversación se había convertido en un extraño. Sintió frío por dentro, un muro de hielo levantándose alrededor de su corazón.

–Tienes razón. No te necesito. No hay razón para que ahora vengas a casa, ¿no?

Agarró el bolso, se lo llevó al pecho con fuerza y se marchó. Llegó al coche y subió. Una vez dentro, esperó a que la gravedad de lo que había hecho la aplastara. Esperó a que brotaran las lágrimas porque seguro que ahora podría llorar.

Pero no hubo nada. Ni lágrimas, ni pánico, ni prácticamente nada. Solo la frialdad del hielo y la certeza de que ya nada volvería a ser igual.

# Capítulo 25

Deanna colocaba los tenedores y las cucharas en la mesa mientras se decía que se pondría bien. Por supuesto, no creía esas palabras, pero decirlas una y otra vez le proporcionaba cierto nivel de tranquilidad, o tal vez una ilusión de tranquilidad. Y en ese momento aceptaría lo que le ofrecieran.

Darrelyn le había dicho que se limitara a observar a sus hijas, a escucharlas sin juzgarlas. Esos eran sus deberes de la semana: tomarse la medicación, contar hasta diez antes de permitirse lavarse las manos, y escuchar. Todo había sonado muy sencillo en la intimidad de la tranquila consulta de la terapeuta, pero en la vida real era una tarea que se las traía.

Miró el reloj y vio que pronto les llevarían la cena. Tenía la mesa puesta y el dinero listo junto a la puerta principal. Se había ocupado de todos los detalles. Podía pasar la noche fuera de servicio y limitarse a prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. «Fácil», se dijo. Factible.

El timbre sonó.

Abrió, agarró las dos bolsas de papel llenas de recipientes y pagó al chico.

–Quédate con el cambio –le dijo antes de cerrar la puerta con la cadera y gritar hacia las escaleras–. ¡Ya está aquí la cena, chicas!

Audrey apareció en lo alto de las escaleras.

–¿Aquí? ¿Qué quieres decir?

–Vamos a cenar comida china. El chico acaba de traerla.

Las gemelas se unieron a sus hermana y Lucy las siguió. Las cuatro la miraban desde arriba con distintas expresiones de incredulidad.

–¿Comida china? –preguntó Sydney–. ¿De China?

Deanna se rio.

–No. Del nuevo restaurante chino que han abierto en el pueblo. He pensado que sería divertido probarlo.

–¿No has hecho la cena? –preguntó Lucy con cautela.

–Me ha parecido que podría ser un cambio agradable.

Las niñas echaron a correr a las vez por las escaleras y Audrey se detuvo para gritar:

–¡Corre, Madison! ¡Vamos a cenar comida china!

Entonces se dividieron. Las gemelas se dirigieron a la cocina y las dos mayores entraron en el baño de abajo a lavarse las manos. Deanna sacó la comida y esperó a que las niñas estuvieran sentadas a la mesa de la cocina antes de servir la bebida. La última en llegar fue Madison, malhumorada y a regañadientes, ¡cómo no!

«Observa», se recordó Deanna. Esa noche no se metería con su hija mayor por nada. Solo observaría y escucharía.

–Nunca he tomado comida china –admitió Lucy mirando los recipientes.

–Yo tampoco –dijo Savannah.

–No es para tanto –comentó Madison con tono aburrido.

–Pues yo lo estoy deseando –le dijo Sydney a Deanna–. ¿A qué sabe?

–Hay distintos platos –respondió ella mientras abría los envases–. Esto es *moo goo gai pan*. Pollo y verduras básicamente. También tenemos pollo agridulce, ternera con brócoli, arroz frito y rollos de huevo.

Savannah se giró hacia ella.

–¿Huevos para cenar?

–No son huevos. La verdad es que no sé de dónde les viene el nombre. ¿Por qué no probáis un poco de todo y veis qué os gusta? Así luego podéis repetir.

Las gemelas asintieron. Lucy y Audrey esperaron a que las aconsejara a ellas también. Deanna sonrió a su hija mayor.

–Seguro que tú ya sabes lo que prefieres.

Madison se encogió de hombros y levantó el arroz.

Pasaron varios minutos hasta que todas estuvieron servidas. Deanna agarró un rollo de huevo de camino a su asiento y le dio un mordisco. Se fijó en que sus cuatro hijas pequeñas la estaban mirando mientras masticaba.

–Está bueno –dijo sonriendo–. Probadlo.

Todas agarraron su rollo de huevo, dieron bocados diminutos y una a una empezaron a asentir.

Sydney pinchó un trozo de pollo y se lo metió en la boca.

–Está rico –masculló mientras comía.

Deanna iba a recordarle que masticara con la boca cerrada, pero entonces recordó que debía observar, no juzgar.

–Me alegro de que te guste.

–Tenemos que elegir un país para el campamento –dijo Sydney.

–Deberíamos elegir China –añadió su gemela.

–¡Podríamos hablar de la comida!

–Sería divertido –dijo Deanna–. Podría hablar con vuestra monitora para proponerle llevar unas muestras. Seguro que el restaurante podría preparar raciones pequeñas para que coman los campistas.

–Mamá, la semana que viene vamos a montar a caballo –dijo Audrey–. ¿Puedes firmarme el permiso?

–Claro. ¿Dónde están los caballos?

–En Marysville. Hay un rancho. Alison ya ha estado y dice que, aunque está altísimo, no da miedo.

–Eres atlética –le dijo a su hija–. Creo que lo vas a hacer genial. Y los caballos que usarán serán tranquilos. Os lo pasaréis bien.

Audrey sonrió con claro alivio.

–Sí, creo que sí.

Lucy agarró el recipiente del pollo agridulce.

–Emma y yo vamos a ir a la biblioteca el sábado para la hora de lectura. ¡Tienen un cartel que dice que en agosto va a venir a hablar un escritor!

Madison frunció el ceño.

–Ningún escritor vendría a Blackberry Island.

–Pues el cartel lo dice –le contestó Lucy a su hermana– y quiero ir a escucharla.

–Yo también –dijo Deanna–. Conocer a un escritor sería muy emocionante.

–Mami, ¿puedo tomar más arroz? –preguntó Sydney.

–Claro –Deanna bordeó la mesa y la ayudó. Se aseguró de que el resto de las niñas estuvieran bien y volvió a su asiento.

La cena continuó y ella siguió diciéndose que debía escuchar sin juzgar, hacer preguntas y dejar que las niñas respondieran. Mientras la conversación fluía a su alrededor, comprobó que Lucy era la más formal de sus hermanas y que Audrey tenía un tímido sentido del humor; que las gemelas terminaban las frases de la una y de la otra y que Madison estaba prácticamente bullendo por la rabia contenida.

Ahora mismo no tenía nada que hablar con ella, se dijo. Eso sería para una próxima tarea.

Terminaron la cena y guardaron las sobras. Las niñas recogieron la mesa rápidamente y Deanna cargó el lavavajillas.

–A lo mejor podríamos desayunar chino –bromeó Audrey.

Deanna se rio.

–Pues me parece que sería muy interesante.

Las cinco entraron en el salón y Madison se quedó junto a las escaleras.

–Quiero subir a mi habitación –anunció.

–Vale –dijo Deanna sentándose en el sofá.

Lucy agarró el mando y encendió la televisión. Estaba sintonizada en el canal de la PBS.

*–Esta noche veremos el recorrido que hace la basura desde el cubo de su cocina hasta vertederos de todo el país.*

Savannah y Sydney se miraron, pero no dijeron nada. Audrey

suspiró. Lucy se sentó sin rechistar.

Porque había reglas, pensó Deanna. Solo PBS entre semana y solo una hora, y después las niñas tenían que jugar o leer antes de irse a la cama. Las películas y la televisión comercial eran un regalo de fin de semana.

«Observar», se dijo. Nada de juzgar, ni siquiera a sí misma. Porque ella había establecido esas reglas con las mejores intenciones por mucho que en ese momento le parecieran dictatoriales y duras.

Sin pensarlo, agarró el mando.

–Pues a mí no me apetece ver basura entrando en vertederos. ¿Qué más ponen?

Activó la guía y recorrió los canales. En uno estaban poniendo un maratón de *Enredos de familia*.

–A mi tía le encantaba esta serie –dijo poniendo el canal–. Yo la veía cuando era pequeña.

–¿De qué trata? –preguntó Sydney sentándose a su lado en el sofá.

–De una familia con dos hijas y un hijo. Los padres habían sido *hippies*.

–¿Qué es un *hippy*? –preguntó Savannah sentándose al otro lado de Deanna.

–Es un poco difícil de explicar. Vamos a ver la serie y así veis si le encontráis sentido.

La familiar sintonía comenzó y Alex P. Keaton entró en la cocina de la familia. Al cabo de unos minutos, las cuatro niñas se estaban riendo. Lucy y Audrey habían hecho lo mismo que las gemelas y se habían sentado en el sofá. Al final del episodio, Sydney y Savannah estaban acurrucadas a su lado y las dos mayores se habían acercado un poco más.

Había miles de cosas que Deanna debería haber estado haciendo, como comprobar el correo electrónico y revisar facturas y algunas listas, pero en lugar de marcharse a hacerlo se quedó donde estaba, rodeada de sus niñas. Las lágrimas amenazaron con brotar, pero las contuvo. Llorar ahora sería demasiado complicado de explicar.

Había sido una buena noche. Sin peleas, sin órdenes, sin «tenéis que». Solo una noche disfrutando de un rato con sus hijas. Y por una vez las niñas también estaban disfrutando con ella.

La camioneta de Wade no estaba en la puerta de casa cuando Andi volvió del trabajo, pero tampoco le dio importancia. Ya aparecería luego o al día siguiente. No pasaban más de dos días sin que la pusiera al corriente de cómo marchaba la casa. Pero, cuando entró, vio a Zeke dando vueltas por allí con una carpeta.

–Hola, Andi. ¿Qué tal?

Exceptuando en eventos sociales, no había visto a Zeke desde que había empezado la obra.

–Bien. ¿Qué pasa?

–Nada. He pensado que podría contarte lo que hemos hecho hoy.

Andi sacudió la cabeza.

–No lo entiendo. ¿Dónde está Wade?

Zeke miró sus notas.

–Eh… está… en otra obra –farfulló algo más que ella no pudo oír, aunque daba igual lo que fuera.

–Ah, no –dijo mirándolo–. Espero que no me estés diciendo que no ha tenido las pelotas de aparecer por aquí.

Zeke se estremeció.

–Más o menos. Mira, Andi, no sé qué está pasando entre los dos, pero quiero que sepas que voy a asegurarme de que quedes contenta con el trabajo que hacemos.

–Ya, ya –ella apretó el puño con las llaves del coche dentro–. ¿Dónde está?

–¿Wade?

–Sí. Dame una dirección. Vamos a solucionar esto hoy mismo.

Zeke vaciló un segundo, pero después anotó una dirección y se la dio.

–Eres un hombre listo –dijo al salir.

–¡No le hagas daño! –gritó Zeke.

–No te prometo nada.

Andi encontró la dirección sin problema. La camioneta de Wade estaba aparcada delante de un edificio de pisos de dos plantas. A juzgar por el número de coches que había en la entrada, supuso que se trataba de una reforma grande. Estaba bien saber que podría encontrarlo con facilidad si de pronto decidía atacarlo con un tenedor.

Siguió el sonido de las máquinas de demolición y lo encontró hablando con un par de chicos de su cuadrilla. Al verla, fue hacia ella.

Ninguno dijo nada mientras él la sacaba del vestíbulo y la llevaba hacia un lateral del edificio. Andi prefirió no fijarse en su trasero ni en cualquier otra cosa que pudiera resultar atractiva y se centró en el hecho de que Wade había optado por desaparecer en lugar de enfrentarse a ella. De nuevo, reminiscencias de Matt por todas partes.

–¿En serio? –le preguntó cuando él se giró hacia ella–. ¿En serio? ¿No has venido? ¿Esa era tu solución? ¿Ni una conversación? ¿Ni siquiera un correo? En *Sexo en Nueva York* al menos Berger rompió con un pósit.

–¿Quién?

–Da igual –le clavó el dedo en su impresionante torso–. Entonces

¿hemos terminado?

–No lo sé –admitió él.

–Decidiste que no íbamos a ninguna parte. Eso es lo que ha pasado. Pero, en lugar de darme el mensaje tú, dejaste que me lo dijera tu hija, y eso es bastante chungo.

Se aferró a la rabia porque sentir cualquier otra cosa supondría llorar, y Wade no se merecía saber que le importaba tanto como para llorar.

–Y ahora desapareces. Jamás pensé que fueras esa clase de hombre. Supongo que me equivoqué.

–No soy yo el que se está acostando con un tío guapo de clase obrera. Qué bien te ha venido que también haga reformas. Es como un dos por uno.

Andi dio un paso atrás.

–Lo oíste.

La mirada de Wade se volvió gélida.

–Cada palabra. Y tú no lo negaste.

Andi se sonrojó.

–Siento que te molestara, pero no quería darle detalles sobre lo nuestro a mi madre.

Él sacudió la cabeza.

–Claro, ¿por qué ibas a decírselo a tu familia? No soy yo el que decidió que esto no iría a ninguna parte, Andi. Fuiste tú.

–No. No he querido decir eso. No quise decir más porque mi madre tiende a retorcer las cosas. Si oíste eso, entonces también oíste cómo defendió al tío que me dejó plantada en el altar. No le confío nada que me importe –le tocó el brazo–. ¿A eso ha venido todo esto?

Wade se soltó.

–Lo pillo. Te estás divirtiendo mientras te adaptas al pueblo y ahora estás enfadada porque estoy acabando con esto antes de que estés preparada.

–No me estás escuchando, Wade. Lo que le dije o no le dije a mi madre no tiene nada que ver con lo que siento por lo nuestro. Me gustas mucho y quiero que estemos juntos. Lo que pasó con Matt hace que me inquiete un poco que te puedas echar atrás, pero estoy intentando superarlo. No termines lo nuestro por mi madre. Tienes que creerme.

Su oscura mirada era implacable.

–No, no te creo.

–¿Así, sin más?

–A la madre de Carrie tampoco le gustaba mi trabajo. Quería algo más que la vida que teníamos aquí, algo más que la isla, y siempre me estaba presionando para ser más. Pero resulta que a mí me gusta mi trabajo y me gusta quién soy. No quiero cambiar.

–No te estoy pidiendo que cambies.

–Serías más feliz con alguien más parecido a ti –dijo con rotundidad–. Y yo preferiría alguien en quien pudiera confiar.

Ella sintió esa bofetada verbal y dio un paso atrás.

–Entonces, ¿ya está? ¿Hemos terminado?

–Yo sí.

Andi se giró para marcharse, pero entonces se volvió hacia él.

–Te equivocas conmigo, Wade. Y estás dejando que el orgullo se interponga en algo que podría haber sido genial.

–Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Quiso decirle que estaba dejando que su pasado lo definiera, al igual que ella permitía que lo que había pasado con Matt la volviera un poco loca. Quiso señalar que le caía bien a Carrie y, además, ¿no querían todos los padres que sus hijos se casaran con un médico? Pero ¿de qué serviría? Él ya había tomado una decisión y ella juró que, mientras viviera, jamás volvería a suplicarle a un hombre que la amara.

# Capítulo 26

Deanna siempre había pensado que cocinar con la Crock-Pot era una forma de engaño, como si no contara si tú no hacías todo el trabajo. Pero estaba intentando cambiar y, tal como había señalado Darrelyn, algunas normas existían simplemente porque nunca se habían cuestionado. Sus deberes para esa semana consistían en examinar una regla al día y el viernes Deanna decidió que había llegado el momento de poner a prueba su relación con la Crock-Pot.

Colin le había escrito que llegaría a las cuatro. Ella recogió a las niñas de sus distintos campamentos y, cuando volvió a casa unos minutos después, el coche de él ya estaba en la puerta.

–¡Ha llegado papi, ha llegado papi! –gritaron las gemelas, que bajaron del monovolumen cuando apenas se había detenido.

Audrey y Lucy las siguieron corriendo. Madison se había ido a casa de Carrie y no volvería hasta la mañana siguiente.

Deanna bajó más despacio, nerviosa por ver a Colin y aterrorizada porque ese fuera a ser el día en que él le diría que se marchaba. Entró en casa con cuidado de evitarlo. Era algo que ya dominaba muy bien. Si bien unas semanas atrás lo había hecho porque intentaba demostrarle que no le importaba, ahora lo hacía porque sí le importaba. Y más de lo que había creído. Pero no sabía cómo decírselo, sobre todo porque estaba segurísima de que lo que le dijera no sería suficiente y llegaría demasiado tarde.

Comprobó el asado que estaba haciendo en la olla y sacó las moras que había comprado en el puesto que había junto al puente. Las usaría para hacer el postre.

Acababa de terminar de lavarlas cuando Colin entró en la cocina.

–Hola, Deanna.

Ella se preparó, se giró y sonrió.

–Hola. Me alegro de que hayas vuelto.

Él la observó mientras avanzaba hacia ella y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados.

–Estás usando la Crock-Pot.

–Estoy haciendo un asado. Hace frío y llueve, así que me ha parecido que hacía día de Crock-Pot.

–Odias la Crock-Pot.

–Hemos tenido una relación complicada hasta ahora, pero lo hemos hablado y creo que vamos a poder ser amigas.

Colin enarcó las cejas.

–Interesante.

–Las dos estamos de acuerdo en que nos hemos precipitado al juzgarnos, y el asado va a ser una prueba. Si quieres, mañana te cuento cómo nos va.

–Claro. ¿Qué tal te ha ido la semana?

–Bien. ¿Y a ti?

–Muy fructífera.

Ella esperó. Ese era el momento en el que él solía marcharse. Ya no hablaban, llevaban semanas sin hablar. Antes de eso habían discutido y antes de eso… En fin, antes de eso la cosa no había ido bien.

–¿Todo bien? Te veo distinta.

–Estoy bien. He estado ocupada con las niñas. Por cierto, he estado pensando en lo que dijiste sobre que necesitamos más ingresos, así que he estado actualizando mi currículum. He hecho un curso *online*. Gratuito pero bastante útil.

A Colin se le iluminaron los ojos de sorpresa.

–Te gusta mucho trabajar en la tienda de manualidades.

–Ya, pero no cobro mucho y tengo que asumir más responsabilidades económicas. Además, las gemelas van a pasar a primero, así que estarán fuera todo el día. Debería trabajar más. Tienes razón, pasas demasiado tiempo fuera y las niñas te necesitan aquí.

«Yo te necesito aquí».

Las palabras se le alojaron en la garganta y en el corazón y la verdad que había en ellas casi la hizo caer de rodillas. Echaba de menos a Colin. No al frío extraño que ella misma había creado, sino al hombre que había sido antes. La había adorado, ella lo había amado y habían sido felices. ¿Por qué había querido cambiar eso?

Carraspeó.

–Eh… estoy viendo a alguien.

Colin se puso tenso y bajó los brazos mientras apretaba la boca.

–¿Quién es él?

Ella frunció el ceño.

–¿Qué estás…? No, no. Estoy… –miró atrás para asegurarse de que estaban solos y después bajó la voz–. Me refería a que he empezado a ver a una terapeuta por lo de los lavados de manos y las otras cosas que hemos hablado. Me está ayudando mucho y estoy avanzando. Tú no tienes que hacer nada. Solo quería que lo supieras para que no te extrañe cuando lo veas en el extracto del seguro.

Colin se relajó.

–Es un gran paso.

–Un paso necesario. Dado mi pasado, supongo que no es de extrañar que tenga problemas y quiero asegurarme de que no se los voy a contagiar a mis hijas. Quiero romper el ciclo, ya sabes.

Por dentro sintió esperanza y una especie de cosquilleo. Si Colin se había puesto celoso al pensar que estaba con otro, eso tenía que ser bueno, ¿no? No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero tal vez fuera un comienzo.

–¿En qué puedo ayudar?

La esperanza aumentó y se iluminó un poco más.

–Hasta ahora todas las tareas las tengo que hacer yo, pero si hay algún cambio te avisaré.

Él miró la Crock-Pot y sonrió.

–¿Es una de las tareas?

Deanna se rio.

–Técnicamente no he aprovechado las sesiones de terapia para trabajar mis problemas con la Crock-Pot, pero sí, usarla sí que tiene que ver con mis deberes de la semana.

–Estoy deseando ver qué será lo siguiente. ¿Una batidora de mano?

–O una freidora. A saber.

–Es precioso, ¿verdad? –preguntó Andi en la puerta de una de las salas de exploración.

La pintura estaba terminada y la camilla en su sitio, al igual que la encimera y el pequeño lavabo. Boston había bosquejado el mono feliz para la pared y lo pintaría en los próximos días.

–Creo que todo está quedando muy bien. Al final voy a poder abrir un par de semanas antes, lo cual no me esperaba en absoluto –carraspeó–. El doctor Harrington le ha dado permiso a Nina para venir a trabajar conmigo y la semana que viene empezaremos con las entrevistas para el resto de empleados. Ha sido una ayuda increíble.

Se detuvo un instante para intentar contener las ganas de echarse a llorar.

–Bueno, como puedes ver, estoy poniendo mi vida en orden.

Pickles se movió en sus brazos como intentando decirle que había sido muy paciente durante mucho rato, pero que la situación ya estaba resultando ridícula.

–Tienes razón –dijo soltándolo–. Lo siento. Tienes una familia con la que volver. Este fin de semana he estado muy perdida, pero no debería pagarlo contigo.

Pickles se restregó contra un lateral de su pierna desnuda y fue hacia la puerta delantera, que estaba abierta. Andi lo vio marcharse, consciente del vacío de la casa y de la larga noche que tenía por

delante.

Hacía tiempo que Lucy y sus hermanas no pasaban por allí. Sabía que era porque la niña tenía una amiga nueva y estaba ocupada con ella, como debía ser. En cuanto a las demás niñas, solo habían ido a visitarla porque seguían a Lucy.

Andi sabía que le había ido bien en los pocos meses que llevaba en la isla. Tenía a sus amigas del trabajo, sus amigas de pilates y una casa preciosa, y le encantaba su trabajo y lo encontraba gratificante. Y si por accidente se había enamorado de un novio que era un completo gilipollas, bueno…, esas cosas pasaban, ¿no? A lo mejor sí que era hora de renunciar a las relaciones de una vez por todas.

–Toc, toc. Soy yo.

Fue hacia la parte principal de la casa y se encontró a Boston de pie en la sala de espera. Su vecina miró a su alrededor y sonrió.

–¿Trabajo bien o qué?

–Tienes un don.

–Gracias –Boston se encogió de hombros–. Estoy fatal.

–Yo también.

Se abrazaron un instante y después Boston le agarró la mano.

–Vamos, hemos quedado aquí al lado. Colin va a llevar a las niñas al cine y Deanna ha ido a Arnie's a por sándwiches de cerdo desmigado. Tengo vino y vamos a pasarnos toda la noche divirtiéndonos.

–¡Gracias a Dios! –dijo Andi siguiéndola–. Me estaba volviendo loca ahí dentro. Entre semana puedo mantenerme ocupada, pero los fines de semana se me hacen interminables y los domingos son lo peor.

–A mí me pasa igual. Ahora.

Andi no conocía los detalles de lo sucedido, pero le daba la impresión de que Boston no contaba con que Zeke fuera a volver pronto.

–¿Sigues sin saber nada? –le preguntó mientras cruzaban el jardín y subían las escaleras.

–Nada. Me dijo que no lo necesito y estoy pensando que a lo mejor tiene razón.

Andi sacudió la cabeza mientras entraban en la cocina.

–Me niego. Lo quieres y hacéis una pareja maravillosa. Perder a un bebé es muy duro. Tenéis que darle tiempo.

–Han pasado nueve meses, Andi. Son tres meses más que el tiempo que lo tuvimos. En algún momento tendremos que recuperarnos y seguir adelante. Lo estoy intentando, pero para Zeke no es suficiente. Necesita que me recupere a su modo, a su tiempo. No puede aceptar que somos distintos y me culpa por decepcionarlo.

–Hablas con mucha sensatez –dijo Andi no muy segura de que eso fuera bueno.

–No ensalcéis tanto la sensatez –señaló Deanna, que en ese

momento entró con bolsas de comida–. Yo estoy pagando mucho dinero para por lo menos poder fingirla.

–Tú no tienes nada de malo –dijo Boston.

Deanna sonrió.

–Si no contamos lo del trastorno obsesivo compulsivo y todo eso, ¿no?

–Todas tenemos nuestras rarezas.

Deanna pasó la comida mientras Boston abría el vino. Andi colocó las banquetas alrededor de la barra de desayuno de modo que las tres pudieran verse y sacó muchas servilletas.

–¿Hablabais de Zeke? –preguntó Deanna mientras se sentaban.

–Sí, está siendo un capullo –respondió Andi.

–No tanto como Wade.

Andi hizo lo posible por no estremecerse.

–Será cosa de familia.

Deanna las miró.

–¿Qué pasa con Wade?

–No lo defendí delante de mi madre –Andi miró el sándwich y se preguntó si de verdad tenía hambre–. Dijo que era un hombre guapo de clase obrera con quien acostarme, pero no me molesté en contestar porque no habría servido de nada.

Deanna agarró una patata.

–¿Tu madre no defendió también al cerdo que te dejó plantada en el altar?

–Sí.

–¿Y Wade lo oyó?

–Probablemente.

–Entonces, sabrá que es una idiota.

Andi no estaba segura de que esa información fuera de mucha ayuda.

–Ya, lo cual me hace pensar que está usando esto como una oportunidad para echarse atrás, y eso no es algo que pueda alegrarme precisamente.

–Lo siento –dijo Deanna.

–No lo sientas. Me escondí de la verdad durante mucho tiempo y no quiero volver a hacerlo. Es solo que pensé que… –se encogió de hombros–. Me gustaba mucho y pensé que íbamos a llegar a alguna parte. Yo estaba trabajando para intentar controlar mi necesidad de comprometerme después de los primeros quince minutos y estaba mejorando. Me gusta Carrie y nuestra relación tenía potencial. Supongo que lo más duro es que no creo que haya hecho nada malo. Además, veo a mis padres una vez cada dos años, tampoco es que fueran a ser una gran parte de nuestras vidas. Así que, ¿por qué no dejarnos llevar y luego sentirnos aliviados cuando se fueran después

de una visita? Pero Wade no lo ve así.

Andi miró a Boston.

–¿Deberíamos cambiar de tema?

–No, no pasa nada. Wade está siendo un imbécil y yo tampoco sé por qué –Boston se dirigió a Deanna–. Se te ve feliz.

Deanna sonrió mientras levantaba el sándwich.

–Estoy mejor. Creo que la medicación me está ayudando y estoy haciendo las paces con algunos de mis electrodomésticos.

–¿Qué? –preguntó Andi.

–Perdón, ha sido un chiste tonto. Pero sí, todo va mejor. Y Colin está siendo amable, lo cual me da esperanzas, aunque también me pone nerviosa. No quiero pensar que todo se va a arreglar y que luego acabe marchándose. Creo que no podría sobrevivir a eso.

Miró a Boston y a Andi.

–Lo siento. He sido una insensible.

Boston negó con la cabeza.

–No te disculpes. He estado presumiendo de mi relación con Zeke desde el día que nos conocimos. Hacía tiempo que me lo merecía.

–Aun así. No pretendía…

Andi se inclinó hacia ella y le dio un golpecito con el hombro.

–Venga, vamos a cambiar de tema. ¿Habéis visto al capataz de mi reforma del jardín?

Boston se rio.

–¡Ay, sí! Es una monada.

–Tiene veinticuatro años. No os penséis nada raro, pero sí, Thad es guapísimo.

–Me gusta que se quite la camiseta a primera hora de la mañana –admitió Deanna–. Todos esos músculos ondulando bajo el sol.

–O bajo la lluvia –añadió Boston–. Está muy vinculado a la naturaleza y yo eso lo respeto.

–Lo que tú respetas son sus abdominales.

–Eso también. Siempre me ha gustado hacer retratos de desnudos. ¿Posaría para mí?

Deanna y Andi se rieron.

Andi notó que volvía a tener hambre y le dio un mordisco al sándwich. Mientras tuviera a sus amigas, los domingos no estarían tan mal después de todo.

Boston estaba sentada en el suelo de la sala de espera de Andi. Mientras esperaba a que se secara la pintura de los pocos animales que le quedaban para terminar, extendió unos pliegos de papel delante de ella y miró las muestras que le habían enviado.

Aunque llevaba casi un año sin trabajar, los diseñadores de

interiores seguían poniéndose en contacto con ella y preguntándole si estaba preparada para aceptar un encargo. Por primera vez desde la última etapa del embarazo había sentido que por fin podía estudiar los distintos proyectos y tal vez incluso aceptar uno.

Levantó una carta de un diseñador de Raleigh.

*A la mujer le encanta el azul. He intentado convencerla para usar otros tonos que contrasten, pero se resiste. Todo azul. Si pudieras colar algún otro color, te querría para siempre.*

Boston sonrió y miró las muestras de tela y los colores incluidos en la caja. También había fotos de los posibles muebles.

Su trabajo consistía en reunir todo eso en un diseño de tela personalizado. Pintaba distintas opciones en pequeños recuadros de tela, el cliente elegía uno y luego ella pintaba a mano la cantidad de tela requerida.

Era una opción decorativa cara. Cobraba cien dólares por metro y eso no incluía el precio de la tela ni el envío. A cambio el cliente recibía una pieza única que lucir en una habitación y podía decir que sus cortinas las había pintado a mano Boston Flemming.

Boston Flemming, no Boston King. Usaba su nombre de soltera para trabajar, lo cual Zeke había promovido. Él había querido que sus dos empresas se mantuvieran separadas y ella había accedido, aunque ahora se preguntaba si en algún momento su éxito se había convertido en un problema.

Wade entró en la sala de espera y se agachó a su lado.

–Qué de azul.

–Y eso lo dice un tipo que cree que el beis es un color.

–Porque es un color.

–No es un color bueno –lo miró–. ¿Qué haces aquí? Creía que te estabas escondiendo de Andi.

–Mi hermano y yo tenemos un pequeño dilema –admitió.

–Tú no quieres estar aquí cuando está Andi y él no quiere estar aquí cuando estoy yo.

Wade se sentó en la lona que cubría el suelo.

–Algo así. Podrías darle un poco de tregua.

–Podría, pero no lo haré.

–¿Por qué no?

–Porque ha renunciado a nosotros –lo miró fijamente–. Parece que es cosa de familia.

A Wade se le tensó el gesto.

–No pienso hablar contigo de Andi.

–No pasa nada, ya hablo yo. Te equivocas con ella. Es dulce y divertida y se preocupa por la gente. Le gustas mucho y, con todos los

defectos que tienes, deberías estar agradecido.

–¡Ay!

–No es momento de ser delicada. Sabes que su madre es rara. Todos los padres lo son. ¿Por qué la estás castigando por lo que dijo su madre?

–No habría funcionado.

–Habría funcionado perfectamente y creo que eso es lo que te asusta. Estás muy cómodo con la vida que tienes. Tienes a Carrie, a tu hermano, a mí y a tu trabajo. Volver a tener una relación con una mujer implica exponerte, arriesgarte. ¿Y si cometes otro error?

–No he cometido ningún error antes.

Boston suspiró.

–Claro que sí. Sé que quería que te marcharas de la isla y tú no querías. Sé que cuando murió estabais planteándoos divorciaros. Sé que no eras feliz –le tocó el brazo ligeramente–. Sé lo de la aventura que tuvo.

Wade giró la cara.

–Ya, bueno, pero eso ahora no importa.

–Claro que importa. A Andi le aterroriza entregarle su corazón a un tipo que no se comprometa. A ti te aterroriza entregarle tu corazón a alguien que en el fondo quiera que cambies. Los dos sois tan puñeteramente susceptibles que no podéis ver que sois perfectos el uno para el otro. Así que, mientras no soluciones tus propios asuntos, mantente al margen de mi matrimonio.

Respiró hondo y se preparó para que Wade le dijera que no tenía ningún matrimonio. Ya no. Sin embargo, su respuesta fue acercarse y besarla en la frente.

–Deberíamos habernos juntado tú y yo, peque. Nos habría ido bien.

Ella se rio.

–Ya, pero nunca me has atraído. Siento romperte el corazón.

–Tú a mí tampoco, pero te quiero de todos modos.

–Yo te quiero más.

Wade soltó una risita.

–Puede que sea verdad –dejó de sonreír–. Habla con Zeke.

–Habla con Andi.

Él se levantó.

–Eres una cabezota –levantó las manos–. ¡Ya, ya! Yo también. Me marcho.

Boston miró el reloj y vio que eran casi las cinco.

–Cobarde.

–Soy un hombre que conoce el valor de una retirada estratégica.

# Capítulo 27

Audrey se mordió el labio inferior.

–¿Estás segura, mamá?

Deanna sonrió.

–Sí. Mil veces sí.

–Pero hay que pagar para verla.

–Pulsa el botón, cielo.

Las gemelas chillaron y Lucy se abrazó a un cojín que tenía contra el pecho. Audrey hizo lo que se le dijo y la película apareció en la pantalla.

Ese era otro aspecto en el que había sido demasiado estricta, pensó Deanna con tristeza mientras entraba en la cocina para hacer palomitas para sus hijas. Sí, ya, una película de pago cada noche resultaría demasiado caro, pero de vez en cuando estaba bien y eso era algo que nunca había creído hasta ahora.

Volcó el contenido del cuenco grande de palomitas en otros dos más pequeños y los llevó al salón. Las niñas ya estaban hipnotizadas con la película de dibujos.

–Que la disfrutéis –dijo y volvió a la cocina.

Miró al techo y pensó en subirle un cuenco de palomitas a Madison. Sin embargo, se contuvo al pensar que de algún modo su hija mayor acabaría dándole la vuelta al gesto y convirtiéndolo en algo espantoso, y ahora mismo ella no podría soportar otra mirada de desdén o de exasperación.

Estaba mejorando, lo notaba. Se encontraba menos tensa y dormía mejor. Las niñas se mostraban más espontáneas y felices, excepto Madison, claro. Pero era fin de semana y eso significaba que Colin estaba en casa, y aunque le gustaba tenerlo cerca, también la ponía nerviosa.

–¿Las niñas están viendo su película?

Se sobresaltó y al girarse vio al hombre en cuestión apoyado en la puerta de la cocina. Llevaba unos vaqueros y una camiseta, ropa informal que le sentaba muy bien. Estaba atractivo. Una oleada de deseo la invadió y se instaló en su corazón y…, vale, sí…, tal vez también un poco más abajo.

Quería hacer el amor con él, pero también quería que la abrazara, que la abrazara de un modo que la hiciera sentirse segura. Cómoda. Quería no tener que estar preocupada porque se fuera a marchar. Quería que volvieran a estar casados.

–Lo están pasando bien con sus dibujos. Menos Madison.

–Con doce años ya se siente demasiado mayor para esas cosas.

Ella asintió.

–Hemos estado tan ocupados con las niñas que no hemos tenido oportunidad de hablar –dijo él–. ¿Por qué no nos tomamos una copa de vino y nos ponemos al día?

Deanna se preguntó si se le notaba lo sorprendida que estaba.

–Eh… Claro. Estaría muy bien.

Lo siguió a su estudio, donde él tenía una botella de merlot y dos copas de vino esperando. Se sentó en una esquina del sofá y luego dudó si debería haberse sentado más en el centro o…

Suspiró. Hacía casi dieciséis años que conocía a Colin. No debería ser tan complicado, pero lo era.

Él le dio una copa, se sentó en el sofá y se giró hacia ella. Estaban cerca, pero sin tocarse, y Deanna sabía cuánto necesitaba que la tocara. «Solo un beso», pensó anhelante.

–Las niñas están muy bien –dijo–. No me puedo creer lo rápido que se está pasando el verano. El colegio ya ha enviado un correo electrónico con la lista del material escolar.

–Al final no hemos planeado vacaciones.

–Ya. Hemos estado ocupados y con todo lo demás que ha pasado…

Colin dio un trago de vino.

–He hablado con mi jefe sobre lo de ocuparme del Departamento de Ventas. Dice que, por él, perfecto, cuando yo quiera. Sin la comisión y el suplemento por viajes, tendríamos alrededor de un quince por ciento de reducción de salario. He estado echando cuentas y vamos a estar un poco apretados.

–No pasa nada –se apresuró a decir ella–. He enviado mi currículum a un par de sitios y la semana que viene tengo una entrevista en el Blackberry Island Inn. Quieren un contable para hacer unas treinta horas a la semana. No tengo todos los detalles, pero al parecer podría hacer parte del trabajo desde casa, así que podría estar con las niñas. El salario es más alto y son más horas, así que compensaría lo que tú pierdes de sueldo y cubriría lo que yo ganaba antes.

Él tenía esa mirada azul clavada en ella.

–¿Estás segura?

–Segurísima. Ya hemos hablado de esto, Colin. Tienes que estar aquí con tus hijas. Te echan de menos –carraspeó–. Y yo… también te echo de menos.

Colin dejó la copa en la mesita de café y le agarró la mano que tenía

libre.

–Me gustaría estar más en casa –admitió.

Sus dedos eran cálidos y fuertes. Familiares, pensó Deanna, aunque hacía mucho tiempo que no la tocaba. El estómago le dio varios vuelcos y le entraron ganas de abalanzarse sobre él, pero también de salir corriendo. Al final se limitó a dejar la copa en la mesita e intentar regular su respiración.

–El lunes hablaré con mi jefe. El cambio solo debería tardar un par de semanas. Después estaré en casa todas las noches.

Deanna se arriesgó a mirarlo y lo encontró observándola.

–No vas a saber qué hacer con tu tiempo.

–Ya lo averiguaré. Imagino que podré ayudarte a llevar a las niñas a clase y a sus actividades.

–Estaría bien. Las gemelas quieren ir a clases de baile.

¿Eran imaginaciones suyas o Colin se estaba acercando? Aún le sujetaba una mano, lo cual estaba muy bien, pero de pronto no supo qué hacer con la otra. Ni adónde mirar. Ni qué pensar.

–Podríamos ir a esquiar –soltó.

Colin se puso recto.

–¿Qué?

–Si este verano no vamos a ir de vacaciones, podríamos ir a esquiar en Navidad y alquilar una casa en Sandpoint. No está demasiado lejos y no hemos ido a esquiar desde que nació Audrey. No creo que me acuerde de cómo se hace, pero podría ser divertido.

Él sonrió.

–Estaría bien ir a esquiar, pero ya lo hablaremos luego. Ahora mismo quiero besarte.

Deanna tragó saliva.

–¿Quieres?

–Mucho.

–No estaba segura. Esperaba que quisieras, pero con todo lo que ha pasado no lo sabía –se inclinó hacia delante y al instante se retiró–. Me compraste toda esa lencería tan bonita y nunca he llegado a ponérmela. Lo siento, debería haberlo hecho. Pero es que el sexo era genial y eso me asustaba. Me sentía vulnerable. Si fingía que no quería que hiciéramos el amor, entonces no estaba tan asustada, y al cabo del tiempo fui perdiendo esa parte de mí y ya no tuve que fingir más.

Su marido parecía aturdido.

–¿Intentas distraerme?

–En absoluto. Me estoy disculpando –se aferró al poco valor que había logrado reunir y dijo–: Sería genial que me besaras ahora.

–Sí, sería genial.

Colin se inclinó hacia ella y posó la boca sobre la suya. Sus labios firmes pero delicados la reclamaron con pasión suficiente para hacerla

retorcerse. Abajo, en el vientre, sintió un deseo que llevaba años ausente.

Su lengua rozaba la suya con suavidad y lo recibió caricia a caricia. Él le puso en la cadera la mano que tenía libre y la deslizó hacia arriba por las costillas hasta llegar a sus pechos. Deanna ya tenía los pezones duros y sintió un cosquilleo en ellos cuando Colin los tocó con los dedos.

La puerta del estudio se abrió.

–Papá, tengo que…

Deanna se sobresaltó y se apartó. Colin levantó la mirada.

–¿Qué pasa, Madison?

Deanna no sabía qué pensar. Estaba avergonzada, asustada, excitada y confundida, y esa mezcla no le sentó bien a su estómago.

–Eh… Quería hablar contigo sobre unas clases que estoy pensando dar.

Deanna miró a su hija y vio que seguía en la puerta, mirándolos a los dos. La ilusión y la esperanza que reflejó su mirada enseguida se desvanecieron y se convirtieron en resignación, como si la niña hubiera aprendido a no esperar demasiado.

Deanna se levantó y le sonrió.

–No pasa nada, cielo. Es buen momento para que lo habléis. Tu padre puede ayudarte.

Escapó antes de que alguno de los dos pudiera decir algo y, una vez a salvo en su dormitorio, se sentó en el borde del sillón de la esquina y se cubrió la cara con las manos.

Tal vez Madison la odiara, pero no por las razones que creía. A su hija le aterrorizaba que sus padres fueran a separarse y tener que enfrentarse a un divorcio. No estaba presionando a Colin porque quisiera que su padre se marchara, sino porque, si iba a suceder de todos modos, prefería que fuera cuanto antes mejor. Quería saber. Como hija suya que era, para ella lo peor del mundo era la incertidumbre.

A las cinco y media de la mañana siguiente, Colin se levantó en silencio y entró en el baño. Cerró la puerta sin hacer ruido antes de encender la luz. Deanna oyó cómo se afeitó y se lavó los dientes antes de abrir el grifo de la ducha. No había dormido mucho. Se había quedado desolada al darse cuenta de cuánto daño le había hecho a su hija y no sabía cuál era el próximo paso que debía dar con Colin. Estaba prácticamente segura de que, si Madison no hubiera entrado, habrían hecho el amor.

Él había tomado la iniciativa y ella había salido corriendo, lo cual significaba que ahora le tocaba actuar. En algún momento de las

últimas dos horas había decidido lo que haría.

Se levantó y entró en el baño. Ya había usado el aseo y se había lavado los dientes hacía media hora. Ahora estaba junto a la ducha esperando a que Colin se percatara de su presencia. Él terminó de aclararse el pelo y abrió los ojos.

–Te has levantado pronto –dijo por encima del ruido del agua.

Ella asintió.

Llevaba un camisón con unas tiras finísimas que se podían deslizar por los hombros con facilidad. Se las bajó y dejó que la prenda cayera al suelo. Él abrió los ojos ligeramente. Deanna abrió la puerta y entró. El miedo estaba ahí, pero lo ignoró. Quería que su matrimonio funcionara y una de las cosas que tenía que hacer para lograrlo era estar dispuesta a correr riesgos. Además, ver el cuerpo desnudo de Colin resultó de lo más excitante y embriagador.

–Buenos días –dijo poniéndole las manos sobre los hombros antes de ponerse de puntillas y besarlo.

El agua caía sobre los dos y sus pieles estaban resbaladizas. Ella bajó las manos hacia su torso mientras él la besaba con fuerza, colándole la lengua con unos movimientos casi frenéticos. La agarró del trasero y apretó. Ella se arqueó contra él y gimió al notar que ya estaba excitado.

Sentir su erección palpitando contra su vientre hizo que un intenso calor le recorriera el cuerpo. Se frotó contra él, pidiendo más, queriendo que la tocara por todas partes. Estaba hambrienta. No. Estaba desesperada.

Él rompió el beso y agachó la cabeza hasta sus pechos. Tomó su pezón derecho entre los labios y lo lamió mientras lo succionaba. Deanna echó la cabeza atrás y se rindió al calor que ardía en su interior. Mientras Colin pasaba al otro pezón, ella le sujetó la cabeza con ambas manos. Él coló una mano entre sus piernas y le introdujo un dedo e, involuntariamente, Deanna lo rodeó con sus músculos. Quería mucho más que eso.

Colin levantó la cabeza.

–Estás mojada.

¿En serio? ¿Iban a ponerse a charlar ahora?

–Estamos en la ducha. ¿Cómo iba a estar?

–No me refiero a eso. Me deseas.

Y entonces lo oyó: una mezcla de alivio y miedo. Porque Colin no había estado seguro de que eso fuera real. No había sabido si podía confiar o no en ella.

–Lo siento –susurró Deanna–. Colin, lo siento mucho. Por todo.

–Yo también. Siento haberte rechazado la otra vez –maldijo–. Necesitaba saber que querías estar conmigo, que no me estabas siguiendo la corriente sin más, pero rechazarte así casi acabó conmigo.

Con ella también, aunque fue necesario para saber que no podía recuperar su matrimonio a base de fingir.

–No pasa nada.

El temor de Colin se desvaneció y la pasión ocupó su lugar. Se giró, cerró el grifo y la sacó de la ducha. Los dos estaban goteando, pero ella no dijo nada. Ya lo limpiaría todo después.

Su marido, desnudo y empapado, la dejó junto a la cama lo justo para echar el cerrojo de la puerta del dormitorio y después la tendió sobre el colchón y la besó como si no quisiera parar nunca. Al mismo tiempo, le acarició los pechos, jugando con sus tersos pezones hasta que a ella le costó respirar.

Y cuando se movió y empezó a besarla mientras descendía sobre su cuerpo, Deanna supo lo que vendría a continuación; eso a lo que llevaba resistiéndose tantísimo tiempo y por más razones de las que recordaba. Pero en lugar de protestar o decirle que no quería, usó los dedos para abrirse más para él y permitirle besarla de un modo más íntimo.

Al primer roce de su lengua contra su clítoris, cerró los ojos. Al segundo, le costó respirar, y al tercero tuvo que contener un grito de puro placer.

Colin la lamió por todas partes, explorándola, tal vez recordando, y jugando con ella hasta que los músculos se le tensaron y le temblaron. Y solo entonces él adoptó un ritmo constante diseñado para hacerle suplicar y dejarla completamente bajo su control.

–Así –dijo ella entre jadeos y cada vez más cerca del éxtasis.

Él se detuvo un instante y ella sonrió sin abrir los ojos.

–Sí, lo que has oído he sido yo hablando mientras practicamos sexo –lo cual él le había pedido muchas veces y ella no había estado dispuesta a hacer–. Muy pronto vas a estar diciéndome que me calle.

Lo sintió sonreír, pero Colin prosiguió con el delicioso movimiento de lengua contra su inflamado punto de placer.

Deanna se perdió en la sensación, queriendo contenerse, pero incapaz de hacerlo. Más cerca, más cerca.

–Colin –dijo con la respiración entrecortada–. Casi. Estoy muy cerca. Estoy…

Sin previo aviso, se estremeció de éxtasis. Supo que gritó, y tal vez incluso muy fuerte, pero deseó no haberlo hecho, sobre todo porque no quería tener que darles explicaciones a las niñas.

Mientras Colin bajaba la intensidad de las caricias, ella seguía entregándose a él y al placer que estaba creando en su cuerpo.

Antes de que Deanna hubiera terminado del todo, él se puso de rodillas y se adentró en ella.

–No pares –le dijo Colin–. No pares.

Coló las mano entre los dos y movió el pulgar contra su clítoris. Ella

abrió los ojos y le vio mirándola. Era algo que siempre la había hecho sentirse incómoda, pero ahora no pudo contenerse. No con él llenándola, embistiéndola. No con su pulgar frotando su clítoris inflamado.

Deanna presionó hacia abajo y sintió el ondulante clímax de nuevo. Rodeó a su marido por la cadera con las piernas y lo acercó más a sí.

–¡Más! –le dijo tirando de él y separando los muslos al mismo tiempo–. Por favor.

Colin hizo lo que le pidió y ella tuvo que taparse la boca para contener los gritos de placer. Después él estalló dentro de ella y su expresión se tensó. Mantuvo los ojos abiertos, mirando cómo ella lo miraba y, por primera vez en su vida, Deanna vio el interior del alma de Colin.

El miércoles por la noche, Andi llegó a casa y se encontró a Carrie esperándola en el porche delantero. Apenas había visto a la preadolescente desde que habían ido de compras, sobre todo porque no había visto a Wade. Zeke había estado ocupándose de la reforma a diario.

La semana anterior la cuadrilla había terminado con la primera planta y se habían trasladado a la segunda. En menos de un mes tendría una cocina y un baño operativos y entonces podría dejar el desván. ¡Qué emocionante!

Pero costaba ilusionarse mucho cuando echaba de menos a Wade. Y lo peor de todo era que estaba malgastando demasiado tiempo diciéndose que no debería estar echándolo de menos, así que, hiciera lo que hiciera, salía perdiendo.

Cuando salió del coche, Carrie bajó las escaleras corriendo y le sonrió.

–Llevamos esperando mucho rato. Tienes que venir a ver esto.

–¿Llevamos? –preguntó mientras Carrie la llevaba al porche. La niña se detuvo junto a la puerta.

–Boston, Deanna y yo. ¡No podemos esperar más!

Carrie abrió la puerta y prácticamente entró bailando. Andi la siguió más despacio y se paró en seco al ver la sala de espera terminada.

El mágico mural de Boston dominaba el espacio, alegre y bien iluminado. El sol se colaba por las grandes ventanas alumbrando las distintas criaturas de la selva. Las grandes hojas parecían llenas de vida y las mariposas parecían listas para echar a volar.

Había varias sillas y un sofá que había encargado pero que desconocía que hubieran llegado ya, mesas y revistas para adultos y para niños, y una zona de juego que ocupaba toda una esquina de la sala. Una alfombra gruesa ofrecía un apartado acolchado para los

pacientes más pequeños. Además de los duraderos juguetes de plástico que había comprado, había varios juguetes de madera preciosos que parecían antiguos y hechos a mano. Un tren, cubos y algunos animales de granja.

–¡Sorpresa! –dijo Deanna cuando Boston y ella entraron en la sala–. Hemos añadido algunas cosas. Espero que no te importe.

–Es increíble –Andi tocó una de las mesitas–. Yo no he comprado esto.

–Ya –Deanna se encogió de hombros–. Es una donación. Estoy reformando mi salón porque es demasiado serio. Esta es una reproducción y es lo bastante resistente como para aguantar años con niños subiéndose encima. También he traído esta alfombra –pisó la preciosa alfombra.

–Los juguetes son míos –dijo Carrie levantando un cerdo tallado–. Mi padre me los hizo cuando era pequeña. Me dijo que podía donarlos si quería, pero he pensando que me gustaría que estuvieran aquí para que otros niños puedan disfrutarlos.

Sonrió a Andi.

–Me he quedado mis favoritos –admitió– para cuando tenga hijos.

–Me alegro de que lo hayas hecho. Y si quieres recuperar esto, no tienes más que decirlo.

–Hay más –dijo Boston–. Ven a ver tu despacho.

Andi recorrió el pasillo y entró. El escritorio estaba instalado y había varias lámparas y sillas cómodas para los pacientes, además de dos cuadros. Uno era un paisaje marino y el otro plasmaba a las hijas de Deanna jugando con Pickles debajo del árbol del jardín delantero.

Respiró hondo.

–No sé qué decir –admitió–. Todo es maravilloso. Qué amables habéis sido.

–Ahora eres una de nosotras –dijo Deanna–, te guste o no.

Andi se rio. Carrie se acercó a abrazarla y, al instante, todas estaban agarradas las unas a las otras. Andi saboreó la sensación de formar parte de algo y supo que en unos pocos meses había logrado encontrar un hogar ahí en la isla y que ese hogar no tenía nada que ver con la casa en la que estaba, sino con las mujeres que había conocido.

Se soltaron y Carrie fue hacia la puerta.

–Voy a ver a Madison.

–¡Divertíos! –gritó Andi. Cuando la niña salió, ella se dirigió a sus amigas–. En serio, no teníais por qué hacer todo esto.

–Queríamos hacerlo –le dijo Boston–. Estás empezando una nueva aventura en tu vida y queremos ser partícipes de ella.

Deanna asintió.

–Todo ha salido a la perfección. El mural es magnífico, Boston.

–Gracias.

Andi empezó a decir algo, pero de pronto se quedó mirando a Deanna.

–¿Qué ha pasado?

Deanna la miró.

–Nada. ¿Por qué?

Andi la observó. Todo estaba exactamente igual, desde el maquillaje perfecto hasta la ropa coordinada y, aun así, había algo distinto. Tal vez algo en sus ojos o en el brillo de su sonrisa.

–Estás feliz –dijo sin pensarlo.

Deanna sonrió.

–A lo mejor. Sí. Lo estoy intentando. No es todo perfecto, pero está mejorando. O al menos eso espero. Lo estoy intentando y Colin también –apretó los labios–. La otra mañana tuvimos sexo y fue increíble. No lo habíamos hecho en no sé cuánto tiempo… y dudo que alguna vez lo hubiéramos hecho así antes. Sé que aún queda trabajo pendiente, pero tengo esperanzas.

–Me alegro por ti –dijo Andi–, aunque estoy un poquito celosa.

–¿Sigues sin tener señales de Wade?

Andi negó con la cabeza.

–Los hombres King son todos unos idiotas –dijo Boston–. Lo he aceptado. No me gusta, pero sé que no puedo cambiarlo.

Andi suspiró.

–Entonces, ¿tampoco sabes nada de Zeke?

–Ni lo más mínimo –los verdes ojos de Boston se llenaron de lágrimas–. Lo quiero y lo echo de menos, pero no sé qué hacer para que las cosas estén bien entre los dos. A lo mejor lo que fuera que teníamos murió con Liam. No lo sé.

–No está muerto –dijo Deanna–. Encontraréis el camino para estar juntos de nuevo.

–Eso espero, porque los dos estamos muy perdidos.

# Capítulo 28

Boston estaba frente a la puerta cerrada con los dedos cerniéndose sobre el tirador.

–Gracias por venir.

–De nada –Deanna le tocó el brazo–. No tienes por qué hacerlo.

–Sí. Ya es hora. Ya he estado demasiado tiempo posponiéndolo.

Agarró el tirador y lo giró antes de entrar en la habitación de la esquina.

Las paredes eran de color amarillo claro, las cortinas de cuadros azules y amarillos, y la pared más grande tenía una enorme locomotora sonriente pintada en todo el centro. Una cuna y un cambiador blanco roto le daban luz al espacio, varias alfombras gruesas cubrían los suelos de madera maciza y había una mecedora en un rincón.

Boston se quedó en el centro de la habitación y se dejó invadir por el dolor. Agradeció la puñalada de dolor que sintió en el corazón y rezó por poder llorar esta vez. Deanna se le acercó y le echó un brazo sobre los hombros.

–Lo siento –susurró su amiga–. Esto es terrible.

Boston asintió.

–¿Cuándo fue la última vez que entraste aquí?

–Una semana después de que muriera. No he vuelto desde entonces y no estoy segura de que Zeke haya entrado tampoco.

Deanna salió al pasillo y volvió con varias cajas.

–Lo embalaremos todo y, cuando Colin venga luego a ayudarnos a desmontar los muebles, lo subiremos todo al desván si estás segura de que es lo que quieres.

Boston asintió.

–Sí. Aunque Zeke y yo arregláramos las cosas, nunca usaría esta habitación si tuviéramos un bebé. Trasladaría aquí la habitación de invitados.

–Me parece lo mejor –dijo Deanna.

Dejó una de las cajas junto a la cómoda y empezó a abrir cajones.

–No tienes por qué quedarte. Puedo hacerlo yo.

Boston negó con la cabeza.

–Tengo que estar aquí.

Mientras Deanna vaciaba cajones, Boston se acercó a la mecedora.

–Hay que deshacerse de esto.

–Colin la va a llevar al refugio de mujeres de Marysville este fin de semana –Deanna la miró–. Sabía que no querrías quedártela.

Boston tocó la silla. La fría madera era preciosa, tallada a mano y en perfectas condiciones. Pero había estado sentada en esa silla cuando Liam murió y no podía permitir que siguiera en su casa.

Se sentó en el suelo y se llevó las rodillas al pecho. No había lágrimas y el dolor se había disipado. Aunque estaba en la habitación, era como si lo estuviera viendo todo desde la distancia.

–¿Crees que estoy rota?

–No.

Boston se giró hacia Deanna.

–¿Y ya está? ¿Solo no?

Deanna sonrió.

–Te estás recuperando, Boston. Va a llevarte tiempo.

–No lloro.

–Últimamente yo he estado llorando demasiado. Estás siendo demasiado dura contigo misma. Llegarás adonde necesites llegar.

Boston esbozó una sonrisa.

–Esa terapia te está funcionando muy bien.

–Me ayuda mucho. Estoy aprendiendo a no ser tan controladora y que no todo tiene que ser perfecto siempre. El mundo no se va a acabar si no me paso el hilo dental todas las noches o si mis hijas llevan ropa que no coordine –bajó la voz–. He engordado un kilo y medio y creo que me da igual.

–Yo engordé trece con el bebé.

Deanna sacudió la cabeza.

–No cambies, Boston. Eres preciosa tal como eres.

–Gracias.

Deanna volvió a la cómoda y Boston vio cómo sacaba pantalones y camisetas diminutas de los cajones. Había calcetines tan pequeños que parecían de un muñeco. Se le encogió el pecho. Abrió las manos como para dejar entrar todo el dolor, que se instaló en ella aplastándola.

Cerró los ojos instando a las lágrimas a salir. Necesitaba una expresión de su dolor. «Por favor», rezó en silencio. «Por favor».

Deanna se levantó y se dirigió al armario. Boston abrió los ojos y supo que no estaba lista. Aún no.

–Siento tener que decirte que hay tres libros de cuentas –dijo Michelle Sanderson sentada detrás de su mesa en el Blackberry Island Inn–. El del hostal en sí, el del restaurante y el de esa puñetera tienda

de regalos.

Deanna se puso derecha en la silla, decidida a que la otra mujer no viera lo nerviosa que estaba.

–¿No te gusta mucho la tienda de regalos, no?

–Mi socia y yo discutimos por el inventario. ¿Sabes cuántas cosas se pueden comprar que estén llenas de margaritas? –dijo con sonrisa de exasperación Michelle, una mujer guapa con el pelo negro y ondulado y unos grandes ojos verdes–. Demasiadas. Están en todas partes y Carly asegura que se venden. Por desgracia para mí, tiene razón.

Suspiró.

–En realidad soy una persona muy maja. Por favor, no dejes que mi odio antinatural por las margaritas te haga perder interés por el trabajo.

–Sigo interesada –dijo Deanna.

–Bien. Como hablamos por teléfono, estamos buscando a alguien que pueda ocuparse de la contabilidad de los tres negocios. Supone demasiado trabajo para Carly y para mí. Serías responsable de las cuentas por pagar y por cobrar y de las nóminas. Carly se ocupa del inventario, así que solo tendrías que tratar con los proveedores para pagarles.

Michelle miró las notas que tenía delante.

–Hemos estado pensando que lo mejor sería que vinieras tres mañanas a la semana. Así podemos hablar de cómo va todo y estar cerca por si necesitas preguntarnos algo. El resto del trabajo lo puedes hacer desde casa. La verdad es que andamos justas de espacio. El hostal está lleno casi todo el tiempo y, aunque eso es genial, nos tiene muy ocupadas. Y ahora que Carly se va a casar…

Michelle se reclinó en la silla.

–Quiere una boda a lo grande, ¿tú te crees? –sacudió la mano izquierda. Llevaba un sencillo anillo en el dedo anular–. Nunca sabré por qué narices no puede irse a Reno como los demás. Pero Carly es de celebrar los rituales por todo lo alto.

Por mucho que Michelle se estuviera quejando, Deanna captó afecto en su voz.

Era unos años mayor que Michelle y Carly. Aunque todas habían ido al mismo colegio en la isla, ella había ido unos cursos por delante y sabía que las dos habían sido amigas íntimas durante años. Después había pasado algo, pero nunca había llegado a conocer los detalles. Fuera lo que fuese, estaba claro que lo habían resuelto. Eran socias del hostal y el negocio marchaba bien.

–¿Estás familiarizada con el programa informático que usamos?

–Sí. Hace poco terminé un curso *online* para reciclar conocimientos –Deanna le entregó el certificado que le habían dado.

Michelle lo miró.

–Excelente. Carly te conoce de la tienda.

Deanna asintió.

–Gabby y ella vinieron a un par de mis clases de costura.

–Manualidades –farfulló Michelle–. Ni me lo menciones –se levantó–. Venga, vamos a dar una vuelta. Quiero que veas toda esta locura antes de hacerte una oferta. ¿Te gustan los animales?

–Claro.

–Tenemos un perro y un gato. El perro es mío. El gato, el Señor Bigotes, es de nuestra cocinera. Solo para que te quede claro, el Señor Bigotes se cree el dueño del lugar y hay días en los que creo que tiene razón.

Una hora después, Deanna estaba en su coche. Sacó el móvil y marcó un número familiar.

–Hola –dijo Colin al responder al instante–. ¿Qué tal te ha ido?

–He conseguido el trabajo.

Él soltó una suave carcajada.

–Enhorabuena. No me sorprende, pero me alegro mucho por ti.

–Yo también. Empiezo dentro de una semana. Estoy nerviosa.

–Lo harás genial.

–Gracias, eso espero.

Que estuvieran hablando era algo nuevo. Colin había llamado la noche después de que hubieran hecho el amor y habían hablado hasta casi medianoche. Ahora hablaban varias veces al día, de nada en concreto, pero la conversación era lo que menos importaba. Eso lo tenía claro.

Estaba deseando oír su voz, hablarle de las niñas y que bromeara con ella. Se sentía joven, tonta y feliz. Era como estar enamorándose otra vez.

–Llegaré a casa mañana.

–Lo estoy deseando.

–Yo también –Colin se detuvo–. Bueno, ¿qué llevas puesto?

–¡Colin! Estoy en un coche delante del hostal. Voy a trabajar aquí.

–¿Es tu manera de decir que no estás desnuda?

Ella cerró los ojos con fuerza.

–No estoy desnuda.

–Mierda –bajó la voz–. Pero ¿esta noche sí?

A Deanna se le encendieron las mejillas. Durante los últimos días había descubierto que le gustaba hablar durante el sexo casi tanto como a Colin le gustaba escucharlo.

–Sí –susurró.

–Yo también.

–Aquí tienes –el doctor Harrington le entregó una invitación a

Andi–. Vamos a celebrar una gran fiesta de bienvenida para mi hijo. Vuelve a la isla.

Andi sonrió.

–Estoy deseando conocerlo. He oído hablar mucho de él.

–Su madre y yo estamos muy orgullosos –el hombre miró a su alrededor–. Tiene planes para esta clínica.

–Seguro que buenos.

Andi no se podía imaginar metiéndose en un negocio con sus padres y sintió una punzada de pesar mientras por un momento deseó que las cosas hubieran sido distintas entre ellos. Pero independientemente de lo que sintieran, había encontrado un lugar que se había convertido en su hogar y para ella eso tenía mucho valor.

–¿Ya lo tienes todo arreglado con Nina? –preguntó el doctor.

–Sí. Gracias por dejar que se venga conmigo.

El hombre, ya mayor, arrastró los pies.

–Bueno, es mejor así. Dylan y ella salieron en el instituto y no acabó bien. En aquel momento nos pareció que eran demasiado jóvenes, pero tal vez no deberíamos habernos entrometido –se detuvo y sacudió la cabeza–. Agua pasada no mueve molino, ¿no? La gente cambia y sigue con su vida.

Nina le había mencionado algo sobre su pasado romántico con Dylan y Andi se preguntó si algún día llegaría a oír toda la historia.

El doctor Harrington le sonrió.

–Eres una persona muy valiosa para nuestra comunidad, Andi. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

–Sí. Gracias.

El hombre salió de su diminuta consulta. Andi apagó el ordenador y sacó el bolso del último cajón del escritorio.

Ya había terminado la jornada y el viernes finalizaría su colaboración temporal con la clínica del doctor Harrington. Y una vez llegado el lunes faltarían dos semanas para abrir su propia consulta en su casa.

Nina y ella iban a reunirse el lunes por la mañana para organizar las cosas y empezarían a registrar citas. Varios padres ya habían dejado mensajes en su nuevo número preguntando cuándo podían llevar a sus hijos.

Andi se dirigió a la puerta trasera. Al día siguiente irían a tomar el último almuerzo de trabajo y dos profesores se habían puesto en contacto con ella preguntándole si podría ir a hablar sobre salud en general y sobre lo que hacía falta para ser doctora. Tenía sus amigas, sus clases de pilates e iba a dar una clase de iniciación a la costura en la tienda de manualidades donde había trabajado Deanna. Se había adaptado a la vida en la isla.

De camino al coche se detuvo al ver a un hombre apoyado en él. Era

alto y guapo, al estilo de un actor rubio. Al verla, le lanzó una sonrisa tan blanca que deslumbraba.

–¡Aquí estás! He estado esperando.

Ella se detuvo. No se podía creer que estuviera ahí después de tanto tiempo.

–¿Matt?

–Pareces sorprendida.

–Porque estoy sorprendida. Han pasado meses.

La última vez que lo había visto él había estado intentando explicarle por qué la había dejado plantada en el altar, pero le había preocupado más justificar por qué no había sido culpa suya que admitir que la había humillado. Se había sentido dolida y furiosa, y aunque acabar con la relación le había parecido lo más sensato, una parte de ella se había quedado con la sensación de que seguiría enamorada de él para siempre.

Ahora, mientras se acercaba, se dio cuenta de que llevaba semanas sin pensar en él. Ya no le importaba. Era alguien que le había enseñado una buena lección de un modo muy miserable. Un capullo integral, pensó con una sonrisa. ¿No tenían casi todas las mujeres un capullo en su historial romántico?

–¿Qué tal estás? –le preguntó y entonces sacudió la cabeza–. ¿Sabes? La verdad es que preferiría saber para qué has venido.

–Para verte.

Él le agarró la mano, pero ella la retiró con fuerza y se movió para estar fuera de su alcance.

–¿Para qué has venido? –repitió.

Matt se acercó.

–Tenemos que hablar, Andi. ¿Podemos ir a alguna parte?

No se fiaba de él y no era de extrañar dado su comportamiento previo. Pero lo más curioso era que tenerlo cerca no le removía ningún recuerdo, o al menos no ninguno bueno. Ahora mismo preferiría estar en su casa preparando la cena o pasando el rato con una de sus amigas.

–Solo una copa. Tiene que haber un bar en la isla.

–Seguro que hay varios, pero no. O me dices para qué has venido o me voy.

–¡Vaya! Esta faceta es nueva. ¿Recuerdas que siempre te decía que tenías que ponerte firme? Parece que has seguido mi consejo.

Andi puso los ojos en blanco y sacó las llaves del coche. Él corrió a situarse entre el vehículo y ella.

–Vale. He venido porque quiero decirte que siento lo que hice. Dejarte así fue una estupidez y una desconsideración.

¿Una disculpa? ¿Quién se lo habría imaginado?

–Vale. Me alegro de que ya hayas visto que el malo fuiste tú. ¿Algo

más?

Él la observó.

–Cometí un error, Andi. Eso es lo que he venido a decirte. Reaccioné de forma exagerada al salir corriendo así. Casarme con Lindsey fue una idiotez –se encogió de hombros–. Vamos a divorciarnos. Ya hemos hecho el papeleo. No tardé mucho en darme cuenta de que elegí a la chica equivocada. Tú eres la mujer que quiero. Por eso quería verte, para decirte que por fin estoy listo para que estemos juntos como siempre has querido –le lanzó esa sonrisa ladeada tan encantadora–. Cásate conmigo, Andi. Te sigo queriendo.

Seis meses atrás habría vendido su alma por oír esas palabras. Cuatro meses atrás tal vez se habría visto tentada a decir que sí. Pero ahora…

–No, gracias.

Pulsó el botón para abrir el coche y Matt se quedó mirándola atónito.

–No lo entiendo.

–Te estoy diciendo que no. No tengo ningún interés en estar contigo. Lo que hiciste me parece espantoso, pero no me puedo quejar de cómo ha salido todo al final. No te quiero, Matt. No quiero volver a tener una relación contigo.

–Pero estuvimos juntos diez años y estábamos genial –vaciló–. Sé que insistí un poco en que cambiaras, pero ya lo he superado y te quiero tal como eres –bajó la mirada hacia su uniforme médico, abrió la boca y la cerró. Después añadió–: Por favor, Andi.

–No. Es demasiado tarde. La mujer que te gustaba ya no está. He cambiado y no como a ti te gustaría. Cuando rompiste conmigo, me quedé hundida, pero ahora lo único en lo que puedo pensar es en que debería haber roto contigo hace años.

–No puedes hablar en serio.

Ella alargó la mano hacia la puerta del coche.

–Pues sí.

Pensó en todo el tiempo que había malgastado con él; pensó en cómo había estado allí plantada, con su vestido, delante de todo el mundo que quería y él no se había molestado en aparecer.

–¿Hay alguien más?

–No –estaba Wade, aunque le había dejado claro que no quería tener nada con ella, lo cual era una pena porque en su opinión tenían potencial. Pero no iba a volver a ser la única en dar la cara.

Matt la agarró.

–Andi, no puedes hacer esto. Te necesito.

Ella abrió la puerta del coche.

–Eso deberías haberlo pensado antes de dejarme plantada. Tuviste diez años, Matt. Mucho tiempo. Ahora es demasiado tarde.

Él abrió los ojos de par en par y a ella le pareció que estaba a punto de llorar.

–Pero aún te quiero.

–Lo siento.

–No, Andi.

–Adiós, Matt.

Se sentó y arrancó el motor. Por un segundo pensó que Matt podría tirarse encima del coche, pero por suerte no lo hizo y ella pudo marcharse.

Al girar en su calle se dio cuenta de que no solo no se sentía culpable, sino que por dentro se sentía más ligera. «Libertad», pensó. Preferiría estar sola que estar con Matt. Había terminado con él. Lo único que lamentaba era haberlo descubierto unos ocho años y medio tarde.

Deanna esperó a que sus cinco hijas estuvieran sentadas alrededor de la mesa del comedor. Ya que era el lugar donde se tenían todas las conversaciones serias, parecían asustadas cuando se sentaron en sus sitios.

–No os preocupéis –comenzó diciendo con una sonrisa–. Nadie se ha metido en ningún lío. Va a haber algunos cambios por aquí y quería hablaros de ellos.

Las niñas se miraron y la miraron. La preocupación tensaba los gestos de sus hijas mayores mientras que las gemelas parecían más confundidas y temerosas.

–Dentro de unos días empiezo un trabajo nuevo como contable en el Blackberry Island Inn.

Colin y ella habían hablado de decirles también que su padre estaría más tiempo en casa. Él le había dicho que les diera la noticia, pero Deanna había querido que fuera él quien se lo dijera. Estarían encantadas y su marido se merecía disfrutar de ese momento.

–Trabajaré en el hostal tres mañanas a la semana y desde casa el resto del tiempo, así que voy a necesitar que colaboréis durante mis horas de trabajo. Cuando el cole empiece otra vez, intentaré hacer todo el trabajo una vez os hayáis ido a clase, pero necesitaremos un sistema para reducir las interrupciones al mínimo.

A Madison le temblaba la boca.

–¿Papá…? ¿Vais a…?

¿Vais a divorciaros?

Madison no podía pronunciar las palabras, pero Deanna las oyó igualmente. Sonrió a su hija.

–Tu padre está muy contento con mi nuevo trabajo y este fin de semana vamos a salir todos juntos a celebrarlo.

También celebrarían que él iba a quedarse en casa y que dejaría de viajar, pero eso no se lo diría.

–Somos una familia, Madison –dijo con tono suave–. Eso no va a cambiar.

Si la muestra de preocupación hubiera venido de alguna de las otras niñas, habría acompañado el comentario con un abrazo o una caricia, pero la cosa aún estaba complicada con su hija mayor.

Madison la miró un instante y después se giró.

–Vale –susurró.

Deanna volvió a dirigirse a las otras niñas:

–Voy a hacer una lista de tareas para cada una. Hablaremos sobre lo que preferís hacer y lo que papá y yo esperamos que hagáis. Además, me gustaría empezar a enseñaros a cocinar. No hay razón para que no podáis ayudarme con la mermelada que voy a estar haciendo las próximas semanas y también estaba pensando que cada una podría aprender a preparar algo.

Las gemelas se miraron y la miraron a ella.

–¿Galletas? –preguntaron al unísono.

Deanna se rio.

–Sí, las galletas son un buen comienzo. A lo mejor de mantequilla de cacahuete.

Las niñas aplaudieron.

Ella sonrió a Audrey y a Lucy.

–Se me ha ocurrido que nosotras tres podríamos pensar en algunas cenas que resultaran divertidas y tal vez podríamos usar la Crock-Pot.

–O hacer espaguetis –dijo Lucy.

–Sí, podría ser. Yo me encargaría de manipular la olla para hervir el agua, pero vosotras podríais aprender a hacer la salsa.

Audrey sonrió.

–Pollo a la parmesana.

–Ambicioso, pero claro que sí. Será divertido –Deanna se giró hacia Madison–. Imagino que para ti la idea de diversión no es pasar un rato conmigo en la cocina y lo entiendo. Mientras que la lista de tareas sea relativamente equitativa, no me importa si eliges alguna otra cosa.

Madison la miró. Distintas emociones le cruzaban la cara y la indecisión era obvia. Quería divertirse como sus hermanas, pero ¿cómo podía divertirse con su madre?

A Deanna la invadió la tristeza. Con lo unidas que habían estado, pensó dolida por lo que había perdido. Madison había sido su niñita risueña y llena de amor y ahora era una extraña que la odiaba. La terapeuta le había aconsejado que tuviera paciencia y sabía que tenía razón, pero la espera resultaba muy complicada.

Las gemelas se levantaron y corrieron alrededor de la mesa para luego abalanzarse sobre ella y abrazarla.

–¿Podemos hacer ya las galletas? –preguntó Sydney.

Savannah asintió.

–¡Quiero empezar a aprender ya!

Deanna las abrazó.

–Hacer galletas me parece una idea excelente. Todas las que queráis podéis hacer galletas.

Audrey y Lucy entraron corriendo en la cocina y gritando que iban a lavarse las manos para poder ayudar también. Madison se levantó despacio y fue hacia las escaleras.

Deanna fue hacia la cocina con las gemelas. Quiso mirar atrás y ver a su hija vacilar, pero, sinceramente, ¿qué probabilidades había de que eso pasara? Cuando había tenido la edad de Madison, no habría habido absolutamente nada que su madre hubiera podido hacer para salvar el distanciamiento que tenían. Se preguntó si su hija y ella también habrían sobrepasado esa línea. Y de ser así, ¿cómo podría soportarlo y seguir adelante?

# Capítulo 29

Boston olió la pintura en cuanto entró por la puerta de su casa. Impregnaba el aire y le entraron ganas de estornudar. Por un instante no supo a qué se debía. Solo pintaba en su estudio, así que ¿por qué habría estado alguien pintando en su…?

Se quedó paralizada, literalmente incapaz de moverse. Le había contado a Wade lo de guardar las cosas del bebé y que Deanna y Colin la habían ayudado. Había mencionado el mural con la preciosa locomotora y que entendía que tenía que pintar la pared, pero que no sabía si tenía fuerzas para hacerlo. Él se había ofrecido a ayudar y ella había rechazado la ayuda.

–¡No! –gritó y corrió hacia las escaleras.

Subió los escalones de dos en dos y llegó al segundo piso sin aliento. Corrió por el pasillo, pero antes de cruzar el umbral supo lo que se encontraría. Supo lo que había pasado. Supo lo que le habían arrebatado.

La habitación estaba vacía. No había ni cortinas, no había alfombra sobre el suelo de madera. La cubierta del interruptor de la luz era de un tono neutro, las lindas paredes amarillas ahora estaban pintadas en un blanco crema y el mural había desaparecido.

Se quedó en el centro de la habitación y sintió la ausencia de todo lo que había amado. Era como si Liam no hubiera vivido nunca allí.

Sentía como si el pecho se le fuera a partir en dos. Se llevó la mano a la herida esperando contener la sangre, pero ahí no encontró nada más que su camiseta y la calidez de su piel.

Todo estaba mal, pensó queriendo sangrar. Todo estaba mal. Liam, su dulce Liam. No podía…

Respiró hondo, pero no podía respirar. Gritó su nombre, pero no hubo respuesta. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, se sacó el teléfono del bolsillo y pulsó un botón.

–Zeke –dijo con la voz entrecortada–. Zeke. Se ha ido.

Le temblaba el cuerpo. El teléfono se le cayó al suelo y ella cayó después. Hecha un ovillo intentó aguantar para no desmoronarse.

Cuando las lágrimas brotaron, lo hicieron con fuerza, con ganas, tanto que la atragantaron. Lloró por lo que había perdido, por el niño

inocente que lo había sido todo para ella. Lloró también por las secuelas y por la pérdida de Zeke. Por primera vez sintió el dolor de estar sola, de no tener a nadie.

Se cubrió la cara con las manos y siguió llorando. El tiempo pasaba, pero no era consciente de ello. Solo era consciente del cráter cada vez más grande en que se había convertido su corazón. Y entonces algo le tocó el brazo.

Abrió los ojos y se encontró a Zeke en el suelo. Se tumbó a su lado y la llevó hacia él, reconfortándola y protegiéndola con su cuerpo. La tomó en sus brazos y la abrazó como si no fuera a soltarla jamás. Ella apoyó la cabeza en su hombro y dejó que las lágrimas resbalaran sobre los dos.

Deanna miraba la ropa que tenía extendida sobre la cama. Básicamente, lo que había llevado a la tienda de manualidades le serviría para su nuevo trabajo en el hostal. Había pecado de conservadora en sus elecciones, pero eso era bueno. Colin y ella tenían que ahorrar para ir de vacaciones a esquiar y no quería malgastar unos dólares muy valiosos en algo tan tonto como ropa de trabajo. Y menos cuando Colin le había enviado por correo un listado con algunas casas disponibles.

Su favorita era un chalet de tres plantas con el dormitorio principal en la tercera. No solo tenía chimenea, sino también una ducha doble y una bañera lo bastante grande para dos. El único comentario de Colin al enviárselo había sido: «¿Crees que las niñas son bastante mayores como para ir a esquiar solas?».

Solo pensar en pasar unas largas noches nevadas en ese dormitorio con su marido la hacía estremecerse.

–¿Mamá?

Deanna se giró y vio a Madison en la puerta del dormitorio.

–¿Qué pasa?

–¿Podríamos hablar un momento?

–Claro.

Deanna apartó la ropa, se sentó en la cama y dio una palmadita sobre el espacio que tenía al lado. Se imaginaba que la preadolescente se limitaría a poner los ojos en blanco y quedarse de pie, pero Madison se sentó y se giró hacia ella.

Miró el rostro de su hija con esa combinación de sus rasgos y los de Colin. Esos ojos grandes y azules, esa piel radiante.

–Qué preciosa eres –dijo y sonrió–. Perdona. Imagino que no has venido a hablar de eso.

Madison negó con la cabeza, se mordió el labio inferior y empezó a llorar. Deanna se preguntó que habría hecho mal, pero no se le ocurría

nada, así que esperó unos segundos. Cuando Madison siguió llorando, se inclinó hacia ella y la abrazó con suavidad.

–¿Qué pasa, cielo? ¿No te encuentras bien?

La niña lloró con más fuerza y Deanna la acercó más y la abrazó. Se sentía incómoda a la vez que esperanzada. Si su hija estaba intentando un acercamiento, no quería estropearlo. La indecisión y la confusión le causaron inseguridad y el cosquilleo que sintió en las manos estuvo a punto de llevarla al lavabo. Porque la combinación de jabón y agua la haría sentirse mucho mejor.

«No desaparece nunca», pensó. Su terapeuta llevaba semanas diciéndoselo. La necesidad, las ganas. Últimamente podía gestionarlo mejor, podía lidiar con ello, aunque nunca llegaba a desaparecer.

Se recordó que debía respirar y empezó a contar en un intento de disuadir esa locura de reacción, pero antes de que pudiera llegar a diez Madison se puso derecha.

–Lo siento, mamá –susurró su hija–. Por cómo han sido las cosas.

–Yo también lo siento. Sé que ha sido difícil vivir conmigo con todas esas normas –le agarró las manos y se las apretó con fuerza–. Además, sé que te daba miedo que tu padre y yo fuéramos a divorciarnos.

A Madison se le llenaron los ojos de lágrimas al asentir.

–Odiaba no saber qué iba a pasar.

–Sentirse así es terrible –buscó las palabras correctas deseando no meter la pata–. Te quiero y tu padre te quiere. Pase lo que pase, eso no cambiará nunca. Los dos estamos comprometidos con nuestro matrimonio y con esta familia y estamos trabajando mucho para ello. Quiero que las cosas cambien entre nosotras. Sé que estás enfadada y espero que puedas intentar evitarlo, al menos un poco.

–No estoy enfadada siempre. Y a veces no quiero estarlo.

–A veces tienes miedo y enfadarte conmigo es más sencillo que admitirlo.

–Ya –Madison se secó las lágrimas y esbozó una temblorosa sonrisa–. Últimamente estás distinta.

–Estoy intentando relajarme con algunas de las normas –se acercó y la besó en la cabeza–. Tu padre va a decíroslo cuando llegue a casa mañana, pero seguro que te sientes mejor si te enteras cuanto antes. Va a cambiar de trabajo. Ahora va a ocuparse del Departamento de Ventas en lugar de trabajar como comercial jefe.

A Madison le se iluminaron los ojos.

–¿Papi no va a tener que viajar?

–Prácticamente nada, pero, por favor, no se lo digas a las niñas. Quiere darles una sorpresa.

–No diré nada –se sorbió la nariz–. ¿Por eso vas a trabajar de contable?

–Ajá. Quiero ayudar a traer dinero a casa. Aún tenemos cinco hijas

a las que pagarles la universidad.

Madison sonrió.

–Seguro que a Lucy le dan una beca.

–Sí, yo también lo creo.

Su hija se soltó y cambió de postura.

–Mamá, tengo que contarte una cosa –bajó la mirada y volvió a mirarla–. Me vino el periodo hace unas semanas.

Deanna se preparó para el golpe y logró aguantar sin estremecerse.

–¿Estás bien?

Madison asintió.

–Tenía miedo, así que hablé con Andi. La vi en la consulta. Me lo explicó todo y me acompañó a la tienda a comprar lo que necesitaba –tragó saliva–. Ella quería que te lo contase, pero yo no quería.

La niña de doce años se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar otra vez.

–Perdona, mami. Perdona.

Deanna la acercó y la abrazó.

–Tranquila, pequeña. Estamos pasando una racha mala y lo siento muchísimo. Pero ¿sabes qué? Hiciste lo correcto. Hablaste con una adulta responsable y no te metiste en Internet ni dejaste que tus amigas te dijeran lo que tenías que hacer. Buscaste ayuda de un modo muy maduro y eso me parece fantástico.

Madison se puso las manos en el regazo. Tenía la cara colorada y los ojos rojos.

–¿No estás enfadada?

–No. Solo lamento no haber podido ayudarte en ese momento –estaba hundida por haberse perdido un momento tan importante con su hija, pero entendía que gran parte era culpa suya–. Yo tuve una relación complicada con mi madre –dijo en voz baja–. Bebía mucho y me pegaba.

Madison la miró.

–¿La abuela te maltrataba?

Maltrato. Ahí estaba, en una sola palabra.

–Sí. Un día me rompió un brazo y la Policía fue a recogerme. Vine a vivir aquí con mis tíos. Me dijeron que podía quedarme si era una niña buena, si hacía lo que me decían y no les daba problemas. Me daba tanto miedo volver que decidí ser perfecta. Si era perfecta, no podría pasarme nada malo.

–Nadie puede ser perfecto.

–Ya, pero yo lo intenté y con el paso del tiempo ser perfecta se convirtió en lo más importante de mi vida. No me importaba cómo estuvieran las cosas, solo me importaba lo que aparentaran. Aún estoy intentando resolver ese problema y por eso a veces parezco una rara cuando quiero que algo se haga de un modo concreto.

–No eres tan mala.

Deanna sonrió.

–Quiero aprender a relajarme. Lo intento y hay momentos en los me parece complicadísimo. Así que, por favor, sé paciente conmigo.

Madison se abalanzó sobre ella.

–Te quiero, mami.

–Y yo a ti.

–La próxima vez que tenga el periodo quiero contártelo.

–Me parecería genial.

La niña seguía abrazada a ella.

–¿Me vas a enseñar a cocinar algo, por favor?

Deanna la abrazó con más fuerza.

–Lo que quieras.

Madison se apartó y sonrió.

–Pastel de carne. Es el plato favorito de papá.

–Buena idea. ¿Quieres acompañarme al supermercado a comprar los ingredientes para que podamos preparárselo mañana?

–¡Sí! –Madison se levantó de un salto–. Oye, mamá, Lucy está preparada para cuidar de las gemelas. Es muy responsable.

Deanna se aguantó las ganas de protestar, Lucy solo tenía diez años. Pero, bueno, Madison solo tenía doce. «Confianza», pensó. Para que una familia funcionara había que apoyarse en el amor y la confianza y saber dónde marcar los límites.

–Gracias por decírmelo. Te agradezco la información. Vamos a preguntarle si se siente cómoda si la dejamos al mando mientras vamos corriendo al supermercado.

Recorrieron el pasillo juntas y Madison le agarró la mano y se la apretó con fuerza. Deanna sintió un apretón similar alrededor del corazón. Las cosas no eran perfectas y su hija y ella tendrían muchas discusiones, pero habían vuelto a encontrarse.

Andi estaba sentada en las escaleras del porche delantero de casa. Tenía una reunión con su contratista para repasar todo lo que habían hecho hasta la fecha. Iba a darle la aprobación del trabajo realizado en la planta baja y a hablar sobre los planos del desván. No sería para tanto de no ser porque la cita era con Wade y no con Zeke.

Hacía semanas que no lo veía porque si él iba a la obra tenía el cuidado de hacerlo cuando ella estaba trabajando. Aunque no tenía pruebas, juraba que había momentos en los que sabía que Wade había estado en su casa. Era como si la energía cambiara o algo.

Lo vio llegar con la camioneta y bajar. En parte se había esperado que llevase a Carrie como parapeto, pero estaba solo. Era alto y guapo, musculoso, un dios en la cama. Y además amable, leal y un

gran padre. Y la hacía reír. Pero no confiaba en ella y Andi, en sus adentros, sabía que ese era un factor decisivo.

Esperó a que él llegara a las escaleras y entonces se levantó. Wade la miró fijamente.

–Hola, Andi.

–Wade.

Qué guapo estaba. Sus partes femeninas le susurraron que quizá estuviera bien hacerlo una última vez, pero hizo lo posible por no hacer caso de la sugerencia.

–¿Lista para dar la aprobación del trabajo? –le preguntó acercándole una carpeta.

Ella asintió. Tenía un cheque en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Entraron en la sala de espera de la clínica y Wade empezó a hablar de lo que habían hecho, de cómo habían actualizado la instalación eléctrica para adaptarla a las normativas y de lo fantástico que era el aislamiento. Comprobaron que los enchufes funcionaban, que el suelo estaba nivelado y que las ventanas eran las mismas por las que ella había pagado. Veinte minutos después, seguían en la sala de espera. A ese ritmo, se pasarían ahí una semana. Tendría que haber pensado en ofrecerle algo de picar.

–No me estás escuchando –dijo él.

–Los dos sabemos que trabajáis muy bien. Además, vivo al lado de tu hermano. Si hay algún problema, iré allí a quejarme –sacó el cheque del bolsillo y se lo dio–. Este es el último pago por la zona de la consulta y el próximo será por la reforma de arriba.

Wade agarró el papel y la miró.

–¿Intentas librarte de mí?

Ella miró sus oscuros ojos y supo que era uno de esos momentos que recordaría durante el resto de su vida. Una encrucijada, por así decirlo; una en la que el hecho de que se tomara o no una decisión tendría muchas consecuencias.

–Matt vino a verme el otro día.

Él enarcó las cejas.

–¿Matt el exprometido?

–El mismo. Jura que sabe que cometió un error y que se va a divorciar. Quiere que volvamos.

A Wade se le tensó un músculo de la mandíbula.

–¿Y tú qué le dijiste?

–Que eso no iba a pasar, que ya había malgastado demasiado en él. Ahora vivo aquí, estoy construyendo un hogar y no quiero marcharme. Y lo más importante, no lo amo. Estoy empezando a preguntarme si llegué a amarlo alguna vez.

Se cruzó de brazos.

–Me gusta mi trabajo y quiero formar parte de esta comunidad.

Quiero ayudar a los niños.

Se puso recta.

–Soy inteligente, divertida, cariñosa y tengo éxito en lo que hago. Tenemos una química sexual que sería ilegal en algunos estados y ¿sabes qué? Eres tonto de remate si permites que salga de tu vida. No soy como mi madre. No quiero que cambies, te quiero exactamente como eres –se detuvo–. Bueno, quiero que no seas tan idiota en lo que respecta a nosotros, pero nada más.

Nunca le había dicho algo así a nadie. Matt siempre había sido el que había ido marcando las fases de su relación y probablemente ese había sido uno de los grandes problemas.

Wade dejó la carpeta en el mostrador de recepción.

–Sabes que tengo una hija.

Ella asintió, no muy segura de adónde quería llegar con ese comentario.

–Conozco a Carrie, sí.

–Vas a querer más hijos.

Se quedó boquiabierta. Wade estaba yendo mucho más lejos de lo que le había planteado. Ella se había referido a que salieran juntos y él estaba… Bueno, en realidad no tenía ni idea de qué estaba queriendo decir.

–Uno –admitió con voz baja–. O dos tal vez.

–Eres doctora.

Eso la cabreó. Bajó los brazos y dio un pisotón en el suelo.

–Sí, ¿y sabes qué? No me voy a disculpar por ello. He estudiado mucho, me he machacado a trabajar y, sí, soy doctora. ¿Y qué? Dime qué tiene que ver con todo esto que yo sea doctora.

Él sonrió.

–Te sulfuras con facilidad, ¿eh? –dio un paso hacia ella–. Te he echado de menos, Andi. Tienes razón. Eres divertida y sexi y todas esas cosas y sería un idiota si te dejara escapar.

Le rodeó la mandíbula con la mano.

–Pero he de admitir que me aterroriza que vayas a absorberme, a hacer que me enamore de ti y que luego me dejes por algún corredor de bolsa.

–¿Por qué iba a dejarte por un corredor de bolsa?

–Ni puñetera idea, pero esa no es la cuestión.

–Entonces, ¿cuál es?

Wade agachó la cabeza y la besó.

Ella cerró los ojos mientras se inclinaba hacia él. Wade prolongó el beso y sus partes femeninas dieron saltos de alegría.

Cuando se puso derecho, a Andi le costó un poco recuperar el aliento.

–No puedo decir que me caiga bien tu madre.

–Yo tampoco.

–Cuando le digamos que esto es serio, voy a sentarme a hablar con ella para explicarle la situación.

¿Serio? ¿Lo suyo era serio?

–Estoy deseando oír lo que vas a decirle.

Él la miró fijamente.

–Cuando me entrego, me entrego del todo. ¿Estás lista para eso?

Ella lo rodeó por el cuello y le sonrió.

–Yo también me entrego del todo, Wade.

Wade le regaló su mejor sonrisa, sosegada y sexi.

–Eso es lo que quiero oír. Y ahora, ¿qué te parece si comprobamos si el sofá de la sala de espera es tan cómodo como parece?

Andi se echó a reír.

–Pensé que no me lo pedirías nunca.

Boston canturreaba mientras freía beicon. Era temprano, poco más de las seis, y no había dormido nada la noche anterior, pero estaba llena de energía y de ganas. Sacó huevos de la nevera y se detuvo para anotar algunas cosas. Tres de sus diseñadores le habían estado suplicando que aceptara los trabajos. Había estudiado el material que le habían enviado y estaba rebosante de ideas.

Logró batir los huevos y añadirlos a la sartén antes de tener que detenerse a anotar unas cuantas ideas más. Zeke entró en la cocina a tiempo de rescatar los huevos, que se estaban tostando rápidamente.

–Buenos días –dijo al apartar la sartén del fuego antes de acercarse a ella.

–Buenos días.

Se quedaron mirándose.

La noche anterior habían hecho el amor y su vieja cama había crujido de alegría al familiar ritmo de sus encuentros íntimos. Después, ella se había echado a llorar otra vez y Zeke la había abrazado.

Él coló las manos bajo su bata y le cubrió los pechos con ellas. Boston se acercó más a sus caricias a la vez que le presionaba la entrepierna. Estaba excitado, duro y palpitando contra ella.

–Tus huevos se están enfriando –le dijo riéndose.

Zeke la besó y la soltó.

–¿Mis huevos? ¿Es que no vas a comer?

–Tomaré un poco, pero sin beicon. Estoy a dieta.

–¿Por qué?

La ingenuidad que captó en el tono de confusión de su marido hizo que le entraran ganas de regalarle el mundo entero.

–Zeke, engordé trece kilos en el embarazo y no me he quitado ni un

gramo.

–Estás genial.

–Tengo que ponerme en forma y empezar a hacer ejercicio. Andi va a clases de pilates y le gusta. Podría probar. Y también caminar. Quiero comer mejor –le sonrió–. Quiero estar contigo mucho tiempo y quiero que tú también estés sano.

Zeke la miró a los ojos.

–Creo que sé por dónde vas.

–Siempre te he querido, Zeke. Si vamos a seguir adelante, necesito que dejes de beber.

Zeke le agarró una mano.

–Ya lo he hecho, aunque tendrás que verlo para creerlo, y lo entiendo. Podemos hacerlo. Podemos hacer lo que sea siempre que estemos juntos.

Boston se aferró a la esperanza que contenían esas palabras casi con tanta fuerza como se aferró a las fuertes manos de su marido.

Deanna salió a recoger el periódico. Vio que la camioneta de Wade seguía aparcada frente a la casa de Andi y sonrió. Eso explicaba la llamada desesperada de él la noche anterior preguntándole si Carrie podía quedarse a dormir. También vio la camioneta de Zeke aparcada delante de la casa de Boston. Parecía que el viejo vecindario había estado echando chispas la noche anterior.

Entró en la cocina y encontró a Colin sentado en la barra de desayuno. Él le sonrió por encima de la taza de café.

–Tengo algo para ti.

–¿Ya? –preguntó ella enarcando las cejas.

Colin soltó una risita.

–Eso también. Pero me refería a esto –le dio un folleto de un hotel en Seattle, justo en el estrecho y cerca del mercado de Pike Place–. Obsequio de mi jefe. Dos noches en la mejor *suite* –se le acercó y bajó la voz–. Podrás hacer todo el ruido que quieras.

Deanna se sonrojó.

–No es culpa mía que el sexo contigo sea tan bueno.

–Me lo tomaré como un cumplido.

–Bien, porque esa era mi intención –agarró el folleto–. Qué maravilla. Le pediré a Andi y a Boston que se queden con las niñas. Seguro que dirán que sí –miró el reloj de la pared–. Hablando de nuestras hijas, será mejor que las despierte.

Fue hacia la puerta, pero Colin la agarró y la llevó hacia sí.

–¿Deanna?

–¿Sí? –respondió ella mirando sus azules ojos.

–Te quiero.

Se le hizo un nudo en la garganta y el corazón se le desbordó de emoción. No podía recordar la última vez que él había pronunciado esas palabras. Habían pasado años. Demasiados años.

–Yo también te quiero. Siento haber complicado tanto las cosas.

Colin negó con la cabeza y la besó.

–Nada de pedir disculpas. Los dos nos perdimos, pero ahora nos hemos vuelto a encontrar.

–Jamás te dejaré marchar.

–Ni yo a ti –él se levantó y la rodeó por los hombros–. Venga, vamos a despertar a las niñas juntos.

# Epílogo

Andi estaba sentada con pañuelos de papel entre los dedos de los pies y las manos extendidas con mucho cuidado.

–El esmalte de uñas no se me da bien –murmuró temiendo cargarse la manicura.

Su madre estaba a su lado, en la misma posición, pero algo más relajada.

–El esmalte se seca por capas. La clave está en evitar que te engañe una superficie que aparenta estar fijada.

Boston, que había elegido un brillo esmerilado, se calzó y sonrió.

–¿Capas, Leanne? ¿Como en una tarta?

–Exactamente como en una tarta, querida.

Instintivamente, Andi se preparó para interceder entre su madre y su amiga, pero luego se recordó que ahora las cosas habían cambiado.

Sí, claro, seguía recibiendo con regularidad formularios para becas de investigación y noticias sobre los éxitos de sus hermanos, pero desde que había anunciado su compromiso con Wade, sus padres parecían haberse suavizado un poco. Estaba segura de que decirles que se alejaría de ellos por completo había ayudado un poco. Y el otro factor que había supuesto un punto de inflexión había sido Carrie.

La hija de Wade había conocido a sus padres el Día del Trabajo, cuando los cinco se habían reunido en Seattle para pasar unos días juntos, y la preadolescente se había mostrado encantada de tener unos futuros abuelastros. Leanne la había llevado de compras al Nordstrom del centro de la ciudad y luego su esposo y ella la habían llevado a un partido de los Mariners.

Al terminar esos días de fiesta habían dicho que adoraban a la niña y que estaban deseando pasar más tiempo con ella. Carrie había expresado lo mismo y con eso había nacido un nuevo y algo extraño pacto de paz.

Unas carcajadas devolvieron a Andi al presente. Como parte de su despedida de soltera habían invadido un centro de uñas. Boston, Deanna y sus hijas se habían reunido con Carrie, Leanne y ella para hacerse unas mani-pedis. Una vez todas estuvieran preciosas, irían a casa de Deanna a comer *pizza* y ver películas.

Deanna pasó la botella de champán que habían llevado.

–Aún estás con la primera copa, Andi. No es una despedida de soltera si al menos no intentas emborracharte.

–Son las tres de la tarde.

–Cobardica.

–Tus hijas están delante.

–Te he visto borracha y aun así conservas unos modales absolutamente perfectos. Además, tampoco es que fuera a decirles lo que está pasando y, de todos modos, vamos a volver a casa andando.

–Al menos deberías tomarte otra copa –dijo Leanne sujetando la copa de su hija para que la rellenaran.

Deanna la rellenó.

–Menudos personajes estáis hechas –murmuró Andi, pero dio un trago de todos modos.

Leanne se disculpó para ir a sentarse con las gemelas. Boston ocupó su asiento y miró a su alrededor. Se acercó a Andi, le indicó a Deanna que se inclinara también y bajó la voz para decir:

–Tengo que contaros una cosa.

Andi miró a Deanna y sonrió.

Ya habían adivinado el secreto. En los últimos meses, Boston no había probado ni el alcohol ni la cafeína y desde hacía unas semanas estaba resplandeciente.

–Suéltalo –dijo Deanna.

–Estoy embarazada. De unas cuatro semanas –dijo en voz baja–. Zeke y yo no queríamos decir nada hasta después de la boda, pero tenía que contároslo a las dos.

–Enhorabuena –dijo Andi abrazándola aún con los dedos separados–. Es maravilloso.

Deanna la abrazó también y suspiró.

–Qué feliz estoy. Más niños en el barrio. Es genial –se giró hacia Andi–. ¿Cuánto vas a esperar para empezar a intentarlo?

Andi por poco no se atragantó.

–Oye, que ni siquiera me he casado aún. No me agobiéis.

–Quieres niños y Wade también, y te estás haciendo mayor.

–Vaya, muchas gracias.

Deanna sonrió.

–De nada.

Se recostaron en los sillones y observaron a las niñas, que estaban terminando con sus mani-pedis. Madison y Carrie soltaban risitas entre ellas mientras las otras cuatro se reían a carcajadas. Leanne ayudó a las gemelas a elegir un llamativo esmalte rosa.

Al día siguiente, Andi se casaría con Wade en el Blackberry Island Inn y después pondrían rumbo a Hawái, donde pasarían dos semanas antes de volver a casa. Luego, Wade y Carrie se mudarían a la casa de

la colina; una casa que Andi había comprado por impulso y pensando que, si podía arreglarla, podría arreglarse a sí misma. En el tiempo que había pasado desde aquel día había aprendido a olvidar el pasado, se había enamorado, había visto que tal vez no estaba tan mal como había creído en un primer momento y había descubierto que a veces las hermanas se hacían, no nacían.

Había encontrado un hogar y eso había resultado ser lo mejor que le había pasado nunca.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com